

La novela
que dio origen a la
trilogía
«**animal**»

KATHERINE PANCOL
Un baile más



se

Nos sucede aquello que deseamos.
¡Apiadémonos de quienes no desean nada!

JEAN-RENÉ HUGUENIN

PRIMERA PARTE

Devaluarse es propio de la mujer. El 99,9 por ciento de las mujeres creen sinceramente que no valen un comino. Que solo sirven para que las arrojen a los perros; es más..., a perros muy hambrientos que se pelean en los solares y lamen bolsas vacías de Purina. Siempre se consideran demasiado bobas o demasiado gordas o pusilánimes. Y sin mayor dilación, os diré que yo formo parte de ese 99,9 por ciento. Igual que mi amiga Agnès, que me lleva la contabilidad y permite que pague menos impuestos. La otra noche, mientras sofreía un pollo con cebolla en la cocina de su apartamento de cuatro habitaciones en Clichy, me confesó que estaba convencida de que era una nulidad mientras su marido le acariciaba las nalgas y aseguraba lo contrario. Agnès es contable en una empresa de informática, esposa y madre de dos hijos. Sus columnas de cifras son impecables, el suelo de su cocina huele a detergente, y su progenie siempre cuenta con un oído atento a sus problemas. Es esbelta, va bien vestida y usa un tinte de un tono caoba que disimula al momento la mínima raíz canosa. Ella ha arrastrado a Yves, su marido, a un programa para parejas con problemas, con el fin de que la rutina no se instale entre ellos y dejen de hablarse. Ya no se hablan, se escriben. Por la noche, cada uno en su lado de la cama, anota en un gran cuaderno las quejas acumuladas durante el día, y el domingo por la tarde, mientras los niños patinan en la avenida, intercambian las páginas y las comentan. Intentan hablarlo con calma, sin enfadarse. Agnès asegura que eso es lo más difícil. El otro día me confesó que se tomaba un tranquilizante antes de cada sesión. Además de eso, Agnès lee, se cultiva, tiene el vientre plano, se mantiene activa socialmente pero, a pesar de todo, cree que es una nulidad. Así que casi siempre se queda callada. Cuando yo le pregunto acerca de ese miedo y la animo a superarlo, siempre me contesta:

—Ay, Clara, tú no eres como las demás...

Pero sí: yo me muero de miedo. Siento canguelo cuando recojo el guante, tengo retortijones cuando cojo impulso, y un sudor frío cuando ya he cometido la bravuconería y compruebo los resultados (los estragos, normalmente) de mi audacia. Pero yo lucho contra este miedo inscrito en nuestros genes femeninos. Yo no quiero que eso me acoquine y paralice mi vida. Me entreno para que surja y una vez que lo he localizado, lo analizo e

intento neutralizarlo. Es todo un curro. A veces lo consigo. Otras veces, gana el miedo y me deja más blanda que un chicle masticado.

—Tú siempre vuelves a ponerte de pie... Tú sabes defenderte... No eres una ingenua.

Es verdad, yo no soy ingenua. Yo llamo a las cosas por su nombre. Desde muy niña me acostumbré a mirar las cosas de frente. A la fuerza.

Clara Millet es cínica. Incluso podríamos decir que tiene el cinismo insertado en el cuerpo. Ella cree que el lado oscuro y tenebroso de los seres humanos tiene mucho más peso de lo que estamos dispuestos a admitir, y se rebela contra las mentiras, los intentos de adulación, las versiones rosas y edulcoradas. Clara Millet exige la verdad en cada frase. Está convencida de que uno se construye a partir de la realidad, sobre todo cuando esta no es agradable. Clara Millet está siempre dispuesta a descubrir, en su casa y en la de los demás, ese pequeño hatillo de ropa sucia, esos pactos pequeños y sórdidos. Ella tiene hambre de detalles «esclarecedores», de esos detalles que dicen mucho, que desvelan la porquería oculta bajo las bonitas apariencias. La vida no es un camino de rosas, debajo de las rosas hay purín. Clara lo sabe. Ella asegura que ese convencimiento íntimo le viene de la infancia. Cuando sorprendió al reverendo padre Michel a los pies de su tía Armelle. Clara tenía siete años, y al ver aquel bonito charco negro (el reverendo llevaba todavía sotana) derramado sobre el parqué, dio dos pasos atrás y espió desde detrás de la puerta. Él le decía palabras cariñosas y le cogía la mano. Tía Armelle sonreía y acariciaba la cabeza del cura. El mismo que decía misa los domingos por la mañana. Un hombre muy guapo, atlético y velludo, se le veía un vello negro en los dedos cuando repartía la hostia, y un vigor varonil en el puño cuando levantaba el cáliz. Todas las parroquianas, según Clara supo más tarde, tenían fantasías con el padre Michel durante los oficios, pero fue tía Armelle quien se adelantó y consiguió la veneración del reverendo sacrílego. A partir de entonces, Clara ya no volvió a creer en la imagen de felicidad que encarnaba su tía, una señora pulcra y sonrosada que hablaba de familia, amor, trabajo, respetabilidad, esfuerzos, dignidad. Mentía. En el mismo momento en que vio al cura arrodillado, Clara dedujo que el tío Antoine no estaba al tanto. Había dado media vuelta, aturdida. Poseía un secreto de persona adulta. De pronto se sintió muy importante, pero también

tuvo la impresión de que le habían contado una sarta de cuentos. Se hizo mayor de golpe. Se volvió desconfiada, intransigente, intolerante. ¿Y si todo lo que la rodeaba no fuera más que una mentira? Aquello le produjo vértigo.

Por lo visto, a los doce años Clara Millet deseó morir. Muy en serio. Porque sintió que las fuerzas la abandonaban. Que se hacía mayor y que había perdido esa rabia infantil que te hace ser superlúcida. Eso es lo que había dejado como explicación en una notita sobre la mesilla de noche. Tenía el presentimiento de que si abandonaba el territorio de la verdad para refugiarse en el teatro de las bonitas mentiras creado por su tía, perdería no solo la razón, sino también la energía de vivir. Se tomó diez sobres de Aspégic 1000 y se acostó. Perdió mucha sangre (hemorragia interna, dijeron los médicos), pero sobrevivió. Concluyó que Dios no quería saber nada de ella. Tenía que vivir, costara lo que costara. Pero no como tía Armelle.

Se puso a exigir información. Se habría considerado una cobarde por no preguntar, cobarde por no querer entender. Era imprescindible que supiera. ¿Qué había pasado con el padre Michel? «Ha cambiado de parroquia —dijo tía Armelle—. Ya sabes, la crisis del clero». «Pero ¿tú has vuelto a verle, al menos? ¿Has tenido noticias suyas?». «¡Pero bueno, Clara! ¿Por qué habría tenido noticias del padre Michel yo, precisamente?». «Porque me parece que le tenías aprecio...». «Le apreciaba, pero eso no me unía a él de un modo especial». Mentirosa, mentirosa, rabiaba Clara, y miraba fijamente a tía Armelle quien, agobiada por tanto descaro, soltaba un «¡Y además, eso no es asunto tuyo!», que Clara consideraba la confesión de una pasión ilícita. Esa victoria arrancada a base de confundir a tía Armelle la animaba, e insistía. Y sus padres, ¿dónde habían fallecido? Lo mínimo era que la informaran. «Están muertos, pobrecitos», respondía indefectiblemente su tía. «¿Muertos, cómo?», preguntaba Clara. «Te lo explicaré cuando seas más mayor. Hay cosas que los niños no pueden entender...». El tío Antoine decía cosas parecidas: más adelante, más adelante... Nadie le contestaba. Y todos se lo reprochaban. Intentar comprender solo le reportaba complicaciones. Tenía la impresión de que su vida era cada vez más aterradora. Se calló. Intentó actuar como los demás. Vivir sin hacerse demasiadas preguntas, anesthesiarse la mente. Pero, de vez en cuando, su necesidad de saber era más fuerte que ella, volvía a imponerse y la hacía tremendamente impopular. Y cuando afilaba la

lengua y lanzaba una o dos verdades, era terrible: toda esa violencia que había reprimido durante tanto tiempo estallaba como un viejo volcán que despierta.

Es difícil vivir con una chica como Clara Millet.

Lo sé: esto es lo que me dice todo el mundo. Tengo mala reputación. Tengo fama de ser descarada, brusca. Dura de pelar, en resumen. Alguien que no tiene derecho a llorar, ni a que la mimen. Siempre que conozco a alguien, vaya donde vaya mi reputación me precede. Yo considero injusto que esta tozuda búsqueda de la verdad me prive de todo un mundo de sensaciones agradables, de sentimientos tiernos, de problemas y de renunciadas. Y cuando le aseguro a Agnès que yo también me muero de miedo a veces, no me cree. Sé que no me cree: sigue removiendo su pollo con cebolla con la misma cadencia. No detiene ni un segundo el movimiento de la muñeca. Imperturbable.

—Para ti es distinto, no es lo mismo, ya lo sabes. Tú nunca has sido como las demás...

Agnès no ha dejado de probar la salsa con la cuchara de madera y Clara piensa en su vida. En su vida tan ordenada. Una vida normal. Porque lo que no es normal es ser soltera a mi edad. A los treinta y seis años debería estar casada y ser una madre de familia aposentada. ¡Pamplinas! La vida se la construye cada uno a solas y según su propia imagen. No sirve de nada querer encajar a cualquier precio. Ni tampoco perder la sensatez y acabar en la hoguera. Hay dos hechos de los que estoy segura: no tengo un céntimo y valoro las cosas de una forma muy personal. Estas dos constataciones hacen que tenga una vida emocionante y digna de ser vivida. No la cambiaría por ninguna otra.

Esa mañana, muy temprano, cuando había decidido morir, me sentí de repente más ligera: lo peor te hace libre. Por fin lo tenía todo controlado. Ya no tenía necesidad de aparentar ni de fingir. Ya no tenía ni reputación que mantener, ni apariencia que adornar, ni réplica que dar. Porque a mí me

encanta burlarme de todo, jugar con las palabras, esconderme detrás de una carcajada; es una forma de distanciarme de la desesperación, de digerirla con un sarcasmo. Yo la elimino con la palabra precisa. Las tonterías, los pequeños traspies de la vida, en cambio, me dejan tirada en el suelo. Destrozada, llorando. Soy experta en hacer una montaña de un grano de arena y viceversa.

Y así... de golpe... ya no tenía miedo. Ni montañas, ni granos de arena. ¡Y vivir sin miedo es muy excitante!

Esta mañana, pues, Clara Millet ha abierto los ojos al oír la radio despertador que Marc Brosset había puesto a las seis cuarenta. Como todas las noches que se queda a dormir en casa de ella. Veinte minutos antes de las siete, el tiempo de un pequeño revolcón, de deslizar la nariz fría por su cuello caliente y la rodilla izquierda entre sus muslos. Clara duerme acurrucada en el lado derecho de la cama. Marc Brosset ocupa por tanto el lado izquierdo, igualmente acurrucado. Es una norma establecida entre ambos.

Ella oye el despertador, oye una canción y oye la letra. Es una canción que ha escuchado a menudo, pero esa mañana oye las palabras sumida en una duermevela de madrugada de diciembre, justo antes de Navidad, cuando las calles heladas de París todavía están oscuras y los basureros ya no tardarán en pasar. No se filtra ninguna luz a través de los postigos que Marc Brosset cerró ayer, después de haber doblado el pantalón y colocado la camisa sobre el respaldo de la butaca de mimbre, junto a la cama. Ayer noche cenaron en casa de sus padres, Michel y Geneviève Brosset, maestros jubilados. Clara Millet se pregunta a menudo si lo que más le gusta de sus amantes son sus padres. Les coge verdadero afecto y a cada separación sentimental se le suma una ruptura familiar que a veces le resulta más difícil de sobrellevar. Por otro lado, ella siempre se las arregla para conservar buena relación con los padres de sus antiguos amantes, de modo que tiene una retahíla de exsuegros (algo poco común en una chica que no se ha casado nunca) a los que visita regularmente.

Ella escucha la letra y nota cómo Marc Brosset pega el cuerpo al suyo, le separa las piernas con la rodilla. «*You fall in love ZING BOOM, the sky above ZIG BOOM, is caving on WOW BAM, you've never been so nuts about a guy, you wanna laugh, you wanna cry, you cross your heart and hope to*

die»... y se dice que ella nunca ha querido morir por este hombre, que ahora cuela una mano experta entre sus piernas y empieza a acariciarla. No hay duda, se dice, Marc Brosset es un buen amante. Sabe que hay que preparar a la pareja, abordarla con delicadeza, y no lanzarse sobre ella como un hombre hambriento. Es por eso, además, por lo que pone el despertador a las seis cuarenta. Es un buen amante que tiene unos padres amables; ayer noche, Geneviève Brosset le cocinó un salmón con bayas acompañado de calabacines salteados con albahaca fresca, sí, pero resulta que a ella le cuesta dejarse llevar por el delicioso movimiento de los dedos de Marc Brosset entre las piernas. A decir verdad, eso le irrita y despierta en ella una rabia interior que reconoce de inmediato.

Ayer, ella le quería. WOW BAM. Esta mañana, ya no le quiere. ZING BOOM. Es al otro a quien quiere. El otro, que sale huyendo cada vez que ella se le acerca un poco demasiado. El otro, cuyo nombre no osa pronunciar en la penumbra de su habitación por miedo a ponerse a llorar. Ni reír ni llorar, sino comprender, decía la abuela Mata cuando iba, entre lágrimas, a buscar consuelo a su lado.

Para empezar a Marc Brosset nunca le ha querido de verdad. Le apreciaba, tuvo ganas de probarle, de colgarse de su brazo, de que la remolcaran. Pero nunca ha querido morir por él.

Clara lo sabe. Desde siempre. Desde esa noche en que él cenaba solo en el Triporteur, y ella fue a ver si el dueño podía pasarle un pedazo de pan para comerse un bocadillo mientras miraba la tele. O esa otra noche en que Clara esperaba que el teléfono sonara y que el otro la llamara. Marc Brosset estaba sentado en una mesa del fondo, solo, con un libro abierto al lado del plato. Clara había torcido el cuello para ver el título del libro, pero no lo consiguió. Después lo había olvidado y le había observado. Buena pinta, unos cuarenta años, pelo corto, espalda recta, un polo Lacoste bien planchado y aspecto de estar cómodo con su soledad. François, el propietario del Triporteur, le había soltado: «¿Tienes un minuto? Te presento a un amigo mío, un tipo a quien quiero mucho...». Ella se había adelantado y había confiado en Marc Brosset, porque confiaba en François. Y él había sabido engatusarla. Con palabras. Su definición de la inteligencia, por ejemplo. O más bien la de Malraux. La inteligencia es: 1) la destrucción de la comedia humana; 2) el discernimiento;

3) la capacidad de imaginar. O algo parecido. A ella le había encantado esa definición. Sobre todo el primer punto. Retirar las máscaras. Ir a ver qué hay detrás. El purín bajo las rosas. Clara había vuelto a la infancia al oír esas palabras. Muy excitada ante tanta cultura. ZING BOOM, había caído en sus brazos esa misma noche.

A Clara Millet le encanta aprender. Cuando está triste se consuela con palabras, con anécdotas, con conocimientos nuevos. Esas bobadas que le devuelven el gusto por la vida. La historia del cuco que ha leído en la sala de espera del dentista. La hembra del cuco ocupa el nido de pájaros como el aguzanieves gris o el petirrojo para poner sus huevos. Localiza el nido de la especie que le conviene y consigue que huyan los padres porque parece un gavián, se traga uno de los huevos de la puesta y coloca en su lugar uno de los suyos, que tiene un tamaño y un color parecidos. Después desaparece, dejando a la otra madre encargada de incubar su huevo. El polluelo de cucú se desarrolla más deprisa, nace el primero y expulsa a los otros huevos del nido para quedarse solo y ¡engullir todo el alimento que exige su enorme apetito! Una hembra cucú puede poner hasta veinticinco huevos que coloca así, al azar, con padres nutrientes, y ella se eclipsa sin remordimientos. Esta historia del cucú, descrita en un folleto del Consejo General de la Seine-Maritime, la había impresionado hasta el punto de olvidar que estaba en el dentista. Quizás el dentista era normando o tenía una casa de campo en Normandía. O bien le interesaban los pájaros. De pequeño soñaba con ser ornitólogo y sus padres le habían convencido de que ese era un oficio sin porvenir, que todos los pájaros acabarían manchados de fuel, mientras que la caries dental, con todas las porquerías que los críos engullen, tenía un gran porvenir. Sentada en la sala de espera del dentista-ornitólogo frustrado, Clara no dejaba de pensar en ese abandono a gran escala. De manera que en la naturaleza el instinto maternal no existe; es un invento del hombre. Para llenar periódicos y venderlos. Para culpabilizar a las mujeres que se sienten torpes con un bebé en los brazos. Marc Brosset no conocía la historia de la madre cucú indigna de ese nombre. Clara no tuvo ganas de compartirla con él. Se la contó como pudo, con la boca abierta y las encías anestesiadas, al dentista-ornitólogo frustrado, pero ni una palabra a Marc Brosset. Debería haber desconfiado. Eso era una señal. Una señal que ella no quiso mirar de

frente.

Hay otras, por poco que lo piense a fondo. Los «detalles que matan», como ella los llama. Por ejemplo, cuando conoces a alguien hay detalles que matan el deseo como un rayo. Son cosas sin importancia si uno quiere de verdad, hasta la muerte, ZING BOOM, pero si se trata de un amor frívolo, son definitivas. Las faltas de ortografía en una carta de amor. O el bolso colgado al hombro. O un coche con un motor diésel. O también usar las llaves para rascarse la oreja.

En cuanto a lo de las faltas de ortografía, Marc Brosset está a salvo: es profesor de filosofía. Es excelente con las palabras, las frases, los subjuntivos, exfoliando las ideas. No hay motor diésel, ni bolso en bandolera al hombro. Él no lleva calzoncillos de Tarzán ni calcetines demasiado cortos. Él no se limpia los dientes con el cuchillo. Y ella ha acabado por considerarle guapo, seductor, inteligente. Por convencerse de que podía enamorarse de él.

Y olvidar al otro.

Este es el gran tema de su vida, olvidar al otro. Es casi una ocupación a tiempo completo. A veces lo consigue. Con Marc Brosset, por ejemplo.

Durante ciento ochenta y dos días exactamente.

La boca de Marc Brosset se desliza por su cuello hacia su seno izquierdo. La lengua de Marc Brosset se apodera de la punta de su seno izquierdo y Clara Millet nota que su cuerpo se tensa. Es necesario que se diga que no tiene ganas de morir por él. Si se calla, sabe que montará en cólera. Cólera contra él, en primer lugar; él, que no se da cuenta de nada y sigue chupándole el pecho izquierdo, luego el derecho, y desciende por encima de su vientre. Ella sabe lo que sigue de memoria. ¡Podría innovar de vez en cuando y cambiar de itinerario! Cólera contra ella, también, porque es ella quien se ha colocado en esta situación. Y no es la primera vez. No es la primera vez que se cuenta historias para olvidar al otro.

Clara Millet desplaza el cuerpo un centímetro para apartar la boca de Marc Brosset. Para mostrar su desacuerdo, sus ganas de estar en otro sitio, lejos de él. Pero él retoma su tarea con la humildad y la paciencia de un monje benedictino que copia antiguas fórmulas para destilar licores en viejos pergaminos. Marc Brosset es un buen alumno. Aplicado, casi eficaz. Si ella no le para ahora mismo, el placer automático surgirá y aplazará la cólera para

más adelante. Para otra oportunidad, otra mañana. Pero el problema siempre estará allí. Y además, estará la vergüenza. La vergüenza de haber sido cobarde, de haberse dejado poseer por el vientre.

Bastaría una palabra, una pequeña palabra murmurada en voz baja, una palabra que tiene la forma de un nombre, del nombre del otro, para que ella le envíe a paseo, para que se desprenda de esa boca-ventosa que se pasea sobre su cuerpo. Pero Clara no quiere pronunciar esa palabra. Entonces se aferra con todas sus fuerzas a la hembra cucú y admira su egoísmo, sus formidables ganas de vivir. Ni hablar de pasarse horas holgazaneando en un nido, dando calor a un retoño que, más tarde, echará a volar sin la menor gratitud; ella echa a su prole y se espabila. ¡Que otra se quede de plantón en su lugar! ¡Que otra se mate para alimentarle, asearle, enseñarle a volar! Ella vive su vida. Ella no se sacrifica. La abnegación siempre es sospechosa, piensa Clara sintiendo la sábana que se desliza sobre sus piernas, seguida de la boca de Marc Brosset.

Sí, pero, se reprocha Clara Millet, yo también vivo como la señora cucú. Yo nunca me he sacrificado por los demás. Yo siempre he atendido mis deseos sin escuchar las quejas de los demás. Entonces, ¿por qué me quedo muda frente a Marc Brosset? ¿Por qué no le exijo que coja sus historias y desaparezca de mi vida? ¿Por qué? ¿Por qué no se interrumpe al amante en pleno «combate» sexual? ¿Porque no es de buena educación? ¿Porque eso podría traumatizarle y volverle impotente con la siguiente? ¿Porque no tengo nada que reprocharle? ¿Porque sus padres tienen el gusto exquisito de quererme y mimarme? O porque, en el fondo, me muero de miedo de quedarme sola. Él es guapo, es un buen amante, conoce la definición de la inteligencia de Malraux, no está casado, no ronca, me lleva a buenos restaurantes, a ver obras de teatro a barrios periféricos, donde a mí nunca se me habría ocurrido ir, no me da vergüenza ir de su brazo, no dice burradas en la cola de los cines, escribe artículos brillantes en periódicos inteligentes, no es sobón, nunca ha puesto su cepillo de dientes en mi vaso, ese vaso azul cielo que compramos, el otro y yo, en Murano...

Murano, cepillos de dientes, vaso azul cielo.

¡Oh!, querría morir..., se dice Clara al notar el agua que brota bajo sus párpados como un plumaje que le hace cosquillas. Plumas de pájaros, suaves

y ligeras, apenas saladas. Las plumas de las gaviotas de Nueva York, plumas blancas y sucias que el otro incorporaba a sus telas. ¡Querría morir, querría morir! Ya no tendría que hablar, ya no tendría que explicarme, no tendría que esperar. Esperar siempre.

Marc Brosset se pone encima de Clara y, con un suave movimiento de vaivén, emprende la fase final de la cópula. Esa que debe llevarles a ambos hacia el placer compartido, el placer loco que hace estallar las sienas y ahuyenta al cucú. Clara Millet apoya la mano sobre la espalda de su amante, traba las piernas alrededor de sus riñones y reconoce ese placer familiar. A pesar de todo, es agradable, se dice, tengo que dejar de pensar. Este es mi problema: pienso demasiado. Cuando se hace el amor, no se piensa. Pero las plumas revolotean en su cabeza, y, sin separarse de la espalda ahora poderosa y eficaz de Marc Brosset, la invade otro tema de preocupación. Ayer leyó en un periódico que en España habían encontrado un fósil de pájaro de hace ciento quince millones de años. Un fósil mitad reptil, mitad pájaro dotado de alas. En un destacado se precisaba que las plumas derivaban de las escamas de los reptiles. El pájaro, antes de ser un pájaro, debía de haber sido un dinosaurio, un dinosaurio pequeño, y sus escamas se habían transformado progresivamente en plumas. ¿Para protegerle del calor o del frío? ¿Para atrapar mejor a sus presas? ¿Para escapar de los grandes dinosaurios que se lo comerían de un bocado? Pero, en cualquier caso, las plumas no son más que escamas con flecos. ¿Y quién apareció primero, el ala o el pájaro? Ella no le ha dicho ni una palabra a Marc Brosset. Otro síntoma de que su historia está totalmente acabada.

Marc Brosset, encima de Clara, suelta un jadeo y ella responde imitándole. Tuerce un poco los dedos de los pies, tensa el vientre debajo del de su amante, ciñe su espalda, suelta un gritito de pájaro caído del nido para que él quede satisfecho de su tarea matutina. Que tenga una prueba material de que ella le ha seguido a la perfección en su búsqueda del orgasmo. Esta no es la primera vez que Clara hace eso, él solo ve fuego, solo viento. La pluma que se lleva el viento... Una lágrima brota de su ojo derecho, el que está pegado a la almohada. Ella nota la suavidad de la tela bajo las pestañas que bate para retener la lágrima.

—¡Oh! ¡Querría morir! —dice ella otra vez dándose la vuelta sobre el

lado derecho para disimular esa lágrima.

—Siempre pasa eso cuando se hace bien —afirma Marc levantando la cabeza hacia el despertador de cuarzo, que ahora marca las siete cero siete—. ¡Caray! Me he perdido el principio de las noticias... ¿Crees que habrá pasado algo extraordinario mientras dormíamos? Siempre me gusta escuchar las primeras noticias, las de la mañana, es una especie de sorpresa. ¡Me digo que voy a enterarme de una noticia formidable o terrible!

No. Ella no tendrá la valentía de decírselo. No ahora, cuando está tan feliz por empezar este día.

Él se levanta de un salto y va a ducharse. Ella siente pena por él. Hay tanta alegría en ese salto matutino..., ese salto lleno de esperanza, de apetito por la vida. Una nueva jornada en perspectiva y tantas cosas por saber, por explicar, por analizar. ¿Sobre qué realidad está construido Marc Brosset?, se pregunta Clara. Sobre su trabajo, sus padres, sus colegas, sus artículos... ¿Dónde está el fallo? ¿El purín bajo las rosas? Clara no olfatea nada. ¿Una ligera rigidez en el cuello? ¿Falta de elasticidad en la cara? ¿El pelo demasiado corto? ¿Un torso blanco, prieto, lampiño? Ella no suele reírse a menudo con él. La vida es terriblemente seria. Como una clase de doctorado. Ella no tiene ocasión de hablar muy a menudo. Él pone a prueba sus ideas con ella, pero no escucha la respuesta. Clara incluso nota cómo se impacienta si ella le da la réplica: Marc la interrumpe antes de que termine de exponerla. Hoy, él tiene que terminar un artículo para *Le Monde*. Tema: Francia vive por encima de sus posibilidades y no hace lo que debería para adaptarse a un mundo competitivo. Él expone todos los miedos corporativistas de los franceses ante la emergencia de Europa y las nuevas leyes económicas que van a regir nuestro país. Si no cambiamos, lo perderemos todo, incluida nuestra cobertura social de la que estamos tan orgullosos. Hay que impedir que el miedo se apodere de los franceses: el miedo al cambio, el miedo a una sociedad nueva, el miedo, ese veneno que nos paraliza. Él ha dejado una hoja tirada cerca de la cama y Clara intenta leerla al revés: «Tendría que producirse, desde las bases a la cúpula, una toma de conciencia sobre la necesidad de adaptarse. La tranquilidad del Estado tutelar ha impedido que eso se produzca. El Estado está hoy al borde de la quiebra. Ya no es posible financiar empresas fallidas, mientras se garantiza la educación gratuita y se

prolonga la vida humana...». Ayer, Marc le leyó este pasaje del que se siente satisfecho. Para él es un tema inagotable. Él no quiere que Francia caiga en el sistema norteamericano que amputa salvajemente los programas sociales ya que, según predice, la sociedad norteamericana se desplomará, víctima de su egoísmo y de su voracidad. Europa debe ser social, pero la sociedad francesa debe aceptar el cambio. La verdadera riqueza de una sociedad son las personas que la componen, no la economía. Él debe de estar meditando bajo la ducha, buscando cifras, hechos que llevarse a la boca para enriquecer su texto. Ella le oye silbar, subir el volumen de la radio que cuelga del grifo. Es un artilugio que ella le ha comprado. Al principio de su historia. Para que escuche las noticias de las siete. Es una prueba de que le has querido, cuando menos, se dice abrazando su almohada de plumas. Eso es una prueba. Te gustó la idea de que este hombre inteligente, este hombre que tú, de entrada, juzgas superior a ti, te escoja y te hable. Tú valoras que un hombre brillante, culto, se incline hacia ti y te escoja. Él es el Príncipe Azul que con un beso te trasplanta un cerebro. No vas a destruirlo todo por culpa de una cantante islandesa, un cucú y un dinosaurio con plumas. Hay que darle otra oportunidad. Quizás volverás a encontrarle el gusto a Marc Brosset...

El otro decía siempre que no hay que sufrir, que hay que vivir como si fuéramos a morir mañana. Y si yo tuviera que morir mañana, ¿me quedaría con Marc Brosset?

Clara mordisquea una punta de la almohada y promete ser objetiva. Sopesarlo todo bien. Se queda un buen rato inmóvil, escuchando los ruidos de Marc Brosset en el cuarto de baño, luego en el rincón cocina donde se prepara un café y tuesta sus dos rebanadas de pan blanco, la brusca puesta en marcha de la tostadora, el ruido del exprimidor eléctrico cuando él coloca una naranja para obtener su dosis de vitamina C. Pan blanco, vitamina C, orgasmo matinal, Marc Brosset es un hombre sano y organizado. Ella extiende una pierna, extiende un brazo. Dormir sola no le da miedo. Sabe conseguir un hombre para una noche. Ir al cine, ir al mercado, coger el coche y pasar un fin de semana en casa de sus amigos, leer envuelta en su salto de cama, escuchando a Scarlatti y saboreando una taza de té aromático. Liarse un porrito viendo una película porno, acariciarse delante de la tele. Es capaz de hacer todo eso sin compañía. No necesita un hombre al lado para

participar en la vida del ancho mundo.

Clara se pregunta una vez más si esta capacidad de vivir sola proviene de la ausencia de sus padres. Ella nunca ha tenido un modelo de pareja que llevarse a la boca. El único con quien forma pareja es su hermano Philippe. Momentos de verdadera intimidad que se remontan a su infancia común. Y sus amigas: Agnès, la del pollo con cebolla en su piso de cuatro habitaciones de Clichy, Joséphine, Lucille. Todas han vivido en el mismo edificio, han ido a los mismos colegios. Philippe, Clara, Agnès, Joséphine, Lucille y el otro, ese cuyo nombre no quiere pronunciar, formaban una pandilla. Las pandillas, no hay nada mejor en la vida cuando eres pequeño.

Crecieron juntos. Los chicos eran los jefes, como es natural. Eran los más altos, los más fuertes y, además, eran los chicos. Nunca se separaron. De vez en cuando, las chicas cenan o comen juntas y hacen balance. No se dicen necesariamente gran cosa. Verifican que todas están ahí. Esta es mi familia, se dice Clara Millet mordisqueando la punta de la almohada que compró a los Traperos de Emaús. A cinco francos cada una. Bordadas a mano. Clara había acompañado a Lucille a quien le gusta buscar gangas, y esta había descubierto la pila de fundas de almohada debajo de un montón de sábanas viejas, amarillentas. Era la época en que Clara se instalaba en su apartamento de la calle Bouchut. Aún se veían, con el otro. Con intermitencias, pero se veían. Ya hace seis meses que no sabe nada de él...

No, si tuviera que morirse mañana o dentro de ocho días, iría a buscar al otro, le agarraría del cuello y le pediría veinticuatro horas u ocho días de felicidad.

Esperará a que Marc Brosset se haya terminado el desayuno, a que se haya puesto la camisa colocada sobre la butaca de mimbre, el pantalón, la parka... Le hablará. Vestido será menos vulnerable. No le comunicas a un hombre desnudo que ya no le quieres. Le dirá que ella debe morir pronto y que él no forma parte del programa de sus últimos días. Que tiene que encontrar al otro. Nunca le ha hablado de él. Clara mira el despertador de cuarzo: las ocho menos cuarto. Él está a punto de marcharse. Ella está a punto de decírselo. El timbre del interfono interrumpe sus pensamientos.

—¿Esperas a alguien? —pregunta Marc Brosset poniéndose la camisa blanca.

—No —contesta ella, coge la bata y va hacia el interfono.

Descuelga el auricular que hay junto a la puerta. ¿Y si fuera el otro que vuelve? Ha pensado en él tan alto que ha debido de oírla.

Escucha y cuelga, decepcionada.

—Es de Darty... por lo de la cocina... El horno no funciona...

—Habérmelo dicho... Le habría echado un vistazo...

Además es un manitas, piensa ella suspirando. ¿Qué me pasa? Pero ¿qué me pasa? Después recupera la compostura: tengo que volver a ver a Rapha, si no me muero... RAPHA. Ha dicho su nombre. RAPHA. RAPHA MATA. Oye el ruido del traqueteo del ascensor. No es momento de llorar. Marc Brosset se ha acercado y la abraza.

—¿Te llamo esta noche? ¿Vale? ¿Qué haces esta noche?

Ella no lo sabe. Ya no lo sabe. O sí: esta noche, verá a Rapha. Va a invitarle a cenar. Le cocinará un pollo Cocody. Sonríe al pensar en ello, y le acerca la mejilla a Marc Brosset que le ha apoyado su mano ancha de amante perfecto sobre la nuca y juega con los tirabuzoncitos de pelo que se le forman tras las orejas.

—¿Esta es mi recompensa? Yo quiero un beso de verdad...

Él le sujeta la nuca y sonrío tiernamente. Ella detesta sus palabras, detesta su ternura pero se presta distraída. Él la mira, triste, decepcionado, y abre la boca para iniciar una discusión, cuando el timbre de la puerta de entrada les taladra los tímpanos. Ella se despega y abre la puerta a su amante y al técnico de Darty. Los dos hombres se cruzan en silencio. Clara le enseña el camino a la cocina al hombre uniformado, se despide con la mano de Marc Brosset, que baja las escaleras con la cabeza vuelta hacia ella, y le grita que tengas un buen día a uno, ahora voy al otro, vuelve a su habitación, se tira en la cama, busca a tientas el teléfono, lo encuentra por fin bajo el somier y marca el número de Rapha.

Clara tiene el don de hablar con cualquiera de cualquier cosa. Entra de lleno en la vida de la gente y recibe toneladas de confianzas de perfectos desconocidos. Basta que la dejen vagar por las calles, para que emprenda grandes debates sobre Dios, el amor, el deseo, la pareja, los agujeros de la

capa de ozono o la alimentación de los terneros. Cada vez que su hermana se mete en digresiones de altura, Philippe le cierra el pico con réplicas a ras de tierra. Cuando ella aborda el problema de los ángeles, del demonio, del cielo y del infierno —tal como le enseñaron en el catecismo—, él se encoge de hombros y replica: «El cielo y el infierno se viven en la tierra. Porque tenemos conciencia. Y la conciencia fabrica remordimientos y los remordimientos impiden vivir. Uno cosecha lo que ha sembrado en la vida. Lo pagas en la tierra, y punto final».

Clara pone los pies en el parabrisas del Saab. Sabe que él se pondrá furioso pero que no se atreverá a decir nada. Él suele burlarse de las personas que acarician su coche permitiendo que les pillen en flagrante delito de maníacos del automóvil. A ella le gusta que su hermano la lleve en coche. Le gusta su compañía. Aunque no hablen mucho. No lo necesitan. Él le lleva dos años justos. A ella le gusta todo de él, cuando se suena o se rasca la nariz, cuando eructa o se ríe como un tonto tocando la bocina, cuando pone varias veces seguidas la canción de Aznavour «Emmenez-moi». No necesita demostrar que es el más grande, el más fuerte, el más inteligente. A ella le importa un bledo. Este chico tiene límites, se dice algunas veces, pero ¿hay algo ilimitado aparte del cielo? Y a mí sus límites me van bien. Yo sé lo que esconden su sonrisita socarrona que se aparece y desaparece en un momento, ese esmero en cultivar la frivolidad y reírse de los temas existenciales que yo saco a cada momento, su propósito de no preocuparse nunca por los problemas mientras no se conviertan en montañas y le priven la vista. Hay quien le considera superficial y frívolo. Yo sospecho que solo es superficialmente superficial.

El sol, un tenue sol invernal, amarillo y pálido, brilla detrás de un cielo gris y pesado, y Clara se pregunta quién ganará, el sol o las nubes. Ella apuesta por el sol y esa idea la lleva a arrebujarse de placer en la chaqueta de cuero negro que ha comprado por doscientos francos en el mercado de las Pulgas de Bagnolet. «¡Doscientos francos, te das cuenta!», había alardeado delante de Philippe. Revoloteó para que él apreciara la línea, palpó la chaqueta y le dio la vuelta a todas las costuras. «Eso no quita que sea rara — le había respondido él—. ¡Sobre todo con tus botas negras y ese vaquero demasiado corto! ¡Yo, a las chicas que visten así, me las llevo directamente a

la piltra! ¡Ni siquiera les dirijo la palabra, solo para preguntarles cuánto cobran!».

Ese es el problema con Philippe: nunca la valora. Normal, es su hermano. Y además, él, él siempre va elegante. Sin esforzarse. Sin pasarse horas delante del espejo o en las tiendas. Es la clase de hombre que con cualquier cosa va bien vestido. Incluso Lucille, la refinada, lo reconoce. «Tu hermano es tan guapo, tiene tanta clase...». Clara se hincha, como una madre repantigada en un banco público cuando alaban a su hijo querido. Bien abrigada con su chaqueta, piensa en el sol y las nubes, en los tejados de París. Si gana el sol, me pondré de buen humor, esta noche, y cocinaré pollo Cocody para Rapha. Él habrá oído mi mensaje y vendrá a cenar, seguro. Ha de venir a cenar y he de hablar con él una vez más.

—He decidido romper con Marc Brosset...

Philippe la mira, intrigado, luego se fija en los pies de su hermana y de pronto le parecen demasiado grandes. Y muy peligrosos: le destrozará el parabrisas con esos dos zapatones. No sabía que ella tenía los pies tan grandes. La examina de perfil y se pregunta qué otro detalle físico se le ha pasado por alto. Sabe que es morena, que tiene el pelo corto, una boca grande, la piel blanca, senos pequeños, piernas largas y...

—¿Cuánto mides? —le pregunta.

—Un metro sesenta y ocho...

Pero él no habría sabido decir su talla, por ejemplo, o el color exacto de sus ojos. Azules pero no exactamente azules. Salpicados con unos puntitos marrones, quizás. O amarillos. O de un verde grisáceo...

Clara coge una chocolatina olvidada en la guantera y la desenvuelve con cuidado, el ceño fruncido, aparentemente concentrada en el papel del envoltorio.

—¿Estás enamorada de otro?

—No... ¡Si estuviera enamorada, mediría un metro setenta y cinco!

Se pega al asiento, se echa hacia atrás, arruga el papel, lo tira al suelo y se pasa la chocolatina del carrillo izquierdo al derecho, con lo que forma una gran barra en el interior de la mejilla y un poco de saliva marrón se desliza sobre su mentón.

—¡Creía que habías dejado de comer dulces!

—Empiezo dentro de diez minutos. ¡A condición de que Martin no deje las chokolatinas tiradas en tu guantera!

Martin es el hijo de Philippe. Y de su exmujer, Caroline. Estuvieron casi seis años juntos y se separaron. Sin decirse nada. Martin tenía dos años. «Es para cumplir con las estadísticas —explicó Philippe—. De cada dos parejas una se divorcia, y faltaba una para llegar a la cifra. Somos abnegados...».

—Da bastante asco mirarte...

—Pues alégrate la vista mirando a la carretera... ¡Pasan un montón de chicas!

—En invierno, no se las ve. Van muy abrigadas...

—Porque tú solo miras el envoltorio físico... ¡A mí lo que me interesa es el alma!

El semáforo se pone rojo. Cruza una gigante escandinava con una larga cabellera rubia derramada sobre el cuello levantado de su abrigo. Lleva las uñas pintadas de verde.

—¿Lo ves?... ¡Ni un mínimo trozo de carne a la vista! En cuanto a su alma... —suspira Philippe.

Sigue con la mirada a la gigante escandinava, luego pone la primera y arranca. Hay una obra en marcha al otro lado de la calle. Unos hombres con casco blanco y mono azul trabajan sobre unas viguetas. Las planchas están colocadas por todas partes, dibujando un circuito de pasarelas. Los obreros van de una a la otra sin miedo, con la soltura de una bailarina sobre su cuerda. Han encendido un brasero en la planta baja y hay unos cuantos calentándose las manos, y riendo, antes de volver a subir. Al final el sol se ha colado por detrás de las nubes, y Philippe visiona un orden perfecto. Hombres contentos de trabajar, seguros de sus manos y de su oficio, que se dejan acariciar por un sol tímido de primera hora de una tarde de diciembre. Se llaman a voces, estallan en carcajadas y se lanzan pullas mientras golpean sobre los remaches. Dentro de unos días, la gran carcasa de la obra cobrará vida. El arquitecto verá entonces si todos sus planos se desarrollan como él ha imaginado, inclinado sobre la mesa de diseño. Esta tercera dimensión que a él se le escapa siempre cuando dibuja... Esta aprehensión de saber si sí o no, si todo eso que ha concebido va a tomar forma o si corromperán una parte de sus sueños, dando un aspecto completamente distinto al conjunto. Él

siempre siente miedo escénico... Ha leído una entrevista de Woody Allen en la que decía exactamente lo mismo hablando de sus películas. Uno parte de una idea, que se pierde por el camino cuando ruedas, y en la película terminada raramente se reconoce la idea del principio. Con una obra pasa algo parecido. Pasa algo parecido con todo. Uno dibuja líneas rectas y la vida las hace curvas, concluye Philippe observando el bullicio de la construcción. Mira el reloj y se pregunta si va a llamarla. La última vez se pelearon. Él se marchó dando un portazo. Ella no se decide a dejar a su marido. «¡Lo que no te decides a abandonar es su dinero, la comodidad en la que él te permite vivir! —gritó Philippe—. Díselo, sería mucho más simple y más honesto...». Ella le respondió fríamente: «Exacto, ¿y después? ¿Qué puedes ofrecerme tú? Ser arquitecto ya no es una profesión con futuro, ¿o sí?». Él se marchó, furioso y humillado. Sabe que ella tiene que estar en París esa mañana o al día siguiente. ¡Mierda, cómo le gusta follar con ella! Desde que se separó de su mujer, no ha dejado que nadie se instalara en su casa. Por ella, está dispuesto a hacer sitio en su estante del cuarto de baño. Dispuesto a presentársela a Martin. Dispuesto a acogerla, y con todo lo que eso conlleva... Él no se enamora fácilmente. Demasiado desconfiado. Y además, las dos o tres veces que le ha pasado eso, siempre ha terminado mal. La chica se iba. A él le costaba demasiado reponerse. Veladas enteras, solo en casa, papeando pasta con gruyer. Mirando cómo se alargaban esos largos filamentos de queso. Comía hasta reventar, y después se desmoronaba en la cama y roncaba. Solo disponía de la pasta para amortiguar el dolor. Hoy, siente que está otra vez al borde del precipicio. Normalmente, se obliga a pensar con crudeza para reducir a la mujer a un tema de consumo, sin invertir sentimientos: grandes tetas, buen culo, un trueno en la cama, una guarra de campeonato. Las groserías exorcizan la tentación de la ternura. Hace el amor como un patán y le va muy bien. Si no, la emoción paraliza el deseo.

—¿Qué le reprochas a Marc Brosset? No hace ni un mes, y te cito, era el tipo más inteligente, el más comprensivo, el más tolerante, el más abierto, el más cultivado del mundo y muy buen polvo, pfff...

—¡Es que, esta mañana, he comprendido que nunca querré morir por él! No le quiero bastante.

—¡Uno no está obligado a morir por todos los tipos ni por todas las

chicas que uno se tira!

—La diferencia entre tú y yo es que yo no me tiro a nadie. Yo busco el amor, el gran amor...

—¡Pues no tienes éxito!

—Es mejor que tirarse a cualquiera...

—Eso depende. ¡Así no te dejas la piel!

—Vivir economizando no me ha interesado nunca...

A mí tampoco, piensa Philippe observando el perfil obstinado de su hermana. Pero ¿hay forma de hacerlo de otro modo? Extiende la mano hacia la guantera del coche para sacar un CD. Intuye que la conversación va a convertirse en un gran debate sobre el amor, la vida y el tiempo que pasa, y no tiene ganas de participar. Si Clara pudiera tomarse la vida de forma menos trágica...

—¿Te has hecho la prueba? —le lanza Clara.

—No.

—¿Vas con cuidado?

—Casi siempre...

—¿Y por qué?

—Porque no siempre pienso en ello. Hoy en día, si crees todo lo que te cuentan, vives con un condón en la cabeza. Dejas de beber, de fumar, no follas, no respiras, no papeas.

—Lo cual no impide...

¡Ahora, ella tritura los botones de su enorme chaqueta negra y, con toda seguridad, piensa en su muerte cercana!

—¡Deja de comerte el coco, hermanita!

Clara tiene de repente unas ganas terribles de acurrucarse junto a él. Ganas de que la coja en sus brazos y le murmure las mismas palabras que cuando eran pequeños y ella tenía miedo. «Estoy aquí, Clarinette, y te protegeré siempre». Ella se contenta con pasarle la mano por la nuca. Él tiene un pelo bonito, castaño, oscuro, ondulado, denso. Ella tiene la sensación de que con una simple presión de los dedos contra la piel de su hermano, recupera las fuerzas. Cierra los ojos y deja que la mano descansa sin moverse más. Trata de seguir mentalmente la ruta que hace Philippe por las calles de París. Cuenta los semáforos, los giros a la derecha, a la izquierda, intenta

orientarse. Un día, cuando era muy pequeña, Clara quiso rizarle el pelo a su muñeca Véronique y la quemó. Había apoyado el rizador de tía Armelle sobre el vientre de la muñeca. El vientre y el brazo derecho se habían fundido, desprendiendo un olor a goma chamuscada. Cuando retiró el acero, unos largos filamentos rosas y negros colgaban del rizador hasta el cuerpo de la muñeca. Clara lloró abrazada a Véronique. Había ido a buscar a su hermano. Philippe había auscultado el cuerpo chamuscado, una mezcla repugnante de rosa y carbón, y le había sugerido plantar a Véronique en una gran maceta con tierra, regarla cada día, decirle palabras cariñosas para que la herida cicatrizara. «... Una mañana, cuando te despiertes, tu muñeca no solo estará curada, sino que habrá crecido, será más bonita. Apenas la reconocerás». Juntos habían metido a Véronique en un gran tiesto con tierra y todas las noches, siguiendo su consejo, ella había echado el agua de la gran regadera roja que utilizaba tía Armelle para sus plantas. Una mañana, oh, sorpresa, en lugar de la muñeca quemada y ennegrecida, había una Véronique peripuesta y bonita, más grande que la otra y con el vientre intacto. «¿Lo ves? —había dicho Philippe—. ¡Ha funcionado!». Más tarde, ella había intentado hacerle confesar que había sido él quien había reemplazado la muñeca durante la noche, pero él le había jurado en todo momento que eso era la magia del amor. Clara había terminado por creerle. Ella siempre se cree lo que le cuenta su hermano. Sin él, se dice, sintiéndose de pronto terriblemente sentimental, estoy perdida. Tiene ganas de llorar, pero se contiene. Sigue hablando, pero tiene la sensación de mascar las lágrimas con la boca.

—He decidido que si Rapha no volviera, yo me moriría... Me doy un mes, no..., una semana... No quiero seguir viviendo sin él. No me interesa...

Philippe suelta un gran silbido, como si acabara de ver una boa constrictor limpiándose los anillos encima del semáforo rojo. Desvía la mirada del retrovisor a una plaza libre en la calle, aparca y apaga el motor. Luego se vuelve hacia su hermana y le pregunta, muy bajito:

—¿Todavía le quieres?

Ella asiente, con los ojos llenos de lágrimas.

—Tengo la sensación de esperarle a todas horas...

—¿Y todos esos tipos que conoces?

—Lo intento, hago todo lo que puedo pero...

—«La gran tragedia de la vida no es que el hombre muera, sino que deje de amar». Cito, pero he olvidado el autor...

—No sabía que fueras tan erudito.

—Tú no sabes nada de mí —suspira él—. O en todo caso, unos detalles tan superficiales que ni siquiera vale la pena hablar de ellos. Es agotador, es agotador que tu propia hermana te comprenda tan mal...

Es un juego entre ambos. «Es agotador, es agotador...», canturrea Philippe a propósito de cualquier cosa y saca el tema del desatendido, del incomprendido. Pero esta vez, Clara no le replica. Está rígida, en su rincón, minúscula dentro de su enorme chaqueta de cuero negro. Philippe se acerca y la coge en sus brazos. Este gesto de ternura es tan raro en él que todos los diques que, desde esta mañana, contenían las lágrimas de ella, se rompen de golpe y Clara estalla en sollozos. Él la deja llorar, la abraza un poco más fuerte, le da palmaditas en la cabeza.

Él sería incapaz de llorar como Clara, pero la retiene en sus brazos para aprovecharse de sus lágrimas, de su vulnerabilidad, de su sufrimiento por vivir sin Rapha. Él envidia a Clara esa capacidad de abandonarse. Estará mejor después, se sentirá más ligera cuando él quede cargado de su amor contenido, sordo ante su ansia de amar de nuevo. De niño, Philippe se había peleado tanto contra la mediocridad, contra la crueldad banal de su vida, la vida de los dos, que tiene el corazón blindado. Puso tanto ardor en proteger a esta hermana pequeña, empleó todas sus fuerzas cuando era un hombrecito y de más mayor, que luego ya no ha sido capaz de preservarse a sí mismo. Las mujeres pueden cogerle y dejarle, está indefenso. Cuando Caroline quiso casarse, él dijo sí, cuando ella quiso un hijo, él dijo sí y cuando ella quiso marcharse, no la retuvo. Como si no le afectara. Philippe creyó, en un momento dado, que Rapha tomaría el relevo. Y Rapha había tomado el relevo. Clara, Rapha, Philippe. Los tres formaban una familia. A Philippe le gustaba Rapha. Le gustaba el amor de Rapha y Clara. Había sufrido con su ruptura. Sabía además que Clara era la única responsable. El amor es egoísta, el amor es brutal, el amor es peligroso. Clara había sido egoísta y brutal. Sin saberlo, sin duda. Por culpa de su historia. Una historia que él había intentado borrar, rectificar, cicatrizar. No había conseguido curar a su hermana de su infancia. Era una especie de culpa que sentía desde... Un peso sobre las

espaldas. Lo sabe. No le gusta pensar en ello. Porque, entonces, vuelve al pasado y se convierte en impotente, en un niño pequeño.

Pero tampoco quiere que Clara tenga el mismo destino que su madre. Que el presente sea un calco del pasado. Nunca le ha dicho la verdad a Clara, para permitirle la esperanza de vivir su vida, su propia vida, pero allí, en el coche, con la cabeza de su hermana apoyada en el hombro, piensa en su madre, muerta por amor. Suicidada. Porque su padre se había marchado con otra y ella se negaba a vivir sin él. Philippe lo daría todo, todas las fuerzas que le quedan, para que Clara no sufra el mismo fin trágico. Tendencia mórbida, había declarado el médico que trataba a su madre y la atiborraba de antidepressivos. Tendencia mórbida... El puñado de somníferos, el coche lanzado a toda velocidad, el sueño que vence y el árbol que espera su presa. El amor es egoísta, el amor es brutal, el amor es peligroso. Ella se había ido para siempre olvidando que tenía dos hijos pequeños. Apenas tenía veintiocho años, dejándoles a los dos con su cuñado y su mujer, Antoine y Armelle Millet. El día que Clara había celebrado sus veintiocho años, Philippe había sentido un alivio inmenso. El miedo, el miedo principal de su vida, se desvanecía y él había relajado la vigilancia. La mayoría de los hombres tienen miedo. Normalmente, no saben por qué. No quieren saber por qué. Alardean de que este sentimiento, el miedo, no es propio de hombres, hay que dejárselo a las mujeres. Pero ellos se mueren de miedo y avanzan a ciegas jugando su papel de buenos soldaditos. Se cubren de medallas, de galones, de títulos, y esconden su pena más grande de niño pequeño bajo una mandíbula prieta. Aquel día, en la sala del restaurante donde celebraban el cumpleaños de Clara, Philippe había conseguido identificar ese miedo sordo y tenaz, y se había sentido fuerte, más fuerte que el destino, tan fuerte incluso que había estado a punto de aplastar a Clara entre sus brazos. La había apretado contra sí, la había apretujado como a una ahogada arrebatada a las aguas negras, como a un bebé que acaba de nacer y a quien exponemos, triunfantes, a la luz del día. Sentía tanto alivio al haber vencido al destino de un modo que le hacía fuerte y libre, que ya no era capaz de soltarla. Poco tiempo después, se había casado con Caroline.

Aun así, se dice Philippe, bien protegido por el caparazón de su coche familiar, el miedo ha vuelto. El miedo nunca se va muy lejos. Recupera su

lugar habitual.

—No vas a morir —le dice a Clara—. ¿Sabes por qué? Yo no te dejaría...

—Ya no tengo ganas de vivir sin él...

—Y yo no tengo ganas de vivir sin tenerte en el punto de mira... Rapha volverá o encontrarás a otro Rapha...

—¡Eso es imposible!

—¡O encontrarás a otro Rapha, te digo, pero no quiero que juegues con la muerte! ¡NO QUIERO! ¡NO TIENES DERECHO!

Se ha puesto a gritar. Se le ha puesto el cuerpo rígido y se le ha encogido la boca, tiene los brazos extendidos sobre el volante y mira al frente. Lívido.

—¿Tú crees que vendrá esta noche? —pregunta ella con apenas un susurro, como si con un golpe de varita mágica Philippe pudiera conseguir que Rapha saliera de un tarro de cerámica.

—Vendrá, estoy seguro. ¿Cuándo? No lo sé...

—¿Sabes qué?

—No —responde él, inquieto, volviendo la cabeza hacia ella.

—Te quiero con locura...

Él suspira, dispuesto a decir cualquier cosa para que no se note que está emocionado. Ella no quiere que él diga cualquier cosa. Ella quiere que este instante de emoción, de amor puro, dure un poco más. Posa los dedos sobre los labios de Philippe para hacerle callar, pero él la aparta, molesto. Ella, tozuda, sigue triturando un botón de su chaqueta.

—Tú eres el amor de mi vida. Un amor distinto que el de Rapha, quizás, pero...

—Hay sitio para todo el mundo cuando uno ama... Te lo pido por favor, ¡no hagas tonterías!

—Prometido —susurra Clara, plantándole un beso fugaz en la mejilla—. ¡Y tú, utiliza condones!

En aquel tiempo, Rapha era el jefe de la banda...

Un curioso jefe de banda, endeble y cultivado, cuyo poder emanaba de su capacidad de reflexión, más que de su musculatura. Él vivía entonces en el 24 de la calle Victor-Hugo, en Montrouge, en el extrarradio parisino. En un

edificio construido en los años cincuenta, de ladrillo rojo, parecido a todos los que se construyen en la periferia de París. Un inmueble de ocho pisos que se abría en dos alas alrededor de un jardín con parterres de rosas, bosquecillos de vegetación y un estanque redondo adornado con un surtidor de agua en el centro. Un edificio «de standing», como proclamaba el gran cartel de colores que anunciaba el número de apartamentos que quedaban en venta. El metro cuadrado era más barato que en París, aunque la calle Victor-Hugo estaba solo a unos diez metros del mojón «París», lo cual permitía que determinados propietarios particularmente esnobs dijeran que vivían en París.

Raphaël Mata era el único del grupo que vivía en la planta baja. No solo vigilaba las entradas y salidas de los habitantes del inmueble, sino que podía saltar por el balcón de su dormitorio cuando le apetecía salir a explorar el mundo. Al día siguiente, narraba sus aventuras nocturnas. Y Raphaël Mata narraba bien.

Vivía con sus abuelos, emigrantes españoles que buscaron refugio en Francia en 1938, para encontrar trabajo y huir del franquismo. Su abuelo tenía un garaje que su abuela presidía detrás de la caja, por las mañanas solamente. El abuelo Mata leía cada día *L'Humanité* y *Le Monde*. Tenía carnet del Partido. La abuela Mata coleccionaba las fichas de cocina de *Elle* y devoraba los libros de Aragon, de Elsa Triolet, de Federico García Lorca, de Apollinaire y de Éluard. «París tiene frío, París tiene hambre, París ya no come castañas por las calles, París se ha puesto viejos vestidos de vieja, París duerme de pie y sin aire, en el metro...», recitaba la abuela Mata, mientras pelaba las zanahorias. «Bajo el puente Mirabeau pasa el Sena y nuestro amor, él debe recordarme que siempre llega la alegría después del dolor. Llega la noche, suena la hora, pasan los días, me quedo yo». De pequeño Raphaël había aprendido esos poemas en lugar de «Mamá, ¿los barquitos que van por el agua tienen piernas? Claro, tontaina, si no tuvieran, no flotarían», canción que la abuela Mata consideraba un insulto a la inteligencia de los niños. La abuela Mata afirmaba que la cultura era tan importante como la alimentación: crecemos con versos bonitos, nos calcificamos rodeados de preciosas sinfonías, nutrimos la mente con las obras de los grandes pintores, así nos empapelamos las células y limitamos las posibilidades de ser tonto a los veinte años. Uno habla con las palabras de los poetas, envuelve a los

parroquianos con historias bien contadas, y eso es incluso mejor que todo lo que se enseña en la escuela. «¡Es mucho mejor que las vitaminas!», decía con ironía, cuando oía en la radio a los pediatras disertando sobre las necesidades del niño.

La abuela Mata también sentía debilidad por los Evangelios. Le gustaba sobre todo la parábola de los talentos, y se la contaba a su nieto en quien había detectado un don: el del dibujo. Ella guardaba todos los cuadernos de Rapha desde el parvulario, enmarcaba sus «obras» y las exponía en las paredes del apartamento. Cuando cumplió siete años, le apuntó a un curso de iniciación al dibujo y vigilaba atentamente sus progresos. Ni hablar de que Rapha se saltara una clase. «Tú has recibido este don, tienes esa suerte y debes hacer que fructifique. No me importa que hagas novillos en la escuela, pero no quiero que faltes a una sola clase de M. Félix...».

Y con relación a eso, le soltaba la parábola de los talentos.

«La parábola de los talentos según san Mateo y Rosa Mata:

»Un hombre que se iba al extranjero llamó a sus sirvientes y les confió su fortuna. A cada uno según sus capacidades: a uno le dio cinco talentos, dos a otro, uno solo a un tercero, y luego se marchó. Inmediatamente, el que había recibido los cinco talentos se dedicó a sacarles provecho y ganó cinco más. De forma similar, el que había recibido dos ganó dos más. Pero el que solo había recibido uno se fue a hacer un agujero en la tierra y enterró el dinero de su señor. Cuando el amo regresó de su largo viaje llamó a sus sirvientes. El que había recibido cinco talentos se adelantó y mostró cinco talentos más.

»—Señor —dijo—, vos me habíais confiado cinco talentos: aquí están los otros cinco que he ganado.

»—Eso está bien, sirviente bueno y fiel —le dijo su amo—, súmate a la alegría de tu señor.

»Se acercó entonces el que había recibido dos talentos.

»—Señor —dijo—, vos me habíais confiado dos talentos: aquí están los otros dos que he ganado.

»—Eso está bien, sirviente bueno y fiel —le dijo su amo—, súmate a la alegría de tu señor.

»Llegó por fin el que tenía solo un talento.

»—Señor —dijo—, he aprendido a tenerte por un hombre ávido de

ganancias. Tanto es así que, preso del miedo, me apresuré a enterrar tu talento en la tierra: aquí está, aquí tienes tu dinero.

»Pero su amo le respondió:

»—¡Sirviente malo y perezoso! ¡Deberías haber llevado mi dinero a los banqueros y así, a mi regreso, yo lo habría recuperado con un interés! ¡Serás arrojado a las tinieblas: allí descubrirás el llanto y el crujir de dientes de perezosos e ignorantes como tú! ¡Bienaventurados los que reciben un don y lo hacen fructificar! ¡Desgraciado aquel que no hace nada y sigue viviendo gobernado por su miedo y su pereza!».

El abuelo Mata refunfuñaba cuando su mujer contaba esa parábola.

—¡Eso es un elogio del capitalismo salvaje!

—Tú no sabes nada de los Evangelios, impío...

Los abuelos Mata habían acogido a su nieto a la edad de seis meses. Al principio solo se trató de una acogida temporal, mientras durara una gira que había arrastrado al padre y la madre de Raphaël a las islas Vírgenes. Pero al cabo de tres meses, cuando regresaron a Francia, la madre de Raphaël había ingresado en una clínica para arreglarse la nariz y el niño se había quedado en casa de sus abuelos. Lo provisional se había convertido en definitivo. Enseguida se hizo evidente que los padres de Raphaël estaban demasiado ocupados para criar a su hijo, y que este último estaría mucho mejor en casa de sus abuelos. Lucien Mata entregaba una pensión muy generosa a sus padres, les pagaba los servicios de una interina tres veces por semana, se ocupaba de que al pequeño no le faltara de nada y le visitaba los domingos. Nunca se supo qué opinaba la señora Mata de ese acuerdo, puesto que ella nunca expresaba su opinión personal. Era una de esas mujeres dedicadas por entero a su marido y que solo viven para él. La culpa, si es que la había sentido, se borró rápidamente: Raphaël parecía feliz y, además, entre conservar a su marido y ocuparse de su hijo, ella prefería, sin duda, conservar a su marido. En el ambiente en el que se movía Lucien Mata abundaban las tentaciones y era mejor que ella fuera prudente.

Así, todos los domingos, el señor y la señora Lucien Mata iban a visitar a su único hijo, Raphaël. La visita se desarrollaba siempre de un modo idéntico. Un taxi les dejaba a las doce y media del mediodía en Montrouge, frente al número 24 de la calle Victor-Hugo y les recogía a las cinco y media.

Cinco horas por semana en familia. El señor Mata decía que lo importante no era el tiempo invertido sino la calidad. También, apenas habían entrado en el gran apartamento de la planta baja, apenas se habían quitado el abrigo y habían besado a los abuelos, se interesaban por Raphaël. Siempre aparecían con un pastel y un regalo. Con una sonrisa enorme dibujada en la cara. Lucien Mata llevaba un traje arrugado, Yvette Mata un vestido elegante y escotado. Ellos dejaban el pastel y el regalo sobre la mesa y gritaban «Raphaël, Raphaël» por toda la casa, como si salieran a buscar un tesoro perdido. Raphaël se presentaba, decía «¡b'enos días, p'pá, b'enos días, m'má !», mirando a su abuela y frotando los pies uno contra otro. Le daban su regalo y metían el pastel en la nevera. Él tendía un brazo lánguido hacia el paquete y luego lo dejaba sobre la mesa. Nunca probaba el pastel.

Ellos le pedían que les describiera la semana y Raphaël contestaba invariablemente que no había pasado nada. O casi nada, añadía para disimular un poco la agresividad que sentía hacia esos extraños, que pretendían obtener en unos segundos algo que él no contaba más que en una frase dicha de pasada, por casualidad, durante una merienda o un paseo a pie. Nada que pudiera resumirse en unas cuantas sílabas para complacer a sus padres. La abuela Mata tomaba entonces el relevo y recitaba las notas, los comentarios de los profesores, los dolores de estómago, los halagos, los rasguños y la duración de las siestas. Era curioso: todos se ponían a hablar de Raphaël como si aún fuera un bebé.

Él siempre tenía los puños cerrados en su presencia. Torcía un poco la boca y luego ladeaba la mirada, se metía un dedo por el cuello de la camisa blanca que su abuela había lavado y planchado expresamente para ese día, y desabrochaba el botón de arriba. Después se pasaba la mano por el pelo que su abuela había peinado y pegado con brillantina. La pasaba y la volvía a pasar tanto y tan bien que acababa despeinado.

—Rapha... —protestaba la abuela Mata.

—Deja, mamá, deja —decía el padre de Raphaël—. Ahora los niños son así... ¡El desaliño es moda!

—¡Enséñame lo guapo que eres! —decía Yvette Mata extendiendo los brazos hacia él, como si quisiera apropiarse de una golosina prohibida—. Mira, Lucien, tiene el mismo pelo que yo, negro y denso...

Raphaël no dejaba que se le acercaran. Una vez, ella había conseguido atraparlo y él le había hecho una carrera en las medias dándole puntapiés en las piernas. Ella no le había reñido y él tuvo una gran sensación de victoria. Si ella no había dicho nada era porque sabía que estaba en falso. Después, él había sido casi amable con ella.

—¡Sí, pero tendrá mi napia! —decía Lucien Mata, echándose a reír y frotándose el vientre de satisfacción—. Una napia larga y perfecta para los negocios...

Y se ponía a hablar de su última producción cinematográfica. Citaba a los actores famosos que había contratado. Hablaba del rodaje y de los problemas técnicos. Soltaba puyas a unos y piropos a otros, mientras bebía grandes tragos de vino tinto.

—No está mal este vinito, no está mal... La próxima vez, Yvette, recuérdame que les traiga una caja de ese borgoña que encargué en Chez Morel la semana pasada.

Y ese «les» tenía el efecto de una flecha envenenada en la piel del niño, demasiado sensible. Entonces Rapha tenía la impresión de que era pobre y que sus padres le visitaban por caridad. Lucien Mata tenía la altivez de los triunfadores. Trataba a todo el mundo como a un vasallo. Se dirigía a su mujer como si fuera una secretaria, con el bloc de notas sobre las rodillas, garabateando las órdenes del jefe. Preso de su imagen de personaje de productor todopoderoso, él no veía que su hijo apretaba los labios con desprecio. Él hablaba de millones, de contratos, de dólares, de Roma, de Londres, de Los Ángeles, de los caprichos de las actrices jóvenes, de exigencias de las estrellas. Evocaba el éxito atronador de *Love Story* y deseaba obtener uno similar. Hablaba como si estuviera ante una reunión de periodistas ávidos de detalles picantes. Yvette Mata le escuchaba. Bebía sus palabras, se apoyaba contra su hombro, enlazaba sus dedos con los de su marido. Raphaël sentía el cuerpo de su madre aspirado por el cuerpo de su padre y esa atracción le repugnaba. Invariablemente también, Yvette Mata se volvía hacia Raphaël y decía:

—¿Ves? ¡Con todas esas bellezas a su alrededor no puedo dejarle solo! Tengo que seguirle a todas partes si no quiero perderle...

Ella le tomaba por un confidente. Hacía melindres, bajaba la mirada hacia

el servilletero plateado para verificar la firmeza de su barbilla, el cuello sin arrugas, se humedecía los labios y su mirada volvía a contener el oleaje verbal de su esposo. Lucien Mata se hinchaba. Arreglaba el mundo. Hollywood estaba a sus pies. ¿Habían visto su fotografía la noche del estreno de *Demasiado bella para ser honesta*? ¡Una película formidable! ¡Una superproducción franco-italiana! ¿Cómo? ¿No la habían visto? ¡Un hijo de emigrantes españoles toma por asalto el cine francés, y su padre y su madre lo ignoran! ¿Te das cuenta, Yvette?, decía indignado y tomando a su esposa por testigo. Pero entonces, ¿qué periódicos leían?

El abuelo leía *Le Monde*. La abuela nada, aparte de libros.

—Y además no tenemos televisión...

—¡Ah, claro! Si no tenéis tele... ¿Quieres que te la pague yo? —le preguntaba a su madre.

—¡Anda!, para lo que la usaríamos... No, eres muy amable, ya estamos bien así...

—Pero a Raphaël a lo mejor le iría bien... Le mantendría ocupado. ¿Verdad, Raphaël? ¿Tú qué dices?

—Cuando tengo ganas de ver la tele, voy a casa de mis amigos...

—¡Pero qué razonable es mi hijo! —decía Yvette Mata mirándole con cariño—. ¡Nunca me acuerdo de que tengo un hijo tan razonable!

Raphaël observaba el vientre de su madre y se preguntaba cómo había podido quedarse allí nueve meses, sin protestar. Revolvía el guiso de conejo que tenía en el plato y se le quitaba el hambre. La conversación languidecía. Se helaba como la salsa del guiso. La abuela se levantaba para preparar el café. Lucien Mata sacaba dos puros: uno para el abuelo, otro para él. Traían el pastel de la nevera. Raphaël preguntaba si podía ir a jugar fuera. Yvette Mata decía: «¿Ya?, pero si apenas te he visto...». Lucien Mata decía: «Deja, querida, deja... Los jóvenes de hoy son así... Venga, chaval, ve a divertirte. Ve a encontrarte con tus amiguitas...». Le guiñaba el ojo y Raphaël le odiaba. Tiraba del cuello de su camisa como si el suyo fuera a explotar. Se iba dejando el pastel sobre la mesa.

No había nadie con quien jugar el domingo a esa hora. Los demás niños del edificio estaban ocupados o en familia. Bajarían más tarde. Él salía, después volvía a entrar en su habitación por el balcón y cerraba la puerta con

llave. Cogía un libro y leía. O hacía un rompecabezas. A menudo los domingos le regalaban rompecabezas. Tenía que reconocer que esos regalos depositados sobre la mesa del comedor solían ser interesantes. Así había descubierto los discos de Cream, de Santana, de los Who, de los Doors, reediciones de viejos conciertos de jazz, una armónica made in Nashville, una novela de Kerouac, *En la carretera*. Lucien Mata profesaba un amor incondicional por los States, esa era la palabra que empleaba para hablar de los Estados Unidos.

Un día le había traído un enorme rompecabezas de colores, fabricado a partir de una foto suya y de su esposa en Las Vegas, tomando una copa con un cantante, Neil Sedaka. Rapha había reconstruido la escena: el reservado de terciopelo rojo del casino, el mantel blanco, la cubitera con champaña, el gran cuello de la camisa del cantante que dejaba entrever una cadena de oro sobre un torso velludo, la sonrisa radiante de Yvette Mata, el rictus satisfecho de Lucien Mata, con el puro en la boca. Después había cogido un compás y pinchó los ojos de su padre y de su madre, y aplicando un corrector blanco, rellenó cuidadosamente las órbitas sin salirse de la raya. De repente Lucien e Yvette Mata parecían unos idiotas sonrientes. Él había tirado el rompecabezas a la basura, y los idiotas contentos con sus ojos blancos se convirtieron en tiernos, vulnerables, como esos ciegos remolcados por perros labradores por las calles de París.

Raphaël no les reprochaba a sus padres que estuvieran ausentes. Les reprochaba que pretendieran cumplir su papel unas horas a la semana, en domingo. Detestaba la puesta en escena obligada de ese día. El domingo todo sonaba falso. Incluso él. Rapha se esforzaba para que sus abuelos estuvieran contentos. Para no avergonzarles. Temía más que nada en el mundo que sus padres tuvieran la descabellada idea de meterle en un internado.

Todos los domingos eran iguales. Salvo cuando Lucien e Yvette Mata estaban de viaje. En ese caso... ¡era una fiesta! Se iban los tres a explorar París, y Rapha se llenaba la mente de imágenes, de colores, de ruidos, de olores. Cuando llovía, iban al cine. La abuela escogía la película, el abuelo las butacas. La abuela le explicaba quién era el director, qué películas había hecho, y detallaba la carrera de los actores y las actrices si la conocía. Ella tenía sus películas favoritas, que fueron a ver varias veces, como *El mago de*

Oz, de la que se sabía todas las canciones. Se pasaba un buen rato tarareándolas en cuanto salía de la sala oscura. Bailaba en la calle imitando a Judy Garland y al Hombre de Hojalata. O *Cantando bajo la lluvia*, que también la volvía loca. «*Make them laugh, make them laugh, make them laugh!!!*», trinaba, alabando las virtudes injustamente olvidadas de la risa. El abuelo la interrumpía y contaba eso que la abuela llamaba «burradas». Él aseguraba que Clark Gable llevaba tupé, dentadura postiza y taloneras, que había visto fotografías de Martine Carol completamente desnuda y que Brigitte Bardot le había enseñado las piernas «hasta arriba». Fue en *En caso de desgracia*, y estaba tan guapa que uno se creía a las puertas del paraíso. Gabin había empezado como chico del conjunto con Mistinguett, y Montand con Édith Piaf.

—¡Lo cual demuestra que los hombres también pueden triunfar acostándose con alguien! —concluía el abuelo, satisfecho de haber anotado un punto a favor de la causa de las mujeres.

Otras veces sacaba a relucir los nombres de los directores norteamericanos que habían colaborado con McCarthy. La abuela replicaba que el talento no era proporcional a la rectitud moral, ¡y que si para ser un gran artista bastara con ser honesto y valiente, sería algo sabido por todo el mundo! Raphaël estaba sentado entre ambos, silencioso, con los ojos brillantes, los sentidos atentos. A veces la abuela le hacía leer el libro antes de ir a ver la película, y los tres comentaban la adaptación a la gran pantalla. O él escuchaba, más bien. La abuela se indignaba cuando el abuelo no estaba de acuerdo con ella. Se alteraba, y luego se echaba a reír y decía:

—¡Dios mío, por qué me pongo de esta manera! ¡Solo es una película! ¿Verdad, Rapha?

Era ella quien le había puesto ese diminutivo. Y desde entonces todo el mundo le llamaba Rapha. Rapha Mata, quien se convirtió en el héroe de una tira cómica que él dibujaba en secreto en su cuarto. «Rapha Mata y los cuarenta ladrones», «Rapha Mata, buscador de oro», «Rapha Mata y la hija del gran hechicero». Su nombre adquiría sonoridad en su imaginación, y se convertía en un pirata o en un poeta. La abuela le compraba su obra y así le animaba. Así tenía dinero para sus gastos. De las clases de M. Félix, pasó a las de Bellas Artes, a las que asistía los miércoles y los sábados por la tarde.

Rapha no destacaba por su fuerza física ni por sus hazañas en el instituto con las chicas. Él no iba a lomos de una motocicleta trucada, ni deslumbraba a los demás con su cultura. Pero tenía algo más y ese algo no lo tenía ninguno de los chavales del edificio. Una chispa que brillaba en su mirada y le iluminaba y cuyo resplandor salpicaba a su interlocutor. A su lado, uno se sentía distinto, más inteligente. Hay personas así. Cuando les hablas, sabes encontrar las palabras exactas. Tienes las ideas claras, precisas. Te conviertes en brillante, incluso. En su presencia creces unos centímetros. Raphaël Mata era de esas personas. «Cuando yo hablo, él me entiende —solía decir Clara Millet—. Y cuando habla él, yo aprendo. Con Rapha soy inteligente. Siempre».

Solo había una chica a quien aparentemente Raphaël Mata no impresionaba. Lucille Dudevand. Pero a Lucille Dudevand le impresionaban pocas personas y pocas cosas.

Cuando llega a casa después de dejar a su hermano, Clara tira las llaves de su apartamento en la cestita de la entrada. La portera ha pasado el correo por debajo de la puerta y Clara se agacha para recogerlo. Facturas, facturas y más facturas. Tendrá que ponerse a trabajar. O tendrá que dejar pasar a los funcionarios judiciales. Clara Millet forma parte de esas personas que solo trabajan cuando no tienen otro remedio. El hombre de las cavernas, explica ella, curraba cinco horas a la semana, el tiempo necesario para abastecerse, si no jugaba a las tabas, pintaba o follaba. Yo, yo trabajo cuando la necesidad me acucia. Pero la necesidad se hace cada día más opresiva. Su apartamento es grande, está vacío y es todo blanco. Se ve a la legua que es un apartamento de soltera, se dice, derrumbándose sobre un sofá. Es inmenso y sin embargo aquí no hay sitio para un niño.

Clara Millet tiene alma de chica frívola. Le gustan las historias bonitas que terminan bien, los príncipes y las princesas que se casan al final. Ella sabe que todo eso no son más que señuelos y gaitas, pero es más fuerte que ella. Ella, que se vanagloria siempre de tener los dos pies en el suelo, es la primera en irse por las nubes. No le gusta que se lo digan, y se defiende. «Al menos podemos soñar, si no la vida es demasiado triste y además, a veces, los sueños se cumplen...».

Cuando sube del sótano después de haber escogido un buen vino, deja las

dos botellas sobre la mesa de la cocina y se deja caer en una silla. Y se repite en voz muy baja, varias veces, para convencerse: él ya no es el Rapha que conociste y, aunque lo fuera, no olvides nunca lo que te ha hecho. No olvides nunca el dolor que has acumulado por culpa suya, y que él borra cada vez que aparece, cada vez que tú vuelves a creer que todo es posible, de nuevo. No olvides tampoco que vosotros dos tenéis cuentas pendientes. Él te obliga a pagar por el otro sufrimiento, ese que tú le provocaste cuando eras joven y despreocupada, cuando vivías peligrosamente y creías que te bastaba con reaparecer para que él lo olvidara todo, ese tormento que él calcula como un usurero implacable y que te obliga a pagar céntimo a céntimo.

Sí... pero también estaban todos esos años pasados junto a él, que Clara no conseguía olvidar. Esos días en que deambulaban por las galerías, los museos, los cines, los cafés. Él le regalaba todo su saber, ella le señalaba con el dedo una fuente barroca en la esquina de una calle o una paloma prisionera en el escaparate de una panadería. Cuando él dudaba si presentar sus primeros dibujos a las galerías, era ella quien le empujaba hasta la puerta. Cuando ella dudaba, él la animaba a tener confianza en sí misma. «No sufrir», esa era la divisa que él había pintado sobre una gran tela blanca. No sufrir... Las noches en las que se quedaban despiertos hasta las tres o las cuatro de la madrugada. Hablaban, reían, se acariciaban, se contaban sus heridas íntimas. «Yo ya no podría vivir el amor después de ti —le confiaba ella en plena noche—, porque ya no tendría nada nuevo que contarle a otro. Y no tengo ganas de repetirme». «Cuéntamelo todo, cuéntamelo todo —insistía él—, así estoy seguro de no perderte». Ella le susurraba al oído: «Y tú, ¿podrías querer a otra?». Él no contestaba. «Contéstame, Rapha, contéstame». «No necesito contestarte, ya lo sabes...». «¿Ni siquiera a Lucille, a Lucille que es mucho más guapa que yo?». «Lucille es perfecta, es verdad, pero tú... Dan ganas de atarte y darte vueltas como a un pollo. Siempre. A todas horas...». Ella se sentía segura y suspiraba. Prefería inspirar deseo que respeto. Nunca había sabido qué quería con Rapha. Le amaba, pero también quería descubrir el mundo. «¿El mundo entero?», preguntaba él, divertido e inquieto. «El mundo entero», contestaba ella muy seria.

Clara había conocido mucho mundo y, un buen día, Rapha se había ido.

Con otra, le había anunciado, impasible. Ella nunca supo quién era esa otra, no había querido agravar su dolor, añadiendo la imagen de una rival. Clara se había ido a Londres. Se había encontrado con Philippe que entonces empezaba a trabajar con sus socios ingleses. Ella había asistido a clase en la London School of Design. Al volver a París, se había mudado varias veces y prohibió a sus íntimos que pronunciaran el nombre de Raphaël Mata. «Es el único modo de curarme. El único. Tú ya lo sabes, cómo me curo yo...», le había confiado a Philippe.

El silencio había sido respetado. Ella no había vuelto a tener noticias de él, hasta un día en el que se habían vuelto a ver y todo había vuelto a empezar. Para terminar enseguida, y después volver a empezar y luego parar. Ella ya no entendía nada. Se contentaba con amarle y sufrir. Llenando los dolorosos vacíos de sus ausencias con presencias pasajeras a las que se pegaba, sin darles importancia. Les llamaba sus «amantes útiles». Útiles para olvidar su pena, útiles para darle la vuelta y despertarla de su torpeza, útiles, también hay que decirlo, para sus negocios. Ella había comprendido que en este mundo de hombres, una mujer sola nunca llega muy lejos. A no ser que reafirme a todas horas su singularidad y su poder, y ella no se sentía lo bastante fuerte. Ella necesitaba protectores. A veces incluso se enamoraba. Esperaba junto a un teléfono que no sonaba. Pero en cuanto sonaba el timbre, el amor se evaporaba. El hombre caía rodando de la misteriosa nube a la que ella le había elevado. Esto no es amor, constataba, disgustada. Tampoco será este hombre quien conseguirá que le olvide. Y además..., en cuanto comparaba a Rapha con el amante útil, Rapha se imponía. Es así, suspiraba Clara. ¿Qué es lo que hace que un ser tenga valor a ojos de otro? ¿Qué es lo que hace que ciertas personas sean tan indispensables como el aire que respiramos?

Ella había crecido con Rapha, los dos eran como un solo y único sarmiento de viña nudoso, formado por dos pies que se entrelazan uno sobre otro, uno alrededor del otro. Ambos se habían nutrido, estimulado, se habían ayudado a impulsarse hacia lo alto, hasta el cielo. Hay personas que tienen la mente amplia y otras, estrecha. Hay personas que dejan entrar la vida, el soplo de la lejanía en sus mentes amplias y abiertas, y también están todos esos que se encierran y si convivimos con ellos, acaban por acartonarnos, por

encogernos, por doblarnos en cuatro. Siempre acabamos pareciéndonos a lo que los demás piensan de nosotros, había leído Clara un día de la pluma de un escritor sudamericano. Ella quería parecerse a lo que Rapha pensaba de ella.

¡Deja de ser ingenua, pobre infeliz! ¡Deja de ser ingenua! ¡Pobrecita! ¡La vida no es una caja de chokolinas, lo sabes muy bien! ¡Tú, que alardeas de mirar la realidad de frente: abre los ojos! Ve con cuidado. ¡No vuelvas a permitir que te tenga y que vuelva a tenerte cuando le plazca!

Suena el teléfono, pero ella no se levanta para descolgar. ¿Y si fuera él, para decirle que no vendrá? El contestador está en marcha y Clara deja que el mecanismo se active. Va lentamente hacia la mesa donde están el contestador, el fax y la fotocopidora de color que acaba de comprarse. Una Canon de 1690 francos, una auténtica ganga. Una voz llena la estancia.

—¡Clara, soy Lucille! He vuelto esta mañana de Nueva York, por eso no te he llamado antes. La presentación ha ido muy bien. ¡He conseguido toneladas de páginas en la prensa! Un éxito... Claro que iré a cenar el viernes. ¡Telefonéame a casa esta noche si quieres, pero no muy tarde! ¡Chao! ¡Chao!

Al lado del contestador, está el fax y, al pie del aparato, se enrolla el papel formando un gran tirabuzón. Clara se agacha para recogerlo, se instala en su mesa y alisa el papel con las dos manos.

Ha reconocido la caligrafía de Joséphine y sonrío. Echa de menos a su amiga, desde que esta se fue a vivir a provincias, a Nancy. Su marido, Ambroise de Chaulieu, ha montado allí una clínica cuyo volumen de negocio, floreciente, exige su presencia a tiempo completo. Joséphine se resistió durante mucho tiempo y siguió viviendo en París con sus tres hijos. Luego tuvo que hacerse a la idea y la pequeña familia volvió a reunirse en Nancy. Clara fue a hacerles una visita cuando acababan de instalarse. Ambroise, a quien su mujer llama «Paré»^[1] en tono de burla, no había hecho las cosas a medias; había alquilado un bonito apartamento en el centro de la ciudad, con techos altos, chimeneas de mármol y carpinterías barnizadas. Joséphine se ocupa de sus hijos, de su casa, y prepara mesas impecables para cenas impecables, con la ayuda de una asistente tan corpulenta como generosa; pero acumula un aburrimiento que nada parece mitigar, salvo ese amor sincero que

transmite a sus tres críos que ella llama «mis bebés» y de quienes se ocupa con perseverancia. Por teléfono se queja a menudo de la monotonía de su vida y siempre promete detalles «picantes» que no llega a contar, interrumpida por cualquiera de sus hijos que se le sube encima o llora. Clara no entiende que se deje invadir de ese modo por su progenie. «¿No puedes ahogarles mientras hablas conmigo?», le sugiere a su amiga que responde, ofuscada, que eso no tiene ninguna gracia. Joséphine pierde todo el sentido del humor cuando se trata de bebés. Aunque acepta confiar el cuidado de su casa a una tercera persona, es impensable que abandone su puesto al lado de sus hijos. Lo mismo debe de pasarles a todas las madres cariñosas y devotas, se dice Clara, nostálgica de esa condición que no conoce y de esa madre de la que guarda un recuerdo bastante vago: una silueta larga y morena, que toma el sol casi desnuda en el balcón, con su melena negra peinada hacia atrás y su bonito rostro vuelto hacia los rayos del sol. Clara podía espiar a su madre, cuando esta se ofrecía de ese modo; si no, no se estaba nunca quieta, salía, volvía a entrar, y besaba distraídamente a sus hijos, antes de encender un cigarrillo y abalanzarse sobre el teléfono. «Mamá es una corriente de aire», decía Philippe. «¿Qué es una corriente de aire?», preguntaba Clara. «Algo que pasa muy deprisa y que no se puede atrapar...».

Clara recoge el rollo de papel del fax, apoya los pies encima del enorme sobre de la mesa y empieza a leer:

Mi querida Clarinette:

Aprovecho un momento de libertad para garabatearte unas líneas... y para estrenar el fax que Paré ha traído del despacho. Podría escribirte un montón de cosas que no me atrevo a cuchichear por teléfono, por miedo a que mis frases vayan a parar a oídos de un crío. No me gustaría que se iniciaran en la vida con mis retorcidas ideas en sus inocentes cabecitas. ¡SIN FUTURO escrito en mayúsculas sobre sus pañales! Vamos a recuperar esa vieja tradición francesa de las tarjetas postales. ¿Sabías que en los tiempos de Flaubert había cinco entregas de correo diarias? Prométeme únicamente que no guardarás estos faxes, que se autodestruirán en cuanto los hayas leído, si no yo refrenaré mis ardores y me censuraré, lo cual sería una lástima, como podrás constatar más adelante...

Hoy es un domingo normal: Paré duerme delante de la tele, con una lata de cerveza sobre la barriga, y mamá, que está en casa ahora mismo, se ha llevado a los bebés de paseo. Abro un paréntesis: cuando mamá está aquí, Paré es otro. ¡Está contento, pone los codos encima de la mesa, se quita la corbata al llegar, e incluso se ríe a carcajadas; ella le prepara guisos, le prohíbe hablar del trabajo, le mete prisa, y él la deja hacer, maravillado! Incluso se vuelve tratable, lo cual, en un marido, es importante. Yo acabo diciéndome que se ha casado conmigo por mi madre. Un día me lo encontraré con la nariz enchufada entre sus pechos. Fin del paréntesis.

¡En fin! Por una vez que tengo derecho a unas horas de descanso, las voy a pasar contigo y haciendo eso que me proporciona más placer: escribir. ¿Sabes?, he empezado un diario, pero tengo tanto

miedo de que Paré lo encuentre que lo escondo y luego no lo encuentro. Entonces empiezo otro... y lo pierdo. ¡A Paré le dará un ataque si los encuentra todos cuando me muera! Según he leído en los diarios de las jovencitas del siglo XVIII a los que soy particularmente aficionada como ya sabes, yo debería estar ocupada con una labor, un bordado o un remiendo cualquiera, útil para el mantenimiento de la casa, pero esos tiempos ya pasaron y yo prefiero coger la pluma y disertar contigo. No sé si alcanzaré la perfección de estilo de esas grandes damas que me han precedido, Madame de Sévigné, du Deffand, de Genlis y otras comadres burlonas (¡qué malévolas eran entre ellas!), pero trataré de hacerlo lo mejor que pueda. ¡El idioma ya no es el mismo, desgraciadamente!, y me costará mucho igualar su elegante brillantez: tachín, tachán.

Mi vida es tan aburrida que no sé qué contarte que pueda interesarte. En Nancy no pasa nada o casi nada. La tienda de la esquina de casa (esa donde te gustaba tanto ir a comprar clavos y destornilladores) ha cerrado: la sustituirá un McDonald's. Yo ya les he prohibido a Arthur y a Julie que vayan, les he enseñado unas fotos de niños norteamericanos obesos, que he pegado en la nevera. Julie ha hecho una mueca, he ganado. Arthur se ha mostrado más escéptico, ya está contaminado por sus amiguitos del colegio. En cuanto a Nicolas, ha señalado las fotos con un dedo embadurnado de compota, cocinada con todo mi amor, y ha dicho «¡malo, malo!». En la última cena en casa de M., el subprefecto de policía, se comentó que la mujer del notario tenía un lío con ese médico joven recién llegado de París, ¡ese que yo llamo doctor Hélice, porque siempre va con prisas! Es un hombre joven, guapo y corpulento, con unos labios gruesos y rojos y una mirada brillante. Ellos especulan sobre su presa y yo examino a esa bonita yegua con envidia. ¡Hay que reconocer que resplandece y que balancea la grupa emitiendo signos de voluptuosidad triunfante!

Yo, en un terreno más prosaico, he tenido que entrar mis plantas de tomillo porque corrían peligro de helarse, y decoran de maravilla el borde de mi fregadero. Ambroise me ha regalado una antena

parabólica para el tejado. Él finge que es para que me distraiga y para sustituir a París. Yo sé perfectamente que es para que él pueda ver sus partidos de fútbol, de tenis, de golf, etc. ¡La hipocresía conyugal o el arte de engañar al cónyuge haciéndole creer que es por él por lo que uno se procura un regalo que no sabría como obsequiarse a uno mismo! ¿Te acuerdas de cuando me hacías prometer que nunca sería ingenua? He recordado tus consejos. ¡Mantengo los ojos muy abiertos! ¡No como esa torpe de Agnès, que se dedica a salvar su pareja llenando esos cuadernitos de quejas! ¡La pareja no puede salvarse, porque la pareja es antinatural, y punto!

Lamento muchísimo haber dejado París, esos espectáculos y esa luz sobre el puente de las Artes cuando se pone el sol. Aunque yo, con mis tres niños, no tendría tiempo para disfrutar de París... ¡Ellos están mejor aquí que entre los efluvios de los embotellamientos parisinos! Tienen unas preciosas caritas sonrosadas, duermen como troncos y devoran los guisos variados que yo les preparo. En la mesa, les leo las Máximas de La Rochefoucauld o Pelo de zanahoria. No siempre me entienden. Pero a mí no me importa y así me evado. Seguro que retendrán el giro de alguna frase o de alguna idea. ¿Te acuerdas de lo que decía la abuela Mata sobre la cultura impresa en el cerebelo? ¡Tenía toda la razón, esa abuela tan vital! A menudo pienso en ella cuando me ocupo de mis bebés. ¡Ella siempre nos decía que una mamá es insustituible, y tenía mucha razón!

¡Ah, sí! No sabes la última: ÉL quiere otro hijo. ¡Como si no hubiera bastante con tres! ¡Dice que con cuatro se consideraría un hombre completo! ¡Ante lo cual le repliqué que yo me consideraría una mujer destrozada! No le gustó. Odia que me haga la graciosa. Tiene la impresión de que le planto cara. Levanta una ceja asombrado y me acusa de feminista. ¡Para Paré, una mujer que piensa es una sufragista peligrosa! Ella solo debe usar su criterio para cuidar de su casa o balbucear algunas frases que honren a su marido. Sin embargo, ¿te acuerdas de con qué admiración beatífica me cortejaba cuando nos conocimos en la facultad? ¿Con qué elaborado fervor se ocupaba de los dos cuando repasábamos juntos

las lecciones? ¡Cómo nos abrazábamos cuando nuestros nombres aparecían en la lista de los aprobados! ¡Y los planes que hacíamos! Yo tenía la impresión de ser su igual en aquella época. Una pareja de verdad. El matrimonio se ha encargado de borrar todo eso. Ya no soy más que la señora de Ambroise de Chaulieu, una pelvis que alumbraba bebés guapos, y basta.

Voy a decirte una cosa: ¡a veces le odio! O para ser exacta, odio su pedantería masculina. Me parece que los hombres no me gustan. O en todo caso me gusta su sexo, nada más. No les respeto como seres humanos. No me gusta la forma como tratan a las mujeres cuando no están seduciéndolas. Cómo se pavonean o alardean con esas mentiras tan floridas para llevárselas a la cama. ¡Ah, ese aire que adopta para hablar de sus negocios (los de su clínica)! ¡Se diría que gobierna Francia! O el desorden que deja allí por donde pasa, como si fuera normal que una mujer vaya detrás, recogiendo, esa actitud satisfecha con que se levanta de la mesa sin preocuparse nunca de colaborar (sobre todo el fin de semana, cuando no tengo a nadie que me ayude), los memorandos que me garabatea por las mañanas, con una lista enorme de cosas que hacer, como si yo fuera su secretaria...

Mi rabia se alimenta de muchos detalles insignificantes: ¡después de usar el retrete nunca baja la tapa! ¡Nunca! ¡La tapa está siempre subida! ¡Firmes! Y cuando detecto actitudes idénticas en Arthur (¡Nicolas todavía es demasiado pequeño!), ¡se me ponen los pelos de punta! ¡Pero me controlo, no quiero influir en mi hija, ni provocar que sienta asco por el sexo masculino! Pero las posibilidades de que lo consiga son escasas. El otro día, Julie suspiró al salir del retrete: «¿Por qué los chicos no bajan NUNCA la tapa cuando terminan? ¿Por qué siempre nos toca hacerlo a nosotras, las chicas? ¿Somos sus criadas, o qué?». ¡No pude evitar ponerme a reír! Pero al mismo tiempo, me dije que la niña repetía lo que había oído. Lo que había oído de MI boca. ¡Julie imitaba mi rabia, a los ocho años! Sentí un escalofrío en la espalda...

Sin embargo, mi Paré es un buen hombre. No es malo, ni tacaño, ni cruel, ni un borracho, ni un donjuán. Me quiere, estoy segura, pero

es un hombre. ¡Aquí está el quid! No me permite el menor espacio. El otro día, cuando le dije que tú me habías enviado un libro, ya sabes, el diario de Eugénie de Guérin, me miró, sorprendido, y me dijo: «¿Para que lo leas? ¡Eso está muy bien, querida!». ¡Oh, ese tono paternalista, como si yo fuera una especie de salvaje analfabeta con un hueso en el pelo y un taparrabos de rafia alrededor de la cintura! Entonces, para vengarme, decidí... gravarle. Con un nuevo impuesto doméstico, lo bastante indoloro como para que no se dé cuenta, pero lo bastante consistente como para calmar mi resentimiento. Por cada afrenta, le birlo cien, doscientos, trescientos francos... del bolsillo del pantalón. O le quito su tarjeta de crédito (él nunca repasa los extractos). Eso me calma, disipa mis arrebatos de ira y recobro mi amor propio que, como decía el viejo La Rochefoucauld, es la base de todos nuestros sentimientos. ¡Ah, maridos imbéciles, si mimarais un poco más el amor propio de vuestras esposas, habría menos divorcios, menos adúlteras y menos rencores perpetuos! Algunas veces incluso dice: «¡Oh, no lo entiendo! ¡Esta mañana he sacado mil francos del banco y casi no me queda nada!». Yo le miro, con fingida ternura, y le digo: «¡Pero cariño! ¡Si dejaras de meterte el dinero de cualquier manera en los bolsillos, no lo perderías!». Él me mira como Arthur cuando se le escapa el coche teledirigido. ¡Si supieras la voluptuosidad que siento mintiendo con tanto aplomo! Es como si otra se apoderara de mí, como si me desdoblara, como si hiciera teatro... Me he convertido en una experta en mentiras conyugales. Le halago de forma exagerada. Casi vulgar. Le digo que es el más inteligente, el más dotado, el más hábil de la clínica, que a los cuarenta años tiene el cuerpo firme y duro como un joven, y ni una cana. Le escucho con los ojos muy abiertos de una mujer deslumbrada y, después, le puedo pedir todo lo que quiera. Pero antes, hay que haberle hecho la pelota a Su Alteza Zizi I. Debo reconocer que, aunque me he convertido en una experta en este juegucito, a veces también me doy asco a mí misma. Nunca debería haber dejado los estudios para casarme. Es lo que le repito hasta la saciedad a la pequeña Julie: «¡Sé independiente, hija mía!». Ya sé

que solo tiene ocho años, pero hay que empezar pronto.

Con el dinero de mis impuestos conyugales, me regalo pequeños placeres: le doy cien francos a un vagabundo (¡imagino la cara de Ambroise si me viera!), me compro trapos, cremas para la cara y el cuerpo, perfumes, libros (toneladas de libros), CDs. El otro día me compré una lata de caviar que saboreé completamente sola por la tarde, acompañada de una botella de champán y blinis. Había puesto un bonito mantel individual en la mesa del comedor, saqué la plata, puse un CD de la Callas y disfruté deleitándome en cada grano, densísimo, crujiente y sabroso. Julie y Arthur estaban en el colegio. Nicolas dormía. La señora de la limpieza estaba enferma. SOLO aspiró a eso: a estar tranquila. A no ser utilizada a placer. Pero ese respiro ha durado poco. La señora Ripon (la asistenta) ha prolongado la baja. ¡Ahora yo tengo que hacerlo todo! ¡La casa, la plancha, la cocina y los niños! ¡Una auténtica película de terror! ¡Habría sido capaz de cortarlos a trozos a todos! ¡Sobre todo cuando me di cuenta de que me volvía maníaca y quería que todo brillara! ¡El blanco inmaculado de la casa me tranquiliza y si alguno deja caer una miga en mi obra perfecta, me convierto en una arpía! ¡El otro día, Paré quiso «chamuscar» una costilla de buey en MI cocina inmaculada y lo manchó todo de salpicaduras de grasa! Le habría matado. Me parece que también es porque ya no me ataca... ¿Sabes lo que hago, por la noche, cuando él ronca a mi lado? Me acaricio. Me retuerzo de placer a su lado y ni siquiera eso le despierta. Después me quedo triste y lloro. Me digo que llevo una vida miserable, una vida de mujer frustrada, ociosa, una vida que no es útil para nadie, solo para mis bebés.

EN CUANTO LO HAYAS LEÍDO, DESTRUYE ESTE FAX, POR FAVOR.

Tranquila: solo permito que explote mi rabia contigo. Incluso te asombraría mi dualidad. Si me vieras... ¡Soy perfecta como esposa ejemplar! Como escribía Madame du Deffand, hablando de su vieja rival Madame du Châtelet: «Madame se ocupa con tanto tesón en aparentar lo que no es, que ya no se sabe lo que es en realidad». A

veces me hago esa pregunta, lo cual me sume en una dolorosa agonía que me destroza el cerebro. Pero, a veces, se rasga el velo de las apariencias y entonces lo hace con una violencia tal que me pregunto si verdaderamente es una solución...

El otro día, por ejemplo...

Imagínate que tuve que ir a casa de la madre de Ambroise, a Estrasburgo. Por una turbia historia de dinero. Ya sabes que sus padres son muy ricos. Pero muy ricos. Les sale el dinero por las orejas y por los agujeros de la nariz. Pero, como buenos franceses, lo ocultan y hacen un auténtico tráfico con sus millones. Tienen cuentas en todas partes: en Panamá, en Suiza, en los Estados Unidos, en Canadá. A veces me digo que les denunciaré a Hacienda. ¿Te imaginas el pánico en casa de los Chaulieu? Pero bueno..., me calmo. Bien pues, como se acerca Navidad, la abuelita quería hacernos un buen regalo, pero no quería hacer un cheque, y mucho menos una transferencia bancaria o un giro postal (¡podría saberse!). El dinero debe seguir oculto, y circular escondido entre pilas y pilas de sábanas. Por lo tanto la criada, con su hueso en el pelo y su taparrabos de rafia, ha tenido que ocuparse de todo e ir en tren hasta Estrasburgo para ir a buscar el dinero de la abuelita. Ambroise Paré estaba demasiado ocupado para perder unas horas, y además necesitaba su coche (el mío estaba en el mecánico... ¡No está mal el mecánico! ¡Cuando le veo, enjuto y tieso con su mono de trabajo, las manos llenas de grasa, y con esa mirada dura que me repasa de arriba abajo, porque confundo bielas con bujías, me derrito! Me pregunto qué me haría si un día YO le tirara sobre la mesa de trabajo. Tengo unas ganas de probarlo...). Él me da la orden de «espabilarme para que alguien se quede con los niños» y largarme a Estrasburgo a recoger la pasta.

Yo me trago la cólera y acepto, prometiéndome hacerle pagar muy cara esta nueva falta de consideración. Tú ya sabes, además, que tengo una relación exquisita con la abuelita. Ella nunca ha digerido el hecho de que su hijo se haya casado conmigo, que no tenía un duro, ni ningún antepasado lo bastante prestigioso como para figurar

en un marco dorado del comedor familiar, al lado de todos esos viejos corruptos. (¡No puedo evitar pensar que he revigorizado la raza con mi sangre de proletaria!). ¡Que haya nacido en Montrouge de padres panaderos le sienta muy mal a la anciana de buena cuna que ella se vanagloria de ser! ¡Tendrías que ver cómo le habla a mi madre cuando coincide con ella! ¡Un choque de culturas! ¡Y esa madre que tengo añade comentarios como «¿No es tierna mi barra de pan?» para poner de los nervios a esa estirada!

En el tren, pues, voy dándole vueltas. Miro mi imagen en el cristal del vagón y pienso que mis mejores años están a punto de desaparecer bajo mis narices. Como el vagón está prácticamente vacío y yo estoy harta de consumirme en un compartimento desierto, voy a instalarme al vagón bar. Pido un té. (¿Verdad que es raro que el té del tren sea tan bueno? ¿Te has fijado? Aunque sea un té de bolsita servido en tazas de plástico...). También un pedazo de pastel que sienta bien al cuerpo. Desenvuelvo el papel celofán de mi pastel con un cuidado infinito, porque no quiero desperdiciar ni una miga, cuando levanto la mirada como si hubiera olfateado una ganga, y veo a un joven bastante apetitoso. Debe de tener unos veinte años. Alto, desgarrado, sombrío, con una cabellera rubia que le cubre el cuello, hombros anchos, vientre plano, ojos grises, y una boca glotona que yo imagino de nuevo entre mis piernas, un jersey azul marino con cremallera y cazadora de cuero negro. El conjunto, Dios mío, es bastante perturbador. Nos miramos. Yo no bajo los ojos. Es él quien cede primero. Yo vuelvo a coger mi pedazo de tarta, y me chupo los dedos con glotonería, sin dejar de mirarle. Escondo el vientre, me ahueco las mechas. Le oigo pedir una cerveza al chico del bar, después viene a sentarse... a mi lado. Yo no chisto, me quedo absorta en la contemplación del paisaje. «¡Oh, Mosa adormecedor y dulce de mi infancia!». Él se acerca, presiona su pierna sobre la mía. Yo no me muevo. Él acerca todo su cuerpo al mío. Para estar seguro de que yo consiento en silencio. Yo sigo sosteniendo mi trozo de tarta pegajosa entre los dedos, pero ya no sé qué hacer con él. El chico del bar habla con un colega a lo lejos, y nos da la espalda. El paisaje

desfila y nosotros estamos solos, totalmente solos. Yo siento un deseo loco que me abrasa los riñones. Solo pienso en eso. Que me posea. Que me aplaste. Sentir su carne dura y fuerte en la mía...

Ya lo sé, cariño, ya lo sé. Tú opinas que esto no es razonable con los tiempos que corren. Que uno no debe dejarse llevar por el placer, ni bajo pena de muerte. ¡Pero tenía tantas ganas! Y además, ¿qué vale más la pena? ¿Morir por el fuego suave de la olla a presión o partir como un torbellino hacia las llamas del deseo?

Para ser franca, yo ya ni pensaba siquiera. Me ardía la cintura, tenía los labios hinchados de deseo, la nuca rígida y los senos como piquitos de polluelos que reclaman su pitanza. Olfateaba al macho errante de la sabana. ¡Y deseaba ser una leona, una tigresa o una jirafa, aplastada por el vientre de la fiera en celo! Nos levantamos. Sin decir nada. Soldados uno al otro. Cada traqueteo del tren nos separa y luego nos proyecta uno contra otro. No había nadie, ya te digo, nadie. Como primer revés me agarra por el pelo y me besa con tal violencia que yo me dejo aspirar toda entera. Entramos en el primer compartimiento vacío. Cerramos la puerta con llave y fornicamos hasta hartarnos hasta Estrasburgo...

¿ME PROMETES QUE DESTRUIRÁS ESTE FAX EN CUANTO LO HAYAS LEÍDO? Cuando llegamos a Estrasburgo recuperamos la compostura. Sin hablar. No habíamos pronunciado ni una palabra, aparte de groserías, obscenidades muy sabrosas, y órdenes divertidas que te retuercen el vientre y te vuelven aún más sumisa, más voraz, más apática. Salimos del compartimiento sin decirnos adiós, ni hasta pronto, ni cómo te llamas u otras bobadas por el estilo. Yo salté alegremente al andén y luego al taxi. Me olfateé, olía a sexo y a lujuria. La abuelita tiene el olfato muy fino y yo disfruté imaginando su cara de perplejidad. No fallé: ella me besó apartando la cabeza y me pidió que me vistiera para la cena de esa noche. Los Machin y los Trucmuche estaban invitados. Yo me alegré mucho de ahorrarme una conversación íntima con los suegros y le prometí asearme al momento. Tenía ganas de estar sola para volver a ver la película. Me metí bajo la ducha y enjaboné ese cuerpo que, hacía apenas unos

minutos, se retorció bajo el de un desconocido. Cerré los ojos, y solo con ese recuerdo me puse a gozar, a gozar tanto que acabé derrumbándome en la pila de la ducha. Feliz. Pura. Inocente. Limpia de todo resentimiento, de toda frustración. Llena de amor y de reconocimiento por la raza humana, y por el hombre en particular. Desde la habitación, telefoneé a Ambroise y le susurré palabras de amor, palabras dulces, palabras sucias. Él, evidentemente, no entendió nada y la conversación derivó a los niños.

Me reuní con la abuelita y el abuelito media hora más tarde, en el salón glacial (no encienden la calefacción para ahorrar), perfecta con mi vestido negro y un collar de perlas (conozco los gustos de la vieja dama). Intercambiamos unas cuantas banalidades. El abuelito ajustaba el reloj Luis XVIII de la chimenea para distraer su ansia loca de whisky (solo tiene permiso para beber en presencia de los invitados). La abuelita verificaba la distribución de la mesa y hablaba de un invitado de última hora que habría que colocar. ¡Bien!, pensé yo: una presa nueva para llevarse a la boca. Yo disfruto observando a sus amigos. ¡Son tan convencionales, con unos culos tan prietos, como auténticas caricaturas! ¡Te aseguro que votan todos a Le Pen! ¡Si dices «árabe» o «judío», es como si dijeras «polla, porreta, cojón»! Sonó el timbre. Rosette, la criadita mauriciana (solo toleran a los Negros cuando son criados mal pagados), abrió, e irrumpieron los Machin seguidos de su retoño, que, ya lo has adivinado, ¡no era otro que el chico del vagón bar!

—Este es Arnaud, que acaba de llegar en tren —explicó la señora Machin para excusarse por imponer a un invitado imprevisto.

—¡Qué gran idea haberle traído! —replicó la abuelita—. ¡Es curioso, mi nuera también acaba de llegar en tren!

¡Ah, ah, ah!, exclamaron las viejas arpías agitando sus joyas. Yo, a sus espaldas, observaba a Arnaud. Llevaba americana, corbata y camisa blanca y, flanqueado por sus padres, tenía un aspecto perfectamente inocente. Me dijo: «¡Buenos días, señora!» tirando de la manga de su camisa. Yo contesté: «Buenas tardes, Arnaud» representando el papel de nuera modelo, y le ignoré durante toda la

velada. Me costó reprimir un ataque de risa cuando oí a su madre llamarle «Nono». Él pareció molesto, pero no rehistó. En un momento determinado soltó una palabrota y su madre le reprendió con una sonrisita forzada. Él no se excusó, me lanzó una mirada sombría, y yo volví a sentir una bola de fuego en las entrañas. ¡Por poco le arrastro al retrete de la abuelita y volvemos a empezar! Pero continuó la conversación sobre el mejor sitio de París para encargarse que te coloquen lamas de acero inoxidable en los viejos cuchillos de plata, que no pueden ir al lavaplatos. (En Murgey, querida, boulevard Filles-du-Calvaire, 20. Si dices que vas de parte del restaurante L'Essile, te hacen descuento. ¡Todo ahorro es importante!).

Aquí tienes, cariño, un vistazo a mi pequeña vida de provincias. Paso del tedio al ardor, del aburrimiento conyugal a un tremendo estremecimiento. «El equilibrio engendra inercia. Los cambios nacen del desequilibrio». Es un antiguo proverbio hebreo que creo que me va muy bien. ¡Por lo tanto, al diablo la prudencia y las buenas maneras! Pero veo que el bueno de Paré se despierta de la siesta. Ahora dará un bufido y dejará la lata en la alfombra. Corro a socorrerle... (¡¿A él o a la alfombra?!).

¿Te das cuenta de que le quiero más cuando he podido hacerle sufrir? Tengo la impresión de que volvemos a estar en plano de igualdad, de que existo como persona. ¿Qué es el amor, cariño mío? ¿Y el deseo? ¿Van juntos los dos? ¿Lo sabes tú, tú que te das bandazos con tu Rapha sin terminar nunca de decidirte (decidiros)? ¡Te prometo que yo me lo comería de un bocado si me lo encontrara en el tren y no te conociera! Va por ahí con un aire de «acabo de levantarme de la cama donde he follado con pasión», que me despierta el apetito desde que se me hizo la boca agua a la tierna edad de trece años. ¡Pero tú eres amiga mía y eso, eso es sagrado! ¡Ni ver, ni tocar!

Llegaré el viernes próximo. Espero que Lucille y Agnès también estén. ¿Podré dormir en tu casa? Así, seguiremos jugando a hacernos confidencias...

Dale un beso a Lucille si la ves antes del viernes. Y a la buena de Agnès. ¡Saluda a Philippe con un beso en el cuello y la mano en la bragueta! (No, es broma, pero qué quieres, tengo demasiada energía sexual para gastar...).

Acabará esta carta mañana, lunes, y te la mandaré corriendo por fax. Entre tanto, muchos besos cariñosos de una amiga que te quiere, que te quiere y que te quiere...

Joséphine

P. S.: Lunes, nueve de la mañana. Julie tiene cuarenta de fiebre y estoy esperando al médico. Se ha estado quejando toda la noche y yo la he consolado entre mis brazos. Ella repetía «mamá, mamá» y se pegaba a mí, y yo no sabía qué hacer. ¡Ambroise estaba como loco y recomendaba tonterías! Yo lloraba y la abrazaba contra mí. A la pobre cría le cuesta respirar y yo estoy histérica... Te añado unas líneas en cuanto el médico se vaya. ¡Ah, el episodio del tren me parece muy fútil en comparación con lo que siento esta mañana!

¡DESTRUYE ESTE FAX, ES UNA ORDEN!

P. S. 2: Jueves por la mañana: ya está, todo ha vuelto a la normalidad. Pero creí que me volvía loca... Hasta mañana por la noche...

Clara sonrío y releo el fax antes de reducirlo a pedacitos. A Joséphine siempre le ha gustado escribir. Cuando se matriculó en la Facultad de Medicina, Clara no lo entendió. O más bien entendió que aquello obedecía al viejo deseo de ascender socialmente de su padre, que soñaba con tener una hija médico. Clara se recuesta en su enorme butaca de cuero. Joséphine, Agnès, Lucille y Clara. Joséphine quería ser escritora, Agnès esperaba imperturbable al Hombre Encantador que sería su marido «para toda la vida», Lucille rezaba para triunfar, «no importa en qué, pero destacar», ¿y yo? Yo, yo me decía que

sería especial. ¿Especial en qué?

El teléfono vuelve a sonar. Clara deja que salte el contestador. Es Philippe que quiere saber si ha empezado la receta del pollo Cocody porque, si no, a él se le ha ocurrido otra cosa. Detrás del tono despreocupado del comentario, Clara detecta nerviosismo en la voz de su hermano. Descuelga y le tranquiliza.

—Todo va bien, cariño.

—Rapha vendrá, no te preocupes. Y si no viene esta noche puedes congelar el pollo...

Ella le esperará, una vez más. También es posible que no conteste, que la deje con el silencio de su indiferencia. Clara se echa atrás, no preparará nada, si no me traerá mala suerte, él no vendrá. Pero le puede la glotonería y va hacia la cocina. El hombre de Darty ha dejado en el suelo la suciedad acumulada detrás del aparato. Clara recoge una gamba rosa, casi blanca, enroscada, intacta, que le recuerda los cuadros de Rapha. Coge con las manos un bloque negro de grasa calcinada: parece lava de volcán, una chapa de corteza terrestre surgida del cráter. Dura, dentada, con un polvo gris y brillante, que se desmenuza en los bordes. La palpa un buen rato, la rasca con la punta de la uña, busca un parecido con un animal o un objeto, y la deja a un lado para enseñársela a Rapha. Luego busca la receta en su vieja libreta negra para verificar que tiene todos los ingredientes. Todas sus recetas tienen un punto en común: proceden de personas a las que quiere. La del pollo Cocody se la dio Kassy. Ella la pegó tal cual en su libreta y siempre se emociona cuando descifra la letra grande e inclinada de Kassy.

Para ocho personas:

¡Perdóname, guapa, yo siempre pienso a lo grande! Basta con que congeles lo que sobre; recalentado está muy bueno.

1 pollo muy, muy grande cortado a trozos, 1 vaso de aceite de cacahuete, 5 cebollas y varias cebolletas tiernas, 4 tomates (pelarlos con agua hirviendo, la piel es indigesta), 1 pimiento, 1 vaso de leche de coco, 6 cucharadas soperas de crema de cacahuete, sal, 1 calabacín, zumo de 1 limón.

Frotar los trozos de pollo con el zumo de limón. Dorarlos en aceite. Retirarlos momentáneamente para rehogar las cebollas picadas y los tomates triturados a fuego bastante lento para evitar que las cebollas se endurezcan, añadir los trozos de pollo, el zumo de coco y un poco de agua para que lo «bañe» todo. Llevar a ebullición y después reducir el fuego durante unos quince minutos. Añadir la pasta de cacahuete ablandada en un poco de agua hirviendo, salar. Añadir el pimiento y los rabos de las cebollas tiernas cortados a trozos. Cocer a fuego lento durante 45 minutos. Añadir el zumo de limón al final de la cocción. Servir con arroz blanco adornado con unos calabacines fritos en aceite.

En mi tierra, en África, nos lo comemos con los dedos, pero vosotros, los blancos, ¡necesitaréis cuchillos y tenedores! Qué quieres, guapa, a fuerza de vivir aquí, ya no sé qué soy: negro por fuera, blanco por dentro... ¡Intento ir creciendo con los dos colores, pero de vez en cuando ya no sé quién soy! Piensa en mí cada vez que cocines la bestia, cariñito mío, cariñito para ir a bailar...

Clara le da un beso fugaz a la refinada caligrafía de Kassy, la caligrafía que le enseñaron las monjas en África. Descorcha las botellas. Sirve el vino en una gran copa, lo mantiene en la boca y le da un par de vueltas como un sumiller ceremonioso, asiente y... ¿Y como entrante?, piensa de pronto, abatida. Hojea su libreta negra y se decide por pomelos espolvoreados con azúcar y un par de minutos al grill.

—Ya te dije esta mañana al despedirme que te telefonaría por la tarde...

—Sí, lo sé.

—Pues bien, he salido a correr y te llamo...

Clara no dice nada. Su silencio incomoda a Marc Brosset, que ya no está tan seguro de sí mismo. Él corre todos los días de las siete y cuarto a las siete cuarenta y cinco. Es excelente para mantener el cuerpo en forma, y le ayuda a pensar.

—Y mientras corría, pensaba en muchas cosas... En el progreso, en la

oveja clonada... Me preguntaba si eso es un progreso o no, si el progreso no se ha vuelto peligroso...

—Todos nos estamos volviendo clones —contesta Clara, aburrida.

Él nota el tono enfurruñado, y pone todo su empeño en reavivar la conversación.

—¡Cómo que todos clones!

—Bueno sí... Todo el mundo piensa igual, se viste igual, vive igual... Acabaremos hablando todos en inglés, devorando hamburguesas o vitaminas, nos volveremos rubios y delgados, o morenos con los dientes blancos. Tú, tú eres un clon, un clon intelectual que va al psiquiatra, escucha sus propios pensamientos, lo analiza todo...

—¡Muchas gracias! Eres encantadora... —replica él, un poco molesto.

Ella no contesta.

—Clara, escucha... Mientras corría, me he preguntado si...

Tiene que ir con cuidado con lo que va a decir. Ella podría asustarse. Hay que respetar los ritmos del otro. Dar cuando está dispuesto a recibir. Es muy difícil recibir amor. Tan difícil como darlo. Nunca pensamos en ello. Creemos que todo el mundo reclama amor a voz en grito. Y no es verdad. Es un asunto complejo y conviene saber cómo dar, cómo dosificar, no sobrecargar al otro con exigencias excesivas. Amar... Pero ¿ser amado por quién?

—... si podríamos vernos esta noche...

—Marc, yo creo que es mejor que ya no nos veamos más...

Él no lo entiende a la primera. Tiene la intuición de que no es una información agradable, una que desearía con todas sus fuerzas no oír. Se seca las manos, todavía húmedas de sudor, en los bajos del pantalón, cambia el auricular de oreja. Se sienta, busca a tientas un cigarrillo y entonces recuerda que dejó de fumar justo antes de conocerla. Se rasca la cabeza, se muerde las uñas. Le echa un ojo al Lexomil que está al lado de la lámpara de la mesita de noche.

—Clara... No lo entiendo...

—Marc, yo te quiero mucho pero no te amo...

Esta vez la ha oído. Tiene calor, mucho calor. Ha corrido demasiado. El sudor le chorrea por la frente, por las axilas, dibuja surcos en su vientre. Se

quita la sudadera por la cabeza, se seca la frente, resopla sin dejar el auricular.

—Pero ¿qué les voy a decir a mis padres? —suelta con un bufido.

—Que es culpa mía, que les quiero mucho...

—Pero...

Se resiste. ¡A sus padres no se les trata con ese descaro! Ellos la han acogido como a una hija, tienen muchas esperanzas depositadas en ella, les gustaría mucho tener nietos antes de ser demasiado viejos. Ella no tiene derecho a portarse así.

—¿Sabes por qué haces esto, Clara? —De pronto Marc reacciona y se yergue, arquea los riñones en posición de combate—. ¡Porque tienes miedo! Miedo de comprometerte, miedo de tener hijos...

—Marc, es inútil...

Él luchará. Ha invertido tres meses de su vida en su historia con Clara y no consiente que le rechacen de este modo. No hay ninguna razón para que ella termine la relación. Esta misma mañana... Esta mañana...

—¡No es normal que a tu edad no hayas fundado todavía una familia! Tú tienes algún problema, una herida... Deberías ir a mi psiquiatra, te ayudaría.

—Marc...

—No es a mí a quien ya no quieres, es a ti. Hay algo en ti que no funciona bien, que no quieres reconocer..., revisar otra vez. Si no te esfuerzas en curarte a ti misma, vas a pasarte la vida repitiendo los mismos errores...

—Marc, es inútil...

—Has de darle un sentido a tu vida, comprometerte con alguien, alguien con quien tener hijos, con quien tener un objetivo común... Un objetivo hecho de carne y de hueso... ¡Hijos, Clara!

Él se da cuenta de que le han traicionado, interrumpe su discurso y acerca la oreja al auricular. Entonces oye una serie de bips. Clara ha colgado. Marc se deja caer en la cama, hunde la cara en la almohada y luego extiende el brazo hacia el Lexomil.

Rapha aparca delante del edificio de Clara y levanta la cabeza. En las ventanas hay luz. Se queda unos minutos con la frente apoyada en el volante.

Ella tiene que ser la primera en enterarse.

Ella siempre ha sido la primera. Y cuando ellos dejaron de hablarse, la infelicidad asomó su cara sucia. Los recuerdos vuelven, como en un arrebato. Actitudes, olores, expresiones que solo les pertenecen a ellos. «La vida es una bolsa de chocolatinas», «¡Ojalá se te hiele el culo!», «La vida es el deseo», «Nosotros somos Jorgito y Jaimito». Es una especie de *collage* enorme que habría podido titular «Clara y Rapha van en el mismo barco».

Un día, cuando paseaban juntos por las calles de Florencia, y el bolso de ella le golpeaba los riñones, y él respondió con un golpe de cadera que ella interpretó como una invitación a volver al hotel a toda prisa, para meterse bajo las sábanas y empezar otra vez y otra, les paró una gitana que les leyó las líneas de la mano. Había cogido la palma de la mano izquierda de Clara y la palma izquierda de Rapha con sus viejas manos con unas uñas rojas y desconchadas, y las había palpado un buen rato antes de soltar con voz sibilina:

—*La vostra fortuna si fermerà il giorno o vi voi lasciati...*

—¿Qué dice? ¿Qué dice? —había preguntado Clara.

Él había traducido las palabras de la gitana. «Vuestra suerte terminará el día que os separéis».

—¡Pero nosotros no nos separaremos nunca! —había replicado Clara encogiendo los hombros, como si esa adivina de mal agüero no se enterara de nada.

—Y entonces cada uno se irá por su lado y la desgracia os acompañará —había añadido la mujer soltándoles las manos.

Rapha le había dado diez mil liras para que se fuera. Diez mil liras para conjurar el mal presagio. Clara reía, diciendo: «¡Eso es imposible, Rapha! ¡Es imposible!» y su bolso volvió a golpearle la cadera, pero él ya no le respondió acercándole la suya.

—¡Venga! ¡Ya ves que es una inútil, dice tonterías!

—Es un mal presagio... Eres tú la que cree en las señales —había mascullado Rapha.

—¡Me las creo cuando me conviene!

Ella había pedido un Gelati Motta de vainilla con virutas de chocolate.

—¿Por qué estás tan segura de ti misma? —le había preguntado él,

temblando.

—Porque lo sé. No nos separaremos nunca. Yo no puedo vivir sin ti y tú no puedes vivir sin mí. Es así de fácil. Ella, la gitana, no lo sabe, cree que somos una pareja como las demás. Y además, para empezar, nosotros no somos una pareja, Rapha, somos siameses, y para separar a los siameses han de estar los dos de acuerdo. ¿De acuerdo?

Ella daba grandes lametones al helado que le goteaba por los dedos, y se lamía la mano hasta el puño. Después, el helado derretido le llegó hasta el codo, ella se secó con el dorso de la otra mano y volvió a mordisquear la punta de la galleta del cucurucho que le quedaba. A él no le repugnaba nada de lo que ella hacía.

Clara debía de tener dieciocho años. Estaban en Florencia. Era su primer viaje. Lucien Mata había pagado ese viaje. Como de costumbre. Él lo compraba todo. Y cada vez que ellos se marchaban a una nueva ciudad extranjera, él insistía en enviarle el dinero a la agencia de la American Express. Rapha nunca quería ir, pero Clara le arrastraba. «Voy yo, voy yo. Yo cojo el dinero, basta con que tú no me preguntes de dónde viene, y ya está. Tu padre tiene mucho dinero, Rapha. ¡Hay que hacer que circule! Él compra su tranquilidad de conciencia porque nunca se ha ocupado de ti, y nosotros nos pagamos unas buenas trattorias y dormimos en un cinco estrellas... Todo el mundo sale beneficiado».

Clara siempre tenía una explicación para todo. «No hay pecado mayor que dejar al margen el deseo, Rapha. Es incluso pecado mortal... ¡Escucha, somos jóvenes, nos queremos, la vida es bella, y con la excusa de que tú no quieres ese dinero, acabaríamos durmiendo en albergues juveniles donde hay que abrazarse a escondidas! ¡Rapha, mira el cielo, mira el color de los muros de Florencia, nos dicen que lo aprovechemos, que nos inyectemos felicidad en los ojos y la piel! ¡Aprovechémoslo, Rapha, aprovechémoslo!».

Lo aprovecharon. Él se decía que un día, un día, sus dibujos se venderían, que le quitarían de las manos sus pinturas y él se lo devolvería a Lucien Mata multiplicado por cinco. Clara se lanzaba tras las puertas de vidrio de la American Express y salía agitando un fajo de billetes. Tenía la expresión de felicidad del gánster que acaba de robar un banco. Le besaba el cuello, el pelo, la boca, hasta conseguir que él se animara y la estrechara en sus brazos.

Habían recorrido ciudades y más ciudades buscando museos, pequeñas iglesias atiborradas de obras maestras, murallas ocre y rojas, palmerales verdes o deshojados, montones de piedras ardiendo bajo el sol. Era Clara quien leía las guías; él, él iba al volante. Ella tenía su colección de guijarros, de cristales, de fósiles y de minerales, él garabateaba croquis en cuadernitos de espiral. Por la noche comparaban sus tesoros, los juntaban, los confrontaban. Él había descubierto el azul en Marruecos, el rojo en Siena, el ocre en las arenas del desierto del sur de Argelia, y el blanco contemplando Manhattan entre la bruma desde un banco de Brooklyn. «El verde es demasiado pesado, te desanima, te pone triste e irritable, mientras que el azul...». Ella asentía. Él partía hacia un universo de azules, de blancos, arrastrándola con su audacia a ella, que le seguía siempre a nuevos destinos. En Nueva York, él solo había dibujado agujeros, grietas, carcacas muertas y calcinadas, fisuras muy abiertas, siluetas de hombres acurrucados sobre cartones. Ella se había quedado pasmada ante los rascacielos de vidrio, las esquinas de noventa grados de las avenidas y las calles, el amarillo de los taxis, la mezcla de turbantes, chilabas, Nike y tejanos. Se había quedado fascinada con las esculturas totalmente blancas de Louise Nevelson. Ambos habían sentido envidia de África, del África salvaje y negra. Su amigo Kassy les hablaba a menudo de Sudán, de Mali, de la sabana de Costa de Marfil. Había llegado a París desde Abidján a los quince años para estudiar. Debía acogerle un tío que al cabo de un año le había echado de casa. Kassy había ido a parar a una casa okupa de Bagneux, donde sobrevivía haciendo miles de pequeñas trapacerías: tarjetas de crédito pirateadas, pequeños hurtos, mercancías «que se caían del camión» y que él revendía a bajo precio. Sus padres se habían quedado allá, en su cabaña, al norte de Abidján, entre la maleza, en plena selva tropical. Tenía los dedos largos, finos, frágiles como el cristal, las palmas blancas como la leche. Rapha y Clara se veían a menudo en la casa okupa de Kassy, llena de telas abigarradas, de instrumentos de música, de pilas de ducha, de cadenas de alta fidelidad, de vídeos, de autorradios o de televisores que se apilaban en un rincón, esperando que Kassy fuera a negociar con ellos al «mercado de los ladrones». Al principio, Clara arrugaba la nariz. Decía que uno no se queda con las pertenencias de los demás. «Yo solo robo a los ricos —explicaba Kassy—. ¡No se dan ni

cuenta! E incluso te diré: ¡nunca toco las habitaciones de los niños!». «Sí, pero son los tipos como tú los que alimentan el racismo y el miedo y la violencia y Le Pen y todo y todo...». «¡Muy bien, sister, encuéntrame un curro donde contraten a un negro sin papeles y sin ningún título!».

Cuando no robaba, Kassy vagabundeaba por los aparcamientos de su ciudad con el walkman en los oídos. Escuchaba reggae, traficaba con hierba, con prendas Lacoste, con perfumes robados en las tiendas, con jerséis de «marca». Nunca había tocado las drogas duras. Raphaël había vagabundeado con él cuando había dejado el instituto. Quería ser músico. Fumaba los canutos que Kassy le liaba. Le escuchaba hablar de su país, de su madre, de su padre, de unos taparrabos cuya tela venía de Holanda o de Mulhouse, de gente que de noche se acostaba completamente envuelta en cuerdas para evitar la picadura de los mosquitos de la maleza, del grito de los pájaros, de los agamas, esos grandes lagartos con el cuello naranja, que respiran formando burbujas con sus patas delanteras, de madres que lavan a sus bebés en barreños llenos de agua, y les dan vueltas y vueltas, como si fueran hatillos de tela, y les embadurnan de talco de la cabeza a los pies. «Es una locura cuánto nos lavamos allí... Al principio, los franceses me parecieron muy sucios... En África se tiene una gran imagen de Francia y cuando yo llegué, los franceses me miraban como si fuera muy pequeño...».

Esas imágenes se adherían a la música de Kassy, se mezclaban en su cabeza con la hierba de los canutos. Pasaban horas en los aparcamientos. Hasta que las bellezas del barrio se los quitaban de encima, porque no tenían pasta, ni buen aspecto, ni madera de cabecillas. A veces el abuelo Mata iba a buscarles y cogían el metro hasta París. Él les llevaba al Beaubourg, al Jeu de Paume, al Louvre, y Rapha se acuerda del día en que le había murmurado a su abuelo que tenía la impresión de que los cuadros le miraban, a él, al pequeño Rapha de Montrouge. La mano que el abuelo apoyaba sobre su nuca se había quedado inmóvil, como si hubiera conseguido la primera victoria sobre el aparcamiento. A la salida, le había comprado el catálogo de la exposición. Un grueso catálogo sobre Braque, que Rapha había guardado en su habitación. No había vuelto más al aparcamiento. Le había pedido a Kassy que le hiciera sitio en su casa okupa para «hacer salir los colores que tenía en la cabeza». No era nada concreto, más bien un ansia violenta de agarrar la

vida. Rapha había tenido la sensación de que de tanto vagar por el aparcamiento, iba a caerse al vacío. Había empezado a trabajar los colores, el rojo sobre todo. El naranja. Ya no había dejado de pintar. Y Clara le animaba.

Un día estaban en Venecia, eso fue años más tarde, varios años más tarde, no habían perdido la costumbre de viajar. Él llevaba su cuaderno de dibujo y hacía croquis de palacios, de columnas, de caras que veían en la calle, de la ropa puesta a secar entre dos edificios, copiaba los colores, las formas, las manchas de luz, las sombras. Ella observaba los callejones, los mosaicos, amasaba la tierra con los dedos, rozaba una copa antigua irregular, desportillada, la inclinaba para que reflejara la luz, acariciaba la piedra, hacía fotografías. Eran capaces de estar hablando hasta las tres de la madrugada de todo lo que habían visto durante el día. Hablaban demasiado. El deseo se perdía en todas esas palabras y cuando se dormían, ya no tenían fuerzas para inventar otros juegos de piel contra piel, boca contra boca. Clara se encogía de hombros cuando él se lo señalaba, como si nada, en el transcurso de una conversación. Ella decía: no es grave, tenemos lo principal, tenemos un amor incomparable. Yo no puedo vivir sin ti, Rapha, no puedo respirar sin ti, viajar sin ti, el deseo volverá... A veces, Clara tenía razón, volvía. Irrumpía y les clavaba en la cama, contra una pared, detrás de una pequeña iglesia. Después volvía a marcharse. Rapha contaba los días. Clara le comparaba a un boticario. A un contable meticuloso.

A mí no me gustaba que el tiempo pasara y el deseo se erosionara. Yo le decía que había que follar todas las noches para no perderse de vista. Incluso llegué a comportarme como una tía. Me miraba al espejo, de cara, de perfil, de medio cuerpo, y me preguntaba si era seductor. Hacía muecas, me arrancaba los pelos de la nariz, fruncía el ceño. Me palpaba los músculos de los brazos. Hay chicas que se vuelven locas por los musculitos. Me compré un aparato para remar. Lo utilicé tres veces. Me hacía muchas preguntas por culpa de ella. Ya no estaba seguro de mí mismo en absoluto, aunque hay que reconocer que llegué a verme seductor. O, para ser más exactos, a verificar en la mirada de las demás chicas que yo les gustaba. Con ella, ya no estaba seguro en absoluto. Como un colgado que depende de la mirada de una sola chica para saber quién demonios es.

Él le decía que se tumbara sobre sus telas, y pintaba su cuerpo desnudo en

todas las posturas, como para inmovilizar el deseo. Retenerlo. Ella le dejaba hacer, feliz y pasiva. Leía un libro, soñaba despierta, se comía una tostada untada con chocolate, él la colocaba, la desplazaba, le daba la vuelta, la embadurnaba de pintura. Ella rodaba sobre la tela; inventaba el remolino. La pintura de Rapha se había convertido en un auténtico campo de batalla. Ya no era una superficie plana recubierta de colores. Era una guerra. La guerra para cuajar el deseo. Ese era su único objetivo cuando cogía los pinceles. Una idea bastante confusa, pero que le daba ganas de ponerse en marcha. Solo a medida que iba trabajando, y a veces incluso a posteriori, cuando la tela estaba seca, llegaban las explicaciones y comprendía qué había querido hacer. Aquello era más fuerte que todas las teorías. Una fatalidad. Y si parecía que hacía series, que repetía siempre el mismo cuadro, era únicamente por torpeza. Porque el deseo no se deja atrapar de esa manera. Una tela podía partir de una colilla que ella había dejado en un rincón, una colilla seguida de una mirada incómoda, una mirada como un chichón, un chichón que se convertía en sandía, y él seguía la sandía y volvía a la colilla, para olvidarse de la colilla y la sandía e ir hacia otra cosa. Un brazo doblado o unos ojos que se cierran de sueño. Los ojos de Clara salpicados de sol y de manchas de mar. Las piernas de Clara que se abren. El vello negro, tupido de Clara. La boca de Clara hinchada y sangrante como la carne que cuelga en una carnicería. Una boca que dan ganas de morder, de cortar, de abrir por dentro, de hacerla gritar. Clara era su materia. Su carne. Dotada para recibir la vida, para hacerla circular del cuerpo de ella al cuerpo de él. En cierto sentido ella había sido su iniciadora. Él acarreaba todas las cicatrices de su deseo de ella. Ella seguía tersa. Ella era libre, tan libre... Él le envidiaba esa libertad. Libre y solitaria, aunque dijera que era incapaz de estar sin él. Ella podría vivir sin mí, pensaba mirando su boca devoradora, y esa idea le revolvía las entrañas. Yo me diluiría sin ella. Me volvería yermo y estéril.

Entonces, cuando ella veía pasar un hombre que le gustaba, cuando no se lo podía quitar de la cabeza, cuando se le incrustaba, cuando su mirada se volvía vaga, sus ojos se perdían en el cielo, Clara se apoyaba contra Rapha... «Ya vuelve, Rapha, vuelve a empezar. Creo que tengo ganas..., muchas ganas. Rapha, por favor..., esto no es amor, yo no le quiero, solo es deseo...». Parecía tan destrozada, tan infeliz... Se frotaba las manos para

lavarse la culpa. Decía que eso no estaba bien, que le daba vergüenza, pero que, aun así, prefería que él lo supiera. No quería mentir. No para hacerle sufrir, sino para que la conociera entera. Que la poseyera toda entera, con la suciedad del deseo.

—Tú eres bueno, Rapha. Me lo das todo, no me juzgas nunca y, sin embargo, mira, yo te hago daño. Te engaño, te lo digo, y aunque me lo impidieras, si me ataras, si me amordazaras, me iría... Saltaría por la ventana, robaría un coche, pero iría a buscar al otro si tengo ganas... Es más fuerte que yo, Rapha. Me da igual saber que eres desgraciado... y sin embargo, estoy segura de que solo te quiero a ti.

Clara no le ocultaba nada de sí misma, se lavaba delante de él, hacía pipí delante de él, se desmaquillaba delante de él y, no obstante, conservaba su misterio. Él la dejaba marchar. Se refugiaba con Kassy, se acurrucaba en un rincón, ponía la música a tope, cogía sus pinceles, rehacía el camino del deseo alrededor del cuerpo ausente, esperaba que ella volviera, fumando la hierba que Kassy cultivaba en grandes tiestos de tierra en el alféizar de la ventana, que secaba en el horno para liarla seguidamente en largos cigarrillos.

Ella volvía. Siempre. Se hacía muy pequeña. Le cogía del brazo. Él la mandaba a paseo. Ella se aferraba, le hablaba como a un niño pequeño: «Pero si es a ti a quien quiero, te quiero a ti por encima de todo...». Él se iba. Solo podía irse cuando ella había vuelto. Iba a dar una vuelta que podía durar uno o varios días. A veces se acostaba con otras chicas. Pero siempre volvía. Siempre se reencontraban. Y era bonito cuando se reencontraban. Era como una primera noche. Nadie comprendía su amor. Pero ellos lo sabían. Era su manera de seguir vivos. Él, cuando ella volvía, era demasiado desgraciado para hacer discursos. Le escribía largas cartas donde le pedía cuentas, explicaciones, elaboraba hipótesis, contaba, calculaba. Ella las leía cuando volvía. Respondía y explicaba. Las mujeres están mucho más dotadas para la palabra, para disecar sus emociones, sus sentimientos, su deseo. Él había aprendido eso de ella, también. A encontrar la palabra justa y el color que combinaba con esta.

Una noche en que tenían el deseo averiado fue aquella noche en Venecia. Él lo recuerda muy bien, fue el 8 de agosto de 1988, solo ochos, ochos que forman bucles, que giran en redondo, que se muerden la cola, habían ido a

deambular por los bares. Ella estaba al acecho de una mirada, de una mano de hombre y él ya se mantenía al margen. Él observaba su cuerpo tenso y firme, encaramada sobre sus tacones altos de corcho, con su vestidito de cuatro perras, esperando, suplicando que el deseo estallara. Ningún hombre enamorado puede soportar que el cuerpo de aquella a quien ama con locura sea saqueado por otro. Por mucho que ella me machacara con Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, con los amores contingentes y el amor principal, por mucho que yo intentara convencerme, el sufrimiento seguía siendo el mismo, intolerable y candente.

Aquella noche, había un hombre repantigado en la barra de un bar. Contando su vida. ¡Solo tragedias! Una tragedia muy densa y clásica. Los cuentos chinos de un desconocido borracho en un bar, una noche. ¡Tan tópico que él se dijo que esta vez ella no se iría! El hombre balbuceaba que su mujer estaba en el hospital, que sus hijos no tenían nada que comer, *piccoli bambini*, que no tenía trabajo y que no se atrevía a volver a casa por miedo a enfrentarse con la mirada de sus hijos. *Piccoli bambini, piccoli bambini*. Lloraba y movía los dedos, juntos como un ramo de flores. Era grande, fuerte, desaliñado, con un brillo salvaje en los ojos. Clara miraba esos dedos que suplicaban, Clara escuchaba, con la cabeza inclinada, como para dejar que esas palabras extranjeras y llorosas penetraran mejor en su cabecita de francesa hambrienta. Rapha había girado la cara. No quería verlo. No quería ser cómplice. Nunca, le había dicho, nunca seré cómplice. Quiero oírlo pero no quiero comprenderlo. Ella retorció todo el cuerpo, tendida hacia el hombre y su desgracia, con su enorme bolso sobre la cadera. Él imaginaba un cuadro completamente negro, con círculos negros y rojos, círculos de infelicidad y de deseo, círculos muy espesos con chichones, círculos que chocan y nunca se calman. Tenía ganas de volver al hotel para dibujar todos esos círculos. Y entonces, de pronto, había oído el balanceo de un bolso contra la madera de la barra. Se había dado la vuelta para ver a Clara vaciando el contenido del bolso en la barra. Con un golpe de cadera. Le había dado todo el dinero en efectivo que llevaban encima. Todo. Había vertido su dinero en las manos del hombre sin decir nada. Rapha se había echado a reír. La había levantado por la cintura, la hizo dar vueltas en el bar, Clara, Clara, repetía como un loco, y el deseo había vuelto. Habían salido a la noche oscura, él la había apresado

contra la pared. Una inspiración en la noche. Oyó los pasos del hombre sobre los adoquines irregulares, el hombre que se alejaba y prometía cada vez desde más lejos que se lo devolvería. «Dentro de un par de días, os lo devolveré, lo prometo, dentro de dos días». Él la sujetó con fuerza contra el muro, con las piernas abiertas, el vestido levantado, la cabeza dando golpes contra la piedra. «Aquí mismo, dentro de dos días...». «Sí, sí... —decía Clara—. Más..., más...». Habían llegado dando traspiés al hotel y, durante toda la noche, habían trazado círculos rojos con sus dos cuerpos. Él cantaba mientras la poseía, la trataba de puta, de perra, de sol, de rueda negra, él deliraba y ella se retorció como un arabesco violento y duro. A él le daba vueltas la cabeza, no quería que aquello terminara, le daba cachetes cuando ella desfallecía, cuando interrumpía la ronda de círculos, la ronda de placer. Ella le tiraba del pelo cuando él se daba por vencido, le mordía para hacerle daño, para que volviera en sí y volviera a tomarla. Toda la noche. Toda la noche. Su última noche de felicidad inocente... el 8 de agosto de 1988.

A la mañana siguiente, él había hecho un dibujo del hombre repantigado en la barra, una masa negra, desfigurado, aterrador. Quería volver a ver a su modelo para robarle deseo otra vez. Habían vuelto al bar. Le habían esperado. Una noche, dos noches, tres noches...

Él no había vuelto nunca. Clara había dicho: «No importa, inventaremos otra cosa». Rapha le había sonreído. El dinero del señor Mata había ido a alimentar el barrigón de un estafador. Una retribución justa. Solo los tipos gordos prosperan aquí abajo. Cuanto más gordo, más come, más devora, más recoge a su paso. Ellos se habían quedado sentados en la terraza del café, esperando al hombre toda la noche. Felices y satisfechos. Se cogían de la mano y tenían el mundo en sus manos. A su alrededor había decenas de parejas, pero ninguna como Clara y yo, se había dicho Rapha. Miraba pasar a las chicas. Chicas con los brazos desnudos, chicas con las piernas desnudas, chicas escotadas, chicas no escotadas, chicas feas, chicas no feas, chicas que reían, chicas que esperaban, chicas que le miraban con actitudes insinuantes, chicas que le ignoraban con actitudes insinuantes, chicas que iban a casarse con cretinos, con ligones o con no ligones, chicas que perderían su belleza a fuerza de vivir con tipos embrutecidos que ya no volverían a mirarlas como aquella noche. Él las imaginaba casadas con un tipo que grita, que da

bofetones a los *bambini*, que va a llorar a los bares. Tipos que no ponen nunca los pies en las iglesias y los museos, que nunca leen un libro, tipos que se tratan de sodomitas los unos a los otros, que hablan de su coche o de fútbol, que hacen apuestas, que descargan su rabia y su impotencia sobre su mujer, por la noche, en casa. Y en medio de todas esas chicas, estaba Clara que decía: «¡No importa! Es la vida... Pero ya sabes, la próxima vez, seguro, volveré a empezar...».

Ella no sabía resistir. Decía que aún era pronto para justificarse. Debía de tener veintiocho años. Tenía veintiocho años, él se acordaba muy bien porque, después, había hecho cuentas y se había dicho que tuvieron once años. Once años de vida en común. ¡Ni siquiera un número redondo!

Aquella vez, después de ese ocho de agosto de 1988, a causa de ese ocho de agosto de 1988, habían tenido que ir a buscar dinero. Él había decidido ir personalmente a la American Express. Ya no le repugnaba su padre, le daba igual, punto, nada más. Lucien Mata había desaparecido de su mente. Gracias a un estafador italiano que les había procurado su más bella noche de amor. No sabía explicar por qué pero aquella noche él había tocado el cielo, las estrellas, la Vía Láctea y toda esa impedimenta que brilla allá arriba. Ya no sentía sobre los hombros el peso de la sombra de su padre. Se había puesto de pie. Es curioso cómo acontecimientos que uno desea con todas sus fuerzas, que espera desde hace años, suceden como por encanto. «Las ideas que cambian la faz del mundo llegan en las patas de una paloma». Era una frase de su abuelo cuando le explicaba la Revolución de Octubre.

Aquella mañana Rapha casi fanfarroneaba. Daba saltitos por la habitación del hotel, canturreaba «Don't be cruel», imitaba a Elvis la Pelvis, fingiendo que se pasaba un peine por el pelo. Clara le observaba, acurrucada bajo las sábanas.

- ¿Estás seguro de que quieres ir? —había preguntado ella, inquieta.
- Seguro y convencido... Ya no tengo miedo de nada. *I am the King!*
- Pero puedo ir yo. Sé cómo funciona...
- Tú te quedas ahí, esperándome.
- Nos traerá mala suerte que tú toques ese dinero en persona...

Con el dinero, había una carta. Una carta de Lucien Mata a Clara Millet. Mata le decía a Clara Millet que quería encontrarse con ella, tocarla como en

la pequeña oficina de los Campos Elíseos, tocar su piel cálida y dulce; que si alguna vez, si alguna vez las cosas no le iban bien con su hijo, entonces él iría y darían la vuelta al mundo juntos. Lucien Mata, que lo podía comprar todo.

Él había tirado la carta a la papelería de la oficina de la American Express. Había vuelto al hotel para liquidar la cuenta y dejarle suficiente a ella para volver a Francia. Correcto, muy correcto. Casi indiferente, hasta ese punto sentía el dolor que le destrozaba las tripas. Partido en dos. El Rapha que paga, el que consulta el horario de los aviones y el que grita, con la boca cerrada. Había dejado el dinero sin añadir ni una palabra. Ella se había convertido en una chica como ese millón de chicas que pasaban y volvían a pasar frente a él. ¡Peor aún, una que juega a las princesas mientras arrastra las zapatillas, una tramposa que finge que lo entrega todo y se guarda algo para más tarde! ¿Cuántos años hacía que se prostituía con el viejo Mata, esa prostitución bien organizada, que la protegía de cualquier eventualidad, que hacía que el pacto apestara a mentira? Una mantis religiosa que chupaba la pasta del padre y escupía en la sangre del hijo. Complicidad, caricias, eternidad, *I love you, I love you* hasta morir, un galimatías en el que él se había quedado enganchado como un idiota. El hombre es un pobre imbécil comparado con la astucia de las mujeres. Él se lo había tragado todo y ella, durante ese tiempo, amasaba una pequeña fortuna con la pasta del viejo abuelo de los puros. No había tenido siquiera la honradez de la cerda auténtica que enseña el culo y sus malas maneras. Vestido nuevo, disfraz, bisutería, como una pedigüeña de Saint-Sulpice que alarga la mano. Y él, el viejo abuelo con su caparazón dorado de productor bien asentado, bien apostado sobre sus nalgas mofletudas, debía de disfrutar teniendo a su hijo a su merced. Rapha vomitó su dolor para que no quedara ni un gramo de ella en su piel, en su cerebro. Para volverse seco y quebradizo. Vomitó once años de mentiras.

En París, ella había dormido sobre el felpudo del taller de Rapha, esperando a que le abriera la puerta. Él la había mirado, impasible, y le había dicho que se había terminado. Terminado, Clara, terminado. Nuestro amor no era más fuerte que todo. Nos equivocamos. Hay otra. No es culpa mía. Ella había llorado, suplicado, se había quedado allí, acostada frente a su puerta. Él no había dicho nada. Se había marchado inmediatamente a África, a la cabaña de Kassy en la sabana, porque ellos no habían estado juntos nunca allá abajo.

Nunca se había marchado del todo. Había estado seis meses sin pintar. Haciendo tabla rasa del pasado. Acostándose con chicas que no le importaban, chicas cubiertas con taparrabos *fancy*, chicas que venían de Mali a buscar trabajo a la ciudad, Abidján. Observando las lianas y los árboles musgosos, tupidos, enredados. El verde, solo el verde, un verde muy espeso, verde que se pudría en su cabeza, que le arrastraba hasta el fondo. Se dejaba llevar. Esperaba que la infelicidad le limpiara. Se quedaba postrado en la miserable cabaña de Kassy, mirando a la gente. La gente de la selva era achaparrada, con las piernas cortas, musculosas. Él se aferraba a ellos, a su fuerza. Se dejaba envolver por los brazos de la mamá de Kassy que no decía nada, pero le acunaba mientras le contaba leyendas de la selva. «Fue a ellos, a esos pequeños achaparrados de la sabana, a los primeros que atraparon los negreros. Pero los más inteligentes se quedaron, porque se escondieron en la selva», decía ella acariciándole la cabeza, frotándole la espalda, los brazos y las piernas con un aceite que sacaba de una gran jarra de barro cocido. Ella le envolvía con su carne cálida, le alimentaba con *foutus*^[2] o con *attiéke*^[3], le preparaba sopas de pescado claras y aromáticas, pollos muy flacos, pollos «bicicleta», asados, cubiertos de especias. Ella no tenía nada y lo compartía todo.

Poco a poco, él se había abierto. Se había lavado con el agua del barreño de mamá Kassy, se había levantado, se había puesto una camisa limpia. Había acompañado a papá Kassy a la sabana. Allá abajo todo se llevaba hasta el extremo, él siempre estaba inestable, al límite de todo, sin pasado, sin futuro, solo el presente que limpiaba su piel y su cabeza con la violencia de las lluvias, de las fiebres, de las termitas roedoras, de los mosquitos, de las cucarachas y, de golpe, una especie de felicidad como un relámpago, que le devolvió el gusto por ver, por tocar. Una luz cegadora, miles de blancos, de azules, de amarillos, de rojos, que se superponían al paisaje. Troncos yermos, moscas que iban de un lado al otro, tierra, materias orgánicas, raíces, frutas, fibras, alimentos que estaban como irradiados, iluminados. El deseo de pintar volvió. Pero un deseo mayor, más universal, un deseo que surgía de su vientre y explotaba sobre las telas. Pintaba sobre cualquier cosa, cartones combados, papel de embalar, sábanas viejas, con cualquier cosa, alquitrán fundido, tierra roja, polen de flores seco, hojas verdes trituradas, bocas de

pescado hervido, despojos sanguinolentos. Todo lo que mamá Kassy le traía de las cabañas vecinas. Y cuando ya no quedaba nada, ella iba a Abidján a robar colores para él; ella sabía colarse como nadie en un mercado y sisar botes de pintura, los soportes que él utilizaba como telas, placas de madera blanca o metal, pieles curtidas, pergamino, telas que ella les birlaba a las monjas misioneras; volvía a pie, cargada como una trapera, con fardos en la cabeza, sobre los hombros, con los brazos cargados de botes de pintura. Depositaba los tesoros a sus pies y se ponía en cuclillas a dos o tres metros de él. Se quedaba horas vigilándole, apartándole las moscas de la cara, sin entornar los ojos para no perderle de vista ni un segundo.

Un día, él hizo un montón con sus dibujos, enrolló las pinturas, las envolvió y las mandó a París a casa de un tipo que tenía una galería y había expuesto sus dibujos otras veces, hacía mucho tiempo, tanto tiempo... Mostró tres de sus telas junto a las de otros artistas. Las compraron de inmediato. Le escribió para pedirle más. Y adjuntó un contrato. Él habría firmado cualquier cosa.

La gitana se equivocó: fue a partir de ese día cuando la suerte le sonrió. Aquel tipo conocía a una de esas mujeres que hacen y deshacen las tendencias en París. Una mujer muy rica, que tenía una fundación y lanzaba artistas jóvenes, que sabía oler el talento allí donde lo hubiera, y venderlo. Decían que primero había que pasar por su cama, pero todo el mundo supo que ese no era el caso con Rapha. Y esa dispensa se sumó al éxito y a la leyenda de Rapha, que fue lanzado como EL GENIO, el nuevo Jean-Michel Basquiat^[4]. Se murmuraba que venía de un suburbio, que era negro, un yonqui de la jungla y su popularidad despegó. Rapha recibía los informes en el apartado de correos de Abidján, «en la última FIAC^[5] tus telas han pasado, en un mismo día, de un *stand* a otro, después a otro y así sucesivamente, doblando los precios cada vez». Él leía las fotocopias de los artículos de prensa. ¡La repercusión de los cuadros! Cómo se reía leyendo todo lo que se escribía sobre él. ¡Diarrea teórica! Ideas de académicos anémicos. ¡Tipos que no hacen nada con su vida y que lo esperaban todo de una obra de arte! ¡Implacables con el artista y tan complacientes consigo mismos! Él no tenía ideas, él pintaba como los tíos de Lascaux^[6]. Con lo que tenía a mano.

El tipo decía que había mucha pasta esperándole. Y propuestas de

exposiciones por todas partes. Leo Castelli se había desplazado desde Nueva York para ver su trabajo. Se amontonaban para conocerle, para tener una dirección donde ir a verle. Pero nunca le encontraban. Él nunca contestaba. Seguía pintando. Dejándose llevar por la violencia que vertía sobre las telas, los cartones, los troncos de madera, las sábanas blancas de mamá Kassy. Tenía la sensación de que nunca liquidaría su cólera.

Rapha se había quedado unos cuantos meses más en la sabana. Había pedido que le entregaran el dinero a la abuela Mata. Ella sabría qué hacer. Ella le había apoyado siempre. Cuando él había querido dejar los estudios porque ya no aprendía nada, porque se aburría en las sillas del instituto, porque esa no era la vida que ella le había enseñado, ella le había escuchado y, después de un prolongado silencio, había dicho: «Haz lo que te plazca y complacerás a todos». Era fácil entenderse con ella. Un día, él recibió una carta. Una carta donde ella había copiado la parábola de los talentos. Al final de la carta había un signo de interrogación.

Él había vuelto. Había comprado un taller en Montrouge. Cerca de la calle Victor-Hugo. El abuelo Mata y la abuela Mata se hacían viejos. Le necesitaban y eso también era primitivo y auténtico. Sostener las manos deformadas de su abuela entre las suyas, retomar las viejas conversaciones sobre el hundimiento del Partido Comunista, sobre su suburbio que cambiaba, que iba a la deriva, sobre esas madres que ya no se ocupaban de sus críos y corrían por las discotecas de noche, atiborradas de éxtasis, esos padres que desaparecían después de haber soltado su semilla, esos adolescentes que deambulaban por los barrios, que respondían con la droga y la violencia a la falta de amor. «Nos quieren hacer creer que es un problema de tiempo libre. ¡Eso es una tontería! Tiempo libre es lo único que tienen los jóvenes. Lo que les afecta son los fracasos repetidos, las promesas rotas, el sufrimiento que genera sufrimiento, el racismo contra la juventud».

La abuela Mata había defendido siempre a Kassy y a sus amigos. Ella ayudó a Zina, una joven marroquí del barrio de Hêtres en Bagneux, a gestionar un centro de inserción. Iba allí tres veces por semana, daba clases de alfabetización, de costura. «Haciendo dobladillos con ellas llegas a conocerlas. Un dobladillo no intimida, permite la confianza. Después se puede pasar a la escritura, a la lectura, a la cocina, e incluso, te sorprenderías,

a la sexualidad... He usado algo de tu dinero para dar vida a ese centro. Sabía que estarías de acuerdo... Tú, querido Rapha, lo comprendes, la base es la mamá. Si la mamá va bien, los niños van bien. No se puede luchar contra la delincuencia sin trabajar con las mamás».

Ella siempre había sido tan vehemente que se las tenía con los maridos que impedían que sus mujeres fueran al centro, con los hermanos mayores que confiscaban la información, con los políticos tanto de derechas como de izquierdas, con el materialismo ambiental, con la desaparición de la auténtica cultura y Rapha la escuchaba, tranquilo. Mientras estuviera indignada, la abuela seguiría viva.

El tío y la tía de Clara no habían dejado su apartamento del tercer piso y cruzárselos en la entrada del inmueble, en el Franprix^[7] o en el café era como una puñalada. El tío decidía su apuesta en las carreras mientras bebía un licor, la tía rellenaba sus boletos de lotería. Él nunca les hablaba. Ellos le rozaban, habrían iniciado con gusto una conversación: ahora él era famoso, su foto salía en los periódicos. Podría haberles dibujado algo en una etiqueta de Picon o en el reverso de un sobre. Rapha no les hacía caso. Nunca les había apreciado a esos dos. Segregaban viscosidad y cobardía. A medida que pasaban los años, eran cada vez más viscosos y cobardes. ¡Ah! ¡Ellos no escondían su alma en el desván como Dorian Gray! Uno podía leer en su cara el vicio de su vida banal, esos pequeños pactos vergonzosos y sucios. A veces, cuando les veía, Rapha tenía ganas de perdonárselo todo a Clara.

Siempre le volvía a la mente Clara. En Montrouge estaba por todas partes. Un cine que derruían y donde justamente... ¿Cuánto hacía ya? Fue la primera vez que estuvieron los dos solos en una sala oscura. En 1977. Sí, eso es. Se acordaba. Si uno quiere olvidar, tiene que obligarse a recordar. Para matar los recuerdos uno por uno. Con un esmero cruel. Fue un mal año, 1977, no dejaron de morirse todas las personas que le gustaban. Como si se hubieran avisado entre ellos: Nabokov, James Cain, Roberto Rossellini, Groucho Marx, Elvis Presley, Charlie Chaplin. Caían como moscas. Pero aquella noche, la primera noche en que Rapha había salido solo, sin el grupo, hubo que tomar precauciones para que los demás no se les pegaran, y él se había dicho que aunque ella se negara a acostarse con él después, no era grave. Se sentía casi intimidado, torpe. Su mano daba vueltas y vueltas en la

de ella, y Rapha se daba ánimos para conseguir que Clara franqueara el balconcito de su habitación de la planta baja. Aquella noche había tenido suficiente coraje para lograr sus propósitos.

Ahora, tenía que hablar con ella.

Contarle que una noche... hacía un mes o... ya no se acuerda... Desde entonces, no vive. Deja pasar los días sin hacer nada, con retortijones en el estómago... Una noche, Rapha está en su casa. Se lava los dientes. Mira la sangre que escupe sobre el lavabo. Tiene que dejar de usar el cepillo con tanta fuerza. «Al final se estropeará la dentadura», le había dicho el dentista. Entonces se los cepilla con la mano izquierda y deja de sangrar. El cepillado dental es un tema como otro cualquiera para ponerse en marcha antes de coger los pinces. Se corta las uñas o se lava los dientes o se hace un café bien cargado. Y aparece Kassy que lo desembucha todo. «Chérie Colère. Ya sabes, Chérie Colère... Tiene el virus, amigo mío... No le queda mucho tiempo. Ha sido su hermano quien me lo ha soplado. Y ella, para vengarse de todos los que se la han tirado, se lo pega a todo el mundo... ¿Tú te la has tirado últimamente?». Todo el mundo se acuesta con Chérie Colère. Cuando ella volvió a Hêtres, hace dos años, nadie entendió por qué. Se había marchado para instalarse en París, había conseguido el título de esteticista y trabajaba en el Ritz. ¡Los chavales del barrio comentaban que en una semana sacaba en propinas lo que un profe ganaba en un mes! Todo el mundo dedujo que la habían echado por su mal carácter.

A él no le gusta lo que dice Kassy. En absoluto. Al principio se queda aturdido. Más tarde llegará el miedo, un miedo enorme, uno que no se diluye después de toda una noche dedicada a currar sino que, por el contrario, se expande y ocupa todo el espacio. Ha hecho flexiones para calmarse. Nada de pánico, Rapha, nada de pánico. Balanceó la cabeza sobre el cuello. Oyó cómo crujían sus vértebras. Después fue a lavarse los dientes otra vez. Con la mano izquierda. A Chérie Colère pasa a verla de vez en cuando. Le tiene aprecio, ella le deja dormir sobre su hombro. No hablan. Él conoce su historia, ella conoce la suya. Ella nunca le hace preguntas. Durante los días siguientes, intentó verla. La telefoneó varias veces. Fue a su casa. No podía creer que aquello fuera verdad. No la encontró. Sus vecinos le cerraron la puerta en las narices, y en la peluquería le dijeron que se había ido y ¡adiós muy buenas!

¡Hay demasiadas chicas como esa en el mundo! Él volvió a casa, aterrado.

Y después Clara le llamó. Y de pronto todo se volvió muy simple: es con ella con quien tiene que hablar, antes que nada. El amor existe cuando el otro lo entiende todo. Cuando considera plenamente normal lo más increíble. Ella puede hacerme todo. TODO. Yo sigo queriéndola. Y aunque luego me vengué, todavía la quiero. Después de ella las he tenido a todas. Tantas como quise. Pero ni una, ni siquiera la más guapa, la más excitante, ha podido arrebatarme ni una pizca de mi amor por ella.

Era Clara quien había provocado sus reencuentros. Ella se había presentado en una inauguración. Con su bolso enorme golpeándole la cadera. Se había plantado frente a su último cuadro. RAPHA MATA, 92. Él siempre firmaba con mayúsculas y tinta china, muy negra. Y en su último cuadro, en primer plano, había un cuerpo blanco, un cuerpo desnudo de mujer que se ofrecía, el cuerpo de Clara. Ella había reaparecido en su pintura sin que él se diera cuenta. Y al fondo del cuadro, se había pintado él. Muy pequeño, en un rincón de su taller. Ella se había quedado quieta, mientras los invitados parloteaban con una copa de champán en la mano. «¡Qué fuerza! ¡Qué colores! ¿Habéis visto cómo emplea la diagonal en su obra...? Pero mirad, mirad la diagonal que se dirige al infinito, la desesperación...». Ella se tapaba los oídos y miraba. Sin moverse ni un milímetro. Abducida por lo que veía, con los brazos inertes pegados al cuerpo. Con su falda corta, las suelas niveladas, la cazadora tejana ajustada, descolorida, deshilachada, el culo sobresalía allí donde terminaba la cazadora y él, que se acercó a través de la multitud, sin verle más que la nuca y que no pudo evitar acercarse. Le había cogido la mano, así, por la espalda. Se había tomado tiempo para cogerle la mano. Había deslizado la suya en la de Clara. Al principio la mano de ella estaba crispada, y él le había abierto los dedos uno a uno, sin moverse, ni acercarse demasiado. Abrió un dedo, lo mantuvo recto, y después el siguiente, hasta que había notado que el abandono invadía toda la mano de Clara. Y entonces, de golpe, con un gesto brusco, había cerrado la mano sobre la de ella, la había inmovilizado.

Se habían marchado juntos. Sin decir nada. No se hablaron. Solo él y ella, y el bolso enorme que se balanceaba entre ambos. Volvieron a pie a Montrouge. Ella perdía el equilibrio sobre sus tacones altos. A él le daba

igual. La devolvía a casa.

Pero era demasiado tarde.

El miedo del otro, el miedo de la traición del otro, se había instalado entre ellos. Por más que hicieran gestos de amor, que durmieran pegados el uno al otro, por más que ella hubiera gritado de placer en cuanto él le rozó el seno, en cuanto se deslizó entre sus piernas, preguntando: «¿Por qué?, pero ¿por qué? ¿Por qué es tan fuerte, tan violento? ¿Por qué es aún más fuerte que antes?». Él no respondía. La retorció contra él, y decía: «Cállate... Cállate...». Él no quería volver a caer en las palabras, pero sabía por qué. Sabía que el dolor decuplicaba su placer. El dolor de haberse perdido, el dolor de que ella le hubiera traicionado, el dolor de haber vivido cuatro años, cuatro años enteros sin verse, sin hablarse, sin tocarse, sin olfatearse, sin compartir nada. Ese dolor ellos lo llevaban dentro como una herida abierta, y en cuanto se tocaban, era ese dolor lo que reavivaban.

Él ya no tenía ganas de hablar. Ya no quería explicar. Desconfiaba. Entonces, ella ya no le abandonó, se quedó con él. A todas horas. Le seguía a todas partes. Le miraba pintar durante horas, muda, obediente. Dulce también. Tan dulce... A él no le gustaba su mirada sumisa. No le gustaba humilde y pedigüeña. No era natural. Ya no era un reto. El miedo rezumaba por todo su cuerpo. Miedo de que volviera el pecado original y todo saltara por los aires, y eso fue, exactamente, lo que pasó. Ella le recordaba su pecado. Lo llevaba sobre los hombros. Él imaginaba los dedos grasientos de su padre sobre aquella piel blanca, la punta de los dedos de su padre sobre la punta de esos senos, sobre el vientre, la boca de su padre pegada a esa nuca, y tenía ganas de hacerle daño, de humillarla.

Cuando el recuerdo era demasiado violento, él huía. Y para que eso le hiciera mucho daño, se marchaba con otra. Se exhibía con ella. Escogía a la chica más guapa, a la actriz de cine que todos soñaban besar, a la modelo de moda. O se tendía sobre el vientre maltratado de Chérie Colère. Su estatus de pintor genial atraía a las mujeres. Le bastaba con inclinarse y cogerlas. Le lanzaba a Clara el sufrimiento en plena cara. Porque ella había creído que podría recuperarle, que su pecado estaba borrado. Rapha no podía perdonar. Era más fuerte que él. Y además, su amor siempre había sido eso: irse y volver. Ella había creado el modelo y ese péndulo enloquecido ya no podía

parar.

Esa noche tenía que parar. Ella tenía que liberarle de su miedo. Él tenía que hablarle, tenía que recuperar el control de su destino. Solo hacía falta que la suerte, la verdadera suerte, la de ser dos, el uno contra el otro, el uno para el otro, volviera y le liberara.

Rapha mira el reloj, tiene la boca seca.

Sube al ascensor. Llama, apoya por última vez la frente en la puerta. Ya no le quedan fuerzas.

Su mayordomo acaba de traerle un Wild Turkey bien frío, y David Thyme se relaja sujetando el vaso donde tintinean los cubitos de hielo. Es una sensación deliciosa que él valora, ya que es el toque final de una serie de diversos actos deliciosos. Esta tarde, se ha dado un baño mientras leía una novela de Edith Wharton, se ha puesto su vieja chaqueta de cachemir azul cielo, adquirida en su sastre inglés de Flannigan Street, el sastre de su padre, de su abuelo, de su bisabuelo, en cuyo establecimiento constan todas sus medidas desde que cumplió doce años. Ha paseado por las calles de París buscando un libro raro, en compañía de su basset *Léon*, ha visitado a los libreros especializados que conoce, ha hojeado numerosos ejemplares, ha examinado la encuadernación, la fecha de publicación, el estado de las hojas, el amarillo de las páginas, el ligero moho del tiempo, el contorno del cuero, y no se ha decidido. Ha pasado momentos maravillosos en compañía de esos individuos en vías de desaparición, esos que te dejan tiempo para degustar, para valorar, para reflexionar sin presionarte, ni emborracharte con comentarios, ni mencionar el precio. ¡Todo va tan deprisa en el mundo actual!, suspira él, dándole las gracias con un leve gesto de la cabeza al mayordomo, que se retira enseguida, dejándole en la intimidad con un concierto de Rachmaninov. Lucille, su esposa, lleva una vida desenfadada. Apenas llegó de Nueva York, esta mañana, ya volvió a marcharse a su fundación para «hacer balance». ¡Qué expresión tan estúpida! Él enciende un puro y se arrellana en su butaca, pensando en Lucille. ¡La rapidez! Y la ambición... ¡Dejar rastro de nuestro paso por la tierra! ¡Qué idea tan descabellada! ¡Como si nosotros estuviéramos en la tierra para cambiar el orden de las cosas! ¡Como si nos

hubieran esperado, a nosotros, ínfimas motas de polvo, para influir en la conducta del mundo! Lucille le entenece pero no la entiende. Eso, por otra parte, es lo que le gusta de ella. Pero no vayas más allá..., ¡nada de introspección, amigo mío! Reflexionar ya es morir un poco. ¡Qué lástima!

David Thyme extrae con delicadeza una cerilla larga de un estuche forrado de terciopelo que hay sobre la mesa. Un puro requiere un tiempo de preparación, tiempo para fumarlo, para apreciarlo. Cada vez hay menos gente que se dedique a esta afición, piensa acariciando con la nuca el reposacabezas del sillón Luis XV que heredó de su tatarabuela Margaret, duquesa de Worth. Nota el encaje que se pulveriza bajo su nuca, siente todo el peso del pasado, que cruje bajo el movimiento de vaivén que ejecuta con voluptuosidad familiar. Un nuevo rico lo llevaría a arreglar, él disfruta de esa usura del tiempo. Imagina la nuca grácil de Margaret doblándose bajo el peso de un beso... Recorre con la mirada las pinturas que cuelgan en su sala de fumador y sonríe de placer. ¡Cuántas riquezas ofrece el pasado! ¡Qué delicadeza en esas telas de maestro! ¡Qué felicidad contemplarlas cómodamente, sin hacer cola en esos museos innobles, abarrotados de turistas con alpargatas y abuelas acompañadas de guías! Su basset ha percibido la ligera mueca que se dibuja en la boca fina y elegante de su amo, y salta sobre sus rodillas. David Thyme protesta levemente con un «¡Oh! ¡Oh! ¡*Léon!*!», luego acaricia con la mano libre la cabeza del animal, para darle tiempo de enroscarse entre sus rodillas y hacerse una bola. Amo y perro se relajan con un suspiro común de satisfacción.

Tengo que hablar con Lucille esta noche, se dice David Thyme aspirando delicadamente una bocanada del puro y apoyando la mano sobre el vaso, colocado en una mesa junto al sillón. Tengo que hablarle, se repite a sí mismo cuando *Léon* levanta la cabeza. «¿Comprendes, *Léon?*, yo he de tener descendencia. Ella tiene que admitirlo. ¡Llevamos ocho años casados! Es un plazo razonable. Me gustaría mucho ver a pequeños Thyme brincando por nuestra residencia, bajo la mirada vigilante de una institutriz de uniforme. Tú, ¿qué dices?». *Léon* observa fijamente a su amo, con una mirada que aspira a ser lo más benevolente posible, y reclina de nuevo la cabeza en el espacio que le corresponde. «El apellido Thyme tiene que pasar a la próxima generación y creo que ya ha llegado la hora...». Su hermano pequeño, Eduardo, acaba de

anunciarle que su mujer está encinta. Ya tiene tres hijas y espera los resultados de la amniocentesis para saber si será varón o hembra. Si es un chico seguirá adelante; si no, habrá que recurrir al aborto. ¡Pobre Eduardo! Vive rodeado de mujeres y contempla con nostalgia el Ferrari rojo en miniatura que había comprado para el nacimiento de su primer hijo, convencido de que sería un varón. ¿Por qué estamos tan convencidos de procrear un varón a la primera? Por respeto hacia nuestro linaje sin duda, por deber con nuestros ancestros. Mañana, David se va a cazar a Escocia pero, a la vuelta, pasará por Londres e irá a visitar a su hermano.

Suenan las ocho en el relojito de oro que había pertenecido a un gran duque de Rusia, amante oficial de la bisabuela Thyme. David, sorprendido, echa una ojeada a las agujas. ¡Las ocho, ya! ¡Y no ha vuelto! ¡Es realmente necesario que hable con ella esta noche!, se dice David Thyme y crispando ligeramente los dedos contra el vaso de cristal. Sobre todo cuando le viene a la mente esa serie de llamadas telefónicas de alguien que cuelga inmediatamente, que le ha mencionado su mayordomo. ¿De qué se trata? O mejor, ¿de quién se trata? Podrían dejar un nombre, sería una mínima muestra de educación. La educación es una pérdida de tiempo en estos tiempos. Y el tiempo resulta algo tan precioso para todos aquellos que quieren hacer dinero... O hacer el amor. ¡Qué expresión tan horrible!, se lamenta dando un sorbo a la bebida. Tose y se levanta de golpe, alisando con la palma de la mano la solapa ribeteada de terciopelo de su chaqueta de andar por casa. ¡Es muchísimo más placentero imaginar, dejarse invadir por una emoción perturbadora al descubrir un tobillo escondido o un lunar en un resquicio de un escote! «¡Ay, *Léon!*», gime, y se deja caer otra vez entre los brazos del sillón. Acaba de acordarse de la comida que tuvo ayer con la bella Anaïs de Pourtalet, recientemente divorciada de un norteamericano innoble, que hace trapicheos en Wall Street. Ella llevaba una blusa blanca que dejaba entrever una especie de lunar postizo. Una piel delicada, un lunar perfecto y negro que resaltaba la textura blanca de la carne. Él se había pasado toda la tarde fantaseando, mientras la manicura del Ritz le hacía las uñas. Con ese detalle le había bastado: su imaginación había hecho el resto. «¡El verdadero deseo es eso, *Léon*, i-ma-gi-nar sin satisfacer jamás su sed bestial! O no satisfacerla hasta más tarde, mucho más tarde, como un desenlace extemporáneo del que

uno podría prescindir perfectamente...». David Thyme no seduce, se deja seducir. Las mujeres le cogen, le dejan y vuelven, sin que él exprese el menor impulso hacia ellas. Se espabila siempre, sin embargo, para que esas maniobras que él califica de banales tengan lugar con la mayor frivolidad y la más perfecta elegancia. Nunca un reproche ni acritud, una conjunción de tono y humor inigualable. Así ha sido con sus tres exesposas, Béatrice, Cornelia y Greta. Tres adorables corrientes de aire. Las dos primeras eran demasiado bellas, demasiado delicadas. Jamás fornicó con ellas. Habría tenido la impresión de ensuciarlas. Se contentaba con mirarlas, con engalanarlas con joyas, con vestidos de grandes modistos, observándolas con la ayuda de su catalejo potente y fácil de manejar. Una pequeña joya de coleccionista que se lleva a todas partes. Greta, por el contrario, era una teutona sólida, creada para la maternidad. Él pensaba ya en la descendencia pero ella tuvo múltiples abortos espontáneos. ¡Mala suerte! Tuvo que separarse. Con Lucille era distinto. El hecho de que ella se hubiera criado en un suburbio le confería, a sus ojos, un matiz canalla que le estimulaba el apetito. A veces en la cama la trataba de fulana, o captaba la chispa fulgurante del dolor en la mirada que Lucille alzaba hacia él como un signo de interrogación, cuando era duro con ella o le decía obscenidades. Le gustaba humillarla, pero no demostraba nada. De niño, había aprendido de su institutriz austriaca el arte de no traicionarse, ni dejarse llevar nunca. *You don't show feelings*. Le estaba infinitamente agradecido.

Así pues, esta mañana, mientras desayunaba, el mayordomo le había traído el correo y él había visto un paquetito marrón atado de cualquier manera. Lo había dejado reposar sobre la bandeja de plata para inspeccionarlo y abrirlo después. Porque iba dirigido a él. Lo había observado un par de veces antes de abrirlo, creyendo al principio que el envío estaba destinado a Lucille. Pero no... Entonces había sacado un minúsculo cortaplumas Fabergé de su bolsillo, un cortaplumas que procedía de una tía abuela que vivía en Venecia y poseía una colección divina de biombos japoneses que él había heredado. Había rasgado los bordes de ese sobre tosco que contenía un cuaderno. Era un cuaderno viejo, un cuaderno escolar, había deducido. Lo había hojeado, indeciso respecto al uso que debía darle. El huevo pasado por agua se enfriaba y él dudaba entre el deseo de saborearlo

mientras aún estuviera caliente y el de abrir el cuaderno. Sus ojos, redondos y azules, iban de lo uno a lo otro. Había detectado un leve parecido con la caligrafía de su esposa. Una letra menos formada, más redonda, pero precisa y firme. En la guarda, en letra mayúscula, estaba escrito: DIARIO DE LUCILLE DUDEVANT. No figuraba prohibición alguna de leerlo. Así, se había tomado la libertad de leer algunas páginas, permitiendo, con disgusto, que el huevo pasado por agua se enfriara.

2 de enero de 1973

Hoy he cumplido catorce años. La señorita Marie me ha despertado con una bandeja en la que estaba mi desayuno. Una buena taza de chocolate caliente que prepara ella misma con chocolate de repostería y leche, y un cruasán. Tengo que conservar la línea. Me gusta que me sirvan así. Cuando sea mayor, tendré una criada que me traerá todos los días el desayuno a la cama. Cuando sea mayor, seré rica, pero rica de verdad... O pobre, muy, muy pobre. Quiero ser carmelita o millonaria pero nunca, jamás pertenecer a la clase media. La clase media me horroriza.

Cuando sea mayor... Tengo prisa por largarme de aquí. Me ahogo. No debería decir esto. Mi padre es tan bueno..., me lo deja hacer todo. Pero a menudo me pregunto si es por verdadero afecto o porque yo le soy indiferente. Lo mismo que la señorita Marie, a quien papá paga muy bien, y que yo sospecho que sigue con nosotros sobre todo por interés. El otro día vi la mirada que le echó al retrato de mamá, y me pregunto si no querría ocupar su lugar. Tengo que vigilarla.

3 de enero de 1973

*Ayer recibí muchos regalos. Tuve la impresión de ser una reina homenajeadada por sus damas de honor y sus valientes caballeros. Clara me ha regalado un fular (he visto uno igual en el Monoprix), Philippe una pluma (ya tengo una Montblanc), Agnès un bonito cuaderno de tapa dura (me servirá para escribir mi diario) y Jean-Charles y Joséphine me invitaron al cine a ver *El padrino*. Yo tenía ganas de ir a ver *El último tango en París*, pero la señorita Marie me la ha prohibido formalmente. Solamente Rapha se*

ha olvidado de mi cumpleaños. Aunque yo me había ocupado de recordárselo a todos, sin que se notara, claro.

¡Me pregunto qué mérito tiene ser una reina en Montrouge, un suburbio de París! Cuando voy a casa de mi prima Béatrice, en el boulevard Saint-Germain, soy yo quien se siente torpe. Incluso tengo la impresión de ser una auténtica provinciana. Pero aun así lo prefiero a invitarla a mi casa. La única vez que pasó eso yo esperaba, crispada, que ella hiciera sus comentarios y no fallé: en el vestíbulo del edificio lanzó una mirada de la moqueta gris a esas tres plantas verdes y apolilladas, y declaró: «¡Vives en una casa muy pobre!». Pasé la mayor vergüenza de mi vida.

¿Por qué papá ha decidido volver a vivir aquí? Es una decisión egoísta. Debería pensar en mí. Estoy segura de que si mamá viviera, me habrían educado de otra manera, como a Béatrice y mis otras primas. ¡Y la señorita Marie! ¡Qué nerviosa me pone con su aspecto de ratita de sacristía! ¡Y es muy servil! ¡No puedo reprocharle nada! Papá confía totalmente en ella. En realidad creo que me quiere, pero ¡qué torpe es! En cuanto abre la boca yo siento vergüenza. Sobre todo me da miedo que la tomen por mi madre. Entonces la trato de usted, la llamo «señorita», y le pido que se separe de mí cuando paseamos. Como ella está obligada a obedecerme, respeta las distancias.

Un día todo esto cambiará, estoy segura, porque al final me marcharé de aquí. A veces sueño que conozco a un pirata y parto hacia los mares, otras veces imagino que soy Sissi emperatriz bailando el vals en un gran castillo... No sé lo que quiero realmente. Envidio a Clara que parece siempre tan decidida. O a Joséphine. Ella sí que ha ido a ver El último tango... Se maquilló, se puso los zapatos de tacón de su madre y la taquillera la dejó entrar. Nos contó que era tórrida y que había una escena terrible, pero no ha querido explicarnos nada más. Clara ha jurado que iría. Ella no tiene una institutriz pegada a los talones como yo. Ella lee muchos libros a escondidas. Yo..., yo no puedo...

13 de febrero de 1973

Ayer noche Clara y Philippe dieron una fiesta sorpresa. Yo les hice creer durante mucho tiempo que no iría, que me habían invitado a casa de mis primas, en París, pero luego me venció la curiosidad y fui. Clara y Rapha estuvieron bailando juntos toda la noche, incluso vi cómo se intercambiaban un chicle por la boca. ¡Era asqueroso! ¡Yo pensé en los millones de gérmenes y microbios que pasaban de una boca a la otra! A ellos no parecía importarles... Yo tuve que contentarme con Jean-Charles y Philippe. Philippe está bien. Mejor dicho, es elegante y divertido. No sé de dónde saca esa elegancia. ¡Su tío y su tía son de un vulgar! Ellos no lo saben pero en el edificio les llaman los «Thénardier»^[8]. Lo sé por la señorita Marie que, cuando estoy demasiado distante, me cuenta chismes para engatusarme. Es una auténtica charlatana... Philippe baila muy bien el rock y me abrazó muy fuerte durante un lento. Creo que tenía ganas de besarme. Casi me dieron ganas de dejarle hacer. ¡Pero Jean-Charles! ¡Qué pegajoso es ese chico! ¡No para de alargar la mano a todas horas! Yo tengo parte de culpa: al final no estoy bien en ningún sitio. Ni en Montrouge, ni en casa de mis primas. Agnès y Joséphine parecían divertirse como locas. Y sin embargo llevaban unos vestidos ridículos que les habían hecho sus madres para la ocasión, con estampados verdes y violeta, y volantitos en el cuello. Por lo visto habían ido a comprar la tela al mercado Saint-Pierre porque es más barato. Parecían lámparas de pie. ¡Son un par de estúpidas esas dos! Buenas chicas, pero estúpidas. Yo le había pedido a la señorita Marie que me llevara a la calle Passy, para escoger un vestido bien bonito, muy simple, blanco, de lanilla y manga corta, me puse un cárdigan negro sobre los hombros y un poco de rojo en los labios, pero no tuve éxito. Dicho claramente: no atraje la atención de Rapha. Él es el único chico que me interesa. Es diferente. No sé qué hacer para que se fije en mí. Soy víctima de esos grandes aires de princesa que me doy. Rapha no entendería que me acercara a él. Pero ¡qué ganas tengo de que se fije en mí! Sé adónde va cuando sale con Clara del instituto y van hacia la derecha. Van hacia Bagneux. Clara dice que exploran. Los «malos barrios», como dice la señorita Marie. Rapha tiene amigos allí. A Clara no le da miedo ir. Yo la envidio, pero me pregunto si tendría el valor de seguir a Rapha. Por lo visto hay inmigrantes que viven los

trece de familia en tres habitaciones. ¡Y por lo visto también son mucho más divertidos que nosotros! Rapha tiene un amigo, Kassy, del que habla a todas horas. Kassy es negro. «¿Todo negro?», le pregunté a Rapha. «¡Tú también eres toda blanca!», me contestó, como si hubiera dicho una barbaridad. ¡Me imagino la cara de Béatrice si el día que vino se hubiera encontrado con Rapha y Kassy!

El otro día justamente, en casa de mi prima Béatrice, una chica hablaba de una de las películas producidas por el padre de Rapha. Eso me afectó. Como si hablaran de mí. Como si yo fuera la novieta de Rapha... Yo nunca seré la novieta de Rapha. Clara ocupa esa plaza. Ocupa todo el espacio. Tengo que reconocer que él solo tiene ojos para ella, que solo le interesa ella. Está siempre metida en su casa y la abuela de Rapha la considera como una hija.

Después de estas fiestas es cuando me pongo más triste. No tengo nadie con quien hablar. Incluso cuando miro la fotografía de mamá en el marco, dudo que hubiera podido hablar libremente con ella. ¿Cómo habría sido como madre? ¿Habría sido una amiga? Agnès y Joséphine no se llevan muy bien con sus madres. Y Clara apenas ha conocido a la suya. En el edificio se rumorea que su madre tuvo «un final trágico». Se dice incluso que se suicidó. ¿Por qué? No consigo saberlo. Pero Clara, al menos, tiene a su hermano. Yo estoy sola. Por las noches me cuento muchas historias de mamá para dormirme. Es el momento más dulce del día. A veces me duermo llorando, porque sé que por la mañana me despertaré y ella no estará. No tengo a nadie, a nadie [subrayado dos veces] a quien contarle mis cosas. Para papá soy transparente. Me gustaría echarme a sus brazos y llorar, llorar, llorar. Eso me sentaría bien. A fuerza de esconderlo todo, tengo sensación de ahogo. Siento un nudo enorme en el pecho, que me pesa mucho. ¡Oh, qué sola estoy!

David Thyme había suspirado y pasó las páginas del cuaderno. Había llamado al mayordomo para decirle que le trajera otro huevo pasado por agua. Era incapaz de comerse un huevo tibio o frío.

2 de enero de 1975

¡Dieciséis años! ¡Y sigo sola! ¡Odio que me traten como a una cría! Me odio y odio a los demás también. Ayer besé a un chico y su lengua me dio ganas de vomitar. Ya estoy harta de ser virgen. Adopto aires de misterio y dejo que crean que ya no lo soy... Me he inventado un mundo de fantasía. Me digo que soy una princesa, raptada por unos bandidos, que se enamora del jefe de la banda. Él me persigue. Yo le amo, pero nunca nos encontramos. Quizás el tiempo necesario para un beso sin lengua.

Papá me ha regalado un perrito por Navidad. Le he puesto Bandido. Duermo con él, en el suelo. Me ato un fular alrededor del cuello, como si fuera un collar, y le ladro muy bajito en la oscuridad. Me arañó el cuello con su pata y adopto un aire raro cuando las otras chicas me preguntan qué es. Desde que tengo a Bandido, me cuento unas historias realmente terribles que dan miedo de verdad. La de una chica encerrada por su padre en una casa en las profundidades del bosque. Su padre, a quien ella quiere por encima de todo, la alimenta con inmundicias y la trata a patadas. Por las noches la obliga a lamerle las botas llenas de barro y lodo, y después la lanza a un rincón del escondrijo. Le pega, la viola, le escupe encima y se va sin decirle nunca nada. La niña está sucia, hace sus necesidades en su habitación, huele mal, llora. Un día consigue hacerse con un cuchillo que él esconde en el bolsillo del pantalón y le corta la cabeza. Después va a tirar la cabeza a la taza del retrete y, manchada de sangre, huye al bosque donde la recogen unos bandidos que la convierten en esclava y abusan de ella por turnos...

David Thyme había cerrado el cuaderno con un leve gesto de repugnancia. *Never explain, never complain.* Su mujer es un ser extraño. Todas las mujeres son extrañas, hay que mantenerlas a distancia. Él solo tiene un recuerdo de su madre, con un vestido largo de noche, dispuesta a salir. Murió en Argentina, en su propiedad, adonde se había retirado cuando supo que estaba enferma. Cuando él llegó para las exequias, el ataúd ya estaba cerrado. Él había depositado una rosa blanca, su padre le había servido un whisky. Mi mujer es equívoca, había pensado al cerrar el cuaderno barato. Yo lo ignoraba y voy a

seguir ignorándolo.

Colocó de nuevo el envío dentro del envoltorio marrón. Cayó un papel blanco. Leyó unas palabras: «Usted no sabe con quién se ha casado. Recibirá el resto, por correo también...». Evidentemente, no estaba firmado. Como en las novelas malas. David se encogió de hombros y decidió no decirle nada en absoluto a Lucille. Escondió el objeto detrás de los tomos encuadernados de Saint-Simon. Allí no lo encontraría nadie. ¿Quién lee a ese pesado hoy en día, aparte de mí?

Lucille..., suspira dejando que se deslice por su garganta un sorbo de Wild Turkey. ¡Qué bella e intrigante es mi esposa! ¡Qué suerte haberla conocido en esa cena que organizó Marie-Hélène en Versalles! Yo habría podido pasar a su lado sin hacerle caso, si ella no hubiera tropezado conmigo al girar por el pasillo cuando íbamos al concierto. A ella se le había escapado un «¡Oh!, perdón..., lo siento mucho» que desmentía su mirada fría, y se había eclipsado en un murmullo de seda marrón tornasolada. Iba acompañada de Bruno de Mortay, cuya esposa acababa de dar a luz, y no me costó nada volver a verla. En aquella época ella terminaba sus estudios de peritaje. Quería trabajar. ¡Qué idea tan absurda!

Léon gruñe en sus rodillas y David Thyme oye un portazo. Es Lucille que vuelve, con los brazos cargados de paquetes. Él le da una palmadita a Léon para que baje, se levanta y va hacia ella para darle la bienvenida.

—Tienes mala cara, querida...

—Debe de ser por la diferencia horaria... Y vosotros, ¿cómo estáis?

—Yo estoy de maravilla.

—¿Y Léon? —pregunta Lucille rozando la cabeza del basset, que meneaba la cola al recibir su caricia.

—Ayer noche tuvo problemas digestivos, hoy le he puesto a régimen.

—Os he traído unas chucherías de Nueva York... ¡Sentaos, por favor, que voy a deslumbraros!

David Thyme se sienta en el amplio canapé cubierto con una manta gruesa de cachemir, cruza las piernas, balancea el pie izquierdo calzado con un mocasín casero de cuero flexible y charol y contempla a su esposa. Lucille se toma su tiempo y exhibe un pequeño cojín bordado a mano donde puede leerse: «*To be rich is no longer a sin, it's a miracle*». David le sonríe, coge el

cojín y se lo coloca en los riñones. ¡Qué felicidad, en efecto, ser rico y poder mimar a una criatura tan maravillosa!

—¡Eso no era más que un *appetizer*! Ahora, David, si haces el favor, cierra los ojos, cuenta hasta diez y ábrelos...

Él baja los párpados, oye el ruido de una puerta que se abre, se cierra, el ruido de unos pasos mitigados por la moqueta, cuenta hasta diez y... ¡Dios mío! ¡Un Canaletto! ¡Un cuadro que él deseaba desde hace tres años, yendo de venta en venta, sin conseguir localizar la subasta! Aunque había hojeado todos los catálogos de Sotheby's y de Christie's, siempre se le escapaba.

—Pero ¿cómo lo has hecho, Lucille? No puedo imaginarlo.

David nota que le late el corazón bajo la chaqueta de andar por casa y, al levantarse para contemplar el cuadro, choca con el pie de la mesilla auxiliar. Se le vuelca el vaso y Lucille ve cómo el líquido ámbar se derrama sobre la caoba y gotea sobre la moqueta, dibujando una gran mancha oscura. De pronto el corazón le da un vuelco, pero se reprime y, volviéndose hacia su marido, contempla la alegría infantil que brilla en sus ojos. David da vueltas alrededor del cuadro, dando saltitos como una cabra montesa, mientras cloquea de placer, examina la firma, va a buscar las gafas para apreciar los detalles y se rasca el cuello para disimular la emoción.

—¡Lucille! ¡Nada me habría complacido más! Lo pondremos en Venecia, ¿verdad? Así volverá a su tierra natal...

Se acerca a ella y le coge una mano que besa con ternura. Ella se inclina hacia él y murmura con un suspiro:

—David, ¿tú me quieres?

—Eso no es asunto tuyo, querida. ¿Y si pasamos a la mesa? Debo reconocer que tengo apetito... ¡Estoy de muy buen humor esta noche!

Clara abre. Él se incorpora. Ella está siempre tan guapa y excitante... Con su pelo corto, sus labios rojos, su piel blanca y esos ojos grandes como el mar frío, el mar del Norte, color de ostra y piedra de acantilado. Se muestra desenvuelta. Revolotea. A él ya no le quedan fuerzas. Se derrumba sobre un sofá blanco. El miedo que siente en el estómago le aturde. Ella dice: «¿Champán? ¿Hacemos una fiesta?». Él dice: «Siéntate. Deja de hacer

numeritos. No me pongas las cosas más difíciles».

¡Oh!, ese brazo desnudo en la noche que sube la sábana, esa mano que aparta las mechas para despejar la frente y ofrecer una sonrisa... Sus hombros estrechos y esos puños tan frágiles... Él se siente superado por una emoción que no puede permitirse. En este momento, no. No debe enternecerse. Se obliga a ser cruel. Tss..., tss... Es ese viejo podrido que le escribía cartas de amor. Ella recogía la pasta y tiraba la carta. En cualquier caso, él seguía escribiéndole y ella se dejaba hacer. Trabajaba con él. Con su pasta. Una ráfaga de odio. Unas ganas precisas e irresistibles de hacerle daño. De cargarse su carita de burguesa tramposa. ¿Quién dijo que la infelicidad te hace mejor? La infelicidad te vuelve cruel, sí. Pequeño, egoísta, suspicaz. La infelicidad es degradante. Quizás el sufrimiento de los demás nos hace mejores, nos hace reflexionar, ¡el nuestro, no! Yo nunca he sido tan malo como en este momento. Tengo ganas de verles a todos en el fondo del cubo de la basura como yo. ¡Que revienten! ¡Que se les agujeree el culo! ¡Millones de agujeros en el culo! ¡No es tan difícil, yo estoy sentado encima de un emmental!, y eso me vuelve francamente cruel.

—ESTOY ACABADO, GUAPA. COCIDO. CON CEBOLLETAS. LISTO. JODIDO...

Lo ha gritado y lo repite. Le cuesta tanto soltar esas palabras que tiene la sensación de hablar con la boca llena.

Ella le mira directamente a los ojos. Sin moverse. O casi. Hasta el punto de que él apenas nota que le rasca el dedo índice con la punta de la uña. De pequeña, Clara se mordía las uñas hasta hacerse sangre. Hoy, las lleva limpias y bien limadas. Un ruidito de nada. Es todo lo que ella le ofrece para tranquilizarle. A partir de ahora, todo será importante, se dice él. Está al acecho. Conoce el acecho. Ella espera. Ella también conoce ese acecho. No aparenta nada. No es el tipo de chica que pierde el control de los nervios. No tiene prisa. No tiene miedo. Está acostumbrada. No se preocupa todavía. Desconfía. Se pregunta qué nuevo sufrimiento le prepara él. Le pide que continúe. Para verlo.

Él grita, casi, esto no es un juego, esta vez, Clara, no es un juego. ¡Nada de mirarse a los ojos, no vale! Pero dice:

—Es una mierda, Clara. Y si es verdad, tú también estás metida...

Ella se estremece pero permanece muda. No le ayuda.

Es bonita su casa. Es bonita y moderna. Un buen parqué que cruje bajo los pies. Un único espacio con la cocina en un rincón, el comedor en otro, un rincón para el salón y allá al fondo de todo, detrás de un biombo, el rincón del dormitorio. Lo habían estrenado juntos. Ella acababa de instalarse. Fue hace cuatro o cinco años, quizás, después de los primeros reencuentros. Ella lo había considerado un buen augurio. ¿Cuántos tipos más había arrastrado desde entonces a su rincón dormitorio?

—¿No me preguntas nada? Tú me has llamado... ¿Querías verme? ¡Pues no quedarás decepcionada!

Ella permanece inmóvil. Espera.

—¡Te digo que si esto se confirma estoy jodido y tú ni rechistas! Pero ¿qué pasa? ¿Eh? ¿Qué pasa?

Él muestra su corazón, muestra sus entrañas. Gesticula.

Ella se calla. Él siempre ha sido aficionado al drama, al teatro. Ella tensa el cuello hacia delante y su mirada atrapa la de Rapha. Se apodera de ella. Dime, Rapha, dímelo todo, sabes muy bien que de mi boca no saldrá ni una palabra que te ayude a hablar. Desconfío demasiado. ¿Cuántas veces me has hecho caer en la trampa, para después volver a echarme con las patas amputadas y el cuello retorcido? ¿Cuántas veces me lo he creído y me lo he vuelto a creer, mientras tú desaparecías como un ladrón, y yo me enteraba por los periódicos de que el guapo, el seductor, el genial Raphaël Mata estaba con Fulanita, cuando esa misma víspera nos habíamos dormido pegados el uno al otro, tan pegados que entre nuestros cuerpos no habría cabido ni el filo de un cuchillo? Si te he telefoneado esta mañana, no ha sido para recibir odio, ni infelicidad, sino para hacer las paces. Por sus ojos pasan, fugaces, lágrimas y reproches. Rabia por el tiempo que han perdido y lágrimas por el tiempo que todavía perderán. Ella lo sabe: no saben hacer otra cosa.

Entonces él se echa a sus pies, apoya la cabeza en sus rodillas y pronuncia las palabras que ella no quiere escuchar. Palabras que él murmura contra la tela de su falda corta, tan corta que él la sube sin problemas hasta lo alto de los muslos, esos muslos donde sumerge sus palabras para que ella no las comprenda enseguida.

—¿Te acuerdas de Chérie Colère?

Ríe, sarcástico, con la boca pegada a la carne cálida de sus muslos. Posa la boca en esa fuente cálida y dulce. La aspira, se pega a ella con todas sus fuerzas para poder continuar.

Ella se acuerda de Chérie Colère. Tiene su misma edad. Fue amiga suya durante mucho tiempo. Hasta el día en que... Etiquetada como una bomba sexual. Tipificada forzosamente en esa categoría de mujeres que no inspiran más que sexo, que no reciben más que sexo, que acaban por no dar más que sexo. A los diez años, excitaba tanto a los hombres que se masturbaban por ella. Esperando, con la lengua fuera, que la decencia les permitiera abalanzarse sobre ese cuerpo de chiffon rojo que ella movía bajo sus narices. Cosa que hicieron. En manada. Una auténtica rapiña. En un sótano. El día que cumplió catorce años. No le pidieron permiso, ni siquiera si quería empezar por uno o por otro. Un empujón, la mano sobre la bragueta abierta, pegados unos a otros, para no perderse nada, las rodillas temblorosas por tener que esperar varios segundos, mientras los más mayores, los más forzudos, los más feroces, la agarraban por los puños, la tumbaban directamente sobre el hormigón del sótano 24 y ahogaban sus gritos. Los más débiles se daban ánimos con una lata de cerveza en la mano. Ella, por otra parte, y según le había contado porque al principio todavía se lo contaba, enseguida dejó de gritar. Tiene miedo, está muerta de miedo, pero ya no grita. Les mira y sabe que no puede evitarlo. Debe pasar por ello. Está escrito en la redondez de sus caderas, de su culo, de sus senos que se balancean desde que está formada. Es normal. Le han contado un montón de historias como esta en el barrio de Hêtres. El papel de las mujeres es temer al macho, el macho que os acecha y os acorrala en un rincón oscuro, los machos en grupo que os llaman a gritos, que os empujan y os fuerzan mientras se dan ánimos. La brutalidad normal. Ella no cierra los ojos, no adopta aires de princesa estupefacta. Espera que le duela. Sabe que la primera vez duele. Duele, pero no tanto. Y cuando todos se han ido, sin una palabra, ni un sollozo, vuelve a bajarse la falda por los muslos y se seca. No es más que esto, se dice. Solo es esto... Todos esos machos enloquecidos por esta pequeña hendidura de carne rugosa. ¡Qué imbéciles!, se dice. ¡Qué pandilla de memos! ¡Y es eso lo que hace que el mundo gire! Sylvie Blondelle, se llamaba. Al principio, en cualquier caso. Después fue Sylvie la Rubia, Sylvie la Buena, buena para

todo, y pronto fue tan experta que puso precio a sus servicios y convirtió el sótano en su domicilio. Había acondicionado su sótano: un colchón viejo, un sillón, mantas y una tina de agua para enjuagarse entre dos clientes. Harta de tener la parte baja de la espalda despellejada por todos esos brutos que se meneaban sobre ella y de tener la entrepierna pegajosa. Pero ahora había que pagar. Y sin hacer trampas ni contar cuentos. Sylvie la Buena se había convertido en Chérie Colère. Era buena para cepillártela si la obedecías, pero si intentabas jugársela sacaba las uñas. Ella ya no tenía miedo. Se hacía respetar. Todo tenía su precio: besarle los pechos, la boca, sus pequeñas especialidades. Se ganaba el dinero con una autoridad que intimidaba a los más cachas. Con la misma brutalidad y el mismo salvajismo que ellos. Chérie Colère... Su fuerza imponía. Clara la respetaba. Había dado la vuelta a su destino, había convertido su desgracia en comercio. Ellos, los chavales que la habían aterrorizado la primera vez, hacían cola sumisos ante ella. Pero siempre volvían. A disfrutar de ese amor primitivo y salvaje, donde los cuerpos se despeaban sin caricias, ni ternura, ni el menor abandono. Anónimos, indiferentes, ignorándose, una vez que el intercambio había terminado. A los dieciocho años, ella cerró el sótano y se fue a hacer un curso de esteticista a París. Consiguió un estudio y amantes más viejos y más ricos. Dejamos de oír hablar de ella. Hasta el día en que había vuelto, sin decir nada, y había alquilado un estudio en el barrio.

—Tiene el virus... El sida, si quieres... Ha vuelto a Hêtres para vengarse, para pasárselo a todos los que han abusado de ella... Me lo ha dicho Kassy. Hay varios en su lista... Ya hay dos infectados.

Mientras, ella sigue sin entenderlo, sigue con los brazos inertes, caídos a lo largo del cuerpo, no se inclina hacia él para cogerle la cabeza, acariciarla, o apartarla como muestra de horror; él lo ha imaginado todo, menos este silencio interminable.

—Me la tiré, Clara... Cuando volvió, me la tiré. Mientras salía contigo, me la tiré... Y no hace ni tres meses, acabé la noche con ella. Porque ella hacía que me empalmara, ella no hacía preguntas, todo era fácil, relajante... ¡Y no me puse protección!

En un primer momento, ella no piensa en nada. O sí: en el pollo Cocody que debe de quemarse en el horno.

—Me cago de miedo, Clara, me cago de miedo... No me atrevo a ir a hacerme la prueba. Me paso el día encerrado y sin decírselo a nadie. Tengo tanto miedo, Clara, tanto miedo...

Ella siente un dolor en el vientre y todo su cuerpo se vacía, es un gran agujero de aire donde se arremolinan violentos tifones. Sus manos buscan en el vacío alguna cosa a la que agarrarse.

—Clara, di algo. Dame valor... Como antes... Como antes... Clara... ¡Oh, Clara!...

Entonces su cuerpo se rompe y se inclina sobre el de Rapha, le envuelve en un abrazo dulce y tierno. Se desliza contra él, caen sobre la alfombra rugosa y se tumban. Se abren, las piernas de uno buscan las piernas del otro. Sus brazos se enrollan, sus manos se agarran, sus cuerpos se unen en un abrazo profundo, como el sueño. Una ola amenazadora pasa sobre sus cuerpos y ellos se sumergen juntos en el seno de la ola para no ahogarse. Embrollados. Reencontrados. La ola se aleja. Es un respiro antes de que otra rompiente les arrastre y les haga rodar. Les envuelve una paz dulce. Se acunan, se abrazan. Ruedan sobre la alfombra. Chocan contra la mesa baja, vuelven a chocar contra el sofá.

—Estoy aquí —murmura ella pegada a su cabello—. Estoy aquí y te protegeré siempre.

Él se ha convertido en su hijo, su hermano, su amor. Ella es la Virgen milagrosa que cura. «Yo soy la Madona frente a la cual se reza de rodillas, la que sonrío y perdona, entre nosotros, entre nosotros...». Ella olvida que también puede ser... Después se acuerda y se estremece. Se levanta otra ola, alta y amenazante. Él nota el escalofrío que corre entre sus dedos y la sujeta con más fuerza, encastrándola contra él. Cada uno encaja la cabeza en el hombro del otro y dejan pasar la ola. Se quedan allí. Ella nota las lágrimas que se deslizan por las mejillas de él, pero eso no son lágrimas. Ya no sabe nada. Y entonces se dice que quizás, que quizás ahora le conservará para siempre. Que están unidos para siempre. Que no puede pasarles nada peor, y que ante la amenaza de la muerte, él se verá obligado a perdonarla. El pecado original que implica la huida lejos del paraíso. Él se marchó por culpa suya. Clara lo había comprendido hacía mucho tiempo, pero nunca se había atrevido a hablar de ello, por miedo a provocar su cólera de nuevo. Esa cólera

siempre oculta entre ellos. La cólera que evitaban despertar a base de hacer lo mínimo. Ya no se hablaban. Se tomaban y se dejaban. Con ese pecado siempre entre los dos. Sin verdadera intimidad, porque la intimidad les separaba como una extraña. Ahora podrán hablar como antes.

Ahora, están empatados.

Y sus lágrimas se convierten en un agua purificadora. Ella vuelve la cara de Rapha hacia las lágrimas de ella, hacia sus propias lágrimas. Ya no sabe nada. Él se separa y la mira. Toda su rabia ha sucumbido. También él se dice que la ha reencontrado. Como antes. Ha vuelto a puerto. La mira, mira sus ojos llenos de puntitos amarillos y verdes, sus ojos líquidos, y siente vértigo. Tiene la sensación de caer, de caer en la infancia, y cierra los ojos para que la caída no termine, no termine nunca.

Más tarde, mucho más tarde, cuando Rapha ya se ha dormido pegado a Clara en su gran cama blanca, ella se aparta las sábanas y las mantas. Con mucha suavidad, recoloca el cuerpo de Rapha, retira el brazo que le sujeta el vientre. Él duerme profundamente. Ella le da un beso en el hombro desnudo y vuelve a taparle con la manta. Han hecho el amor sin dejar de mirarse, como al ralentí. Y solo al final, cuando Rapha ha rodado hacia un lado con un suspiro, un largo suspiro de sosiego, de reconciliación, un suspiro de alegría interior, Clara ha visto el condón. El placer había sido tan agudo y simple, una evidencia que se imponía a ambos, un gran manto que les cubría, que no se había dado cuenta.

Las lágrimas vuelven a deslizarse sobre sus mejillas. De pronto se siente vieja, cansada, sucia. Tiene miedo. Un miedo atroz que la dobla. Baja la cabeza hacia su vientre, hacia su sexo y se dice que quizás el mal está agazapado allí, que va a tomarse todo su tiempo para exterminarles. Se estremece. Se pasa la mano por el pelo, baja la cabeza. Vuelve a mirar a Rapha. Él duerme, con los brazos extendidos hacia ella.

Va a la cocina y saca el pollo Cocody del horno. No se ha quemado. El minuterero ha funcionado. Sonríe al minuterero. Mete el pollo en el microondas. Tiene hambre, tiene sed. Coge una botella de vino y se sirve un buen vaso. Y mientras el pollo se recalienta y los minutos y luego los segundos se

desgranar en el indicador, ella piensa en todas las mujeres que ha sido desde que conoce a Rapha y no le gusta ninguna. No respeta a ninguna. O sí, quizás a la pequeña Clara que quería saberlo todo y no engañar nunca. A esa la quiere, le gustaría volverla a encontrar. Con su cólera como estandarte, ella lanzaba preguntas que como pequeñas puñaladas señalaban las mentiras de las personas mayores.

No se enorgullece de aquella en quien se ha convertido. He hecho trampas, se dice bebiendo sorbitos de vino, apoyada sobre la mesa de la cocina, temblando con la camisa escocesa larga de Rapha que se ha puesto. He sido cobarde, ignorante, perezosa. He tenido una vida fácil, muy fácil. Todo me parecía normal: el amor de Rapha, el dinero que caía gracias al viejo Lucien Mata, los viajes, los museos, los palacios. Solo pensaba en mí. Yo, yo, yo. Me creía el ombligo del mundo. Rapha, Rapha... Todo volverá a empezar de nuevo, mejor que antes, porque ahora lo sé... Yo amo por los dos.

Amo por los dos...

Después de que él la dejara plantada allí, en Venecia, sin ninguna explicación, ella había vuelto a la agencia de la American Express y le había preguntado a la chica morena que estaba detrás del mostrador si quedaba algo a nombre del señor y la señora Mata. «Yo soy su esposa, ¿sabe usted...?», había murmurado a modo de excusa. Esa fue la única vez que había pronunciado esa palabra. «No, se lo he dado todo a su marido», había contestado la chica recolocándose un mechón de pelo castaño y sacándose el pendiente de aro para masajearse el lóbulo. «¿Todo?», había repetido Clara, con el corazón desbocado. «Sí, la carta y el dinero...». Luego se había vuelto hacia un turista norteamericano que quería saber los horarios de los barcos para Murano, se había puesto el aro otra vez, había cogido un folleto y había recitado los horarios subrayándolos con un rotulador amarillo. Una carta. Lucien Mata sabía que siempre era Clara la que iba a buscar el dinero. Le había escrito. Y Rapha se había enterado.

En París, sobre el felpudo, ya era demasiado tarde para explicarse. De qué servía contarle de principio a fin, él ya no escuchaba. Ya no la miraba. Limpiaba un pincel con un trapo viejo y esperaba, molesto, con la cadera apoyada en el marco de la puerta. Ella le había perdido. Se mantuvo erguido,

lejos, lejos, impasible, con su eterna camisa de cuadros y su tejano agarrotado por la pintura. La había dejado muda. Su tono era tan frío, tan distante... Por el timbre de su voz, Clara comprendió que se había acabado. Había preferido creerse la historia de que había otra chica.

Ya no era culpa suya, entonces. Ella ya no era la responsable.

Yo era responsable. Yo habría podido evitar esa lamentable historia con Lucien Mata. Yo dejé que merodeara a mi alrededor.

Lucien Mata, padre de Raphaël Mata... Ella ha tenido negocios con Lucien Mata durante mucho tiempo. Después de haber dejado los estudios, había empezado a trabajar de encargada en obras, y después la habían contratado en un estudio de arquitectos. Era un ascenso y el hombre que la había contratado se lo había dejado muy claro. Ella se había entregado con entusiasmo a su trabajo, sin que nadie la felicitara o se lo agradeciera nunca. Todo era normal: las horas extraordinarias, los fines de semana en que estaba a tope de trabajo, comer y cenar sola en el despacho un sándwich insípido, envuelto con celofán. El día que vio aparecer a un novato a quien, de entrada, habían contratado con un sueldo superior al suyo, fue a ver a su jefe. «Tú no tienes título. O lo tomas o lo dejas». Cuando uno no es capaz de ser inteligente, utiliza la fuerza. Lo que no toleró fue sobre todo el tono en que él le había contestado. El menor deje despótico o arrogante la sacaba de sus casillas. Podía soportar los comentarios más duros y más críticos si se hacían en un tono, si no respetuoso, educado. No es que esté demasiado segura de sí misma, pero quiere que la respeten. Es una cuestión de honor. No es lo bastante fuerte como para resistir la estúpida brutalidad de un tercero que se cree superior. Siempre se bate en duelo para que la traten con justicia. A ella o a cualquiera más débil que reciba mal trato. Siempre está dispuesta a defender al pobre y al desvalido, con una obstinación que a veces parece cabezonería infantil. Aquel día, presentó la dimisión. Se vio sin recursos y tuvo que patearse el territorio de los anuncios de las ofertas de trabajo. Tenía veinticinco años, deseos, impulsos pero no sabía qué hacer. Iba paseando por las calles de París cuando se le ocurrió la idea de dedicarse a restaurar viviendas en mal estado. Hablando con los conserjes descubrió la parte alta de un viejo inmueble en el distrito X, que estaba en venta por cuatro chavos. Habló de ello con Lucien Mata. A él siempre le había gustado Clara. Le

sorprendía. Ella era la hija que le habría gustado tener. Él le había propuesto trabajar con él, en producción de cine, pero ella había declinado su oferta. Le había contestado que ya no se fiaba de los hombres. Su franqueza le había conmovido y él le había prometido ayudarla cuando tuviera un proyecto en mente. Ella le expuso enseguida su idea. Su único temor era ser demasiado joven para inspirar confianza a un banquero. A Lucien Mata le pareció una idea atractiva y le aconsejó crear una SCI (Sociedad Civil Inmobiliaria). Le adelantó el dinero, se ocupó de los temas jurídicos y de las gestiones con la alcaldía de París; sin problemas: tenía contactos en el mundillo político que hacían su agosto en el sector inmobiliario. Le presentó a su banquero y le aconsejó que hinchara el presupuesto para que le prestaran la suma total de la obra. «El banco solo financia el ochenta por ciento, tendrás que fijar un presupuesto del 123 por ciento... ¡Como todo el mundo! No pierdes nada con probarlo y si funciona, me reservas una pequeña comisión», había añadido avanzando sus labios oscuros y gruesos que mascaban un puro enorme. Se parece a Charles Laughton, se decía Clara cada vez que él se le acercaba demasiado. Tenía las uñas quebradizas y cuando la agarraba del brazo, le hacía unos arañazos enormes. Un banquero, seducido por la audacia de Clara (y tranquilizado por la garantía bancaria de Lucien Mata), le avanzó los fondos necesarios. Ella se puso manos a la obra. Diseñó los planos, tiró paredes, colocó placas de escayola, ensambló el PVC, revertió el hormigón con la ayuda de peones negros que contrataba cuando le convenía, sin escrúpulos. Su primer proyecto fue un éxito. Devolvió el préstamo e invirtió el resto en la compra de un espacio en el Marais. El banquero reincidió. En los años ochenta abundaban los edificios para restaurar en ciertos barrios de París. Edificios ennegrecidos por el tiempo, cuyos propietarios eran expulsados para sustituirlos por parejas jóvenes, que cambiaban los viejos armarios roperos por ordenadores. Los bancos apostaban por el mundo inmobiliario, la juventud de Clara era seductora, su entusiasmo era contagioso. Tenía planes cada vez más audaces. No quería convertirse en una gran empresaria, sino hacer lo que le gustaba, trabajar «con las manos». Ganar bastante dinero para irse de vacaciones regularmente.

La vida era bella en aquellos años, y Clara tenía la impresión de que el mundo le pertenecía. Ella era su propio jefe. Cuando volvía a necesitar

dinero, emprendía un proyecto, y volvía a los cascotes y a dar golpes de maza. Con un mono, cubierta de yeso, mezclando proyectos de alumbrado, techados, jardines. Tenía temperamento de escultora. Le gustaban los materiales toscos, la textura de la madera, el frío del cemento, la tranquilidad y la relajación de los falsos techos lisos, el olor de las pinturas, de los barnices y de las colas. Lijar tableros, pulir vigas, alisar una escayola, ensamblar el parqué y oír cómo cruje la primera vez que apoyas el pie, escoger azulejos y frisos, jugar con los mosaicos de un cuarto de baño, o una pared con piezas de vidrio incrustado, la llenaba de una alegría salvaje. Le gustaba su oficio, conocía las reglas y tenía la impresión de estrechar vínculos entre ella y el mundo.

Cuando terminaba un espacio, lo revendía. Lucien Mata, casi siempre, le presentaba clientes. A veces era Lucille. Ella se decía, suspirando, que aquello no duraría siempre pero tenía la intención de aprovecharlo sin reflexionar demasiado. Sabía, porque no era tonta, que en gran parte su éxito se debía a las relaciones y la confianza que le demostraba Lucien Mata. De vez en cuando tenía que maniobrar para escapar de su acoso. Él intentaba continuamente ponerle sus gruesas manos encima. Ella le evitaba con moderación. Detestaba ser tan complaciente, pero no podía permitirse herirle. Un día, tendría que pagar su parte del pacto, pero no quería pensar en ello. Se decía que ya pensaría más adelante.

Entonces el mercado se ralentizó. El cliente era cada vez más escaso y marrullero. Los extranjeros abandonaban la capital y el negocio inmobiliario estaba en plena crisis. Ella había ganado mucho dinero pero se lo había gastado casi todo. Los tiempos estaban revueltos y, cuando su tía Armelle le suplicó que se casara, que se propusiera como meta encontrar un hombre rico que se ocupara de todo y de ella en particular, ella la miró fijamente a los ojos y le replicó: «¡Pero tía Armelle, yo soy un hombre rico!».

Ella ya no era un hombre rico.

Ella dependía cada vez más de las relaciones y de la buena voluntad de Lucien Mata.

Un día, me acuerdo, ahora me acuerdo..., oh, los recuerdos que vuelven, los recuerdos que escondemos bajo la alfombra porque sentimos vergüenza... Un día, él me besó. Lo había olvidado. Estaba paralizada en mi silla del

pequeño despacho que él me había asignado, al lado del suyo. Yo no dije nada, le dejé que metiera su lengua gruesa en mi boca. Dejé que su lengua gruesa me hurgara, que atrapara mi lengua, que la forzara a mezclarse con la suya. Y sus manos..., sus manos que me tocaban, sus dedos que se deslizaban por la abertura de mi camisa e intentaban cogerme la punta de los senos... La pequeña bestia que sube, que sube, que sube y ¡hop!..., los dedos que me recorren, que me rozan y me palpan como a una mercancía. Yo estaba fascinada. Atraída como por un imán. Más fuerte que yo. Y además era tan cómodo... Tan fácil... Me halagaba que ese hombre poderoso babeara de codicia frente a mí. Eso me convertía en importante, en bella, en fatal. ¡Estúpida vanidad! Yo, como experta bailarina, creí que saldría adelante haciendo piruetas.

Y Clara había caído de morros al suelo, hecha pedazos.

Suena el timbre del microondas. El pollo humea bajo la tapadera que lo protege. Clara saca el plato, retira la tapadera, coloca el pollo sobre la mesa de la cocina, se sirve otro vaso de vino, enciende una vela, acerca el vaso a la luz de la vela y bebe un gran sorbo de vino, coloca delicadamente el vaso sobre la mesa y ataca con los dedos su pollo Cocody, desgarrando el muslo con los dientes, aspira la salsa que cubre la carne dorada del pollo. La vida no ha terminado, la vida vuelve a empezar, vamos a pelear, peharemos los dos juntos, por fin hemos vuelto a ser esa cifra mágica. Iremos juntos a hacernos la prueba. Tengo que ir yo. Iré con él. Yo no tengo miedo.

Sí, tengo miedo... Me muero de miedo.

Nunca me he hecho la prueba. Marc Brosset usaba protección. Los demás también. Yo, con Rapha, no me preocupaba. Me decía que nuestro amor era más fuerte que todo, más fuerte que la enfermedad y la muerte.

Clara se levanta y va a tumbarse al lado de Rapha. Posa los labios sobre los de Rapha. Él respira plácidamente en sueños. Se ha olvidado. Duerme.

SEGUNDA PARTE

A Yves no le gustan nada estas veladas de chicas. Da vueltas alrededor de Agnès. Agnès está de pie junto a la cama, frente al ropero, en bragas y sujetador. Se pregunta si ponerse el pantalón de cuero negro o no. El problema es simple: le sienta muy bien, es incluso favorecedor y disimula los dos kilos que ha engordado, pero no es de cuero auténtico. Lucille lo notará enseguida y no podrá evitar deducir que, obviamente, la pobre Agnès no puede pagarse cuero AUTÉNTICO de Mac Douglas a 2500 francos la prenda. ¡Y eso es indudable!, se dice Agnès, tirando el pantalón de cuero falso sobre la cama. La colcha está un poco ajada. Habría que cambiarla. ¿Para qué? Lucille no ha estado nunca en su casa. Ni en Clichy ni en Montrouge. Agnès se avergonzaba de la moqueta gastada, de la cocina donde comían ellos, de los muebles de formica de su madre y de las flores de plástico de los jarrones.

—Pero ¿qué tenéis que contaros? ¿Y por qué no podemos estar presentes nosotros, los hombres, eh? ¿Por qué?

—Porque estamos entre chicas y basta con que haya un solo hombre para que ya no sea lo mismo, ya no hablamos igual...

Se pone, pues, el vaquero 501 descolorido. Es un 501 AUTÉNTICO. A cuatrocientos cincuenta francos el par. En Nueva York, según Lucille, costaría la mitad. Luego se va al cuarto de baño a maquillarse. Yves le pisa los talones y se sienta en el bidé. Ella se dibuja dos trazos con el perfilador en cada ojo haciendo unas muecas horribles, se coloca el rímel con la ayuda de un viejo cepillo de dientes, se empolva y se levanta el jersey de angora rosa para rociarse con su perfume preferido, Shalimar de Guerlain, que Yves le compra en cada aniversario, en cada Navidad, en cada fecha importante para ellos.

—¿Y por qué te pones tan guapa?

—Para dejar pasmadas a mis amigas, para demostrarles que no soy una momia, aunque lleve trece años casada con el mismo hombre al que quiero y que está carcomido por los celos...

—¡Para mí ya no te pones guapa!

—Mentiroso...

Se inclina hacia él, le besa. Él pega la boca a los labios, la abraza, deja

caer el cuerpo contra el suyo y se aferra con una fuerza que traduce desespero más que deseo. Agnès se separa con cuidado y con un tono de voz uniforme, una voz que por encima de todo quiere que no suene vacilante ni colérica, suelta, como si nada:

—¡Una cosa más de la que tendremos que hablar, querido! ¡Puedes apuntarla en tu cuaderno desde esta noche!

Él encoge los hombros, baja los ojos. Es más fuerte que él. Tiende los brazos hacia ella, quiere retenerla, un último beso, por favor, pero, en ese momento, Éric, su hijo, entra en el cuarto de baño y refunfuña:

—¡Nosotros tenemos hambre! ¡Ven a cenar, papá! ¡Aún me quedan muchos deberes esta noche!

Tira de las mangas, demasiado largas, de su sudadera roja de los Chicago Bulls y dirige a su madre una mirada cargada de reproches. A él también le ponen nervioso estas noches; la vigila con el rabillo del ojo, inspecciona su ropa, su maquillaje con cara de decir: «¿Realmente es esto necesario?». Solo Céline comprende lo que significa «entre chicas». Ella ha puesto la mesa, ha preparado la cena, espaguetis y una ensalada, y espera viendo la tele.

—Ya voy, ya voy —dice Yves levantándose de mala gana.

Echa una última ojeada a Agnès que se pone colorete, se empolva la nariz, se rocía laca debajo de los mechones para darles volumen; el beso lo ha destrozado todo. Él coge la mano de su hijo y los dos van a instalarse, a paso lento, en la cocina, esperando que Céline les sirva.

—¡Y dejad de poner esa cara! ¡Parece que vaya a hacer de puta en un cabaret! ¡No es una gogó, que yo sepa! —espeta Céline—. ¡Hostia! ¡Qué pesados sois los hombres!

—No se dice «hostia»... ¡Y menos delante de tu padre! —subraya Yves, que intenta demostrar cierta autoridad.

Un enorme montón de espaguetis humeantes cae en el plato de Yves, que empuña el tenedor y lo pasa sobre la pasta.

—Tú eres demasiado joven, no conoces la naturaleza humana —dice, para justificarse.

Él lo sabe. Porque una noche..., una noche, fue hace un año más o menos..., justo antes de que empezaran sus sesiones de pareja y el intercambio de cuadernos... Él estaba en Chalon-sur-Saône por trabajo y

había telefonado a Agnès para decirle que no le esperara esa noche. Dormiría en el Novotel de la carretera. Tenía que ver a un cliente al día siguiente. Una complicación de última hora en un negocio importante: no volvería hasta el otro día por la tarde. «¡Venga, deséame suerte! —le había pedido por teléfono—. Dime las seis letras... Ya sabes cuáles...». Ella le había dicho: «Mierda». Y le había dicho también: «No te preocupes, los niños ya son mayores, saben cuidarse solos... No volveré tarde». Y después había añadido: «Te quiero» y él había dicho: «Yo también te quiero». Él había colgado, no muy orgulloso de su estratagema. Sabía que aquella noche ella cenaba con Clara. Había reservado una habitación en el Novotel. Había dejado los datos de su tarjeta de crédito para poder marcharse durante la noche. No había ido al comedor a disfrutar del menú gastronómico a cuenta de la empresa. Tenía el estómago demasiado encogido. Se había quedado en la habitación. Nada orgulloso, en absoluto. Hasta el último minuto, había estado dudando. Lo que hago no está bien. No está bien. No hay que meter el dedo en el engranaje... Se había paseado por la habitación, de la cama a la puerta, de la puerta a la televisión colocada sobre un mueble de madera blanca, de la tele a la cama. Hizo zapping aporreando el mando a distancia. La película porno de Canal Plus no era en abierto, pero pudo atisbar trozos de vulva, trozos de pollas temblorosas. Hacía un ruido de sierra mecánica, era raro, una auténtica carnicería. Al cabo de un rato, había conseguido seguir la trama. Pero había aparecido la palabra fin... Se había bebido las botellitas del minibar, engullido los quesitos, los cacahuets y las nueces, las aceitunas verdes, las aceitunas negras envasadas al vacío en bolsitas de plástico. Pasaron los minutos y las horas, luminosas, en su despertador de viaje. Reflexionó, se dijo: no, no iré. NO. Me encerraré con llave y tiraré la llave por la ventana. Me tomaré un somnífero y me derrumbaré sobre la cama. Voy... Tengo que quitarme esta idea de la cabeza.

Él quería a Agnès, ella le quería a él, iba a estropearlo todo. Todo eso por una curiosidad pequeña y sucia. Un impulso sucio. Doce años de matrimonio casi perfecto; eso valía la pena respetarlo. A Agnès la conoció en la centralita de la empresa donde trabaja, Water Corp. Ella contestaba al teléfono, le llevaba una taza de café al cliente que esperaba, anotaba los mensajes, reservaba una mesa en un restaurante cuando las secretarias de los jefes

estaban desbordadas. Siempre sonriente, siempre arreglada. Una noche, en una copa organizada para celebrar el año nuevo, cultura de empresa obliga, nosotros somos una gran familia y nos queremos, él se había atrevido y la había invitado a cenar. Ella había dicho que sí enseguida, con la boca llena. Más tarde, en el restaurante, ella le había confesado que lo esperaba hacía tiempo, que había notado sus miradas veladas y ese ligero tartamudeo cuando se sentía intimidado. Ella le intimidaba, ¿verdad? Él había dicho sí, exagerando el tartamudeo. Ella se había echado a reír y él la había besado por encima del magret de pato. Una historia sencilla como Fripounet y Marisette^[9]. Los niños se quedaron decepcionados cuando se la contaron. No era nada romántico, un tontaina exjugador de rugby del equipo de Dax que se prenda de la bonita telefonista de París. Lo siguiente tampoco era romántico. Se habían casado. En la alcaldía, con los íntimos, eran la tercera pareja de la cola. Clara fue la testigo de Agnès, él se lo había pedido a un tipo de la empresa, uno que se llamaba Levasseur, un conocido. Agnès había vuelto a estudiar. Había decidido ser contable. «La gente siempre necesitará a alguien que cuente su dinero y haga balances». Había aprovechado el tiempo y mientras estudiaba tuvo a sus dos hijos, primero Céline, después Éric. En cuanto tuvieron edad de ir al colegio, de comer en el comedor, en cuanto supieron escribir su nombre y defenderse en el patio de recreo, ella había encontrado trabajo. Yves había seguido en Water Corp, en el mismo puesto: técnico posventa. «¡Qué falta de espíritu aventurero! —exclamaba Céline—. ¡Un Príncipe Encantador asqueroso!». «¡Eso porque tú crees en el Príncipe Encantador! —le había replicado Agnès—. El Príncipe Encantador lo fabricas tú cada día, poco a poco, como el Lego de Éric». Un Príncipe Encantador asqueroso... Esas palabras de Céline habían vuelto a acudir a su cerebro, aquella noche, en el Novotel. No sabía por qué. Algunas palabras se inscriben en tu memoria con un hierro candente. Años después, siguen ahí. Palabras en apariencia anodinas. Aquel año esa era la palabra favorita de Céline, asqueroso. La empleaba en cualquier situación. Entonces, la sucia bestia que dormía en su interior había despertado y había reclamado lo que se le debía. «Venga, ve, venga... Solo una vez. Te sentará bien. Después lo olvidarás, ya no sufrirás más...». Cogió la chaqueta, agarró la bolsa, saltó dentro del coche y condujo como un loco hasta París. Un poco aturdido por

las mezclas que había hecho. Se paró dos veces en un área de servicio para correr alrededor del coche, a paso ligero, para mantenerse despierto. Eso le había recordado los entrenamientos al amanecer, con sus compañeros de rugby, en la bruma fría del campo a las afueras de Dax. Debió de llegar hacia las tres de la madrugada al apartamento dormido. Había metido muy despacio la llave en la puerta para no despertar a los niños, se había deslizado a lo largo del pasillo hasta su habitación, había girado delicadamente el tirador de la puerta. Había mirado la cama conyugal. Vacía. Ella no estaba allí. La bestia sucia tenía razón: ella le engañaba. Esas cenas en casa de Clara eran mentira. Se citaba con su amante. Él era Cocu, el cornudo. Cocu, el jefe de estación^[10].

No se había atrevido a telefonar a casa de Clara.

La había esperado. Ella había vuelto a las seis y media de la mañana. Justo antes de que se despertaran los niños. Justo a tiempo para meterse bajo las sábanas sin desmaquillarse ni cepillarse los dientes. Cuando estaba demasiado cansada, no se desmaquillaba. Él protestaba porque las almohadas se manchaban. Él se había escondido detrás de la puerta entreabierta de la habitación. La había visto tirar los zapatos, los tejanos, el jersey, el sujetador y las bragas. Había esperado a que ella estuviera en la cama, oyó el gran suspiro que había lanzado en cuanto tumbó el cuerpo bajo las sábanas. Él había cerrado la puerta y ella había lanzado un grito. Un gritito de pavor.

—¡Pero creía que te quedarías allí!

Prácticamente una confesión, se dijo él. Esta vez la he pillado.

—Lo hice para saberlo. Y ahora lo sé.

—¿Qué sabes?

—Que no has dormido aquí. ¿Qué? ¿Dónde estabas?

Se sintió casi aliviado. Había ido a sentarse en el borde de la cama, de su cama. Ella se había incorporado, con la sábana pegada al pecho, como si él no debiera verla desnuda. Él había apartado la sábana.

—¿Dónde estabas?

—¡Pues en casa de Clara!

—¿Hasta las seis de la madrugada? ¿Me tomas por tonto?

—Venga..., telefonéala. Pregúntale a qué hora he salido de su casa...

Era ella la que estaba indignada. Ella la que volvió a taparse el pecho con

la sábana y volvió a acostarse, como si lo que él decía no le interesara en absoluto. Y se había incorporado otra vez y había preguntado:

—¿No llamas?

Él había bajado la cabeza. Estaba celoso pero conservaba el amor propio. Sobre todo frente a las amigas de ella, que debían de considerarle un fracasado. Un empleaducho de nada. Encargado de mantenimiento en obras que tenían problemas. Problemas tan estúpidos como surtidores que se atrancan por culpa de los sedimentos, los programadores que no arrancan, la presión insuficiente del agua. Un empleaducho que se aferra a su puesto, que tiene miedo de reclamar un aumento por miedo a que le echen. Cuando ellas le preguntaban cuánto ganaba, él se veía obligado a incluir las dietas para no quedar en ridículo. ¡Él no era el genial Raphaël Mata, ni el gran cirujano Ambroise de Chaulieu y mucho menos David Thyme, heredero de una industria cervecera! El día de su boda se sintió incómodo. Ellas se arremolinaron a su alrededor. Le observaron atentamente y le hicieron una serie de preguntas absurdas, a cuál más irónica. «¡Pero eso es porque yo soy la primera que da el paso!», le había explicado Agnès, arrastrándole hacia Ambroise de Chaulieu y Joséphine. Joséphine era la única con quien estaba relajado. Ella era hija de un panadero y lo repetía a cada momento, lo cual avergonzaba al pobre Ambroise, que se ajustaba la corbata cuando ella insistía sobre el modo de reconocer un buen pan con miga espesa y densa, o comparaba los tiempos de fermentación del pan industrial y el pan bueno, «¡en un caso son quince minutos, y en el otro puede durar hasta cinco horas! ¿Eh? ¡A que os quedáis con la boca abierta!».

—¿Quieres que yo marque el número por ti?

Ella había puesto la mano sobre el teléfono. Él se la había retirado con suavidad. Se había descalzado, se había acostado, acurrucado contra ella, completamente vestido.

—Me siento tan desgraciado..., tan desgraciado por ser así...
Abrázame...

Al día siguiente habían decidido unirse a un grupo de amigos que hacían terapia de pareja. Dos semanas después estaban en una gran mansión alquilada para la ocasión. Mil francos por pareja y por fin de semana. Los que podían contribuir con más lo hacían. Los que no podían pagaban según sus

posibilidades. Les enseñaban a describir sus emociones diciendo «yo». Cada uno debía hablar de lo que sentía y siempre de forma positiva. Se trataba sobre todo de explicar los sentimientos al otro para que los comprendiera. Ellos se habían comprado un cuadernito y habían aprendido a analizar por escrito sus malos humores, sus bloqueos, sus enfados. Una vez por trimestre, se reunían durante un seminario con las demás parejas; cada uno hablaba de sus problemas y de las soluciones que había encontrado. Ellos se peleaban menos. Hablaban más. Yves se esforzaba, pero la bestia sucia seguía durmiendo en él. Agnès ya no le mandaba a paseo cuando esta le dominaba, pero tampoco había renunciado a sus veladas de chicas. «Yo necesito tener un jardín secreto —explicaba ella en su cuaderno—. Y ese es mi infancia, mis amigas, Montrouge, mis raíces. ¡Tú tienes tu rugby y tus colegas de Dax! ¡Yo no pongo mala cara cuando vas a los partidos y sales por ahí con ellos hasta las tantas!».

—¡Buenas noches, cariñitos! —suelta Agnès al pasar por la puerta de la cocina, haciéndoles un gesto de despedida—. ¿Es bueno, al menos, lo que os ha preparado Céline?

—Pasta como siem... —protesta Éric.

—¡Haber movido el culo, subnormal! —replica Céline.

—¡Que te den, tía!

—¿Tú has oído cómo se hablan? —suspira Yves, superado por la energía de sus dos retoños—. ¡Si yo hubiera dicho algo parecido a esto en mi casa, me la habría cargado!

Céline se encoge de hombros y dedica una mirada de complicidad a su madre.

—¡Estás muy guapa, mami! ¡Diviértete mucho! —añade, para dejar muy claro en qué equipo juega.

—Buenas noches, cariño —añade Agnès inclinándose hacia Yves y depositando un beso en su cabello negro y denso.

Le gusta el olor de su pelo, un olor de crío limpio a quien dan ganas de proteger, de mimar.

Él le dirige una débil sonrisa que significa: va mejor, lo asumo; ella siente un inmenso impulso de ternura y está a punto de proponerle que la acompañe a casa de Clara. Hasta la puerta de Clara, para calmar su angustia. Entonces

recuerda que es absolutamente necesario que se mantenga al margen de su problema. Él tiene que encontrar ayuda en el interior de sí mismo. Es lo que repite a todas horas el moderador.

Lanza un último beso al grupo y cierra la puerta del piso.

Una vez en el coche, saca de debajo del asiento una botella de champán envuelta en papel de seda. ¿Una botella para cuatro bastará?, se pregunta de pronto con un vuelco en el corazón. Quizás tendría que haber cogido dos... Así habría parecido más pudiente. La coloca con mucho cuidado en el asiento contiguo. La botella todavía está muy fría. La ha comprado en Nicolas, una tienda que está cerca de su despacho. No le gusta tener que esconderse pero suspira en voz alta: «No se puede contar todo...». Ella quiere a Yves. Aunque... Hasta la vida más sencilla puede ser complicada a veces. Ella no es celosa. Nunca ha sido celosa. No imagina a Yves en brazos de otra mujer. «Creo que sería impotente», se dice. Le da al contacto de su R5 blanco y sale, no sin antes comprobar que el paso está libre. «A lo mejor le escogí por eso. Sabía que yo sería la más fuerte, que dominaría la situación...». A Agnès no le gusta esta idea, que empequeñece su amor por Yves. Desde que analiza sus estados de ánimo en su cuaderno, se le ocurren cosas extrañas. Cada vez más a menudo oye una voz interior que le contesta. Es peligroso reflexionar. Antes estaba más tranquila.

Se mira en el retrovisor por última vez. Muy bien, chica, muy bien. El semáforo está rojo y ella se pregunta por qué las mujeres se ponen guapas cuando salen juntas. ¿Competición? ¿Seducción? ¿Rivalidad? No hace ni un año, no se hubiera hecho esa pregunta. Se ha arreglado como para una cita romántica. Yves tiene razón. El conductor de atrás se impacienta y toca la bocina. Ella mira el semáforo: se ha puesto verde. Levanta los brazos como diciendo: «¡No hay ningún incendio!» y el otro la adelanta tratándola de idiota y de puta. Ella ladea el retrovisor interior hacia sí. ¿Ese no ha visto lo guapa que estás esta noche? Ah, claro..., no como Lucille. O Clara. O Joséphine, que parece ofrecerse a todos los machos que se le acercan. ¡Pobre Ambroise! Le compadece y le irrita. Siempre parece que esté al margen. Escudado en su traje, su corbata y sus buenos modales, su apellido de familia de dinero. Ambroise de Chaulieu de Hautecour. Lo primero que hizo Joséphine fue prescindir de un trozo. Si no, no cabía en los formularios de la

Seguridad Social, decía ella. Y después de otro trozo, llamándole Paré. Y sin embargo, ella está casi segura de que es ese apellido, esa buena prestancia lo que llevó a Joséphine Brisard, hija de un panadero de Montrouge, hasta el altar. No se atrevería nunca a decírselo a la cara, pero sospecha que su amiga debió de quedar deslumbrada por la galería de antepasados, la plata de la familia, la posición social de los Chaulieu.

Los hombres creen que seducen a la mujer pero a quien entusiasman es a la niña. Ella recuerda la panadería de la familia. La madre de Joséphine detrás de la caja, el padre en el amasadero y Joséphine atendiendo a los clientes en las horas punta. «Ponte la blusa, sonríe, ponte recta...», sermoneaba la madre Brisard a su hija, que arrastraba los pies cuando vendía las barras de pan. A Jean-Charles, el primogénito, no le exigía nada. Él repasaba sus lecciones en la trastienda, o más bien hojeaba *Lui* o *Playboy* mirando a hurtadillas a las chicas desnudas. La trastienda hacía las veces de salón, de comedor, de cocina. Ellos comían medio sentados, siempre preparados para levantarse si entraba un cliente. «¡Sin tiempo ni para hacer pipí!», alardeaba la señora Brisard. Joséphine siempre tenía un libro, que leía a escondidas. Al terminar el bachillerato, quiso matricularse en la Facultad de Letras pero «la literatura no es un oficio —decía la madre Brisard—, es un pasatiempo para vagos». La señora Brisard no paraba. Hay que decir que su pan era realmente bueno. Todo Montrouge iba a hacer cola a la tienda. A la salida del colegio, cuando no comían las crepes de la abuela Mata, se reunían en la trastienda, en la mesa con un mantel de plástico con un estampado de rosas rojas. ¡Zumo de naranja, cruasanes y bollos con chocolate para todo el mundo! Ellos se atiborraban y luego reclamaban una barra de pan, la partían por la mitad, hundían la nariz, untaban la miga todavía caliente con una mantequilla buenísima que venía directamente de Normandía, donde los padres de la señora Brisard tenían una granja. «¡Y esta mantequilla no tiene hormonas —proclamaba la señora Brisard—. Esta está hecha en la mantequera a base de codos! ¡Con vacas que devoran una hierba verde y abundante!». Lucille se olvidaba del régimen, Rapha hacía preguntas sobre la fabricación del pan, Clara añadía una buena mermelada, Jean-Charles miraba de reojo las piernas de las chicas por debajo de la mesa.

Agnès cierra los ojos. ¡Eso era ayer! Y ella, la pequeña Agnès, «es buena

como una santa, siempre está de acuerdo, nunca lleva la contraria», decía la señora Brisard. No podía ser de otra manera, responde como el eco Agnès, años después, y da un volantazo para evitar a una mobylette que ha girado a la izquierda en el último momento. Se da la vuelta y lanza una mirada torva al tipo de la motocicleta, mientras hace un gesto con el dedo índice sobre la sien. Desde el primer momento supe que no podía rivalizar con las demás. ¡Pero yo las había escogido! Habría podido encontrar amigas a mi medida. Aunque me justificaba, no me sentía desgraciada... No recuerdo haber sentido celos ni envidia. ¡Incluso me enorgullecía ser su amiga! Un poco acomplejada de todos modos, responde la vocecita del cuaderno. No del todo a gusto. ¡Siempre era la última en hablar, y a veces ni eso! Asentía. Una niñita en falso, tan ávida de gustar, de parecerse a la imagen que las otras tenían de ella. ¡Mierda!, contesta Agnès a la vocecita que ya no puede acallar.

A veces se pregunta si ha hecho bien apuntándose a esos cursillos de pareja. Al principio fue para curar a Yves y sus celos enfermizos pero, poco a poco, fue ella quien se puso en cuestión, sin darse cuenta. A fuerza de emplear el «yo», ya no puede eludir los problemas. Culpa a su pasado. Nunca le enseñaron a decir «yo». O «mí». Su madre era intratable. Decía que no había que empezar una carta con un pronombre en primera persona. Agnès había organizado su vida pensando en «ella», esa mujer perfecta que triunfaba, que lo sacrificaba todo, que se negaba a compadecerse de sí misma o a cuestionarse. Tenía unos hijos muy guapos, un marido que la quería, un trabajo que iba bien. Gracias a su sueldo podían pagarse todos los pequeños placeres de la vida, pasar las vacaciones en el Club Mediterráneo o esquiar, un segundo coche, las clases de teatro de Céline, las clases de tenis de Éric, sus fines de semana de terapia...

Te habría gustado que te tuvieran en cuenta, a ti también, que te felicitaran, pero eras siempre transparente y tan conformista..., querías complacer a todo el mundo y olvidaste que tú estabas implicada. Por eso te sientes segura con Yves: él no te juzga, siempre le pareces la más guapa, la más inteligente, la más eficaz. Él te rodea de admiración, te sirve de pedestal. ¿Eso es lo que tú bautizas con el bonito nombre de amor?... ¡Cállate ya! —vocifera Agnès, al llegar al pie del edificio de Clara—. Yo le dejo vivir, yo no sospecho que me engañe en cuanto me doy la vuelta. Yo le respeto... ¡Claro

que no eres celosa! ¡Tú no le miras, tú no sabes quién es, tú solo le pides que te quiera con locura...! ¡Tú lo aceptas todo y no le das nada, tú vives una soltería perfecta! Es fácil hacer bonitos discursos sobre los celos, sobre su falta de confianza en ti, es fácil juzgar a la señora «sabelotodo». ¿No te preguntas por qué sufre? A lo mejor tú tienes algo que ver. A lo mejor tiene razón en creer que no le quieres.

—¡Basta! —grita Agnès, buscando aparcamiento en la callecita oscura de Clara. Cae una lluvia fina sobre el cristal y pone en marcha el limpiaparabrisas. No ve nada y se inclina hacia delante para no colocarse sobre el paso de peatones. ¡Podrían poner farolas, mierda! ¡No podré aparcar! ¡Y en el rato que tarde en llegar andando hasta casa de Clara, se me destrozará el peinado! Ve un espacio, frena bruscamente, pone la marcha atrás y provoca un chirrido en la caja de cambios, se rompe una uña tratando de aparcar, se pone a llorar y se le cala el coche.

Allá arriba, en la cocina, Clara y Joséphine acaban de cortar un salchichón y de colocar las galletitas saladas para el aperitivo. Joséphine observa a su amiga. No es habitual en ella ofrecerles patatas fritas de bolsa. Lo normal es un gran surtido de entrantes: camarones que todavía se mueven fritos con sal gorda, rebanaditas con queso holandés curado, comprado en el otro extremo de París, tarrinas de salmón o de atún, tofu frito en salsa de soja y granos de sésamo. Ellas siempre se quejan de que cuando llega el momento de pasar a la mesa ya no tienen hambre. «La buena comida ablanda los corazones y favorece las confianzas», proclama Clara, con un enorme delantal de cocina azul oscuro atado a la cintura. Normalmente habrían comentado el fax desternillándose de risa. Clara habría exigido precisión sobre el tamaño del sexo del pasajero del tren, el perfil derecho, el perfil izquierdo, ¿aplicado o directo? O un menú detallado de las ignominias sexuales cometidas sobre el asiento de la compañía del ferrocarril. Normalmente, Clara habría encendido las velas de la mesa pregonando: «¡Que empiece la fiesta!», y descorchando el champán con gran estruendo. Normalmente habrían bailado las dos, imitando a Johnny Hallyday y gritando: «¡Cuánto te quiero!». Normalmente, ya se habrían partido de risa tres veces a costa de Ambroise, de Yves o de David Thyme, el marido de Lucille. Normalmente, antes de que llegaran las demás, se habrían liado un

porro con la hierba que Kassy le pasa a Clara, normalmente...

Ella ni siquiera le ha preguntado por Julie.

Decididamente esta no es una noche normal.

Y el humor no mejoró. Agnès llegó sollozando: por lo que Joséphine y Clara acertaron a comprender, había tenido una violenta enganchada consigo misma en el coche y se había roto una uña.

—¡Ciento cuarenta francos, la *french manicure*! Por no hablar de la propina obligatoria, y toda mi vida por los aires —balbucea, entre hipos—. Me da vergüenza, me da vergüenza, todo es mentira, todo es mentira, desde el principio.

Se frota la nariz en el jersey de angora. El pelo del jersey se aplana y forma una alfombra pegajosa, el rímel se corre y deja un rastro de líneas negras, y los polvos del maquillaje se convierten en unas placas rosas y densas que le dan aspecto de loca. Joséphine saca un kleenex, la obliga a sentarse en el sofá y la abraza.

—Vamos, cariño, llora, que te irá bien... Lloro y desahógate como cuando eras pequeña y tu mamá te hacía mimitos después...

Utiliza las palabras que usa con sus críos, esas palabras que consuelan, que te devuelven a la infancia, y Agnès se deja ir entre grandes sollozos.

—¡Pero si ella nunca me hacía mimitos! ¡No tenía tiempo, lo sabes perfectamente!

Ella, la señora Lepetit, limpiaba las casas de todo el mundo. Sola para criar a sus tres hijos, destrozada por un marido policía que se fue a vivir con la vecina de abajo. El tipo de hombre que hace llorar a su familia. Sin pegarles, sin gritarles en la cara como otros. Solo cambiando de piso. E ignorándoles. Él ni siquiera se había molestado en marcharse a otra parte para esconder su felicidad, la infelicidad de ellos. Alardeaba de ello, justo debajo de ellos. Instaló su deseo de otra mujer y de otra vida bajo sus pies. Sus pies que apenas osaban arrastrarse por el suelo, porque les parecía muy irreal que él pudiera hacer sus crucigramas abajo, reír abajo, desnudar a una mujer abajo y tumbarse encima de ella. Él les había condenado al silencio. Al silencio de las lágrimas que ya no osaban verter por miedo a que les oyera.

Condenados a avergonzarse de su sufrimiento. Agnès habría preferido morir antes que caminar sobre la felicidad de su padre. Cuando bajaba las escaleras o entraba en el ascensor, le temblaba todo el cuerpo, pensando en toparse con él o con su amante. Enviaba a sus hermanos como si fueran centinelas. Una vez, una sola vez, se había atrevido a lanzarse sobre él y le había llamado cerdo. Él había reaccionado con un bofetón que la había hecho rebotar sobre la escalera. Todo el edificio lo había comentado. Cuando su madre se había enterado, Agnès había recibido dos bofetones más. «¡Yo me mato para criaros sin que nos falte nada, para que todo sea como antes, y tú das que hablar en el edificio! ¡Haz como yo: ignórales! ¡No me importa que estés triste!, ¿te crees que yo no estoy triste? ¡Y si me deslomo fregando casas es para pagar el alquiler, para no tener que trasladarnos ni bajar la cabeza, para que tus hermanos y tú tengáis una oportunidad en la vida! ¿Preferirías ir a vivir a una barriada de Bagneux? ¡Pero, por Dios, hija, hay que mantener el tipo ante la adversidad!». En la mesa, cuando Agnès y sus hermanos se portaban mal, la señora Lepetit les apartaba los codos y les sacaba los dedos del plato a golpes de tenedor. Sus hijos estaban encorvados en su presencia. Los dos hermanos mayores se habían largado en cuanto pudieron; uno se estableció como electricista en Montpellier. Del otro apenas tenían noticias, y la señora Lepetit siempre tenía miedo de abrir el periódico y descubrir que estaba mezclado en algún asunto sucio.

Los sollozos de Agnès aumentan y Joséphine la abraza más fuerte. La acuna contra sí hasta que se calma un poco y empieza a retorcer el dobladillo de su jersey que pierde pelo. Se forma una pelota rosa que ella enrolla entre los dedos mientras habla.

—Es desde que escribo mi cuaderno, ¿comprendes...?, desde que Yves y yo hemos decidido apuntarnos a ese grupo de terapia conyugal, ¿sabes?

Joséphine asiente.

—¡Y Dios sabe cuánto nos hemos reído de eso Clara y yo!

—Todo me estalla en la cara y no soy lo bastante fuerte. Creía que yo no lo necesitaba. Pero es demasiado duro, demasiado duro... Esta noche, en el coche, no sé por qué, es como si hubiera oído una vocecita que me hablaba... y que me decía cosas horribles. Horribles no, de hecho, verdades, más bien. Cosas que yo veía venir sin aclararlas... y ha sido insoportable...

Clara se ha sentado en el brazo del sofá y escucha hablar a Agnès. Esta mañana, cuando Rapha se ha ido le ha acariciado la mejilla, le ha deslizado los dedos sobre los ojos, la frente, el pelo. Como si se la aprendiera de memoria antes de abandonarla para realizar un largo viaje. Ella se ha estremecido y se ha pegado a él. Han permanecido abrazados un buen rato y se han separado de mala gana. Ella le ha preguntado si aún tenía miedo, él no ha contestado.

Clara se deja caer al lado de Agnès, abre los brazos para abrazarla. Están las tres en el sofá, pegadas entre sí, como tantas otras veces en el sofá rojo de la abuela Mata, cuando se abrazaban y, con la boca pegada al pelo de la otra, se juraban amistad eterna. Cuando, como todos los adolescentes paralizados por el miedo a crecer, temblaban y se acercaban, se cogían las manos, los brazos y lloraban, entrelazadas. No sabían exactamente por qué, pero estaban llenas de desesperanza. O de esperanza. Dependía del día. Pasaban de las carcajadas más sonoras y estridentes al llanto más irracional. Tenían miedo de todo, realmente no sabían cómo tomarse la vida y se aferraban las unas a las otras.

—Yo me creía tan perfecta, tan equilibrada... Me decía que el enfermo era él, él a quien había que curar. La vocecita no está de acuerdo..., dice que no le quiero... No lo bastante al menos... Que me sirve de valedor, que no le miro. Ella dice que no quiero a nadie. E incluso os diré que comparándome con vosotras..., pero no me lo tendréis en cuenta, ¿verdad? ¿Prometido?

Las mira con miedo, con las pestañas pegadas como paquetitos negros. Clara y Joséphine dicen que sí con la cabeza y la animan con la mirada.

—Acababa por considerarme superior a vosotras, incluso... me decía que mi vida personal era muy clara, muy limpia en comparación con la vuestra. Que todo eso tenía un sentido, que yo iba en la buena dirección mientras que tú, Clara...

Duda, acecha a su amiga con la actitud de un perro apaleado que va a recibir otra paliza.

—¡... tú que alardeabas de ser especial..., tú no tienes hijos, ni marido, ni trabajo, todo te ha salido mal con Rapha... y vas a cumplir cuarenta años! ¡Y ya será demasiado tarde!

—Muchas gracias —contesta Clara, muy ofendida—. ¡En primer lugar

solo tengo treinta y seis y nunca es demasiado tarde!

Aparte de que prefiero mi vida de bohemia a tu gran marido que te sigue como un perrito fiel, añade para sí misma. Pero no es el momento de decirle eso a Agnès.

Agnès sorbe y manosea su pelotita de lana rosa.

—... ¡Ay! Nunca podré contároslo todo... Tú, Joséphine, te aburres con tu marido y dejas que se te folle cualquiera para olvidar... Finges que no te preocupa, alardeas de eso, pero a mí me parece algo bastante cobarde y fácil por tu parte. Tú lo quieres todo: un buen marido, una casa bonita, dinero, comodidad y amantes... Una vida de hipocresía...

—¡Si mi marido me mirara, a lo mejor no tendría necesidad de buscar en otra parte! —replica Joséphine, como reacción de autodefensa.

—¿Lo ves?, yo pienso ese tipo de cosas y me digo que yo me he puesto a vuestra altura... Ya no os envidio. Solo queda Lucille..., pero Lucille siempre ha formado parte... Ella no era como nosotras...

Agnès se suena con el kleenex nuevo que le tiende Joséphine. Joséphine, para relajar el ambiente, le limpia la nariz como si fuera un bebé, intenta corregir los estragos del maquillaje maltrecho secándole la cara, y vuelve a rodearla con sus brazos. La descripción que ha hecho Agnès de ella le ha dolido, pero decide consolarla antes que ponerla en su sitio.

—Vaya... ¿Todo esto ha pasado por escribir tu cuadernito? ¡La escritura es peligrosa! Ahora entiendo por qué los escritores empujan el codo o se drogan... ¡A lo mejor deberías dejarlo!

—No —dice Clara, que aprovecha la ocasión para explicarse—. Todo lo contrario, es estupendo. Aprenderás a conocerte y eso te hará mucho bien. Acabas de asistir a una clase de delito flagrante.

Agnès levanta la vista hacia su amiga. Se ha incorporado. Intenta comprender. Sabe que Clara tiene ventaja sobre ella. Tiene ganas de confiar en ella.

—¿Delito flagrante de qué?

—¡Delito flagrante de mentir sobre ti misma! ¡Tú siempre te has contado historias, eso es todo! Es doloroso, sobre todo la primera vez...

—¡A lo mejor no está obligada a volver a hacerlo, si la pone en ese estado! —protesta Joséphine, moviendo las manos como el ángel del pesebre.

—Pero así aprenderás a rectificar el tiro y a convertirte en una persona más interesante, más auténtica, alguien que te guste a ti... Si no ¿para qué sirve vivir, si no avanzas, y siempre consideras que eres maravillosa y que la culpa siempre es de los demás? Y, ya verás, ¡ese trabajito de construirse a una misma es apasionante! ¡Un auténtico culebrón! Cada día te enteras de algo nuevo...

—¡Ah, tú...! —masculla Agnès—. Tú siempre intentas verlo todo por el lado positivo... ¡Me enervas! ¡No sabes hasta qué punto me enervas! ¡Es demasiado fácil! ¡Para ti siempre ha sido demasiado fácil!

—¡No! No es fácil precisamente... Hay que ser implacable y no perdonarse nada. Para volverte valiente tienes que haber sido cobarde, tienes que haber sido mezquina para poder ser más comprensiva, y avara para ser generosa... ¡Siempre que te pilles in fraganti! ¡Con la mano metida en la bolsa de los malos pensamientos o de las malas acciones! ¡Pero no hay que tener miedo de llegar al fondo de una misma! ¡No puedes conocer algo si no conoces su contrario! A no ser que hagas trampas... ¡En ese caso te cuentas unas historias fantásticas sobre ti misma y eso no tiene ningún interés!

—¡Pero duele! —suspira Agnès—. Duele demasiado. Y además yo no sé si soy capaz...

Sonríe a duras penas, azorada por el llanto, dando tironcitos a su jersey de angora, entre sollozos.

—Duele pero es bueno —dice Clara sonriendo—. Ya verás como es bueno entrar en ese rinconcito interior sucio y hacer limpieza... No vas a cambiar de golpe, pero rectificarás primero un detalle, luego otro, y un día estarás orgullosa de ti misma. Habrás conseguido una coherencia, serás única y la vida se abrirá ante ti. Todo tendrá un sentido, todo será luminoso. Pero hace falta tiempo, paciencia...

—Es algo peor: creo que me da canguelo... Tengo ganas de suspenderlo todo.

—No siempre es agradable, eso seguro..., y da miedo —prosigue Clara—, pero yo estoy convencida de que merece la pena.

—¡Vaya mierda! —exclama Joséphine—. ¡Y yo que creía que íbamos a pasar una velada relajada y divertida! ¡Ya se ha estropeado! ¡No iremos a ponernos a dar lecciones de moral! ¡Nadie es perfecto! Oíd, ¿sabéis la última

de Jerry Hall, cuando le preguntaron cómo había conseguido retener a Mick Jagger...?

Clara la corta con arrebatos:

—¡Puede que eso sea más interesante que hablar de trapos o contar siempre las mismas anécdotas de culos!

Joséphine se calla, estupefacta. Es la primera vez que nota tal agresividad por parte de Clara. Incluso hay cierto desdén en su comentario. Se siente herida y suspira, disgustada. ¿Por qué todos esos reproches por parte de sus mejores amigas? ¿Tan lamentable es su vida?

—Bueno, me callo... ¡Pero si esto continúa, más vale irse a dormir ahora mismo!

—No, mira..., escucha... Lo que le pasa a Agnès es interesante, ¿no?

—Lo que contestó Jerry Hall también es interesante. ¡Y puede serle útil a todo el mundo! Y al menos no es doloroso...

—Es doloroso al principio, cuando no estás acostumbrada —prosigue Clara, obstinada—. Y después, te aturde... porque te vuelves consciente de una realidad, tu realidad. Aprendes a conocerte, y a conocer a los demás, ya no te dejas engañar por las apariencias.

—¡Pero las apariencias también tienen cosas buenas! —protesta Joséphine—. ¡Sin ellas no podríamos vivir!

—A mí eso es lo que me han enseñado siempre... —farfulla Agnès—. ¡Siempre!

Clara no tiene tiempo de responder. Ha sonado el interfono. Las tres se incorporan como colegialas sorprendidas por el profesor copiando y solo piensan en una cosa: ¡Lucille!

—¡Hay que evitar que la vea así! —declara Joséphine.

Se vuelve hacia Agnès:

—Ven conmigo al cuarto de baño, yo volveré a ponerte guapa...

Clara arregla el sofá, recoge los kleenex, echa un último vistazo al orden de la sala. Ha puesto demasiada agua en un jarrón con los tulipanes blancos que ha traído Joséphine, y se vencen.

—¡Clara! —grita Joséphine desde el cuarto de baño—, ¿no tendrías un jersey para prestarle? ¡El de angora no sirve!

—En mi ropero —contesta Clara señalando el rincón que hace de

dormitorio.

Esta vez el timbre suena un buen rato, imperioso. Lucille se impacienta. Clara se dirige a la puerta y contesta. Una última mirada al salón, al rincón comedor donde está puesta la mesa. ¡Ha olvidado encender las velas y poner el champán a enfriar! Un vistazo en el espejo de la entrada: no está demasiado desmejorada y sin embargo, desde ayer noche, tiene la impresión de haber pasado tres veces el cabo de Hornos a nado y sin chaleco salvavidas.

Siempre que Lucille hace su entrada es un auténtico espectáculo teatral. Por mucho que Clara se lo espere, siempre queda deslumbrada. Es la irrupción en lo cotidiano del lujo, del sueño y de la belleza. Una aparición alta, esbelta, casi irreal. Dos piernas como dos joyas, una cintura muy fina, dos senos que se adivinan firmes y libres, ojos de un verde grisáceo, inmensos y profundos, unos pómulos altos que definen las mejillas, una tez perfecta. Y por encima de todo, la impresión de una elegancia natural. Esta noche, Lucille lleva un abrigo largo de lana blanca sobre un pantalón de cuero negro y un jersey grueso de cachemir blanco. Me pregunto si Lucille sabe que un jersey puede no ser de cachemir. Del jersey salen los faldones de una camisa blanca larga de seda; lleva las puntas del cuello levantadas y los puños arremangados. Pulseras que tintinean, y un reloj grande que pende de su muñeca derecha. La melena rubia suelta sobre los hombros. Se quita el abrigo y se lo entrega a Clara quien, antes de colgarlo en el ropero de la entrada, da un vistazo a la etiqueta: Cerruti. Una noche, Lucille se dejó un impermeable negro de Saint Laurent en casa de Clara y nunca lo reclamó. Lucille no se compra las prendas para llevarlas sino para retirarlas del mercado...

Entonces Lucille baja la cabeza con un gesto familiar que provoca que sus cabellos caigan en cascada hacia abajo. Ella se los recoge con una mano experta y los recoloca sobre su hombro izquierdo. Clara reconoce cada gesto, cada nota de esas pulseras de oro al chocar, incluso el aroma del perfume, ese que todas han llevado porque Lucille había escogido ese y no otro. Shalimar... Durante unos segundos, vuelve atrás unos años. Vuelve a ser la pequeña Clara Millet que mira de reojo a su amiga guapa. De pronto se siente fea. Fea, enana, con cuatro pelos en la cabeza, con granos bajo el maquillaje, los dientes amarillos y demasiado rojo de labios. Fea y pobre. Una mujer

inferior que pertenece a otra raza. Nunca ha tenido una sensación de desigualdad y de injusticia tan fuerte como cuando está ante Lucille. No es verdad que todos nacemos iguales. No es verdad que el dinero no da la felicidad. El dinero permite alcanzar los sueños. Te libera de lo cotidiano. Pero al mismo tiempo, Clara apunta para utilizarlo más tarde el detalle de la camisa grande cuyos faldones sobresalen por debajo del jersey grueso. Y los botines de ante negro, finos y altos. Solo con lo que cuestan esos botines, se dice Clara, Kassy podría vivir tres meses sin pasarse por el mercado de los ladrones.

—¿Las demás no han llegado todavía? —pregunta Lucille, extrañada.

—Sí, están en el baño... Probando productos de belleza.

—Me alegro de verte. ¿Cómo estás?

—Muy bien. ¿Y David?

—Se ha ido esta mañana a cazar, a Escocia... Hará una parada en Londres, y vuelve mañana por la noche.

—¿No han anunciado una huelga de Air France para mañana?

—Ha ido con su avión privado...

—¡Dios mío, es verdad! ¡Qué tonta soy! ¡Siempre olvido que trato con extraterrestres!

Adopta un aire inocente y apenado. Lucille le da una palmada en el hombro y se derrumba en el sofá.

—¡Uf! ¡Qué bien se está aquí! ¡Empiezo a estar harta de los extraterrestres!

Ha dejado caer el bolso a su lado. Un bolso Hermès en bandolera; no una marca vulgar cuyas imitaciones venden todos los manteros. Este debe de ser un modelo único, fabricado expresamente para la señora Thyme. La señora de David Thyme. Clara cuelga el bolso y nota que la invade de nuevo el desánimo. Siempre necesita un minuto para sobreponerse a la reverberación de la conmoción que provoca Lucille.

—¿Sabes?, he encontrado un cliente para ti en el avión de vuelta... Un americano que busca un local grande en París. Original... Le he dado tu teléfono.

Desde que Clara se ha distanciado de Lucien Mata, es Lucille quien le presenta a los clientes. O le avisa de algún negocio.

—Lo encontraré. Realmente necesito trabajar en este momento...

—¿Son tiempos difíciles?

—Más que difíciles... ¡Me pregunto si no debería cambiar de oficio, pero en todas partes es igual! La construcción está fatal. Todo el mundo se esfuerza al máximo. Incluso los grandes despachos de arquitectos despiden a destajo. ¡La gente no se atreve ni a ir a hacer pipí por miedo a que le quiten el sitio! ¡Se quedan clavados a la silla y trabajan hasta las nueve de la noche! Así que imagina, en mi caso... aún es más duro...

Clara suspira, y Lucille no puede evitar extrañarse. Este pesimismo repentino no es propio de ella. Siempre le ha sorprendido la fuerza vital de Clara, su originalidad y su buen humor. La envidia. También le gusta detectar en su amiga ese ligero sentimiento de inferioridad física que ella le provoca con su mera presencia, ese imperceptible asco de sí misma que la invade cuando se compara con ella, con Lucille. Si bien Clara toma nota de la forma como se viste Lucille, Lucille observa el modo como Clara afronta la vida. Si yo tuviera su ánimo y mi belleza..., piensa a menudo Lucille.

Agnès y Joséphine salen del cuarto de baño. Joséphine ha hecho un trabajo excelente. Agnès ya no parece un salvavidas reventado. Se ha puesto una camisa de cuadros grande que era de Rapha, de las que él siempre lleva en su taller. Tiene una verdadera colección. Son del Stock Chemises de Montrouge. Él ha dibujado un pequeño signo cabalístico sobre la etiqueta para que la señora de la limpieza las lave aparte: con un programa de lana. A veces es un poco maniático con sus cosas. Clara se la ha birlado. Él no ha dicho nada, pero no le ha gustado que le quitara la camisa sin preguntar. A Clara no le gusta que nadie, aparte de ella, lleve esa camisa. Se la pone para dormir, cuando la añoranza de Rapha es demasiado intensa. No querría que Agnès se la llevara a su casa y se olvidara de devolvérsela. Voy a pasarme toda la noche pensando en eso... Reacciona y aparta esa idea mezquina de su mente.

—¡Mira! ¡Es curioso! ¡Yo tengo la misma camisa! —exclama Lucille acercándose a Agnès y Joséphine para besarlas.

Después recupera la compostura, como si hubiera metido la pata.

—Prácticamente la misma, vaya...

—¿Bueno, qué, nos bebemos ese champán? —se impacienta Joséphine,

que teme sobre todo que se haga el silencio y Agnès empiece a llorar otra vez.

En el cuarto de baño le ha costado muchísimo alejar las ideas sombrías que no dejaban de dar vueltas en la cabeza de Agnès. No ha conseguido colar su anécdota sobre Jerry Hall. Agnès no la escuchaba y repite:

—¿No estarás enfadada por lo que acabo de decir sobre Ambroise y tú, verdad, no estarás enfadada? Es verdad que lo he pensado, pero también que te quiero muchísimo, ¿sabes?, muchísimo... Como a Clara. ¿Tú crees que ella se ha enfadado? ¡Ay! Os quiero tanto a las dos..., y al mismo tiempo os guardo rencor a veces. Me ponéis nerviosa. ¿Crees que estoy celosa?

—Claro que no —ha respondido Joséphine aplicándole polvos en la cara—, claro que no, cariño, todos tenemos malos pensamientos a veces. Piensas esas cosas cuando estás triste y desanimada. Cuando miras atrás, cuando recuerdas tu infancia, a tu mamá y a tu papá, y sientes una gran tristeza y te dices que la vida no es justa. Pero yo sé que en el fondo me quieres. ¡Venga, sonríeme!

Agnès le había dedicado una media sonrisa entre sollozos, y ha tenido que retocarle la nariz porque le brillaba. Se nota que ha llorado, se dice Joséphine mirando de reojo a Agnès, que hace esfuerzos por contenerse delante de Lucille. ¿Por qué todas hacen esfuerzos en cuanto llega Lucille?

—¿Bebemos o no? —exclama de nuevo Joséphine para romper el silencio que se ha impuesto.

—Me he dejado la botella en el coche —gime Agnès—. Un Dom Pérignon que había comprado expresamente para vosotras...

—¡No es para tanto! ¡Ya te la beberás con Yves! ¡Vamos a beber una de las mías! —interviene Clara con voz de falsa jovialidad.

Ella también intuye el peligro de que la situación vuelva a estropearse.

—¡Habría que añadir un cubito de hielo, porque me he olvidado de meterla en la nevera!

—¡Pero yo la he comprado para vosotras! —Agnès se desmorona—. ¡A él ni siquiera se lo he dicho!

Lucille las escucha, desconcertada.

—No te pongas así, cariño —dice Joséphine—. Yo iré a buscar tu botella. Pásame las llaves de tu coche... ¿Dónde has aparcado?

—Ya no me acuerdo... —gime Agnès, y empieza a sollozar otra vez.

—¿Alguien puede explicarme qué pasa? —pregunta Lucille—. Tenéis unas pintas rarísimas...

—Explícaselo, Clara. Yo voy a buscar el Dom Pérignon con Agnès. Venga, vamos —le dice a esta última, postrada en el sofá.

En cuanto salen Lucille se vuelve hacia Clara y espera que se explique. Ella vacila y decide contárselo todo. Lucille escucha y luego baja la cabeza, y saca de su bandolera un cigarrillo que enciende con nerviosismo, tras varios intentos. Clara capta una inquietud terrible y también una inmensa angustia tras la bonita fachada de Lucille.

—Yo también debería escribir un diario. Lo hice durante mucho tiempo y me ayudó... ¡Con la cantidad de preguntas que me hago actualmente!

—Yo pienso lo mismo —responde Clara, asombrada por la confidencia de Lucille—. Siempre que no se hagan trampas...

No se atreve a ir más allá. Con Agnès o Joséphine es capaz de ser muy dura, pero delante de Lucille se queda muda. Las escasas ocasiones en las que esta se ha soltado delante de ella, siempre ha sido sin previo aviso. Sin que Clara planteara la menor pregunta. Eran amagos de confidencias que Lucille dejaba caer y que Clara recogía y conservaba, pequeños indicios que, colocados pieza a pieza, quizás un día abrirían la puerta a una intimidación verdadera. Aunque Clara se sienta siempre intimidada por la apariencia física de su amiga, no la envidia. Ella no viviría en el universo de David Thyme por nada del mundo. Y menos aún con David Thyme. Un hombre que lleva una vida tan fácil y tan vana que acaba siendo funesta y mortal. David Thyme es un apuesto e indiferente galán, que nunca ha experimentado la necesidad de trabajar, que heredó millones al nacer, que se hace traer la carne de sus posesiones en Argentina «porque se come solo con tenedor», que fleta un avión para transportar las rosquillas de la cocinera de su castillo en el sudoeste a una merienda infantil en París, que tiene chef propio en cada residencia, un retrato de su madre pintado por Balthus en los lavabos de su palacete de París, una escultura de Rodin recostada sobre un sofá en uno de sus salones, por no hablar de los Gainsborough, los Holbein, los Renoir, los Matisse, los Corot colgados en las paredes, mientras los Warhol enmohecen en su garaje. Posee un castillo en Francia, un *palazzo* en Venecia y la

propiedad familiar de Argentina a la que acude regularmente. Allí juega al polo, visita sus tierras en avión, hace largas excursiones a caballo con su intendente, y organiza gigantescos picnics a los que los invitados acuden en bimotor. Su padre, lord Edward Thyme, era inglés; su madre, Anna Maria, argentina y heredera de las célebres cervecerías Bareno, que poseen el monopolio cervecero del continente americano. Él prefiere residir en Francia porque la vida es más cómoda, y porque Inglaterra, Italia y España están a una hora de avión. Vive en un bonito palacete de la calle Varenne. Bien..., algunos meses al año. David es incapaz de vivir sin sol. En verano navega con su velero, en invierno esquía en Cortina o en Zermatt. Gstaad es demasiado «de nuevo rico». Viste trajes gastados, shetlands viejos (cuanto más apedazado, más chic es), nunca lleva dinero encima (hace que le envíen las facturas a su despacho, donde un hombre de confianza extiende los cheques), huye de los estrenos y las veladas mundanas y prefiere recibir en su casa a los amigos de siempre, con los que juega interminables y ruinosas partidas de bridge. A veces invita a personajes «graciosos»: Clara, cuya franqueza le divierte; Rapha, porque es un pintor conocido, o una puta japonesa que ha conocido en un avión. El intruso es exhibido como un animal curioso con el que todo el mundo se divierte y a quien echan en cuanto el círculo restringido se cansa. Porque ese tipo de personas no salen de su ambiente. Cuando conoció a Lucille, le pareció «disparatadamente original» que hubiera vivido en un edificio de ladrillo en Montrouge. Fue a pedirle la mano a su padre, con el aire maravillado de un niño rico a quien pasean por los barrios pobres. La calle Victor-Hugo le pareció «pintoresca». Nunca habla de amor ni de sentimientos, pero se refiere con voluptuosidad al «espasmo». Le gusta contar la anécdota de Rivarol, que alardeaba de poder resolver un problema de geometría mientras hacía el amor. David Thyme pasa muchas horas leyendo en su biblioteca, y no se cansa del alma francesa, que le parece deliciosamente decadente. «¡Mientras los franceses piensan, los demás hacen negocios!». Nunca va al cine, salvo si el director es amigo suyo, pero es un asiduo del teatro, el ballet y la ópera, artes que considera nobles y que promueve mediante abultados cheques. Coge el avión para ir a ver una exposición a Nueva York, y la visita con el comisario, en privado, porque ha cedido numerosos cuadros cuya procedencia nunca se menciona. No vota: no

es residente francés, es demasiado caro. Nunca habla de dinero: es vulgar. Lucille tiene acceso libre a su fortuna y, gracias al dinero de David, ella ha podido financiar su fundación que lanza pintores jóvenes, escultores, recibe a escritores famosos, a científicos que tienen el Nobel o casi, músicos, bailarines. Esta fundación divierte a David, que agradece a su mujer que dé lustre al apellido Thyme. Él es un ser de sangre fría al que nada conmueve ni incomoda. Es imposible tener una auténtica conversación con él, siempre se escapa o recurre a la ironía. Clara ha llegado a preguntarse qué ha podido hacerle tanto daño para que lo ridiculice todo. En la última fiesta que dio Lucille en su palacio de Venecia, se fue a acostar con su perro a las diez de la noche, después de haber hecho una fugaz aparición, vestido con un pantalón tejano y una chaqueta azul marino, y alzando una copa de champán a la salud de los invitados que fingió descubrir. «¡Mi esposa da una fiesta! ¡Qué buena idea! ¡Nunca nos divertimos lo bastante!». Lucille no había demostrado ni sorpresa ni desaprobación. Clara se ha preguntado a menudo qué debía de sentir por ese marido excéntrico e infantil.

—Clara, un día tendríamos que vernos las dos solas —suelta Lucille con un suspiro tan quedo que Clara no está segura de haberlo entendido bien.

Lucille juega con su encendedor y evita la mirada franca y asombrada de Clara.

—Ya lo sé... Yo siempre he estado al margen..., pero ya estoy harta. Ya no soporto más el mundo en que vivo. Necesito hablar con alguien real, normal...

—Cuando quieras, claro. Sospecho que no siempre debe de ser fácil, aunque aparentemente...

—¿Puedo llamarte mañana por la mañana? Y decidimos un día que nos vaya bien comer...

Clara baja la cabeza. Con un par de frases, Lucille se ha convertido en humana. ¡Lucille tiene problemas! Clara es casi feliz. No es que se alegre por la tristeza de su amiga, pero de pronto toda su vida adquiere sentido, todas las preguntas que se ha hecho continuamente sobre la existencia dejan de ser banales. Clara se ha cuestionado siempre por qué Lucille venía a sus cenas de chicas. Es verdad que alguna vez se le ha olvidado alguna, pero en general ha sido bastante fiel. Y generosa con sus amigas. Finge que no le supone nada.

Detesta que le den las gracias. Lucille le encontró un trabajo de secretaria a la madre de Agnès en las oficinas de su fundación, le prestó dinero al padre de Joséphine cuando tuvo una inspección fiscal. Fue ella quien organizó la primera exposición de las obras de Rapha en su fundación, ella quien le presentó a Philippe unos clientes ingleses ricos, amigos de David. Nunca las ha dejado tiradas. Fingiendo que no hace nada y sin grandes demostraciones de afecto, las protege. Una manera discreta y eficaz de estar presente. Todas sabemos, sin comentarlo, que el dinero de Lucille está ahí, para cualquier contratiempo importante. Ella nos proporciona esa despreocupación frívola e infantil, ese sentimiento de que no puede pasarnos nada grave. Es la primera vez desde que se conocen que Clara se siente al mismo nivel que Lucille. Le dan ganas de abrazarla y darle besos, pero se contiene.

—¡Yo me bebería una copita por lo menos! —dice Clara llena de una alegría inexplicable—. ¿Las esperamos o no?

—No las esperamos... Somos capaces de acabarnos dos botellas entre las cuatro, ¿verdad?

Apaga el cigarrillo, enciende otro.

—Me estoy convirtiendo en una verdadera alcohólica, ¿sabes?

Se pasan la velada bebiendo. Apenas han tocado el plato cocinado por el especialista en comidas preparadas. Un gulasch contundente, acompañado con un arroz pegajoso. Clara no tenía la cabeza para cocinar. Agnès ya no llora. El champán le ha provocado una alegría aparente, pero en su mirada sigue habiendo un reflejo sombrío. Ella se esfuerza. Lamenta haber llamado la atención de una forma tan lastimosa. Clara no puede evitar darse cuenta de que Lucille es el centro de atención. Cada una intenta seducirla a su manera, hacerla reír, intrigarla. Ninguna es natural cuando ella está presente, se dice Clara. Nos empeñamos en sacar lo mejor de nosotras mismas. Ella nos intimida y no queremos que se note. Hablamos de un modo forzado. Joséphine se mueve y se ríe de una forma un poco artificial, como si se animara a sí misma a ser divertida.

—Bueno, pues... Esa anécdota de Jerry Hall cuando le preguntaron cómo ha conseguido retener a Mick Jagger y casarse con él...

—Esa fue una boda falsa —protesta Lucille—. Ni siquiera sé si es legal...

—Eso no importa: él le ha hecho tres hijos y sigue con ella. Eso es lo

importante de la historia... Bueno, pues ella contestó: «Es muy sencillo, en cuanto parece preocupado, ausente, ofuscado por algo, yo me olvido de todo y me ocupo de él... ¡Pero atención, hay que perder el miedo a ensuciarse las rodillas!».

Joséphine se echa a reír a carcajadas, se lleva la mano al tórax como si estuviera a punto de vomitar de risa, Agnès se desternilla, Clara sonríe. Lucille asiente sin levantar ni siquiera una ceja:

—Todas las mujeres de hombres ricos saben muy bien que conservarán a sus maridos mientras se comporten como unas perfectas cortesanas... Es todo un arte. ¡Nunca hay que escatimar los esfuerzos!

—¡Oh! ¡Lucille! —dice Agnès, molesta—. ¿Y eso lo dices tú?

Agnès enrojece y evita la mirada de Lucille.

—Sí, porque sé de qué hablo... Ellos se casan con nosotras por nuestra elegancia y nuestro saber hacer, pero exigen putas y ligeros de cuero en la cama.

—Puede ser divertido hacerte la puta —sugiere Joséphine, fascinada—. ¡A Paré, ya puedo hacerle todos los juegos con ligeros que quiera, él se duerme agotado y diciendo que al día siguiente tiene una mañana muy apretada!

—A mí nunca me ha gustado eso —suelta Lucille—. ¿Os acordáis de cuando vosotras os emocionabais tanto cuando un chico os daba un beso? Yo no lo entendía.

—¿Entonces tú no haces nada? —pregunta Joséphine, intrigada.

—¡Ah, sí! No me queda otro remedio. Me he convertido en una experta... pero no siento nada. Ejecuto la partitura, añado los matices, el tono, pero es puramente mecánico...

—¿Y él no se da cuenta? —se extraña Joséphine.

—Aparentemente no, porque sigue conmigo...

—¿Y si probaras con otro? ¿Y si te buscaras un amante? ¿Por placer?

—¿Aterrorizada por si me contagia el sida? ¡Y me hablas de placer! —replica Lucille.

La violencia de la palabra impacta a Clara y la deja inmóvil. Agnès y Joséphine se callan también, aturdidas por las confidencias de Lucille. Nunca la han oído hablar así. La observan, molestas, desconcertadas, y luego

desvían la mirada. La dirigen al vaso de vino que tienen en las manos y la fijan en el fondo. Silencio. Un silencio largo. Un silencio insoportable para Clara. Ayer por la noche, mientras se comía su pollo Cocody, había jurado que afrontaría esta prueba completamente sola. Esta misma mañana ha telefonado a Philippe, que tenía el contestador conectado. Ha intentado hablarlo con Joséphine, pero ella había salido a comprar y no volvió hasta el momento de preparar la cena. Clara ha dudado. Ha estado a punto de contarle. Habría bastado un silencio para que le confiara su secreto, pero Joséphine no paraba de charlar, de reclamar salchichón con un vaso de vino, y de echarse a reír sin motivo. Mirando el montón de barro negro que había sacado el técnico de Darty y frotándolo con los dedos. Haciendo muecas y preguntando: «¿Y cómo era ese hombre? ¿Apetitoso o no?». Clara se encerró, disgustada, detestando la crudeza de su amiga, reprochándole que no notara su angustia, pero contestando a su pesar: «¡Llevaba un tejano demasiado bajo y se le veía el calzoncillo!». Joséphine ha echado la cabeza hacia atrás y se ha partido de risa. Una risa de hembra mala que desaprueba a todo el sexo masculino, que le arrebató su dignidad, esa risa de mujer abandonada por su marido y que reclama venganza. Y Clara se indigna el doble. Indignación y vergüenza por mostrar una parte de sí que no le gusta. Le has mirado el pantalón, ¿eh?, le has mirado esa marca de calzoncillo que asomaba por el tejano, ese calzoncillo azul de algodón, y te has dicho que era un calzoncillo de una gran superficie, un calzoncillo que su mujer debe de haber comprado mientras cargaba el carrito. En una fracción de segundo, has despreciado a ese buen tío por culpa de ese detalle ínfimo. Ya no tenía derecho a ser ese tipo de hombre que te hace fantasear... Indignación también contra Joséphine, que no le deja un hueco para colarse y manifestar su angustia. No se ha producido ese tiempo muerto, ese silencio tranquilizador que antecede a la confianza, que permite cambiar de tono, decir con palabras muy simples una cosa muy grave.

Clara no consigue calmar su cuerpo, que tiembla. Se rodea con los brazos y se mece, pero el miedo es más fuerte. El miedo de lo peor. El miedo de que su amor, de que el amor de los dos tenga un desenlace trágico. ¿Y si él le ha mentado? ¿Y si ya sabía que estaba infectado y no se había atrevido a decírselo? Por eso ha llamado a Philippe esta mañana. ¿Y si él hubiera

querido protegerla? ¿No decirle toda la verdad? Apoya la cara entre las manos y suspira profundamente.

—¡Clara! —se extraña Joséphine—. ¿Te pasa algo?

Clara vuelve en sí y mira a su amiga con los ojos abiertos como platos. La mentira lo complica todo. Ella lo sabe, ella lo reivindica. Tiene ganas de confiarse para dejar de estar sola. Para ordenar las ideas. Sin embargo vacila. Se pregunta si ellas soportarán oír lo que querría decirles.

Ahora las tres se han vuelto hacia ella. Ya no puede dar marcha atrás, ya no puede disimular. Traicionada por ese cuerpo que tiembla, que no para de temblar.

—Creo que debería... En fin... Tengo que deciros una cosa...

—Algo alegre, espero —dice Joséphine—, porque noto que me estoy volviendo neurasténica poco a poco... ¿Queda champán?

—La verdad es que no es alegre...

Se pregunta cómo formular la frase. Es como si le diera la mano al diablo. Mira a sus amigas, una tras otra, y se dice que esta es la última vez que la miran con tanta inocencia.

—Ayer noche Rapha vino a cenar y...

—¿Lo habéis dejado? —suelta Joséphine, que está incómoda.

—¿Se casa? —murmura Agnès.

—No —las interrumpe Clara, que se ha levantado y les da la espalda.

A lo mejor es más fácil si no las tiene a las tres de cara. Mira al otro lado de la calle y ve adornos navideños en el apartamento de enfrente. Una familia normal, seguro. Con niños que han preparado el árbol y el belén, han decorado su habitación y han encendido las velitas que ella entrevé sobre el alféizar de las ventanas.

—¿Os acordáis de Chérie Colère?

—¿Sylvie Blondelle? ¿La bomba sexual que comerciaba con sus encantos? —pregunta Joséphine, adelantando los labios, como si fuera a tragarse un pastel.

Clara asiente.

—A mí me tenía fascinada —continúa Joséphine, volviéndose a Agnès y Lucille—. Totalmente fascinada. Tenía una forma de andar contoneando el cuerpo... Cuando bailaba dibujaba ojos con el pecho, las nalgas, las

caderas...

—Yo también me sentía fascinada —responde Clara en voz baja.

—... deslumbraba por su vitalidad, por su fuerza, por su forma de agarrar la vida por los cuernos —prosigue Joséphine—. ¡Y a los catorce años! ¡Cuando las demás éramos unas crías sentimentales que languidecían pensando en el primer beso, ella, ella ya trataba mal a los tíos! ¡Era un personaje esa Sylvie Blondelle! Me parece que incluso la consideré un modelo en algún momento... En cualquier caso, ¡les tenía bien pillados!

—Sí, pero al final la han pillado a ella...

—¡Ay, Dios! ¿Qué quieres decir? —gime Agnès, para quien Sylvie Blondelle ha representado siempre una pecadora, la María Magdalena a quien le tiran piedras.

—Tiene sida y si ha vuelto a Hêtres ha sido para vengarse y contagiar a todos los que se la han tirado... Rapha me lo ha contado... Lo sabe por Kassy... Ella tiene una lista de todos esos tíos y se acuesta con ellos sabiendo que...

—¡Pero eso es repugnante! —vocifera Joséphine—. ¡Es repugnante!

—Incluso puede considerarse delito —comenta Lucille, recostándose en el sofá y colocándose la cabellera a un lado.

Ella no callejeaba nunca por Hêtres. No tiene ningún recuerdo de Sylvie Blondelle.

—Y Rapha se ha acostado con ella. Varias veces. Desde que volvió... Y no hace mucho... ¡Y yo me he acostado con Rapha!

De repente, el peligro se acerca, y es como si Chérie Colère estuviera con ellas. El barrio, con sus traviesas de hormigón, sus inmensos pasillos llenos de basuras, de grafitis, los niños que callejean, los gritos de las madres enfadadas ahogados por el ruido de la tele, las bolsas de plástico que se hinchan y revolotean sobre la hierba amarillenta, irrumpe en el salón blanco.

—¿Rapha? ¿Se acuesta con Chérie Colère? —repite Joséphine, que no lo entiende—. Pero ¿por qué? ¿Por qué?

—¿Por qué un tío se acuesta con una chica provocativa? ¿Lo sabes tú? —replica Clara, tensa.

—¿Se ha hecho la prueba? —pregunta Lucille, pálida.

—¿Se la ha hecho? —repite Agnès.

—No se atreve... Está muerto de miedo... Se imagina lo peor y lo peor aparece... y ocupa toda su mente. Ya no piensa en otra cosa...

—No basta con pensarlo —dice Joséphine, haciendo una mueca—. Tiene que ir. ¡Y tú también, Clara!

Clara no la escucha. Clara ya no escucha. Tiene la impresión de que repitiendo las confidencias de Rapha ha confirmado esa siniestra noticia. Ayer era un sueño, un mal sueño. Esta noche, es oficial. Ya no es un secreto. Ha lanzado las palabras. Están impresas en otras tres cabezas. Los brazos de Rapha, la boca de Rapha, la piel de Rapha pegada a la suya, habían amortiguado la realidad, casi la borraron. Arrimados uno al otro, eran fuertes. En aquel momento ella solo pensó en la alegría de reencontrarle. Él volvía a ella. Él la amaba. Al irse él le dejó su terror. Gris, frío y pesado. Esta noche, frente a Lucille, Agnès y Joséphine es el aspecto clínico, médico de la noticia el que resuena en la sala. Ya no está presente el amor de Rapha para atenuar la impresión. ¡Ah, yo lo tolero todo, pero con él! Sola, no. No quiero que vuelva a dejarme sola.

—¡Qué cosa tan rara! —murmura Joséphine, tranquila y pensativa de pronto—. A menudo me digo que debería ir a hacerme esa maldita prueba. Lo pienso y lo pienso. Me viene a la cabeza de forma regular... Cuando juego con los niños y me dicen «mamá» con tanta confianza, como si una mamá fuera eterna y no tuviera que enfermar ni morir. El otro día, mi ginecólogo me preguntó cuándo me la había hecho la última vez. Yo mentí. Me puse colorada y mentí. Le contesté que había sido en París... Pero me muero de miedo... No me atrevo. Me digo que es mejor vivir en la ignorancia..., ¡que si lo he cogido, más vale aprovechar lo que me queda de vida!

—Eso no es muy inteligente —dice Clara—. Entonces eres como Rapha: tienes miedo...

—Soy como todo el mundo. ¿Tú te la has hecho?

—No. Yo tomo precauciones..., menos con él...

—¿Cuándo ha vuelto Sylvie Blondelle a Hêtres? —pregunta Agnès, con la mirada fija.

—Hace dos años —dice Clara.

—Dios mío —gime Agnès, muy pálida.

—¿Y él no ha usado protección nunca? —murmura Lucille con sus manos esbeltas pegadas a la cara, tan lívida como la de Agnès.

—No... Bueno, no siempre... Porque la conocía desde hace tanto tiempo que se imaginaba..., qué sé yo..., debía de pensar que nada que viniera de su infancia podía hacerle daño... No podía imaginar que...

—Es difícil de creer, es verdad —suspira Joséphine—. Siempre pensamos que eso afecta exclusivamente a los demás... A veces me sorprende pensando que, comparado con los accidentes de carretera o el cáncer, eso no es nada. Minimizo el peligro... ¡Estoy harta de vivir con miedo! ¡Hoy en día tenemos miedo de todo! ¡Acabaremos viviendo con una capucha en la cabeza!

Alguien ha empleado esa expresión recientemente..., se dice Clara, que de pronto está alerta, acechando el peligro. O quizás la ha leído en algún lado... Esas cuantas palabras la desnudan sin que pueda defenderse. ¿Qué papel juega Joséphine en esa agresión? ¿Es inocente o cómplice? Joséphine no parece incómoda y sigue cotorreando, inconsciente del sufrimiento ciego y súbito de Clara.

—... Vosotras, chicas, ¿tomáis precauciones?

Joséphine busca un acuerdo tácito, una complicidad que daría respuesta a su propia cobardía y la atenuaría, pero, ante el silencio de las demás, se calla. Están todas replegadas en su vida secreta, revisando mentalmente las posibles ocasiones en que han estado en contacto con el mal.

—Iremos a hacernos la prueba, claro... —suspira Clara, ahuyentando esas ideas sombrías—, pero yo tengo miedo, mucho miedo...

—Deberíamos ir todas a hacérnosla —suspira Joséphine—, y dejar de ser cobardes o inconscientes...

—Sí, tienes razón —murmura Agnès—. Ya no podemos estar seguras de nada ni de nadie...

—Eso no es nuevo —interviene de nuevo Lucille con los ojos en el infinito y un trazo de amargura en la comisura de la boca—, no es nuevo..., pero ¡él! ¿Qué buscaba con Chérie Colère? ¿Por qué? Tenía todas las mujeres que quería...

Un silencio extraño se ha instalado entre las cuatro chicas. Un silencio en el que cada una se contrae sobre sí misma y lleva a cabo un interrogatorio

interior. Clara descubre, en ese silencio común, algo que no le gusta. No solo la angustia, eso también lo experimenta ella, es algo distinto. No puede decir exactamente qué. Un deje en la voz de Lucille que esconde un secreto... Una postura de Agnès: un modo de inclinarse hacia delante y balancear el cuello que revela algo turbio... Una incomodidad en Joséphine... Ella querría prolongar el tiempo para aislar esas notas erróneas y volver a escucharlas, analizarlas. Pero el tiempo pasa y deglute los indicios de sospecha detectados por Clara, que observa a sus amigas y se pregunta qué sabe de ellas.

Lucille aplasta un cigarrillo y se levanta. Suena un ruido en cascada de sus brazaletes, el chasquido seco del bolso que ella cierra con un gesto brusco. Tira de su jersey, se alisa los faldones de la camisa, se coloca la melena sobre el hombro y...

—A mí me parece que todas necesitamos dormir y reflexionar... Es tarde. ¿Te llamo mañana, Clara?

Clara asiente con la cabeza. La duda vuelve a invadir su alma. ¿Por qué se marcha con tanta prisa? Es ahora cuando las cuatro necesitarían estar cerca, recrear la ilusión de una familia, de una hermandad. Las cuatro en el sofá de la abuela Mata, mientras reposa la pasta de las crepes, los besos reprimidos, las palmas de las manos entrelazadas, la inquietud ante los senos que empujan bajo la blusa, las primeras reglas, «¿La tienes tú? ¿La tienes? Dime, ¿cómo es?», y el vientre que arde cuando se cruzan con un chico... Ella mira el reloj que marca la una y media de la madrugada y, de repente, se siente también muy cansada. Se levanta mecánicamente para proceder con los abrazos de la despedida. Agnès ha visto lo tarde que es y resopla. Clara tiene una súbita sensación de abandono. De traición. Se van, se dice, y me dejan. ¿Por qué?

—¡Gracias por lo de hace un rato! —dice Agnès, abrazando a Joséphine.

—Deja de preocuparte, cariño... ¡Dejemos de preocuparnos todas!

Joséphine le alborota el pelo a Agnès y la abraza. Agnès se deja ir durante un segundo y después recupera la compostura. Le da un abrazo a Clara y la tranquiliza:

—No te angusties... Todo irá bien, ya verás...

Lucille y Agnès van hacia el ropero de la entrada. Descuelgan sus abrigos, se los ponen. Levantan los cuellos pensando en el frío que hace

fuera. Agnès se abriga con un fular y saca un par de guantes de lana de los bolsillos. Se abrocha el abrigo despacio y sigue con los ojos bajos.

—¡Ni una palabra a nadie! —suelta Clara que las ha seguido hasta la entrada.

No puede evitar pensar: pero ¿por qué se van tan aprisa? ¿Ya soy sospechosa? ¿Incómoda? ¿Tienen prisa por ver a sus maridos e interrogarles? ¿Preguntarles si han tenido aventuras?

—De todos modos, yo no tengo suficiente confianza con David como para hablarle de este tipo de cosas —responde Lucille—. ¡Él sería capaz de considerarlo deliciosamente existencial!

Agnès asiente en silencio y sigue a Lucille que ha franqueado el umbral de la puerta. Esta hace un último gesto con la mano para despedirse. Agnès ya ha apretado el botón para llamar al ascensor y no se da la vuelta. Clara cierra la puerta y ve a Joséphine que, recostada en el sofá, manda a paseo sus zapatos.

—¡Menuda noche! —gime Joséphine.

Se despereza, bosteza, se contonea para abrirse el cierre del sujetador y se rasca vigorosamente las costillas.

—¿Vamos a acostarnos? —propone Clara—, yo estoy agotada...

—¿Lo dejamos todo tal cual?

La mirada de Joséphine recorre la mesa atestada de cadáveres de botellas, ceniceros llenos hasta los bordes, trozos de pan desmigados. Las velas se derriten en los soportes, los tulipanes se vencen y el humo de los cigarrillos planea en capas densas en toda la sala.

—Yo estoy demasiado cansada... —farfulla Clara.

—¿Quieres que duerma contigo, cariño? Así no tendrás pesadillas...

—¡De acuerdo, Fine!

Clara tiene ganas de que Joséphine la abrace y la mime. Le agradece que haya adivinado su ansia de ternura. Una reconoce a sus verdaderas amigas por detalles parecidos a ese. Sin necesidad de hablar, ni explicarse.

—Me gusta cuando me llamas así. Solo tú me llamas así —dice Joséphine que se abraza a un cojín del sofá y se frota la nariz con las costuras—. ¡Habrá interrogatorios duros esta noche! ¿Has visto cómo se han ido corriendo esos dos? A David y a Yves les conviene tener buenas coartadas si tienen alguna

cosa de que avergonzarse...

—David está en Londres —bosteza Clara, desperezándose también.

—Entonces será Yves quien sufrirá. ¡Yo he detectado angustia en nuestras dos amigas! Y las entiendo —comenta.

—¿Tú crees que Ambroise te engaña o te ha engañado?

—¡En mi opinión, si hay delito es con preservativo! Por lo que le conozco... ¡No! No es él quien me preocupa... Soy yo y esta vida pervertida que llevo... ¡Pero a él no podría confesárselo nunca! ¡Tampoco he podido pedirle nunca que se pusiera condón..., así que ya me va bien que ya no se me tire! ¡Aunque eso me vuelva loca! ¡A ver si tú eres capaz de entenderlo, yo renuncio!

—Al final, nos afecta a todas...

—... ¡las cuatro tiritamos de miedo! ¿Tú crees que Lucille o Agnès tienen aventuras por su cuenta?

Clara reflexiona un instante.

—A priori, diría que no. Pero, en realidad..., ¿qué sabemos de las personas que tenemos cerca? ¿Qué sé yo de ti, Joséphine?

Joséphine parece incómoda. No esperaba una pregunta tan directa.

—¿Tú me lo cuentas todo? —pregunta Clara, percibiendo la inquietud de su amiga.

—¡Casi todo! —responde Joséphine a la defensiva, apartando la mirada de los ojos de Clara.

Y como esta se pone nerviosa, Joséphine deja el vaso, coge otro cigarrillo y murmura en voz baja:

—Es imposible contárnoslo todo, Clarinette, aunque nos queramos mucho... Si fuera posible la transparencia total, nos volveríamos locas.

—Ah... ¿Y tú qué me escondes? —pregunta Clara, acercándose.

Joséphine duda, retrocede y mira asustada a su compañera. Ya no tiene la cara amable de una amiga. Le da miedo.

—Una cosa... Me lo impide una promesa...

—¿Una cosa importante?

Clara se expresa con frialdad, pero el miedo le crispa la cara. El peligro se acerca, está al alcance de la mano. Ella será capaz de retorcerle el cuello, retorcerle el cuello a su miedo, a esta aprensión que hace que adivine que esta

noche se le escapa algo, una amenaza que gira a su alrededor, pero que en cuanto la quiere atrapar se desvanece.

—¿Has tenido una aventura con Rapha? —dice, inclinándose sobre Joséphine y apuntándola con un dedo acusador.

—¡Estás loca! —grita Joséphine.

—Sí... Tú has tenido una historia con Rapha... Noto una especie de traición en el aire, la siento... ¡Eres tú! ¡Has sido incapaz de resistirte! ¡Te tiras a todo el mundo!

—¡Pero estás loca! ¡Jamás!

—¡Tú eres muy capaz de traicionarme y de mentirme por un momento de placer! Te conozco, Joséphine, no puedes resistir la tentación. Me lo escribiste ayer en el fax, además...

—¡Estás loca, Clara! ¡Yo nunca te habría hecho algo así! ¡Jamás!

—¡No te creo! Y las demás lo saben... ¿Se lo has contado? Por eso estaban tan incómodas hace un rato. Es por eso...

—¡Clara! ¡Te juro por mis tres hijos que nunca ha pasado nada entre Rapha y yo! ¡Nunca, nada!

Clara mira con insistencia a Joséphine. La observa como al enemigo que se rinde y de quien se sospecha que lleva un puñal escondido en la mano.

—Por mis hijos... —repite Joséphine con la mano alzada.

Y tras un momento de duda:

—... ¡Que se mueran ahora mismo!

Clara asiente con la cabeza.

—¡Repítelo!

Joséphine obedece.

—Bueno... Te creo —acaba diciendo.

—¡Yo nunca te habría hecho eso, Clara!

—¡Yo no te lo habría perdonado! ¡Nunca! ¡Jamás!

—¡Soy yo quien no me lo habría perdonado nunca!

—Lo siento —dice Clara—. He perdido la cabeza... La estoy perdiendo de todos modos... Lo siento muchísimo... De repente, ya no estoy segura de nada...

Luego, baja la voz y pega la boca a la oreja de Joséphine:

—Entonces ¿cuál es tu secreto? ¿Esa cosita que me escondes?

—Algo que no te afecta...

—¿En absoluto?

—Directamente no...

—Yo creía que lo sabía todo de ti...

—Casi todo... Solo te mando a ti faxes como el último. A propósito, ¿lo has roto?

—Sí. En mil pedacitos.

—¿Y no se lo cuentas a nadie, me lo prometes? Ni a Rapha ni a Philippe.

Clara repite: «Prometido» y cierra los ojos.

De pronto, la vida le parece demasiado complicada. Siempre le pasa lo mismo, la vida es demasiado bella o demasiado complicada, demasiado triste o demasiado alegre. Si tuviera que hacer una lista de mis cualidades y de mis defectos, piensa, cada cualidad tendría enfrente su contrario: audaz y miedosa, generosa y avara, humilde y orgullosa, asquerosa y deliciosa. Para ella no existe el punto medio. Es la reina de la montaña rusa. Envidia la sabiduría de Agnès, su vida tranquila. Agnès solo interpreta una nota. Una nota que suena bien: un marido, hijos, un trabajo estable, horarios regulares. Un cuadro bien ordenado, la imagen fija de una felicidad que ella construye poco a poco. Es lo que le gusta a Clara de ella: el sosiego, la uniformidad de sus costumbres, el amor conyugal o maternal, el amor a secas. Agnès se asienta en la duración, el esfuerzo, la entrega de sí misma. Lucille, Joséphine y yo conocemos innumerables emociones, pero puede que las emociones no tengan nada que ver con el amor. Yo estoy en perpetuo movimiento, se dice Clara. A veces tengo la impresión de ser vieja, de haber vivido mil vidas. Alegría, terror, valentía, desesperación, placer, sufrimiento van y vienen sin dejarme respirar. Mi cuerpo está demasiado vivo y mi alma demasiado inquieta desde siempre. ¿Qué prefiero yo en el fondo? Esta noche, ya no lo sabe. Ya no está segura de nada. Quiere encontrar la paz. Y el sueño.

Sin embargo, tumbadas las dos en la enorme cama de Clara, retoman el diálogo:

—¿Duermes? —pregunta Joséphine, que se ha acercado a Clara y la oye respirar.

—No... Se me ha escapado el tren del sueño. ¡Espero que pase otro antes de las seis de la madrugada!

Joséphine esconde la nariz en el cuello de Clara.

—Es la primera vez que estoy en la cama con una mujer...

—¿No has dormido nunca con una mujer?... Me extraña de ti —dice Clara.

—Nunca. Se me ha pasado la idea por la cabeza, pero nada más. ¿Y tú?

—Dos veces... Por probar. Por no morir en la ignorancia.

—¿No tuviste bastante con una vez?

—Quería estar segura...

—¿Y?

—Prefiero los hombres...

—Supongo que falta algo, ¿no?

Y esconde una risita bajo la colcha.

—Está claro que no es tan sencillo —prosigue ella, pensativa—. A veces no sé qué decir, y otra persona ocupa mi lugar y habla. Alguien que no me gusta. Una idiota y corta de mente. Como hace un rato... Hace un rato en la cocina he sido un desastre, antes de cenar..., cuando te he hablado del técnico de Darty...

Clara se vuelve hacia ella y Joséphine apunta:

—¿En ese momento me has detestado?

Clara asiente, y al mismo tiempo siente un intenso arrebató de amor por

Joséphine.

—Sí. Hay personas que te arrastran hacia las alturas y otras que te arrastran hacia el fondo... En ese momento tú me has arrastrado hacia todo lo que detesto de mí misma...

—Es más fuerte que yo... Puede que sea para esconder la vergüenza, la timidez. Para aparentar... Yo solo me gusto a mí misma en la intimidad... Pero ya no tengo tiempo de cultivar mi yo secreto, y entonces esa idiota se aprovecha...

Hace una pausa. Deja espacio para que vuelva la otra, la Joséphine que le gusta.

—... Clara, no me gusta en lo que me estoy convirtiendo...

Joséphine mordisquea la orilla de la sábana, se pasa el ribete blanco entre los dientes. Clara oye el ruido de la tela que rechina en la noche.

—Y sé que a ti tampoco te gusta... —añade.

—Es verdad... Te considero fácil, barata, como yo, a veces...

—Hace un rato, cuando me has preguntado por Rapha... Creía que me odiabas...

Clara no contesta.

—... que odiabas al mundo entero, que querías partirle la cara como si te hubiera atropellado, traicionado.

—No es odio, creo —acaba diciendo Clara—. Es un desprecio enorme, asco. Tengo tendencia a ver lo peor de las personas, la mezquindad, los pactos...

—¿No te parece que exageras?

—Veo el mal en todas partes..., en mí y en los demás... Empezó cuando era muy pequeña... con mi tío y mi tía...

—¿Por culpa del sacerdote?

—Sí... pero hubo otras cosas...

—¿Quieres decir más picantes aún?

Clara lanza un suspiro profundo y triste.

—Yo no emplearía esa palabra...

Joséphine ha captado la angustia en la voz de Clara.

—Lo siento muchísimo... Otra vez ha sido la otra quien ha hablado. ¿Quieres contármelo, Clarinette?

—Bueno..., es difícil... Nunca se lo he contado a nadie.

—¿Ni siquiera a Rapha?

—No. Lo había olvidado... Durante años... enterrado en el fondo de la memoria...

—Espera, voy a buscar un cigarrillo...

Joséphine se levanta y vuelve con su paquete, un resto de vino tinto y dos vasos.

—¡Toma, Clarinette, esto te dará valor!

Reparte la bebida que queda entre los dos vasos y enciende un cigarrillo que le entrega a Clara. Esta coge el cigarrillo con una mano y el vaso con la otra.

—¿Has pensado en el cenicero, Joséphine?

—¡No! ¡Mierda!

Se levanta otra vez y va de puntillas hasta la mesa. Vuelve a toda prisa y se acurruca bajo la colcha, después de haber colocado el cenicero sobre las rodillas de Clara.

—¡Ay! ¡Hace frío en tu casa! ¿No hay calefacción?

—Sí. Pero es calefacción central... Por las noches bajan la presión para ahorrar...

—¿Estás segura de que quieres hablar de esto? No estás obligada...

—Para recordar ciertas cosas hay que decirlas en voz alta. Si no, se olvidan.

Clara coge una almohada, se la coloca en la espalda, aspira profundamente el cigarrillo y empieza.

—Veamos... No es fácil, te lo aviso... Es pesado incluso... Fue hace mucho tiempo... Yo debía de tener nueve o diez años y el tío Antoine...

—¡Yo no podía soportarle! —exclama Joséphine—. ¡Y no era la única! ¿Te acuerdas de las miradas que le lanzaba la abuela Mata?

—... el tío Antoine, un día, me propuso que nos acercáramos a ver al tendero...

—¿El señor Brioux?

—Sí. El señor Brioux. Todo el mundo tenía cuenta en su tienda, ¿te acuerdas? No pagábamos, lo apuntábamos.

—Mamá siempre pagaba, odiaba tener deudas... ¡Y yo protestaba porque

era la única que no tenía cuenta!

—¡Oye, si me interrumpes constantemente, no terminaré nunca!

—Perdona...

—Has de estar callada... Si no, no tendré valor...

El tono grave de su voz obliga al silencio. Le duele el estómago, siente un temor parecido al de los niños que tienen miedo de las pesadillas y les asusta la oscuridad. Sabe que va a volver a invadirla toda la tristeza del mundo, le llenará la cabeza y se apoyará allí donde le duele. Es un viejo dolor que Clara transporta consigo, que se pega con tanta fuerza a su memoria que forma parte de ella, un dolor antiguo que la corroe y le quita las ganas de vivir. A veces se pregunta por qué, de repente, en pleno vuelo, en plena carcajada, la tristeza la parte en dos, por qué siente que se queda sin fuerzas, por qué ya no hay alegría en su interior y desea morir. Ha dedicado tiempo a identificar el origen de ese malestar. Hurgó en sus recuerdos y se batió contra una cortina negra. Un día, cuando la cortina se rasgó, Clara habría preferido no tener memoria. Si habla, esta noche, no es por casualidad. Es porque el mal ha resurgido. Clara tiene el olfato de un animal herido, intuye al verdugo, el cuchillo, el matarife emboscado. Esta noche, ha sido traicionada. No sabe cómo, no sabe por quién. Ese viejo temor ha surgido en ella. Experimenta el mismo malestar. El mismo dolor de animal acorralado que antes, hace mucho tiempo. Ha surgido después de la cena, cuando ha hablado. Aquello le ha recordado al señor Brieux... y al tío Antoine. El recuerdo ha surgido como un puñetazo desde que se ha tumbado en la cama, en la oscuridad de la noche. Una imagen en colores, la imagen de una niñita, muy pequeña, que levantaba la vista hacia su tío y le daba la mano en la calle en... Montrouge.

—... de manera que nos vamos los dos a ver al señor Brieux. El tío Antoine, mientras andamos, me explica que tendré que ser muy amable con el señor Brieux, porque ellos tienen pendiente una cuenta enorme y no tienen dinero para pagarla. Andamos, andamos. Él me lleva de la mano, me habla con mucho cariño. Recorremos una manzana y otra y otra más, y él continúa explicándome que si soy muy amable con el señor Brieux, quizás, repite quizás, él borraré la cuenta y ya no habrá que pagar nada. Philippe y yo somos dos bocas que alimentar y siempre tenemos hambre, es normal; estamos en pleno crecimiento, pero eso cuesta dinero, y es un dinero que a

ellos no les sobra. Yo tengo que colaborar... Yo, yo no lo entendía demasiado, yo siempre era amable con el señor Brieux..., ya sabes, le decía buenos días, señor, adiós, señor, gracias, señor, cerraba la puerta sin dar golpes. Philippe también, por otra parte. Sabíamos muy bien que teníamos que pasar desapercibidos. En fin, que llegamos a la tienda. Recuerdo que era la hora de comer y estaba cerrada. Pasamos por detrás, por la puerta de las entregas, y allí nos esperaba el señor Brieux. Siempre llevaba un blusón gris...

—Un blusón gris sobre un vientre gordo y rollizo..., y también llevaba bigote, ¿no?

—¡Llevaba bigote, pero te lo pido por favor, cállate!

—Vale, me callo...

—Él le hizo una señal al tío Antoine que nos dejó, a Brieux y a mí, en una especie de cuarto donde Brieux colocaba las mercancías. Había dicho que se iba a fumar un cigarrillo. En fin, supongo que debía estar pendiente, por si aparecía la señora Brieux. Brieux me hizo sentar en una silla, muy recta, se sacó una chocolatina del bolsillo, rompió el papel y me la dio diciendo: «Toma, es para ti» y me dijo que íbamos a jugar los dos. A un juego nuevo que yo no conocía pero que era muy agradable. Un juego que se parecía al del animalito que sube, sube y sube y ¡hop! «¿Conoces ese juego?», me dijo. Yo dije que sí con la cabeza. Entonces él empezó a hacer que sus dedazos me subieran por la pierna hasta la falda. Lo hizo varias veces. Yo miraba su mano que subía, bajaba, volvía a subir... Después me subió la falda por encima de los muslos, me separó las piernas, apartó las bragas y empezó a acariciarme despacio, muy despacio... Paseaba sus dedazos sobre mi sexo y repetía: «Es maravilloso, maravilloso, separa un poco más, Clara, para que lo vea todo». Yo hacía lo que él me decía. No protesté. Me había dicho que era un juego... Me pidió que me quitara las bragas y me las quité. Yo seguía comiéndome la chocolatina y me dejaba hacer. Entonces, él se mojó los dedos y empezó a acariciarme y te diré que era agradable. No me hacía daño. Era placentero, incluso. Yo no sabía nada de nada, era como una especie de quemadura pero una quemadura agradable. Yo me retorcí en la silla, chupaba el chocolate y él, él me miraba y me decía: «Te gusta esto, ¿eh? Te gusta esto. Eres una viciosilla tú, ¿eh?...». Yo no entendía nada, pero me

dejaba hacer. En un momento determinado, eché la cabeza hacia atrás y él metió la boca entre mis piernas y me lamió. Recuerdo que me daba grandes lametazos y que yo pensé en un perro, y luego unos pequeños y yo pensé en un gato... Seguía sentada en la silla, tenía miedo de caerme hacia atrás, y entonces me incorporé. Vi su cabeza enorme entre las piernas, su enorme cabeza que se movía entre mis piernas, y fue entonces cuando me dije que aquello no era normal, que había algo que fallaba. Pero él seguía. Me mantenía las piernas muy abiertas. Entonces le agarré del pelo y le empujé. Él levantó la mirada hacia mí y tuve miedo. Cerré las piernas de golpe. Él tenía una mirada extraña, como una mirada de loco, pero concentrado en mí. Con la lengua dando vueltas en la boca, baba alrededor de los labios, y eso hacía que pareciera tonto. Tuve miedo... Me bajé la falda a toda prisa. Él sonrió. Me dijo que no tenía que tener miedo, que solo era un juego. Que me había manchado toda de chocolate, y que tenía que lavarme antes de volver a casa, si no mi tía me reñiría. Y con los dedos, volvió a subir desde mi tobillo y vuelta a empezar..., el animalito que sube, que sube y sube y ¡hop! Volvía a tener la mano sobre mi sexo y lo acariciaba... Pero yo tenía miedo y ya no fue como antes. Entonces, él dijo: «Tienes que estarte quieta, sin gritar, tienes que dejarte hacer y yo borraré la cuenta del colmado de tu tío, toda la cuenta del colmado, ¿comprendes, cariño? Venga, abre las piernas». Me obligó con sus dedos gordos, yo noté cómo se deslizaban sobre mis muslos, cerré los ojos y me dejé hacer. Después, me desabrochó la blusa e hizo lo mismo con mis pechos. Los chupaba, los llamaba sus pequeños, y después mi vientre, y después volvió a empezar con mi sexo y yo, yo seguía con los ojos cerrados, pero sentía terror en el estómago. Pensaba en el tío Antoine, en la cuenta, en todo eso y después ya no pensé en nada, porque de repente volvió a ser agradable... y ya no supe qué hacer. Tenía sus manos y sus dedos por todas partes. Tenía la impresión de ser como una mariposa clavada, quebrada. Entonces, en un momento determinado, me cogió de la mano y me dijo que me tumbara, que estaría mejor en el suelo. Yo obedecí. Él desabrochó los últimos botones que quedaban, se inclinó sobre mí y paseó la boca por todas partes, por todas partes, mientras hablaba consigo mismo. Se felicitaba, decía que había encontrado un tesoro, un auténtico tesoro. Me pellizcaba suavemente los pechos y los chupaba, los llamaba sus botoncitos, después se

deslizó entre mis piernas. Yo me dejaba hacer. No me gustaba que hablara pero me dejé hacer... Aquello duró un buen rato; el tío Antonio tosía detrás de la puerta del almacén, pero el señor Brioux no tenía prisa... Por fin, se levantó, fue a menearse a un rincón, yo oí una especie de grito ahogado y después volvió, me pasó la mano por la cabeza y me dijo que era una niña buena..., que había ayudado a toda mi familia, pero que aquello era un secreto entre el tío Antoine, él y yo, que no debía contárselo a nadie. Y que si guardaba el secreto, me abriría una cuenta gratis para mí sola, para que pudiera comprarme muchas golosinas. Yo volví a vestirme y me marché con el tío Antoine. ¿Y sabes qué? Él no se atrevía a mirarme en la calle, iba andando con prisas delante de mí y yo casi tuve que correr para mantener el paso. No me dijo ni una palabra. Nada. Yo no entendía nada. Había sido tan cariñoso a la ida... Entonces me dije que había hecho algo mal. Al llegar a casa, me metí corriendo en la ducha. Tenía ganas de llorar y no sabía por qué. No lo entendía. Eso era lo más doloroso. ¿Qué había hecho mal yo? Apoyé la frente en la pared de la ducha y recuerdo que me di golpes y golpes, hasta que el dolor físico me dio un motivo para llorar... Sentía una presión tal en todo el cuerpo que tenía que hacerla salir, tenía la impresión de que me iba a morir, y que todo se pararía, pero no estoy muerta... El tío Antoine me llevó a menudo a ver a Brioux. Y cada vez era lo mismo. Y yo, yo me volvía loca, ¿sabes...? Nunca me violó, Brioux. Nunca me hizo daño. Cuando acababa de manosearme, iba a masturbarse a un rincón, y volvía la mar de amable y cariñoso. Pero lo odioso era a la vuelta, con el tío Antoine. Él avanzaba a grandes zancadas y yo iba corriendo detrás, como excusándome, él no me miraba... ¡Me abría la puerta del piso y se largaba al bar sin decir palabra!

—¡Por eso intentaste suicidarte a los doce años!

—Ya no entendía nada... Estaba encerrada en una historia de locos. Y además, no podía hablarlo con nadie porque me daba placer, ¿entiendes? Por eso te digo que conozco muy bien al ser humano... ¿Quién era más repugnante, el tío Antoine o el tendero? ¿O yo, que me dejaba hacer y me compraba un montón de chocolatinas y bolas de coco? Porque yo mi cuenta la utilizaba. Vivía la mar de bien. Ya no tenía que contar el dinero de la paga. Acabé por considerarme tan monstruosa como ellos, por hacer una mezcla entre ellos y yo en mi imaginación infantil... Leí la definición de «vicioso»

en el diccionario... Veía monstruos por todas partes y, aún hoy, tengo tendencia a buscar el mal en todo el mundo. Es más fuerte que yo...

Se ríe con una risita seca y glacial, una risa malévol, y deja caer la ceniza en el cenicero que le acerca Joséphine. Todo su sufrimiento pasado se ha convertido en un pequeño bloque de mugre, como el que ha sacado el técnico de Darty al reparar el horno de la cocina. Un pequeño bloque de suciedad negra que ella desentierra de su pasado y que observa fríamente, con los ojos secos.

—Pero ¿no le dijiste nada a Philippe?

—Después, se lo conté a Philippe después, cuando me tomé las pastillas... Porque el tío Antoine, cuando vio que las cosas iban bien con Brioux, se dijo que había encontrado un buen sistema y me ofreció a otros como moneda de cambio. Me llevó una vez al mecánico, otra vez al técnico de la tele... Y los demás no eran tan amables como Brioux. Me pegaban porque yo no quería hacer cosas... Y el tío me reñía durante todo el camino, decía que me domaría. Entonces me tomé las pastillas y, cuando desperté, se lo conté todo a Philippe. Él quiso partirle la cara al tío Antoine, pero aún era demasiado pequeño y recibió una paliza. ¡Y cuando fue a ver a la tía Armelle, ella se encogió de hombros y contestó que eso no era verdad, que yo me lo inventaba, que la pubertad me afectaba! Ya no volvimos a hablar de eso, pero a partir de aquel día, Philippe no me dejó ni a sol ni a sombra. Siempre tenía que decirle adónde iba, con quién, lo que hacía. Y ya no me dejaba sola ni un minuto. Me esperaba a la salida de clase, me acompañaba cuando iba a casa de mis amigas, venía a buscarme. Veía Brioux por todas partes...

—¡Menudo cerdo! ¡Menudo cerdo! ¡Imagino que si le hicieran eso a Julie, yo iría a pegarle un tiro a ese tipo! Le cortarían los huevos y le...

—¿Qué dirías si supieras que a ella le gusta? —la interrumpe Clara.

Joséphine no contesta. A menudo, cuando baña a Julie, cuando observa el cuerpo esbelto, recto, tan puro de su hijita, la imagina de mayor bajo el cuerpo de un hombre, haciendo el amor, y esa imagen simplemente no llega a materializarse. ¡Su hijita no! ¡Su hijita, retorciéndose bajo un desconocido en un asiento de los ferrocarriles, no!

—¿Ves...?, te da asco solo el pensarlo...

—No. Pensaría que la han pervertido, que no es culpa suya. ¡Y es la

verdad, Clara! ¡Escúchame!

—No, si sientes placer. Porque voy a decir una cosa horrible, fue Brieux quien me inició en el placer, quien me hizo descubrir esa cosa maravillosa... aunque él fuera un vicioso.

—No sé, Clarinette. Todo esto es demasiado complicado para mí... ¡Lo que es seguro es que tu tío era un cerdo!

—Eso es evidente... Te diré, además, que nosotros ni siquiera éramos pobres, no nadábamos en la abundancia pero... él disfrutaba utilizándome para ahorrar dinero... Encontré, por casualidad, un cuadernito donde apuntaba las cantidades que yo le hacía ganar. Lo tenía todo apuntado, muy pulcro...

Se quedan un momento en silencio. Luego Clara se refugia en un rincón de la cama. Tiene ganas de estar sola, y hunde la cara en la almohada, suspirando que tiene sueño.

Joséphine piensa de nuevo en Brieux. Tengo que poner en guardia a Julie, hablarle del deseo de los hombres por niñas como ella, del deseo que fuerza, que embrutece. Ella odia a los hombres. Odia su fuerza, su supremacía, su omnipotencia. Aunque nunca ha sido su víctima. Pero ¿está segura, en el fondo? Ha dejado que la redujeran al papel de esposa y madre, ella que tenía tantos deseos. Escribir, por ejemplo. Me lo impidió mi padre y después mi marido. Reducida al estado civil de señora de Ambroise de Chaulieu con el dinero, el piso bonito, los suegros, la seguridad y el aburrimiento que la corroe y la vuelve idiota.

Sin embargo, esta tarde, con él, con ese hombre, su amante de París, estaba convencida de que iba a soltarse y a pronunciar dos o tres palabras llenas de agrado, de ternura, de amor incluso..., palabras que parecen auténticas... Bueno, no demasiado, nada de grandes palabras de amor..., no, palabritas que revolotean..., que inclinan la cabeza en un gesto de ternura, que desarman la boca habituada a morder y exigen una mano amigable, sin afrentas..., pero se ha controlado enseguida. Él le ha preguntado por qué se prohibía amar y ella ha contestado que se había dejado atrapar una vez y que ya no creía en eso. Aceptaba querer a sus críos, a sus amigas, a sus padres, ¡pero a un hombre nunca más! Él la había abrazado y había pronunciado unas palabras muy simples: «Yo te quiero, te respeto, quiero que seas feliz, feliz

contigo, feliz conmigo». Entonces, ella había llorado. Sin despegarse de él. «Confía en mí —repetía él—, yo sabré quererte, convertirte en única, fuerte y orgullosa, sabré esforzarme por los demás». Ella ya no sabía si debía creerle, y además tenía miedo. Miedo de abandonarlo todo por él. ¡A sus hijos no!, se los llevaría con ella, pero el resto... Ella necesita la seguridad que le ofrece su marido, aunque esa seguridad le pese. No sería tan frívola y desenvuelta sin el peso de Ambroise que la equilibra. Ambroise la libera de los problemas de la vida. Quizás no es suficiente, pero ya es mucho. ¿Acostarse con desconocidos que uno agarra y luego suelta es un acto heroico? No, si no arriesgas nada. Ella se pregunta a menudo si la vida le rendirá cuentas. Debería hacerse la prueba ella también. La vida siempre ha sido generosa con Joséphine, pero ¿y qué da ella? Agnès ha acertado de lleno. Una vida de hipocresía. Se dice que para cambiar tendría que volver a empezar desde cero, pero ¿se puede hacer tabla rasa del pasado? A Joséphine le gustaría hablar con Clara, pero no puede. Tendría que pronunciar el nombre del hombre en cuestión y eso Clara no lo soportaría. Está convencida. Perdería a su amiga.

Agnès y Lucille no han dicho ni una palabra en el ascensor. Agnès ha carraspeado para llenar el silencio. Lucille ha seguido erguida, pensativa, sin preguntarse ni un segundo qué iba a pensar Agnès de su mutismo. Han intercambiado un beso rápido en la acera. La tormenta ya ha pasado, pero la lluvia sigue cayendo y sopla un viento que lanza ráfagas de lluvia contra los escasos paseantes que cruzan la calle, corriendo hacia un coche o la entrada de un edificio.

Lucille mantiene el cuello del abrigo pegado a la cara y se impacienta. Solo le apetece una cosa, salir corriendo lo más rápido posible, y busca algo que decir antes de irse.

—¿Te encuentras bien? Estás muy pálida... —le dice a Agnès que sigue a su lado, sin moverse.

Agnès esboza una sonrisita.

—¿Quieres que te acompañe? —pregunta Lucille.

No le apetece nada el trayecto hasta Clichy, en plena noche, pero no

puede evitar notar el desasosiego de Agnès. Esta rebusca en su bolso las llaves del coche y no las encuentra; los mechones de pelo que se le pegan a la cara le impiden ver lo que hace.

—No... Gracias... Tengo el coche... Mañana trabajo... Estoy bien, no te preocupes... ¡Ah! Aquí están... Es por los guantes... Están mojados y... Perdona, te estoy entreteniendo, normalmente me las meto en el bolsillo, precisamente para no rebuscar en plena calle...

Agnès se excusa, farfulla. Se coloca un mechón de pelo en su sitio, pero la mecha vuelve a caérsele enseguida y le tapa la cara. Agradece a Lucille su amabilidad, ya no sabe cómo hacerse perdonar su lentitud, su torpeza.

—¿Dónde has aparcado? —pregunta Lucille, molesta por la actitud servil de Agnès.

Aunque yo fuera pobre, habría conservado el orgullo, se dice. Uno no se hace respetar en la vida si no trata al prójimo de igual a igual.

Agnès señala un rincón en la calle, más lejos, a la izquierda.

—Te acompañaré hasta el coche —propone Lucille—, el mío está aparcado delante...

Dan unos pasos juntas, tratan de hablar del tiempo, de la Navidad que se acerca, pero el silencio reaparece enseguida.

Sobre el parabrisas de Agnès hay una multa empapada por la lluvia y abarquillada bajo los limpiaparabrisas. Ella suspira, la despega intentando no romperla. La mirada de Lucille se detiene en el coche de Agnès; tiene una rayada en un costado, y un osito de peluche rosa y violeta que se balancea colgado del retrovisor. Un osito que Agnès ha debido de conseguir por llenar el depósito en una gasolinera.

—¡No se cansan nunca! —protesta Agnès.

¡Estoy segura de que ella no tiene ninguna!, se dice entornando los ojos en dirección al coche de Lucille. Quiere comprobarlo. Quiere saberlo. Bastaría con que esta noche Lucille tuviera una multa para que el orden quedara restablecido y la vida volviera a ser justa. Bonita no, pero justa.

Lucille se dirige hacia su coche aparcado unos metros más allá, sobre el paso de peatones. Ni siquiera se toma la molestia de inclinarse sobre el parabrisas, pero Agnès, que la sigue, constata que es virgen del menor papelito blanco. Las envuelve una borrasca, Lucille mete la mano en el bolso,

coge las llaves y acciona la apertura automática de las puertas. El coche se ilumina y ella se cuela dentro. Antes de cerrar la puerta, lanza una última mirada compasiva a su amiga, que intenta mantenerse fuerte, mientras una ráfaga de lluvia se abate sobre ella. Lucille arranca, haciendo un último gesto de adiós con la mano enguantada. Agnès sigue con la vista el descapotable que se aleja y suspira. ¿Por qué siempre son los mismos los que tienen suerte en la vida? Agnès dedica toda su energía a luchar contra pequeños detalles como este, pequeños detalles que han conformado su forma de ser y de pensar, que le proporcionan la fuerza y la debilidad. Llega al coche e intenta arrancarlo. Antes se ha olvidado de poner el estérter, como le aconsejó el mecánico. Aprieta varias veces el pedal del acelerador, maldiciendo su despiste. «Los R5 siempre tienen problemas con el encendido, le explicó él, meneando su lata de frutos secos. Es el punto débil de estos coches, así que no se olvide, cuando pare el motor, ponga el estérter para que no penetre la humedad». Y desde entonces, funciona. Ya no tiene problemas para arrancar. Salvo esta noche, claro...

Esta noche no funciona nada.

Por fin, después de varios intentos, el motor carraspea, escupe y se embala. Agnès tira del cinturón de seguridad, lo ajusta y pone la primera. Desliza las manos por el volante; se le escapa varias veces y está a punto de tener un accidente. Ya no sabe si son estos guantes de lana los que le hacen perder el control del volante o si está demasiado obcecada por lo que le ha contado Clara y la cabeza ya no la obedece. A medio camino, se salta un semáforo rojo, y comprende su error al oír el ensordecedor frenazo del coche que ha estado a punto de embestir. Comprueba por el retrovisor que el coche está intacto, que sus ocupantes no se han hecho daño. Les acecha inquieta y al darse cuenta de que los faros se alejan, suelta un suspiro, se coloca a un lado y apaga el motor. No irá más allá. Echa la cabeza hacia atrás y respira profundamente.

Fue hace un año, casi día por día. Las luces de Navidad alumbraban las calles, ella había llevado a los niños a ver los escaparates de los grandes almacenes. Ellos habían dado saltos detrás del gentío intentando ver las marionetas, los autómatas, los robots mecánicos, los patines de línea, los cohetes, las falsas montañas de papel pinocho salpicadas de nieve, la magia

de las luces y la música de Navidad que surgía de los altavoces disimulados en los árboles. Agnès contemplaba el espectáculo con ojos de niña, extasiándose ante las muñecas, los osos de peluche, los mecanos, los canastos desbordantes de Papá Noel, las construcciones que reproducían interiores de casas, las telas de muaré donde se apelotonaban los juguetes. Éric todavía no sabía lo que quería y pedía catálogos para escoger mejor, Céline refunfuñaba, diciendo que ya no tenía edad de extasiarse delante de los escaparates que festejaban el mito de Papá Noel.

—A mí, mi madre nunca me llevaba a ver los escaparates por Navidad — le había soltado Agnès a su hija en tono arisco—. ¡Deja de protestar y mira qué bonito es!

—¡Estamos aquí, aplastados entre todos esos cretinos para contentarte a ti!

Céline tenía razón: ella recuperaba su infancia con sus dos hijos. No contestó y, más tarde, la mano de su hija se deslizó en la suya para pedirle perdón.

Aquella noche, Agnès volvió a verse a la edad de Céline: una niña de barriada como tantas, sin dinero para vestir bien, ni dinero para el aparato dental, ni dinero para vitaminas en grandes cantidades, para clases extraescolares, para tener confianza en sí misma; la clase de niña que pone todo su empeño en salir adelante, espoleada por una madre que no se compadece nunca, un padre que se burla de ella en el piso de abajo, la amante con los labios color carmín, minifalda, medias de rejilla y tacón alto, el coche al que él saca brillo los domingos en la calle, con la ayuda de enormes cubos de agua que transporta la amante moviendo las caderas, con el cigarrillo en la boca, una chavalita que se pega a las demás chicas de la clase, más ricas o más descaradas, diciéndose que con su ayuda saldrá adelante. No una ambiciosa, no. Esa es una palabra demasiado fuerte para ella. Alguien que sobrevive y nada más. Si no hubiera sido por Clara, Joséphine o Lucille, ella no habría resistido las puyas de la madre, el abandono del padre. Habría hecho lo mismo que sus hermanos: se habría largado y habría rezado para que la vida pasara de largo, sin verla.

Una noche que estaba sola, fue a ver *Sin techo ni ley*, la película de Agnès Varda con Sandrine Bonnaire. Estuvo llorando en la oscuridad. Sollozos

desgarradores que intentaba ahogar torpemente con la manga de la chaqueta. Volvió como mínimo tres veces, sola, con una caja de kleenex en las rodillas, y las lágrimas brotaban, brotaban sin que pudiera pararlas. Era buena y agradable toda esa agua tibia que le inundaba las mejillas en la oscuridad, que la envolvía en una dulzura húmeda y salada. Se dijo que nunca habría suficientes sesiones para que ella se vaciara de todas esas lágrimas que nunca había vertido. Se compró el vídeo. Sandrine Bonnaire era ella.

O sus hermanos. Christophe vegeta en su empresita, solo, sin trabajadores, ganando menos que el salario mínimo. Ella va dos o tres veces al año a Montpellier para poner orden en sus cuentas o hacerle la declaración fiscal. Él siempre está al borde de la quiebra. Le robaron la moto y no la tenía asegurada contra robo. O pierde su caja de herramientas y no tiene dinero para reemplazarla... Vive en una especie de cuartucho contiguo al taller. La vajilla de la comida sirve para la cena de la noche, el mantel de plástico se pega a los dedos, y los círculos rojos, recuerdo de viejos culos de botella, se solapan, dibujando una cenefa ebria; los fogones de la cocina, que no se han limpiado nunca, emanan una llama irregular y un intenso olor de gas flota en la cocina; las sábanas de la cama son de color gris y la habitación huele a cerrado. Es el interior de un soltero, erosionado ya por la vida. No es capaz de conservar una mujer, todas se marchan, es demasiado amable, demasiado patoso con ellas. Y además no gana suficiente dinero. Cuando ella está en su casa, ordena, limpia, abrillanta, restriega, descuelga las cortinas, cambia las sábanas, les da un baldeo, le prepara comidas y las congela, pone ramitos de flores en los vasos, le compra camisas, jerséis, calcetines, lleva el aspirador a arreglar y se marcha dejando dinero en la mesa. Su otro hermano, Gérard, se ha refugiado en la marginalidad. Renta mínima de inserción, ayudas sociales, dos hijos que nunca ha reconocido, trabajillos en negro, cervezas, rondas por los bares cuando ha cobrado algo. Siempre en negro. Rezuma pobreza, lleva ropa interior descolorida, tiene la piel llena de granos y caspa sobre los hombros, una escoliosis pronunciada. Ha heredado el pico de oro de su padre. Sin el uniforme de policía ni la autoridad que lleva consigo. Parlotea sin parar cuando tiene una caña de cerveza en la mano. Alardea, trata a su novieta del momento de fulana, y se imagina un porvenir brillante. Cosa que dura hasta que vacía el vaso. Vive solo, en Marsella. La llama cuando necesita dinero.

Sin fanfarronear. Con una vocecita que le revuelve las tripas. Ella le manda un giro. Él dice es la última vez, saldré adelante, ya lo verás, tengo una cosa entre manos, te lo devolveré todo, no tienes más que llamar...

Ella come una vez por semana con su madre. No hablan de nada. O sí, de Christophe, de Gérard, de la educación que se pierde, de las familias que se deshacen, del mundo que se hunde ante la indiferencia general, de los programas de televisión donde reina el impudor y el dinero. Siempre las mismas palabras, las mismas quejas, el mismo rencor, ni un gramo de esperanza, ni una sonrisa o una pausa que dé paso a una caricia o a un beso. Años sin afecto ni ternura, eso no se recupera. Ya no tienen manual de instrucciones para quererse. Agnès no sabe cómo besar a su madre, dónde poner los brazos, la boca, cómo inclinar la cabeza para abrazarla sin chocar. Tiene ganas de cubrirla de regalos, de llevarla a hoteles de lujo, de comprarle perfumes, joyas, un bolso de cocodrilo. Siempre se para en seco. Fulminada. Una mueca de la boca, un brillo malévolamente de la mirada que la mantiene a distancia, una queja que surge y rompe el encanto. Su madre habría preferido que fueran sus hermanos quienes salieran adelante. Un viejo reflejo de mujer habituada a venerar al hombre, a denigrar a las demás mujeres. Su madre nunca le dice estoy contenta, feliz de que estés ahí, no ríe. No sabe, ha convivido demasiado con la desgracia. Agnès vuelve de esas comidas destrozada en mil pedazos. Deshecha. La mugre y la desesperación pegadas al cuerpo. Ni pobre, ni rica, ni fea, ni guapa, ni brillante, ni estúpida. Agnès, la amable Agnès, abnegada, recatada.

Por eso una noche..., la noche después de los escaparates de los grandes almacenes..., una noche en que debía ir a casa de Clara... En el último minuto, la cena se anuló... Clara estaba tirada en la cama, ardiendo de fiebre. Esa noche, cuando ellos volvieron de su paseo, Yves telefoneó para decir que no llegaría a París hasta el día siguiente por la tarde. Ella no tenía ganas de quedarse en casa con los niños. Acababa de comprarse un Wonderbra y quería estrenarlo, enseñárselo a sus amigas. No estaba segura de que a su edad tuviera que exhibir el pecho de ese modo. Había estado dudando semanas antes de comprarlo, lo había observado durante un buen rato en los periódicos que hojeaba en la peluquería o en el dentista, en el anuncio se veía una chica guapa, joven, segura de sí misma con unos senos como bolas de

helado de vainilla. Y entonces un día, cuando casi había renunciado a comprarlo, había empujado la puerta de una tienda de ropa interior cerca de su despacho y se había comprado uno, blanco. Negro sería de mal gusto. Y probándose el sujetador de bolas de helado de vainilla se le ocurrió una idea. Solo una vez, para darte un gusto, para tener un recuerdo. Se había echado a reír, ella sola, en el probador. Pero ¿por qué no?, se dijo, ¿por qué no? Nadie se enterará, y tú tendrás este secreto tuyo, que te dará valor los días en que tu vida te parezca demasiado monótona.

Les había dado un beso a los niños, encantados de quedarse solos, orgullosos de que les trataran como mayores, y había cogido el coche. Condujo sin rumbo. Una mujer libre en busca de aventura. Una mujer sin marido, ni hijos, ni cena que preparar, ni ropa que planchar. Siempre acuden a ella cuando tienen problemas. Aquella noche, Agnès conduce hacia París. No tiene frío. Nota los senos firmes y redondos bajo el cárdigan entreabierto. Los toca. De vez en cuando, maravillada y emocionada. Va hacia la aventura. Abre la ventana del R5 y saca un brazo. En la puerta de Clignancourt, gira a la derecha y va a parar a la ronda. A esa hora está vacía y puede acelerar sin que Yves le diga que piense en los radares. A ella le importan un pimiento los radares. Pisa líneas amarillas, aprieta el acelerador, pone una cinta y sube el volumen al máximo. Canta a voz en grito. ¡Yves se sorprendería muchísimo si la oyera! A veces ella le reprocha que la tenga en un pedestal. Cuando la mira con ese aire devoto, le dan ganas de perder esa devoción. ¡Ah!, no es que le suceda muy a menudo pero... le gustaría que le diera un empujoncito. Se dirige a Montrouge. Al principio se dice: voy a volver a ver el edificio, el edificio de mi infancia, se siente un poco sentimental y además ya no sabe qué hacer con esa nueva libertad, no está acostumbrada a salir sola, no se sentiría cómoda empujando la puerta de un café para sentarse y pedir. ¿Qué bebe una en un café cuando está sola? Desde que su madre se mudó, Agnès no ha vuelto a Montrouge, fue tan feliz allí hasta los diez años..., una vida normal, con un papá y una mamá, cruasanes para desayunar el domingo por la mañana, pollo rustido y patatas salteadas el domingo al mediodía, sus hermanitos y ella, tan educados, que dejan que los mayores hablen en la mesa y asisten al paseo en familia que sigue siempre a la comida del domingo. Los hermanos pequeños prueban sus patines nuevos, ella sus zapatos de charol

negro que le aprietan los pies, pero le auguran un porvenir de princesa. Brinca por las calles, escucha a papá y mamá hablar de la panadera, del tendero, del mecánico, de la calle que no cambia. Hicieron bien instalándose aquí. Es un buen barrio. No como Bagneux, que empieza a estar invadido por los árabes. Aquí estamos en casa, entre nosotros. No hay ningún peligro. El peligro está más lejos, en los enormes grupos de viviendas que brotan como la mala hierba y acogen a todos los marginados, los holgazanes, los extranjeros. Papá es funcionario de policía, mamá lleva la casa y aplica sus principios al pie de la letra: nada de despilfarrar, nada de televisión, nada de paga semanal, un regalo por Navidades y en todos los cumpleaños. Siempre esas mismas frases tan tranquilizadoras. Ella no se cansa nunca. Y luego, una parada en la pastelería que abre los domingos, ellos tienen permiso para escoger un pastel y comérselo allí mismo. Sostienen su pastel con los brazos extendidos. En el camino de vuelta, papá mira los coches y habla de la carrocería, la suspensión, la circulación, el diseño que mejora. Mamá asiente con la cabeza. Ella no ha comido pastel, se preocupa por la línea. Papá se burla de ella. Mamá dice que hay que estar atenta cuando se han tenido tres hijos. Y entonces la imagen de su padre y su amante surge y se cruza en su camino. Él no fue a su boda. Ella sabe que sigue viviendo allí. Ahora está jubilado. Se ha comprado una casita en Bordelais para pasar el verano. Ella tenía diez años cuando él se fue con la vecina de abajo. Tenía diez años y le adoraba. «Solo debemos adorar a Dios», decía su madre. «Eso no impide que yo adore a mi papá», balbuceaba ella en voz baja para que su madre no la oyera.

Agnès para el coche delante del edificio de ladrillo rojo y le parece deteriorado. Las aceras están abarrotadas de cubos de basura de la noche, chorretones negros caen de los balcones, uno de los focos que alumbran el porche de la entrada está roto, el ladrillo rojo se ha vuelto marrón. En mi época, piensa Agnès, este edificio tenía orgullo, mamá trabajó mucho para no trasladarse. Jugábamos todos juntos en el patio y había rosales. En mi época, formábamos un gran grupo... Solo Rapha ha escogido quedarse en el barrio. Rapha es como un primo del que está enamorada, pero nadie lo sabe. Un día que estaba enferma y tuvo que quedarse en cama, él le trajo los deberes del colegio y le puso una tableta de chocolate con nueces entre los cuadernos.

Ella esperó a que todo el mundo durmiera para comérsela escondida bajo las sábanas. Era el primer regalo que recibía de un chico y no era un chico cualquiera.

Se dirige al taller de Rapha. Sabe que él trabaja de noche. Empieza hacia las siete de la tarde y se acuesta a las ocho de la mañana. Agnès pasa bajo las ventanas del taller iluminado. Él está ahí. Tengo que encontrar una excusa para interrumpirle, se dice al aparcar.

—He visto luz y he subido —le suelta a Rapha cuando él le abre la puerta.

Él no parece muy contento. Apenas se ha movido para dejarla pasar. Ella había olvidado que era tan alto. Le mira con la expresión perdida y suplicante.

—Tenía que cenar con las chicas esta noche y ellas no pueden... Yo tenía ganas de salir de todos modos y me he dicho... He venido a pasear por la calle Victor-Hugo.

Se da perfecta cuenta de que está balbuceando. Parece tan intimidada, tan torpe que él se relaja y sonrío.

—Quítate el abrigo. ¿Quieres un café? Yo iba a prepararme uno...

Ya casi nunca se ven. Agnès se lo encuentra algunas veces en casa de Clara, pero cada vez menos. Él se va cuando ella llega o al contrario. Se besan e intercambian unas palabras por educación. Él nunca se acuerda de los nombres de sus hijos y eso le duele. A veces incluso cree que tiene dos hijas o dos hijos; ella le corrige en voz baja, y le dice la edad de Céline y de Éric. Es la primera vez que va a su casa. Ella ya no le ve, pero de todas formas él nunca la vio demasiado. Él veía a Clara, pero a ella no. Quizás si me hubiera VISTO, si hubiera puesto los ojos en mí, yo me habría convertido en alguien importante... Cuando un gigante te da la mano, te vuelves tan grande como él.

—¿Nunca cierras tu casa?

—No, debería...

Él prepara el café. Un café de filtro con un grano que tarda en esponjarse. Vierte el agua desde lo alto de su metro ochenta y observa cómo el líquido se filtra sobre el polvo negro. Lleva un tejano negro y una camiseta negra, y tiene un cabello negro y denso que enrolla con los dedos, convirtiéndolo en

manojos de tirabuzones que se le enredan en la cabeza. Lo único que no es negro es la camisa escocesa. Tiene pintura por todas partes, incluido el trasero del pantalón. Parece absorto en las burbujitas negras que se forman y se hinchan. Ella se coloca a su lado y observa. Algunas estallan enseguida, otras tardan en crecer y se visten con todos los colores del arco iris. Pequeñas burbujas redondas, irisadas, en esta cloaca negra. Y después, ¡paf!, estallan, sustituidas enseguida por otras, llenas y lisas y tornasoladas. Rapha prepara con un cuidado infinito ese café y parece haberla olvidado.

Ella se da la vuelta y pasea por el taller. Hay telas por todas partes, grandes, medianas, pequeñas, unas completamente blancas, otras empezadas e inacabadas, todas de pie unas al lado de otras. Los marcos de las puertas y las molduras de las ventanas están pintados formando frisos, con motivos geométricos amarillos, naranja, verdes, rojos. Poleas y cadenas cuelgan del techo, hay tablados de madera apoyados contra la pared para colocar los cuadros; en medio de la sala se levanta una especie de banco de madera con pinceles, colores aplastados sobre las paletas, trapos, rodillos, croquis, libretas. Hay reproducciones de cuadros famosos, trozos de telas africanas, fotografías y retratos apoyados en la pared, discos y cintas de casete tirados por ahí junto a la minicadena, dibujos apilados sobre una mesa baja, tazas de café desperdigadas, ceniceros desbordantes de colillas. En el suelo, hay alfombras viejas, libros de arte abiertos, manchados. Huele a trementina. A ella le dan ganas de ordenar y se echa a reír. Se le escapa la risa y se da la vuelta.

—¡Estaba pensando que podría hacer limpieza aquí!

—¡Está prohibido! Aquí no entra nadie a ordenar...

Él se acerca con una bandeja, dos boles, terrones de azúcar, dos cucharitas de café. Ella se sienta en un colchón en el suelo, cubierto de cojines grandes. Él se pone en cuclillas a sus pies y se lía un porro. Ella coge su taza de café y después el porro. No ha fumado nunca. No quiere parecer idiota. Da una caladita que escupe enseguida, después otra más larga y otra más... Inmediatamente le da vueltas la cabeza y se deja caer contra la pared. Tiene hambre. Tiene sed. No tiene ganas de moverse. Esa pequeña ocurrencia vuelve a darle vueltas en la cabeza. Solo una vez, por probar, extender los brazos y descubrir el ancho mundo, como si tuviera los ojos vendados, como

si no hubiera decidido nada. Él se levanta, pone un disco que ella no conoce, surge una voz, a ella le gusta esa voz, una voz rota que llora y canta, una voz de hombre herido. Eso le hace pensar en la película de Sandrine Bonnaire. Ella pregunta quién es, él dice: «Es Bonga», y ella piensa en la bebida que compra para sus hijos. «Es bueno, es Banga», tararea el anuncio en la cabeza. Su mirada vaga por la sala y vuelve a posarse en Rapha.

—Eres como el padre de Lucille... —dice ella, melancólica—. Has preferido quedarte aquí...

Él no contesta. Cierra los ojos y aparece el cuadro que iba a empezar justo antes de que ella llegara. Había preparado el fondo y se disponía a pintarlo de negro, de amarillo, con llamas que suben y bajan. Tomaba impulso, meditaba frente a la tela, las ideas se apelotonaban en su cabeza, el café no era más que un modo de volver al instante en que iba a aparecer la primera pincelada. Y entonces ella había llamado. Ella hablaba. No paraba de hablar. ¿Qué ha venido a hacer? Necesita dinero, seguro. Todos sus antiguos amigos vienen a darle sablazos.

—Podías haber buscado un taller en otro sitio...

—Yo necesito mis raíces. Aquí estoy bien... Conozco a todo el mundo.

Ella le sonríe. Tiene un aire triste pero impecable. Ese es el aspecto que solía tener en las fotografías del curso. Llevaba una blusita blanca con un lazo de terciopelo por debajo del cuello, el pelo peinado hacia atrás y recogido con dos pasadores. Se colocaba muy tiesa delante del fotógrafo mientras todos los demás armaban jaleo. Con aire serio y decidido. Se notaba que el colegio era importante para ella. Adoptaba un aire de seriedad constante y él tenía ganas de soplarle en las mejillas para hacerla sonreír.

—¿Tienes algún problema? —pregunta Rapha aspirando el porro chamuscado—. ¿Pasa algo?

—Tengo la sensación de que la cabeza me da vueltas... No ha sido buena idea volver aquí... No sé qué me ha dado. ¿Puedo? —dice señalando el colchón del suelo.

Se tumba despacio en la cama, se coloca un cojín bajo la cabeza y suspira.

El cuadro se ha alejado. La magia se ha roto. Es como el deseo, tan volátil. Su taller está abierto a todo el mundo. No tiene ni código para entrar

ni interfono, la puerta cierra mal, salvo cuando pasa el cerrojo, pero nunca se acuerda. Parece la puerta de un saloon abandonado, a merced del viento. Le molestan demasiado a menudo. Ha pensado en poner una pancarta en la puerta: «Estoy currando, prohibido entrar» o un semáforo que estaría en rojo o en verde, según su humor. No se protege lo suficiente. Necesita soledad, que el tiempo se detenga, que se instale el vacío. Que la vida pierda su influencia, no tener hambre, no tener sed, ni sueño, trabajar y nada más.

Agnès ya no sabe muy bien quién es. Está allí, con él, como Clara. Clara ha dormido aquí, Clara ha apoyado su cabeza en esta almohada, Clara ha cerrado los ojos pegada al calor de Rapha. La voz de Bonga llora en la noche.

—No pasa nada... Ya se arreglará. Todos tenemos momentos de desánimo..., momentos en que lo vemos todo negro... ¿Dónde está tu marido esta noche?

—En Chalon-sur-Saône, en una obra...

—¿Es cariñoso contigo?

—El amor, cuando se recibe demasiado tarde, ya no tiene el mismo sabor... O nunca te parece suficiente, o desconfías... o... no sé...

Agnès se oye hablar y se asombra: es la primera vez que expresa su soledad en voz alta. Se tapa la boca con la mano para callarse. Sería capaz de hacerle confidencias durante toda la noche si él continúa haciéndole preguntas.

—¿Sabes qué? Tú te quedas aquí y yo voy a seguir con lo que estaba haciendo —le propone él con dulzura—. Puedes dormir si quieres, no me molestarás...

—No. Me voy a marchar... He de volver... Los niños...

Intenta levantarse pero todo da vueltas a su alrededor. Extiende los brazos al vacío para recuperar el equilibrio y se deja caer otra vez sobre el colchón.

—Dios mío... Dios mío... —tartamudea, aturdida—. ¿Qué me pasa? Yo normalmente no soy así, ¿sabes? Me comporto...

Tiene una sonrisa triste y Rapha vuelve a verla en las fotos de clase. «Pobre Agnès —suspiraba su abuela—. ¡Ella es la más fuerte de todos vosotros, se lo carga todo a la espalda, esta chica!». Esa es la cría que él ve ahora, es a ella a quien tiene ganas de lanzarle colores, palabras cariñosas, promesas de lujo. Rapha va a sentarse sobre el colchón, la abraza, le acaricia

la cabeza, le habla para tranquilizarla.

—Todo se arreglará, ya lo verás, todo irá bien... Tú siempre quieres que todo sea perfecto y te exiges demasiado. Relájate... Date algún capricho. Piensa en ti, solo en ti... Nunca reservas tiempo para ti.

—Yo quería ver el edificio de la calle Victor-Hugo, el barrio y entonces...

—Lo has recordado todo y eso te ha puesto triste... ¿Es eso?

Ella asiente con la cabeza. La voz de Bonga se ha callado. Solo están ellos dos en el silencio del taller. Ella parpadea por la luz que está junto a la cama y él apaga la lámpara.

—¿Estás bien así? ¿Quieres que ponga otro disco?

—¿Puedes volver a poner el mismo?

Él se incorpora, se desliza sobre las nalgas hasta la minicadena, y vuelve a sonar el disco. Vuelve a la cabecera. Recupera el porro, que sostiene en la punta de los dedos para no quemarse.

—Llévatelo si te gusta... Yo me compraré otro...

Ella dice que no con la cabeza.

—No será lo mismo si lo escucho en casa... En casa, es... Me siento vieja, tan vieja..., fea incluso... Pero ya estoy acostumbrada a eso...

—Tú eres guapa y no lo sabes, Agnès.

—Mamá era guapa..., la he visto en fotografías antiguas, y él prefirió marcharse con una puta con shorts recortados y tacones altos que se pintaba las uñas de los pies...

—¿Podría ser que él hubiera soñado siempre con una puta que se pintaba las uñas de los pies? ¿Es posible que esa fuera su fantasía y que no hubiera sabido resistirse? ¿Puede ser que tu madre se negara a pintarse las uñas de los pies?...

—¿Los hombres son capaces de largarse por eso?

—Algunos hombres... Si el deseo es muy fuerte.

—¿Y abandonar a sus hijos?

Ella le mira, atónita.

—Agnès, ¿tú sabes lo que son las ganas, sentir de repente un deseo irracional por alguien?

Él la observa con un gesto irónico y tierno. Ella se acurruca sobre el

colchón, pone ambas manos bajo una mejilla y le escucha, muy seria.

—Tu madre debía de negarse a ponerse ligas, pantalones cortos y barniz de uñas. Entonces, un día, él sucumbió. Es tan absurdo como eso... y después, ya ves, a su puta no la ha abandonado...

—¿Tú le defiendes?

—No. Pero intento comprender lo que pasa por la cabeza de un tipo. ¡Tu madre no era la alegría de la huerta!

—Tampoco yo soy muy alegre...

—Pues estate atenta... La vida tiene tendencia a repetirse, hasta que finalmente entendemos... Toda tu vida es demasiado seria. Vives al margen del deseo, de las cosas gratuitas, de las locuras que se hacen solo por placer...

—¿Es posible que no esté hecha para eso?

—No tengo ni idea... Yo solo he aprendido una cosa del deseo, ¡y es que hay que fomentarlo, cueste lo que cueste..., y que eso cuesta trabajo!

—Sí, pero de todos modos uno no abandona a sus hijos así como así... ¡Ni les da bofetones en la escalera!

Rapha echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—¡Eso fue el día que le insultaste! Le habías llamado cabrón, capullo, gilipollas...

—¿Yo? —exclama Agnès, escandalizada—. ¡Eso es imposible! No te creo, yo no hablaba así, no me hubiera atrevido. ¡No sabía que esas palabras existían!

—Aquel día te atreviste, te lo aseguro... Tú chillabas y resonó por el hueco de la escalera. Los vecinos salieron al rellano porque no daban crédito. ¡Estabas hecha una furia, gritabas, insultabas, estabas hecha una furia! ¡Faltó poco para que le saltaras encima y le arrancaras los ojos!

—¡Eso no es verdad, no es verdad! —repite Agnès, trastornada—. ¡Eso es un montón de mentiras!

—Te aseguro que no miento... ¡A mí más bien me parece divertido! Para una vez que te dejaste ir...

Por jugar y para distraerla de su rabia, él desliza un dedo dentro de su jersey y descubre los dos senos blancos y redondos. Los acaricia distraídamente y añade:

—Esta noche estás guapa, por ejemplo...

Ella menea la cabeza como si eso fuera una eventualidad imposible.

—Bonita como un beso bajo la lluvia...

—¡Te estás burlando de mí! ¡Eso no está bien, Rapha!

Agnès se tapa las orejas para no oírle. Él extiende sus largas piernas y se tumba a su lado. Como un hermano, como sus hermanos sin duda no han hecho nunca, aparta las mechas castañas una por una, le pellizca las mejillas que enrojecen bajo la presión. Ella se convierte en una pintura, una cara de mujer al estilo Modigliani. Sus ojos se sumergen en el verde y combinan con los reflejos castaños del pelo. Es bonita y dulce, introvertida y triste, y él la contempla, la dirige, le inmoviliza la cara entre las manos y la inclina suavemente hacia él. Ella se deja hacer, ya no es más que un puñado de arcilla que él moldea y coloca sobre la almohada. Ella piensa durante un segundo que debe de parecer boba, con los labios entreabiertos de la mujer que espera, cierra la boca y entonces se olvida. Él no se burla de ella; lo lee en sus ojos. Él no la compara con otra. Ella cierra los ojos y acerca la cara hacia esos dedos que la acarician. Los brazos de Rapha se ciernen sobre ella y la acunan. Ella separa un poco los labios y él la besa. Posa la boca sobre sus labios, los roza sin insistir. La música y la noche los envuelven. Él nota que ella, pegada a su cuerpo, se relaja. Le pasa los dedos por la espalda, sobre la piel cálida de la espalda, y baja hasta los riñones.

—Tienes la piel suave...

Ella tiembla y hunde la nariz en la camiseta de Rapha, aspira su olor, un olor desconocido... que no es el olor de Yves. Se debate durante un instante, Rapha se aparta, pero ella le atrae hacia sí y le murmura junto al cuello:

—Hazme el amor, Rapha... Por favor... Hazme el amor, por favor, me siento tan sola, Rapha..., muy sola..., ya no me quedan fuerzas...

Él le pone la mano sobre la boca para que se calle. Ella le coge la mano y le besa.

—Sigue, por favor... Es tan agradable... Solo una vez, y nunca volveremos a hablar de esto...

—¿Estás segura de que no te arrepentirás?

Ella dice no, sin hacer ruido, frotando la cabeza contra la camiseta que huele tanto y tan bien.

—Esta noche, me apetece... Esta noche, es importante...

Sigue moviendo la cabeza, sin añadir nada más. Le sujeta contra sí. Entonces él se coloca encima de ella muy despacio. Ella nota los botones del tejabo contra el vientre, le rodea con sus brazos y abre las piernas. Él le desabrocha el jersey y acaricia los pechos redondos. Unos pechos colmados y firmes, una cintura fina, caderas más poderosas, la piel dorada y lisa. Un cuerpo de chica joven. Le hace el amor lentamente, sin dejar que escape ni un grado de calor entre ambos cuerpos, ella está a gusto, ella es otra, ella entra en otro mundo, un mundo que ha imaginado muy a menudo y que le parece muy evidente. Él le murmura junto al cabello que no está sola, que no es fea, que es un soldadito demasiado acostumbrado a ponerse en guardia y nada más, olvídate de estar en guardia, déjate vivir...

Ella oye su voz, que le da nuevas fuerzas. Oye la voz de Bonga y se mueve al compás. Todo su cuerpo tiene ganas de bailar, de ponerse un caftán y descoyuntarse al ritmo de la música. Tiene la cabeza llena de soles, un calor agudo y ardiente la hace gritar, se arquea contra Rapha, chilla, chilla, él le sujeta la cabeza, le tira del pelo hacia atrás y le grita que chille, que chille con todas sus fuerzas, está guapa cuando chilla..., él quiere hacerla feliz...

Toda la noche. Toda la noche.

Después Agnès se duerme.

Cuando abre los ojos se da cuenta de que el despertador marca las seis. Piensa en los niños, se levanta, vuelve a vestirse. Bonga sigue cantando pero Rapha no le oye. Rapha no se mueve. Duerme, de espaldas, con los brazos en cruz. Ella le mira con ternura y se aleja. Cierra la puerta sin hacer ruido y baja los escalones de cuatro en cuatro. Aparca de cualquier manera, en la esquina de la calle, debajo de su casa, comprueba que los niños duermen y se cuela en la cama. Yves está allí, esperándola, detrás de la puerta de su habitación.

Ella no se siente culpable. Esa noche era para ella. Solo una vez, solo una. Mañana, volverá a ser una mujer perfecta.

Pero esta noche, después de lo que les ha contado Clara, tiembla de miedo. Ellos, Rapha y ella, no tomaron precauciones. Todo lo que hacemos cuenta. Uno cree que puede apartarse del buen camino como si nada, sin perturbar el orden. Pero toda acción implica una serie de complicaciones. Tiene que hablar con él. No sabe qué le dirá pero no puede hablar con nadie más que no sea él. Es un secreto demasiado pesado para guardarlo ella sola.

Le da al contacto y el coche pega un salto hacia delante que la despierta de golpe. La ronda está desierta. Agnès conduce sin superar la velocidad permitida. Ha cometido el error de creer que podía burlarse de los radares y de las líneas amarillas. Tal vez, si respeta las normas, todo volverá a su sitio. Puede que por fin tenga suerte en su vida sin suerte...

La luz del taller de Rapha está encendida. Agnès aparca y espera un momento en la penumbra del coche. ¿Qué va a decirle él que ella no sepa? Entonces comprende que ha ido a reivindicar. Tiene derecho a estar informada. Él ha pasado una noche con ella y tiene que rendirle cuentas. Él solo ha pensado en Clara, como siempre. ¡Yo también importo! Habría podido avisarme a mí también, repite, disgustada. Luego se recupera y se echa a reír: ¡pobrecita mía! ¡Qué te creías! ¡Con todas esas mujeres que le persiguen y él te concede una noche, UNA noche! ¡Es sorprendente! Deberías conformarte y punto.

Cierra la puerta del coche y entra en el edificio de Rapha. Un cartel en la puerta del ascensor indica «Fuera de servicio». Agnès maldice, se cuelga la correa del bolso del hombro y pone el pie en el primer peldaño. Se agarra a la barandilla, con el corazón desbocado. Las escaleras están en penumbra, el temporizador de la luz está roto. Agnès avanza en la oscuridad. Oye el ruido de una cisterna, el sonido de un programa de la tele, un niño que llora, le da miedo la oscuridad y pide luz. Se detiene para respirar, se apoya contra la pared, se vuelve a poner la correa del bolso en el hombro y reemprende el camino. ¿Por qué no la ha prevenido? ¿Ha olvidado que hace un año tumbó su cuerpo sobre el de ella y le hizo el amor? Agnès piensa en ello a menudo. De noche... Se cuenta una historia bonita: Rapha le confiesa que la quiere, que nunca ha querido a otra, que creía que ella no le quería, que prefería a otro. La toma en sus brazos, le habla de la tableta de chocolate. Ella nunca contestó al mensaje escondido entre el papel de plata y el envoltorio... Ella le coge la cabeza con las manos y, con los ojos llenos de lágrimas, le dice que no vio el mensaje, que ella siempre creyó que él quería a Clara y que se había eclipsado. Pero aún no es demasiado tarde, dice Rapha, no es demasiado tarde. Ella está sin aliento, se para otra vez en el rellano, justo antes de llegar al taller. ¡Oh, Rapha!, gime, Rapha... Él la toma en sus brazos, la inclina hacia atrás, la abraza y posa los labios en su boca. Este es su cuento para

dormir. Un cuento barato, un sueño de pacotilla, pero ella se duerme, feliz.

Unas voces que salen del taller la arrancan de su fantasía. Ella se acerca, retiene el bolso contra la cadera con una mano, con la otra sigue la pared a tientas y avanza hacia el rayo de luz que se filtra por la puerta mal cerrada. Reconoce la voz de Rapha, la voz dulce y grave de Rapha. Parece cansado, como si defendiera su causa sin convicción. Se defiende, dice: «Claro que sí..., claro que no» y la otra voz le interrumpe: «¿Y yo, qué? ¿Por qué yo no? ¿Por qué siempre ella?». Agnès cree reconocer la otra voz...

La otra voz que responde a Rapha... Una voz que grita, que recrimina, que pide cuentas... Una voz que la ira convierte en metálica, cortante.

Agnès se queda inmóvil, sin aliento, en el rellano, estupefacta por esa voz, esa voz que sale del taller. Este no es su sitio, ¿qué hace ella aquí?

Se acerca a la puerta, la empuja con cuidado, apenas lo justo para ver, para identificar..., dominada por el pánico ante esa puerta que se abre... ¡Van a verla! Se refugia en un rincón que dibuja la pared, espera, cuenta los segundos y luego se atreve y empuja otra vez la puerta, acerca la cabeza hacia la luz, muy pendiente de que no la vean, avanza, avanza... y ve. Al principio la asombra esa evidencia que se impone, que ella rechaza pero que se incrusta, y entonces reconoce ese gran abrigo blanco tirado sobre el colchón en el suelo, esos botines finos. El pantalón de cuero negro, el jersey blanco y los dos faldones de la camisa que sobresalen...

Lucille está de pie pegada al radiador, bajo la ventana, y Rapha, con la frente apoyada sobre las rodillas que sujeta con ambas manos, está sentado en el suelo frente a ella. Agnès lo comprende todo de repente y se tambalea en el pasillo, vacila y se acurruca sobre sus talones. Ella siempre tiene que ser la primera, en todas partes... No sé por qué yo siempre intento compararme con ella, con todas ellas, siempre pierdo. Incluso este puesto, este puesto de segundona que reservé para mí, para mis pequeñas fantasías privadas, ha tenido que quitármelo... Me quita este puesto tan humilde, este puesto insignificante. Debería haberlo sabido, debería haberlo sabido...

Lucille Dudevant, de niña, ya era guapa, inteligente y rica. «Es el tipo de niña que nunca vivirá esa edad ingrata del final de la infancia —declaraba la señorita Marie, su institutriz—. Esa expresión no está hecha para ella». La señorita Marie tenía razón. Mientras al acercarse la pubertad las chicas se arruinan con cremas antigranos y lociones capilares, Lucille lucía una piel tersa, sonrosada, y un cabello rubio y denso con un PH imperturbable. Hacía ballet clásico desde muy pequeña, y tenía además un porte erguido y altivo, una manera de avanzar por la vida sin saber lo que es dudar y ni siquiera vacilar. Nadie sabía que Lucille ensayaba en la intimidad de su dormitorio, frente al espejo del armario ropero con sus vestidos ordenados y clasificados por actividades: conciertos, teatro (cuando tuvo edad de salir de noche, acompañada por la señorita Marie), fiestas sorpresa, instituto, tenis o clases de educación física.

Fue su elegancia la que atrajo, desde el principio, a la pequeña Clara Millet. A una chica con estilo se la reconoce enseguida. Está a gusto en todas partes. No tiene miedo a nada. O en todo caso, aparenta no tener miedo a nada. A Clara no le gustaba sentir esa atracción. Le dolía dejarse llevar por una fascinación tal, que la colocaba en inferioridad, pero siempre volvía a revolotear alrededor de Lucille. Llegó al extremo de espiarla. De observar lo que comía, lo que llevaba, a imitar sus poses, sus cantinelas, su modo de hablar, para conseguir un poco de esa seguridad altanera que la subyugaba. Cuando Lucille Dudevant lanzó una moda que consistía en llevar dos camisas de hombre una encima de la otra, Clara le birlaba las camisas a su hermano. Cuando Lucille descubrió un champú que teñía las raíces, Clara se abalanzó sobre aquel tubo que soltaba una pasta espesa que ella manipulaba mucho peor que Lucille, lo cual dio como resultado que se le formaran remolinos en el pelo. Pero ¡eso no importaba! Poseía esa cosita que la acercaba a la belleza perfecta. Sintió un humilde agradecimiento hacia su amiga. Cambió de vocabulario, disfrutaba de una seguridad nueva y se creía casi guapa. Durante cierto tiempo tuvo la embriagadora sensación de haber cogido la vida entre las manos. Ya no era insignificante. Clara Millet era rabiosamente independiente pero debía reconocer que, como modelo de mujer, Lucille era

superior. Y por mucho que, ya en aquella época, ella deseara seducir con su audacia y su originalidad, no podía evitar imitar a su modelo. Pero, en su pobre cabecita confusa, todo se mezclaba y a menudo no sabía cómo comportarse. ¿Como Lucille Dudevant o como Clara Millet? Ella había agarrado la vida con las manos, pero esa no era la suya. Clara renunció, pero tuvo que reconocer que había aprendido mucho observándola.

Agnès Lepetit también quedó deslumbrada por Lucille pero ella sabía que no tenía medios para igualarla. Ella se contentaba con idolatrarla y acceder a todos sus deseos. Llevaba su cartera, demasiado pesada, en ausencia de la señorita Marie, o le daba recaditos de los chicos. Yo soy su buzón, se decía, encantada, ella confía en mí. No se contentaba con contemplarla. Al volver a casa, se tumbaba en la cama y soñaba con Lucille. El menor detalle que tuviera que ver con su ídolo la llenaba de alegría: un día descubrió el nombre y la dirección de su dentista. ¡Fue como si hubiera encontrado un tesoro! Lucille la miraba, Lucille le hablaba, Lucille la hacía sentarse a su lado en clase...

Joséphine observaba los pequeños manejos de Lucille y se ponía furiosa. ¡Es una presumida! ¡Nada más! Clara se apartará de ella y Agnès acabará entendiendo que la otra la desprecia, pronosticaba para consolarse de esa energía que despilfarraban sus dos amigas, que Lucille alejaba de ella. El día en que Lucille le preguntó su opinión sobre una película, Joséphine se sorprendió al notar que se ruborizaba, que tartamudeaba y que se sentía honrada. Estuvo a punto de deponer las armas aquel día, y si no hubiera captado en los ojos de Lucille un destello de victoria, se habría rendido.

Lucille Dudevant ocupaba con su padre los dos últimos pisos del edificio del número 24 de la calle Victor-Hugo. Un dúplex muy bonito con una vista espectacular de París. Las paredes estaban cubiertas de pinturas con marcos de madera dorada, sólidos y muy recargados. No quedaba ni un centímetro libre. Solían ser paisajes o escenas de la vida rural. Niños que conducían los rebaños a los campos, jovencitas que se bañaban en el agua de un río, caballos que galopaban por los prados, campesinos en la siega mientras a lo lejos las mujeres golpeaban la ropa en el lavadero. Parecía un museo. Las mesas, las sillas y las butacas parecían salidas de un catálogo de antigüedades, y uno se sentaba apoyando apenas las nalgas, convencido de

que un guardián de uniforme iba a obligarle a largarse con un gruñido. La moqueta, gruesa, decorada con motivos rebuscados, estaba cubierta con grandes alfombras. «Kilims», explicaba Lucille, convencida de la ignorancia de sus compañeras. A Lucille le gustaba pensar que lo que ella poseía lo codiciaban las demás. Eso daba mayor valor aún a sus pertenencias. Ninguna familia del edificio tenía kilims y Lucille adquiría con ello un prestigio suplementario. Incluso la sonoridad de la palabra aportaba lujo y misterio. «Kilim, kilim, kilim», repetían las niñas, maravilladas, cuando volvían de una invitación en casa de Lucille.

Decir que Lucille Dudevant formaba parte de esa pequeña pandilla era exagerado. Lucille aceptaba sumarse cuando decidía que valía la pena. O cuando le pesaba la soledad del enorme apartamento donde vivía con su padre y su institutriz. Pero, con el paso de los años, fue pasando cada vez más tiempo en compañía de sus amigas, que ella llamaba «compañeras».

Su madre había muerto cuando ella nació y Lucille nunca había conocido las caricias, los mimos o los consejos de una mamá. De la difunta señora Dudevant, de soltera condesa de La Borde, solo quedaba un álbum de fotos y un retrato con un marco de caoba. Posaba erguida y distinguida, con un vestido ceñido de lana gris rematado con un camafeo, y una leve sonrisa cortés y distante en los labios. Una piel de zorro dorada le cubría un hombro. Llevaba el cabello rubio y denso recogido en un moño alto. Unas perlititas finas adornaban sus orejas y un collar de perlas de tres vueltas realzaba un cuello largo de cisne dócil. Lucille se había pasado muchas horas frente a ese retrato, al que no conseguía parecerse. A veces incluso murmuraba en voz muy baja: «¿Mamá?, ¿mamá?», cuando estaba segura de que nadie la oía, pero no brotaba emoción alguna entre la mujer del retrato y ella. Las fotografías del álbum eran diferentes pero, en ese caso, era la elegancia natural de su madre lo que la intimidaba. Ella se preguntaba, inquieta, si un día llegaría a igualarla. La prenda de su guardarropa que aparecía con mayor frecuencia era un jersey negro de cachemir que ella se ponía sobre los hombros, encima de un vestido de noche, o abierto sobre un pantalón ancho de pinzas, o también con una falda larga de tafetán color champán. Su madre no seguía la moda: su madre tenía estilo. En la foto que abría el álbum, se reía. O más bien sonreía, una gran sonrisa llena de apetito y alegría. Llevaba

las uñas de las manos y de los pies pintadas de rojo, estaba sentada en un sofá crema, con un vestido de Schiaparelli marrón tostado con un tirante que se le había caído sobre un hombro desnudo. Tenía la mano derecha sobre un collar de perlas negras, la izquierda apenas apoyada sobre la rodilla derecha. Se le veía la garganta y de toda su piel parecía emanar una alegría de vivir insaciable y dulce. Los zapatos debían de haber quedado a un lado, porque no se veían. El pie de foto decía: «Primer baile en casa de los Rothschild». A partir de la siguiente fotografía, tomada durante el banquete de compromiso, adoptaba una postura más moderada, y parecía que buscara a alguien, a lo lejos, con la mirada. Llevaba una falda larga, negra, y una camisa blanca sin mangas, con las puntas del cuello levantadas y abrochadas con un pequeño pasador de diamantes. Estaba ligeramente recostada en una poltrona de terciopelo azul cielo, con la espalda recta y los dedos entrelazados sobre las rodillas. El hombre enorme, rígido y tenebroso que estaba a su lado era su prometido.

A Lucille le costaba imaginar a su madre en movimiento. Su madre de compras, recogiendo la falda para subir a un coche, inclinándose para hacerle una caricia a un niño, acercando los labios al beso de su padre. Al pensar en ello, a Lucille se le paralizaba todo el cuerpo y volvía la espalda a las fotografías. ¿Cómo ese señor viejo, nostálgico e inmóvil había podido tumbarse sobre el cuerpo de esa mujer sofisticada? Imposible, decidía Lucille que concluía que ella era una niña adoptada, lo cual alimentaba sus sueños y sus quimeras y la convertía en un ser aún más particular. Lucille, que no había conocido el cariño de una madre, lo ignoraba todo del amor y buscaba por encima de todo la admiración de las personas que la rodeaban.

Sus padres habían vivido en un piso enorme en el Trocadéro. Su padre era ingeniero. Había inventado patentes técnicas para la industria del automóvil o aeronáutica, Lucille no lo sabía exactamente, y así había hecho fortuna. Una fortuna inmensa que había colocado en Bolsa y que había fructificado por encima de sus expectativas. «El impuesto se olvida del dinero dormido... De ese modo, el dinero duerme con un ojo abierto y se reproduce sin hacer ruido». Fue en esa época cuando se había casado con la señorita Aurélie de La Borde, procedente de una familia noble pero arruinada. El matrimonio duró poco. Un año y medio después de la boda, Aurélie moría al traer al

mundo una niña a la que llamó, con un último suspiro, Lucille.

Tras el fallecimiento de su esposa, el señor Dudevant había vuelto a vivir en Montrouge, el barrio de su infancia, el único donde se había sentido cómodo. De niño, había conocido al carnicero, a la vendedora de caramelos, al carbonero, el salón del peluquero Hervé, el estanco de la esquina; todas esas referencias le tranquilizaban, le daban seguridad. Era mucho mayor que su esposa, y se consideraba demasiado viejo para rehacer su vida y deseaba acabar su existencia en paz consigo mismo. Veía crecer a su hija sin la energía necesaria para ocuparse de su educación. Confiaba en la señorita Marie. Deseaba sobre todo refugiarse en su pasado, dejar que reviviera en él. Lucille le sorprendía a menudo tumbado en el sofá de la biblioteca, con una sonrisa tenue en los labios. No leía, no escuchaba música, no contestaba al teléfono. Soñaba despierto. Se dejaba sumergir, le explicaba a esa niñita que no comprendía que uno pudiera pasarse horas así, sin hacer nada. «Un día, entenderás que uno vive toda su vida de los sentimientos, de las sensaciones de los primeros veinte años. Son los únicos que cuentan. Los únicos importantes, porque te conforman. Uno puede detener su vida a los veinte años y haber vivido una vida entera. Con el tiempo, seguro que tú revivirás esos años. Serán los placeres, los disgustos, las decepciones de juventud lo que querrás volver a vivir. Te reconciliarás con las personas que te han decepcionado, que te han traicionado. Amarás todavía más a quienes te han amado anteriormente. Querrás reencontrarte con ese dolor pasado, transformarlo en dulzura, porque eso es mucho más fácil que ir siempre hacia delante, luchando sin descanso. Cuanto más viejo eres, menos ganas de envejecer tienes. La cabeza se ralentiza, gira alrededor de las mismas cosas, que se convierten en obsesiones que te alivian o te vuelven loco. Las mías me alivian». Y volvía a soñar despierto, sueños de los que su hija estaba al margen. Durante las vacaciones, Lucille iba muy a menudo a ver a sus primas (maternas) al castillo familiar del Périgord, cerca de Sarlat. Su padre le preguntaba si tenía otros planes. Lucille no sabía qué contestar: ¿adónde ir cuando una está sola? Un verano, aceptó acompañar a Philippe y a Clara, que se iban a Inglaterra con familias seleccionadas por la escuela, pero la experiencia fue un fracaso. Llovió sin parar, la familia de acogida fue una decepción y, además, vivían a sesenta kilómetros de Londres, en pleno

campo, con el Woolworth local, la piscina municipal, la heladería y la tele como únicas distracciones. El verano siguiente, volvió al castillo de la familia.

Criada entre un padre indiferente, ausente, y una institutriz que, si bien se ocupaba de todos los detalles prácticos de su educación, adoptaba una reserva muy puritana a la hora de expresar los sentimientos, Lucille creció sin amor. No le faltaba de nada pero estaba privada de lo esencial. Cuando más adelante empezó a salir con chicos, se dio cuenta de que no sentía nada. Decidió que esa frialdad no era cosa suya, sino culpa de la mediocridad del entorno. Para amar, ella necesitaba admirar y ningún hombre, hasta el momento, merecía su atención. Desde el punto de vista de Lucille, el amor solo podía existir entre dos seres notables e iguales. Ella desaprobaba las teorías románticas de sus amigas, que hablaban del flechazo que hace latir los corazones y te humedece las manos.

Lucille hacía absolutamente todo lo que quería. Como era razonable y dominaba a la perfección sus emociones, su padre y la señorita Marie la dejaban ir a su aire. De hecho, Lucille había entendido que para que no le pusieran el menor reparo, tenía que mostrarse dócil y no expresar en absoluto sus tormentos íntimos. Mantener un rostro imperturbable y buenas maneras para falsear su mundo y rodearse de misterio. Ese fue el mayor escollo de su educación: aprendió a tener doble personalidad, a reprimir sus emociones, sus lágrimas y sus gritos de alegría, y a disimularlos bajo una leve sonrisa amable, una inclinación de cabeza o un gesto irónico. El óvalo perfecto de su cara, la mirada verde gris de sus ojos, su densa cabellera rubia la convertían en una auténtica litografía. Si hubiera sido menos distinguida o menos ambiciosa habría llegado a ser una maniquí maravillosa o habría fundado una familia.

Lucille Dudevant era la gloria del edificio y todo el mundo la trataba con respeto, admiración y curiosidad. No se puede hablar de afecto, porque en la actitud de Lucille había una ligera distancia que impedía que la trataran con familiaridad o demostraran algún interés por ella. Lucille sabía hacer notar su particularidad. Lo hacía con educación y delicadeza. En el instituto pasaba lo mismo. Bastaba con que apareciera en el aula con sus conjuntos de cachemir color pastel, sus faldas escocesas, sus largos mechones rubios y sus

cuadernos impecables, para que la actitud de los chicos y las chicas cambiara de forma imperceptible. Ella nunca adoptó la moda de aquellos años, y su estilo deliciosamente retro la distinguía del resto. Cuando pasaba ella, las otras chicas languidecían y los chicos se erguían; luego volvía el guirigay, pero Lucille ya había provocado su efecto.

A ella le gustaba mantener la supremacía. Toda recién llegada, por poco brillante o guapa que fuera, era considerada como una rival a eliminar. Lucille descendía de su torre de marfil durante unos días, se volvía amable, pedía apuntes, fotocopias de las lecciones, admiraba el peinado o la ropa de esta o aquella, prestaba su pluma Montblanc, escogía a una o a otra para permitirse ciertas confianzas elaboradas a conciencia. Volvía a colocarse en el centro del interés general, y mediante círculos concéntricos alejaba a la intrusa que, de tener un «potencial sublime», se veía relegada a los «pasables» y los vasallos. Una vez eliminado el peligro, Lucille Dudevant ascendía de nuevo a su torre de cristal, desde donde seleccionaba con mucho tino a quienes tenían el honor de visitarla.

Nadie se resistía a Lucille Dudevant. Casi nadie...

Agnès se ha sentado sobre las piernas dobladas, con los puños hundidos en los bolsillos. Escucha. De vez en cuando, inclina la cabeza. ¡Oh!, le basta con acercarla unos centímetros al resquicio de la puerta, y ve los pies de Lucille que recorren el suelo del taller y el cuerpo de Rapha también en el suelo, que se acurruca y se desdobla según el tono de Lucille, los dedos de Rapha que juegan con sus cabellos, y oye el chasquido del encendedor de Rapha.

Los tacones de Lucille pisotean el suelo. Agnès solo ve sus pies finos e imperiosos que golpean el suelo, giran sobre sí mismos, vuelven a alejarse.

—... y allí me tienes, en casa de Clara —recalca Lucille—, con esa quejica de Agnès que se da aires porque escribe un cuadernito y oye voces...

—¡No te metas con Agnès! ¡Es la más auténtica de todos! La más dulce, la más generosa... Si yo tuviera que escoger una hermanita, sería ella... Tú no le llegas ni a la suela del zapato... ¡Ni yo, por otra parte!

—... y me digo que tengo que contárselo a Clara..., decirle lo que hay entre nosotros... ¡Ya no soporto más esta mentira! ¡Ya no soporto más sufrir

cada vez que la veo con TU camisa sobre SUS hombros!

—¡No metas a Clara en esto! —grita Rapha extendiendo bruscamente las piernas.

Ella golpea el suelo con los talones y parece fuera de sí.

—¡Y quiero que lo sepa! ¡Que sepa desde cuándo follas conmigo!

Él hace una mueca y levanta la cabeza hacia ella.

—¡Las palabrotas suenan falsas cuando salen de tu boca, Lucille!

Él saca un cigarrillo del bolsillo de la camisa y lo enciende. Agnès tiene la impresión de que Rapha está harto de repetirse, que Lucille se ofusca y pelea como un animal que quiere salir de una trampa.

—¡Todo suena falso cuando lo digo yo! ¡Tú nunca me crees! Nunca quieres...

—¡No quiero que impliques a Clara! —la interrumpe él—. Es fácil, ¿no?

—¡Demasiado fácil! Tendrás que explicarle por qué follas conmigo, conmigo, cuando la quieres a ella...

—Lo entenderá. Ella lo entiende todo...

—Yo no estoy tan segura...

Tiene razón, se dice Rapha. Ella no lo soportará. No se lo ha contado todo a Clara. No ha tenido el valor de soltarlo todo. Ha sido egoísta. Ha pensado en su miedo antes que nada. El resto..., si puede evitar entrar en detalles... ¡Pero esto no es un detalle! Las anónimas, Chérie Colère, esas no le importan a ella, pero Lucille... No se lo perdonará. Y además no está solo ella. Agnès también... Agnès no dirá nada. Lucille, afortunadamente, no está al corriente.

—Ella se ha portado mal contigo...

—Me ha traicionado, es verdad, pero es más fuerte que yo...

Él sonrío a modo de excusa. Lucille lo ve y sus pies reemprenden su alocada carrera.

—Eso, más que amor, es obsesión...

—No le veo la diferencia, yo...

Rapha rasca la pintura seca de su pantalón, intenta despegar las costras de azul, de amarillo, de negro, de rojo. La pintura se le incrusta bajo la uña y forma un pequeño callo de suciedad, que él despega con el índice y tira al suelo, lejos.

—Entonces ¿por qué viniste a buscarme? ¿Por qué? —grita Lucille—.

Fuiste tú quien me atrapó, una noche, ¿te acuerdas o quieres que te lo recuerde?

—Tú no te resististe...

Agnès escucha, atónita. Nunca ha visto a Lucille perder la sangre fría. Tiene ganas de acercarse a la luz, de observar la cólera en su cara, pero no se atreve. Quiere saber el resto.

—¡Fuiste tú el que dio el primer paso! ¡Tú eres el responsable!

—¡Lucille! —exclama Rapha con una carcajada irónica—. ¡Los dos somos responsables! Yo te deseaba. Me parecías bella, orgullosa, fría... Todos los tíos te desean... y además así pagaba mi deuda con la mujer que me había lanzado, así liquidaba esa deuda... ¡Y tú te liabas con el artista de moda! Estamos empatados.

—Eres repugnante...

—¡No! Lúcido... ¡Eres tú la que lo mezcla todo!

—Tú sabías que te metías en un terreno pantanoso...

—Aun así, me apetecía... Me decía que cuantas más tonterías hiciera, cuanto más complicara el asunto, más aprisa llegaría al fondo del pozo y remontaría... Y además... era excelente para mi amor propio. En aquella época carecía de amor propio, digería mal el éxito, me cagaba de miedo de que todo se acabara, y pensaba absurdamente que dependía de ti... ¡Ya ves que te lo cuento todo, pero si no lo hago esta noche no lo haré nunca! No soy un tío muy valiente, yo...

—¡Te odio! ¡Te odio!

Lucille frota sus botines uno contra otro. Luego murmura en voz baja:

—¡Ni siquiera eso es verdad, Rapha! ¡Si al menos pudiera odiarte, sería feliz! Si tú supieras...

—No, porque el odio sigue siendo amor. Cuando ya no hay odio es cuando desaparece el amor, no de golpe, muy poco a poco, como cuando pelas una cebolla... Una mañana te despiertas y ya no amas. Si uno ha esperado esa mañana como los niños esperan la mañana de Navidad, entonces es el hombre más feliz del mundo...

—¡Por lo visto eso no te ha pasado nunca con Clara! —Lucille se ríe con sarcasmo.

—Nunca. ¡Pero no sabes cómo lo he deseado!

Suspira, se pasa la mano por el pelo al recordar todas esas noches perdidas diciéndose: mañana ya no la querré, mañana ya no la querré. Es una guarra, una guarra. A la mañana siguiente se despertaba, oía un disco en la radio, se le iban los ojos hacia un libro que a ella le gustaba, a una vieja camiseta que se ponía ella y que él utilizaba como trapo. Solo estaba tranquilo cuando pintaba. Y aun así... Ella siempre conseguía colarse. ¿Cuánto tiempo hace falta para olvidar? ¿Hay una vara de medir en algún sitio?, se preguntaba, agotado de luchar contra un fantasma.

—Mañana, si yo hablo, ella dejará de quererte...

—No es tan sencillo... Me detestará. Pero de eso a dejar de quererme...

Se encoge de hombros, como si eso fuera imposible.

—Estamos demasiado atados los dos... ¡No tienes ni idea de lo liados que estamos ella y yo!

Los pies se han parado. Lucille está arrodillada delante de Rapha. Apoya la cabeza en sus rodillas. Se rinde. Frota la frente contra las piernas de Rapha y mantiene la cabeza baja. A Agnès le cuesta oírles y tiene que pegarse a la puerta.

—¿Cómo lo ha hecho? ¡Dame la receta, Rapha! Ya no puedo más... Incluso hay momentos en que yo la quiero como tú... Frente a ella, yo soy tú... Y después, la odio, querría que desapareciera...

Rapha mantiene un segundo la mano en el aire, por encima de la cabeza de Lucille, como si dudara en tocarla, después la baja y acaricia la cabellera que va extendiendo sobre su tejano negro mientras habla.

—Ella nunca trapichea. Ella no pide nada a cambio. No me ha juzgado ni una sola vez. Me ha guardado rencor, ha sufrido como sufrí yo, en Venecia, pero nunca ha dicho que se había terminado. Terminado de verdad. Todo este tiempo que yo he pasado queriendo olvidar primero y después para hacerle pagar... Todo ese tiempo malgastado... Porque lo más duro, ¿sabes?, no es amar, es perdonar. No es ir a la guerra ni cambiar la sociedad, es querer al otro más que a uno mismo... y perdonar.

—¡Pareces tu abuela! —murmura Lucille, con la cabeza apoyada en las rodillas de Rapha, dejándose acunar por la caricia de sus manos y su voz.

—Yo no he tenido ese valor. He querido hacerla sufrir, que pagara por todo. ¡Ella no! Ella tiene un concepto muy elevado del amor. Anoche, me dio

valor... ¿Lo ves?, yo siempre vuelvo a ella y siempre volveré a ella.

—Yo también estaba dispuesta a darte... Ya lo sabes, Rapha. Yo habría dado todo el dinero de David para me quisieras como a Clara...

—No te creo. Tú estás viciada por el dinero. Desde muy pequeña... Y si mañana yo no tengo ni un duro, si baja mi cotización, si me convierto en un ilustre desconocido, Clara estará ahí, tú no, Lucille, ¡tú no! No te preocupes, no eres la única..., incluso yo a veces...

—Eso es por culpa de tu padre...

—¡Cállate! ¡Basta!

Rapha ha gritado. Se ha levantado y la ha empujado con tanta brutalidad que ella ha perdido el equilibrio. Ahora es él quien está de pie y camina. Lleno de ira.

—¡No me hables de mi padre! Ensució toda mi infancia con su barrigón, su puro, su pedantería... Después contaminó a la única chica que yo quería. ¡A los únicos que no pudrió con su jodida pasta fue a sus viejos, porque eran demasiado cabezones para él!

—¡Tú nunca confiarás en mí!

—Te conozco, Lucille, ¡olvidas que te conocí cuando eras muy pequeña! ¡Te gusta lo que no puedes tener! ¡Lo demás lo desprecias!

—Si tú quieres, abandono a David mañana...

—Lo sé. Y me conmueve mucho... No, no hablo en broma. Pero ¿por qué, Lucille? ¿Por qué lo abandonarías todo por mí? ¿Lo sabes tú?

—Porque te quiero...

—Tú no me quieres.

Lo ha pronunciado como si hablara con una loca que se niega a entender.

—Lo que tú quieres es la imagen tuya que yo proyecto... Mi nombre, mis cuadros... pero no mi boca en tu boca, mi rabo en tu sexo... ¿Ves?, vuelves la cabeza cuando digo palabrotas, palabras auténticas... No te habría gustado cuando tiritaba de fiebre en la cabaña de mamá Kassy... Me quieres en tus *vernissages*, en una foto en la prensa, tú quieres al personaje... Tú no sabes lo que es querer... Tienes una vaga idea porque no eres tonta..., pero nada más. Por eso no te gusta follar... ¿Lo ves?, ¡has vuelto a hacer una mueca! Para querer hay que dar y tú no das, a ti te da miedo dar... El decadente de tu marido no ve la diferencia porque él tampoco sabe qué es el amor. Te toma

por una puta, ¡toma a todas las mujeres por putas!

—¿Y tú qué sabes?

Ha levantado la cabeza hacia él, desconcertada.

—Se ha acostado con Chérie Colère... O más bien Chérie Colère se lo ha tirado... ¡Por capricho! Era su manicura en el Ritz. Él come allí a menudo, según tengo entendido... Es un mirón, que deja grandes propinas a las peluqueras que consiguen que se empalme o a las manicuras que se desabrochan los botones de la blusa. ¡A ella le apetecía que se la tirara un tipo forrado!

—¡Así que él también!

—«El mundo es un pañuelo, querida...». ¡Él te dirá algo así! Y tendrá que ir a hacerse la prueba... ¡Nos encontraremos todos haciéndonos un análisis de sangre por culpa de Chérie Colère! Pero ¿sabes qué? Desde ayer noche ya no tengo miedo... Porque ya no estoy solo. Ya te lo he dicho, siempre vuelvo a Clara. Mi vida pasa y vuelve a pasar por ella. Siempre aparece ella, como un hada buena... Tú no puedes hacer nada, y yo no puedo hacer nada. Nunca has podido gran cosa contra este amor y si yo he dejado que creyeras lo contrario, lo siento...

—¡Oh! Te odio, te odio —grita Lucille, incorporándose.

—... pero te deseo sinceramente que esto se acabe un día... Quédate con tu marido, Lucille, es perfecto para ti.

—¡Y además, eso te iría la mar de bien! ¡Todos sufrimos en silencio para que Rapha Mata pueda ser feliz, tranquilo como el Gran Manitu!

—Si me quisieras como dices, si quisieras a Clara, a tu amiga Clara, te callarías. ¡Serías adulta y generosa y cerrarías la boca!

—Pero yo no quiero a nadie, Rapha, tú mismo lo has dicho. ¿Por qué iba a volverme heroica, así de repente?

—Porque el daño que provocarías no disminuiría tu dolor... Porque pensando, por una vez, en los demás y no en ti, podrías descubrir, quizás, el principio de una felicidad nueva, y finalmente, porque si hablas lo pierdes todo: mi amistad, la de Clara, sin duda la de Agnès y Joséphine. Pones fin a una historia que dura desde hace años...

—Que se basa en mentiras, en una traición...

—Y que, aunque no quieras reconocerlo, representa algo para ti. No

sigues viéndolas a todas por casualidad...

—Es una costumbre y nada más...

—No te creo. Hay algo más que costumbre, pero tú no quieres reconocerlo...

—¡Yo no las necesito! Era una forma de seguir cerca de ti... El único que me interesa eres tú, desde el principio. Contigo estoy en un plano de igualdad... Tú y yo podríamos hacer de mi fundación un lugar donde todo el mundo tendría derecho a exponer, a trabajar, a figurar... ¿Qué peso tienen Clara, Agnès o Joséphine? Ninguno. ¡Mi ambición va mucho más allá, Rapha, mucho más allá de un grupo de amigas que recuerdan los viejos tiempos!

—Acabarás sola, completamente sola. Ni siquiera estoy seguro de que a ese marido tuyo, tan delicado, no le asquee esa confesión íntima... Si hablas... ¡Pero no hablarás!

—Eso ya lo veremos... Al menos, seré yo quien dirija el juego por una vez...

—¿Qué juego?

Él la mira, asombrado. Después aplasta el cigarrillo y murmura:

—¡Ojalá solo fuera un juego! ¡Se habría acabado hace mucho tiempo!

—Estoy harta de esperar. ¡Harta! ¡Harta de ser el último mono!

De pronto su voz adquiere un tono amenazador:

—Te esperaré, Rapha, te esperaré mañana, durante todo el día, en mi casa. Piénsalo... Estaré sola... David está en Londres. Si no vienes, hablaré con Clara. Se lo contaré todo...

—No iré. Se acabó, Lucille, se acabó... ¡Basta!

Hace un gesto con la mano que barre a Lucille.

Ella se ha levantado. Coge el abrigo con brusquedad, se pone solo una manga y empuja la puerta. Agnès apenas tiene tiempo para retroceder al rincón del pasillo. Nota cómo un faldón del abrigo le roza la cara, y la invade una bocanada de perfume. Deja pasar a Lucille, escucha sus pasos que se alejan, los tacones que martillean en los primeros peldaños de la escalera y luego en los siguientes y los siguientes. Pronto no oye nada... ¡Ah, sí! El sonido metálico de la puerta de un coche... Lucille se ha ido.

Avanza a cuatro patas por el pasillo, echa un vistazo al taller y busca las

largas piernas de Rapha. Está de pie. Contra la ventana. De cara a la noche. Con los brazos cruzados. Después oye un ruido de cuadros que alguien desplaza. El sonido de un Zippo, el agua que silba en el hervidor. Se incorpora, se alisa la ropa, se arregla el pelo, se cuelga el bolso del hombro. Volverá. Ella también. Yves la espera. Acurrucado sobre su miedo de que le abandonen. Todos somos niños que tienen miedo de que les abandonen.

Al fin y al cabo, ella solo tenía un papel pequeño. Un papel que ella se había fabricado sola, que la ponía triste o alegre, que la hacía sonreír en el metro en las horas punta, o llorar viendo la cinta de Sandrine Bonnaire. Agnès se preguntará siempre si con ese pequeño papel habría podido construir una vida, o si estaba condenada a quedarse entre bastidores. Se lo preguntará, pero ya no volverá a estar triste. Ya no se avergüenza de ser quién es. Rapha acaba de colocar dos o tres piedras que conforman el principio de una identidad, el principio de un camino hacia el nacimiento de sí misma. Él le ha dado el puntapié inicial. Agnès no se equivocó ofreciéndose a él una noche. Él no la ha traicionado. Con unas cuantas palabras la ha elevado a otro nivel. Ella puede olvidarse de su fantasía, de su fantasía infantil nocturna; él le ha hecho el mejor regalo. «¡Es la más auténtica de todos! La más dulce, la más generosa... Si yo tuviera que escoger una hermanita, sería ella...».

Mañana pedirá hora en el hospital Beaujon. Fingirá que quiere donar sangre. Todo no se puede contar, ni escribir en el cuaderno. Él no podría soportarlo. Todavía no es bastante fuerte. Ya llegará, ya llegará. Ella tiene que aprender, que aprender a tener paciencia.

Baja las escaleras, incorpórea, salta los últimos escalones, juega al avión en la acera. Tan dulce, tan generosa, tan auténtica, hermanita... Saca las llaves del coche del bolsillo, corre hasta la puerta. Levanta la cabeza hacia el cielo y ve las estrellas en el firmamento de Montrouge. Miles de estrellas que brillan y centellean. Mañana, hará buen día.

Un papel blanco se ha colado bajo el limpiaparabrisas. Agnès frunce el ceño. ¡Dos multas en una noche! Tiene ganas de reír, de coger el papel y romperlo. Se acerca, extiende la mano. ¡No es una multa!, es una página arrancada de una agenda, donde Lucille ha escrito: «¡Así que tú también! ¡Bravo!».

Suena el teléfono y Clara descuelga sin abrir los ojos. ¿Qué hora será?

—Diga —musita con la voz dormida.

Es Marc Brosset. Está abajo. Le gustaría subir a tomar café.

—No estoy sola —contesta Clara mirando el cabello alborotado de Joséphine que se mueve bajo las sábanas.

—Ah —contesta él, dolido.

Clara estornuda y busca un kleenex con la vista.

—Entonces se ha acabado —añade él, incrédulo.

—Se ha acabado —repite ella, contrariada, y se pellizca la nariz para no estornudar.

La caja está demasiado lejos, suspendida a los pies de la cama. Tendría que levantarse. No le gusta especialmente ser desagradable. Constata. Se ha terminado. Ya no tengo ganas. Hoy es sábado por la mañana. Hace tres días aún tenía ganas. Decía «te quiero, te quiero», mientras él deslizaba una pierna entre sus piernas y le daba placer. Es difícil de entender. Clara tiene que reconocer que, por muy filósofo y sabio que sea él, debe de estar dolido.

—Yo tampoco lo entiendo, ¿sabes? —añade para suavizar la pena, intentando aguantar la caja con la punta de los pies.

La caja se cae al suelo y a Clara se le escapa un suspiro. El día empieza mal.

—Podríamos hablarlo... —insiste Marc.

—No me apetece. Es demasiado doloroso...

—¿Para mí?

—Sí.

—Porque tú, ¿estás bien?

—Estoy bien.

—¿Podré volver a llamarte?

—Si quieres...

¿Por qué se humilla de este modo? Un poco de contención. De gallardía. Un animal herido nunca ha inspirado deseo. Quizás a Florence Nightingale. Yo no soy Florence Nightingale. A mí me gusta la fuerza, la fuerza bruta del macho capaz de soltarme un guantazo. Falso. Odio la fuerza bruta del macho capaz de soltarme un guantazo. Salvo si me da placer. El dolor da placer, la

dulzura no. Quizás a los santos y las santas del Evangelio. Y ese no es mi caso.

—¡Adiós!

Y cuelga.

Él volverá a llamar, seguro. Se le pegará. Durante semanas. Ella gruñe.

—¿Quién era? —pregunta Joséphine desperezándose y mirando la hora

—. ¡Las nueve! ¡Pero si es plena noche!

—Marc Brosset. ¿Te preparo un café?

—¿Qué quería?

—Un café...

—Deberías haberle dicho que subiera...

—No me apetece.

Clara se levanta, recoge la caja de kleenex, se dirige al rincón cocina, se sienta, coge un filtro, lo llena de café, vuelve a llenar la cafetera de agua, abre un armario, saca el pan, la mantequilla, la mermelada, unos yogures, queso, lo coloca todo sobre una gran bandeja y vigila el agua que chisporrotea en la cafetera.

—Pero en un momento dado has querido a ese tío —continúa Joséphine, que se envuelve como una momia con las sábanas blancas.

Ha puesto demasiado café. Tendrá que añadir agua. Si añades agua después, no queda tan bueno.

—No le quería, estaba enamorada, es un pequeño matiz...

—A ti te gusta sufrir; en cuanto un tío te quiere, le desprecias —analiza Joséphine revestida con su sudario blanco.

—Cuando un tipo me quiere, dudo de él. Le valoro menos. Si me quiere, es porque es tonto, no me ve cómo soy...

—Salvo si es Rapha... Porque el mundo entero dice que es un genio —bosteza Joséphine.

—Lo sé... En ese caso me siento halagada...

—Pero esto no es amor...

—Todo eso ya me lo he dicho yo. No cambia nada.

—¿Querrías a Rapha si no fuera famoso?

—No fastidies, Joséphine. ¡Ya le quería antes! Es bastante más complicado que eso. No tiene nada que ver con la fama, imbécil..., sino con

la fuerza de existir, de crear... Rapha existe. A mí me gustan las personas que se mantienen de pie, solas.

—Pero recuerdo que a Marc Brosset le querías. Me decías que era buen tío, lo que tú necesitabas... Lo decías a todas horas, además...

Clara no contesta y continúa, pensativa:

—Yo no sé si dejamos a los hombres porque no nos gustamos a nosotras mismas, o si les dejamos porque no nos gustan ellos...

—Las dos cosas... Yo, personalmente, sé que tengo mala imagen de mí y mala imagen de ellos... ¡A mí solo me hacen gracia mis hijos!

Clara prueba el café y arruga la nariz. Pone la cafetera en la bandeja y se mete en la cama con Joséphine.

—¡Y no te comas toda la mermelada!

—¡No te preocupes! —replica Joséphine—. Podrás engordar tranquila...

—¿Lo ves? —comenta Clara con la boca llena—, cuando mis amigas me dicen que soy guapa, inteligente, espiritual, las creo, pienso que tienen buen gusto, las quiero aún más, tengo ganas de abrazarlas... ¿Por qué cuando los hombres me dicen las mismas cosas me dan ganas de echarles?

—Porque no te fías de ellos... Por la relación con el padre, seguro...

—Yo no le conocí... ¡Nunca le he necesitado!

—Yo tampoco. Era mamá quien llevaba los pantalones...

—Así se fabrican generaciones de mujeres histéricas...

—O lo aceptas, o te curas...

Joséphine come y da un sorbo de café. Hace una mueca.

—No es tan malo...

—Es culpa de Marc Brosset. Nos ha lanzado un sortilegio...

—Pero ¿por qué no le sigues teniendo como amante? —se pregunta Joséphine, lamiendo la cuchara de la mermelada.

—Porque cuando tengo claro en la cabeza que se ha terminado, se termina en todas partes. Me convierto en un glacial, ya no siento nada. Por mucho que me esfuerzo, desdramatizo y me concentro, el mejor amante queda atrapado en el hielo. Yo soy una cerebro-sentimental-sexual. Todo tiene que funcionar a la vez. No, ya ves, el único hombre a quien quiero con locura, aparte de Rapha, es Philippe. Porque no hay sexo.

Joséphine está a punto de atragantarse y escupe el café.

—Y Kassy, quiero mucho a Kassy... —añade Clara.

—Quien, por otro lado...

—¿Le has probado? —pregunta Clara, atónita.

—Sí y fue delicioso.

—¡Contigo acabaríamos antes si hiciéramos una lista de los que no han sido amantes tuyos!... ¡Pobre Ambroise!

—¡Pobre de mí! Soy una mujer perdida...

—¡No para todo el mundo!

—¡Muy graciosa! ¿Puedo llamar a mis bebés?

Clara asiente, con la boca llena. ¡Kassy también! ¿Por qué él no se lo ha contado nunca? ¿Cuándo fue? Kassy es amigo suyo y de Rapha, Joséphine no tiene derecho a apropiárselo. La mira con aire hostil. Joséphine ha cambiado el tono de voz, se ha dejado caer en las almohadas y se prepara para hablar con sus hijos. Ha puesto el manos libres y Clara puede seguir la conversación. Ellos están en la cocina, en Nancy. También están desayunando. Oye la risa de Ambroise y la voz gruesa de la señora Brisard, la madre de Joséphine.

—¡Mamá! ¡Mamá! —exclama Arthur—. ¿Por qué se llama «oeuf à la coq»^[11] si la que pone el huevo es la gallina?

Joséphine se queda con la boca abierta. Clara sonrío.

—¿No lo sabes? —pregunta Arthur—. Y tú papá, ¿lo sabes?

—¡Nunca me lo he preguntado! —dice Ambroise, extasiado—. ¡He comido huevos pasados por agua toda mi vida y no me lo he planteado ni una sola vez!

Joséphine detecta admiración en la respuesta de su marido. Para él sus hijos son como un espectáculo. Alice, su colega pediatra de la clínica, le dice siempre que no marca suficientemente la diferencia, que el niño tiene que ver una imagen de autoridad en su padre y de ternura en su madre. El padre impone, ordena, corrige, castiga, la madre consuela, ríe, canturrea. «Tú tienes que ser una pared para ellos, un obstáculo lleno de grandeza, de conocimientos, de prohibiciones contra las cuales el niño choca y rebota... Arthur tiene que medirse contigo, tiene que odiarte, tiene que provocarte para construir su personalidad como hombre. ¡Y en vez de eso, tú eres una especie de esponja que lo absorbe todo! ¡Domínate, Ambroise! ¡No eres el primer

varón que engendra hijos fantásticos!». Él escucha a Alice, dice que la respeta mucho. Después vuelve a casa y se olvida. El otro día, le dio un cachete a Arthur que no quería subir al coche porque pretendía seguirles en bicicleta hasta Estrasburgo. Ambroise miró a Joséphine, orgulloso de sí mismo. ¡El primer cachete en siete años! Julie se calló, Arthur sollozaba. Joséphine miró a su marido, atónita. Al cabo de diez kilómetros, oyeron la vocecita de Arthur que dijo: «Estoy esperando, papá, estoy esperando...».

—¿Qué esperas, Arthur?

—Espero que me pidas perdón.

Él se echó a reír.

—Y a mí, nadie me habla —suspiró la pequeña Julie, ofendida porque la ignoraban.

Joséphine sonrío. Julie debe de estar exprimiéndose el cerebro para encontrar una pregunta que la eleve al mismo nivel de excelencia que su hermano. Joséphine no se equivoca.

—Mamá, ¿me oyes? Explícame por qué los hijos siempre tienen el apellido del padre y nunca el de la madre. ¡Y en cambio la que lo hace todo es ella!

—¡Dios mío! —exclama la señora Brisard—. ¡Intuyo la mano de mi hija!

Siguen conversando. Joséphine imagina la escena, allá, en su bonita cocina de Nancy, y suspira de placer. Sus hijos son felices y su marido también. Él no sospecha nada. Disfruta de una felicidad familiar cómoda, conforme a lo que él esperaba de la vida. Es un hombre feliz, gracias a ella.

Ella es la artesana de esa felicidad. Y ese pensamiento le quita de pronto toda culpabilidad. Ella, Joséphine, sabe lo que se esconde detrás de la bonita fachada de Ambroise de Chaulieu. A Ambroise le han mimado, la vida y sus padres. Un buen apellido, una familia acomodada, un porvenir fácil lleno de promesas, de dinero, una buena educación, un barniz de cultura que se pone de manifiesto en las comidas familiares, han servido de parapeto y han impedido que el auténtico Ambroise fuera desenmascarado. Su buena presencia, su carácter alegre, fácil y su aparente naturaleza bondadosa han hecho el resto y han arrastrado a Joséphine a un torbellino de amor. Él ya tuvo sus sospechas, sus momentos de lucidez cuando eran novios, pero ella los disolvió rápidamente. Como truenos ocasionales en un cielo que ella

deseaba eternamente azul. Eso destruía su fantasía y ella deseaba por encima de todo seguir danzando en esa vida imaginaria que se había inventado. Se desencantó enseguida.

Desde la noche de bodas. Él se había acurrucado en la cama y le había soltado un «buenas noches, querida» antes de sumirse en el sueño. Él se dejaba querer con cortesía, como si ella rindiera de ese modo un último homenaje a su cuerpo triunfante. Su vigor no duró mucho. Si Joséphine consiguió prolongar durante cierto tiempo la chispa del deseo en Ambroise, fue transformándose en una cortesana temible. ¡Lástima!, aquello no fue suficiente, porque él habría tenido que consentir en poner algo de su parte, emplear sus fuerzas en la batalla, lo cual estaba por encima de sus posibilidades. Muchas cosas estaban por encima de las posibilidades de Ambroise; en cuanto la vida se complicaba, él se desanimaba y culpaba a aquel o aquella que le exigía tales esfuerzos. Sus fracasos siempre eran culpa de los demás. Veía conspiraciones por todas partes. El enunciado de un examen mal redactado, un profesor demasiado exigente, alumnos malintencionados, ayudantes enamoradas y despedidas... Sus padres habían cortado sus quejas de raíz ofreciéndole una clínica completamente nueva y unos colegas lo bastante brillantes como para dar renombre al establecimiento y lo bastante astutos como para no atribuirse toda la gloria. Ambroise había recuperado la sonrisa y el apetito. Para Joséphine, que ya le había calado, era demasiado tarde.

Ambroise no tenía más que las apariencias de sus cualidades. Detrás de su alegría se escondía una autosatisfacción zafia que, si bien le daba seguridad en sí mismo, rozaba la vanidad, le privaba de toda sensibilidad. Se había enamorado de su mujer como habría podido prendarse de cualquier otra chica deslumbrante. Si se mostraba generoso, era más para admirar la belleza de su gesto que por auténtica preocupación por los demás. Le gustaba contar que había ayudado a un amigo necesitado, que había escuchado las confidencias de otro totalmente desconsolado, pero siempre era para estar en primer plano, para alardear de sus méritos y alimentarse de los cumplidos que recibía indefectiblemente. Él siempre tenía el papel principal. Siempre tenía razón. Los demás no eran más que secundarios.

Joséphine había comprendido enseguida que se había equivocado pero era

orgullosa y nunca quiso reconocerlo. Dotada de una energía sorprendente, había sabido ser alegre y aparentar felicidad. Puesto que se había equivocado, más valía asumirlo y continuar manteniendo la estatua que se había erigido su marido. Que nadie descubriera la nulidad del bello Ambroise de Chaulieu. Al fin y al cabo, ¿no estaba obligada a actuar así, dado que él la mantenía? ¿Qué puede hacer una mujer casada, madre de tres niños pequeños, sin oficio, acostumbrada al lujo y al dinero, si no es ponerse al servicio de aquel que provoca su infelicidad íntima?

La maternidad la distrajo. Compensaba la falta de atención de su marido con el exceso de amor que daba a sus hijos. Él no sospechaba nada. Nunca se preocupaba por su tristeza, por sus nervios, por sus arrebatos. O bien afirmaba que todas las mujeres eran iguales, unas histéricas, amigo mío, unas histéricas; por otro lado, la histeria es una enfermedad típicamente femenina... Una exaltación nerviosa que va unida al hecho conyugal. A veces se quejaba ante sus amigos y su familia, y se consideraba una víctima, pero siempre acababa alabando las virtudes domésticas de su mujer, una madre ejemplar y una buena ama de casa. La trataba con una superioridad cariñosa. Fuera de casa alardeaba, pero dentro era mucho más sumiso y humilde, ya que ella le ponía en su sitio con comentarios ácidos que resbalaban sobre su egoísmo de macho indiferente.

De víctima de un sueño inocente, Joséphine se había convertido en una mujer fuerte. Había mirado a su alrededor y había podido verificar que no era la única que sufría esa decepción. ¿Cuántos maridos, protegidos por un título, una posición, un buen físico, resultan ser, en el fondo, seres débiles, jactanciosos, despreciables? Joséphine había escuchado las confidencias de mujeres dolidas, envejecidas prematuramente, amargadas, que asistían, impotentes, a la puesta en escena de talentos artificiales y se vengaban en la intimidad. Les hacían escenas, lloraban, gritaban sin conseguir el menor cambio de actitud. Y sí, aburrido y hastiado, el hombre borraba las recriminaciones con un polvo rápido o con falsas promesas; algo que solo era un método hábil de fingir afecto, cuando no puro egoísmo.

Ella había cogido la vida por su cuenta. Tomó el poder haciéndole creer que él llevaba las riendas. Un juego peligroso. Joséphine tenía que mostrarse fuerte sin hacerle sombra a su vanidad. Ya que, si no, él podía volverse malo,

como un animal herido que enseña los dientes si se le humilla demasiado abiertamente. Ella le hacía la guerra con el florete despuntado. Llevaba a cabo un juego agotador en el que se perdía de vista a sí misma. A veces tenía ganas de volver a empezar de cero. Con un hombre a quien amar por lo que es, un hombre con defectos, con dudas, con fallos.

Vuelve a sonar el teléfono y Clara suspira. Descuelga, dispuesta a morder. Es Philippe. Las invita a ir al mercado de las Pulgas.

—Comeremos algo allí... Hace buen tiempo... Venga, di que sí.

Clara consulta a su amiga que acepta. Él pasará a buscarlas.

—Y esta tarde, ¿estás libre? —pregunta Clara.

—No, esta tarde no.

Ella cuelga y suspira. Tiene miedo de quedarse sola esta noche. ¿Y si Rapha no vuelve a llamar? ¿Por qué no vuelve a llamar? Hace veinticuatro horas que se separaron en el rellano del apartamento...

—¿Y tú, Joséphine?

—No, lo siento.

—Ah, bueno..., un amante nuevo, supongo.

Su voz es fría, cortante. Joséphine se ruboriza, sin contestar.

—Espero que Rapha esté libre —murmura Clara—. Si no volveré a sospechar de ti... Es más fuerte que yo, me huelo lo peor...

—Para, Clara... Te he jurado por mis...

—Ya lo sé, lo sé... Pero no me fío de ti. Me ocultas algo.

La duda la persigue durante toda la mañana, le llena la cabeza de preguntas, algunas descabelladas, otras mezquinas. Todas preparan el drama que va a estallar. Es más fuerte que ella. Se siente traicionada desde la víspera, y no sabe contra quién lanzar su rabia, su frustración. Los nervios la superan, es una sensación física que le corta el aliento y la obliga a pararse para recuperar la respiración. El silencio de Rapha no es normal. No quiere ser ella la primera en llamar. Tiene miedo. La alegría de Joséphine la irrita, la de Philippe también. Les sigue atrás, desmarcándose de forma ostensible de su despreocupación, rechaza el brazo que él le ofrece, las sonrisas que Joséphine le dirige.

Deambulan por los callejones del mercado. Hace frío, tienen la punta de la nariz roja.

—Parecemos payasos —dice Joséphine observando su imagen en el espejo de un restaurante normando. Philippe la coge del brazo. Discuten, regatean. Él les regala a las dos unos marquitos de madera tallada. Joséphine lo agradece lanzándose al cuello de Philippe que la abraza, Clara musita un gracias poco convincente y desliza el marco en el bolsillo de su chaqueta de cuero sin prestar atención, presa de sus pensamientos hostiles, que convierten en enemigo a todo el que se le acerca. La presencia de Joséphine le pesa. Querría estar sola con su hermano, hablarle, apoyar la cabeza en él y que la consuele. Le reprocha que esté de buen humor, contento, que explique anécdotas que provocan una sonrisa en él y una mueca en ella.

—El otro día, un tipo me llamó para un trabajo ¿y sabéis qué quería saber antes que nada?

Las chicas dicen que no con la cabeza.

—Primero se excusó... Me dijo que me llevaría una sorpresa...

Manipula el silencio para seducirlas y que le supliquen que siga. Joséphine se le cuelga del brazo y exige el final con unos labios golosos que piden algo más que una respuesta. ¿Un beso, quizás?, piensa Clara, de mal humor.

—¡Me preguntó si era joven!

—¡No! —exclama Joséphine—. ¡Imposible!

Se pega a él y Clara juraría que está dispuesta a devorarlo allí mismo. Está resplandeciente. Sus cabellos brillan, sus ojos azules atemperan el rigor de esta mañana de invierno. Lleva una falda plisada, tacones altos, un jersey escotado. Clara se dice que odia los pechos grandes, las faldas plisadas y los tacones altos. Joséphine brilla y Clara sabe por experiencia que cuando una chica brilla, hay un hombre cerca que recibe esa luz.

—... Él se acordaba de mí, de un trabajo que había hecho en Inglaterra, pero no recordaba mi edad. Cuando se la dije, replicó: ¡demasiado caro! ¡Un tipo de cuarenta años cobra como dos principiantes! ¡Buscaba alguien joven! Increíble, ¿no?

Joséphine afirma riendo que Arthur tendría muchísimas oportunidades hoy en día. Tiene siete años, así que el mercado de trabajo le sonríe. Clara refunfuña que eso no tiene gracia, que no deberían tomárselo a la ligera, que es un oficio entero el que se hunde, una sociedad entera que cae en la miseria.

—¡Oh! ¡Vaya! —protesta Philippe—. ¿Acaso yo estoy llorando?

—¡No, pero quizás deberías, en lugar de reír como un imbécil!

Philippe y Joséphine intercambian una mirada que significa «Pero ¿qué le pasa a esta hoy?». Clara se da cuenta y suelta:

—¡Y no hace falta que conspiréis a mis espaldas! ¿O creéis que no os veo?

Philippe pone fin a la discusión y propone ir a comer un chucrut. Clara replica que ella odia los chucruts pero su hermano la empuja a un restaurante lleno de humo. Encuentran una mesa en la que caben los tres, cerca de la ventana.

—¡Tendremos que enseñar las piernas para llamar la atención! —dice Joséphine entre risas, desprendiéndose de su gran chal rojo y lanzándolo como si fuera un lazo al cuello de Philippe, que soporta el ataque sin rechistar.

Claude François canta «Comme d’habitude», dos tipos de la mesa de al lado comentan: «¿No me crees, eh, no me crees? ¡Voy a explicarte por qué tengo razón!». Huele a grasa y a puro, a la alegría forzada de un sábado por la mañana de ociosidad. Un tipo entra mascullando, acaba de pisar una mierda de perro, su mujer le contesta que habría que multar a los propietarios, el tipo dice que eso no haría desaparecer las mierdas. Sí, insiste la mujer moviendo el cabello y buscando una mesa libre para dos, en Nueva York las aceras están limpias desde que ponen multas por las cacas de perro. El camarero ha dejado un bol de cacahuets salados en la mesa, y Joséphine mete la mano. Philippe le da un cachete cariñoso.

—Han hecho análisis en los restaurantes y han encontrado restos de diferentes orinas. La gente va a mear, no se lava las manos y mete los dedos en los cacahuets...

Las chicas hacen una mueca y rechazan con un gesto idéntico el bol de cacahuets.

—Es como los picaportes de las puertas de los retretes. Un auténtico nido de microbios. Habría que limpiarlo todo con lejía...

—¿No te estarás haciendo viejo? —exclama Clara—. ¡A fuerza de vivir solo, vas a acabar teniendo todo tipo de manías!

—Y cuando le das un beso a una chica, ¿cuántos microbios hay? —

pregunta Joséphine.

—Eso es diferente —replica Philippe—. Eso es sexo y el sexo nunca puede ser malo.

—Eso depende —deja caer Clara, rabiosa.

Joséphine, viendo venir el peligro, coge un trozo de pan, lo unta de mantequilla y se lo pasa a Clara.

—Come, cariño, estás enfadada porque tienes hambre. Es como los niños —explica, volviéndose hacia Philippe—, cuando tienen hambre están de mal humor...

Clara coge el pan con mantequilla y se acurruca en su chaqueta de cuero negro. Chaqueta de puta, le dijo el otro día. ¿Quién es más puta de las dos en esta mesa? Basta, se reprende, eres injusta. Al fin y al cabo es amiga tuya, y si está tan contenta es porque no tiene miedo. Ella no se ha acostado con Rapha. Eso lo demuestra. Tú, que buscas una prueba desde ayer por la noche... ¡Desde luego no es culpa suya que él no te haya llamado! ¿Por qué no llama? Esto no va a volver a empezar, como antes. Esperar y temblar, esperar y no llorar, esperar hasta que ya no tengas ganas de nada, hacerse un ovillo encima del parqué, sobre las lamas duras del parqué, y dibujar las vetas de la madera, con un dedo cuidadoso, como si estuviera en una obra...

—¿Sabes esa anécdota de Jerry Hall y Mick Jagger? —le suelta Joséphine a Philippe.

—No —dice Philippe, interesado.

—¡Ah, no! —exclama Clara—. ¡No empieces otra vez con tus anécdotas idiotas!

—¡Esta no es idiota! —protesta Joséphine—. Es divertida y práctica...

Pasa el brazo por encima del de Philippe, se inclina hacia él y balancea los dos senos rotundos, ofreciéndose.

—¿Y si nos explicaras más bien por qué te has acostado con Kassy? ¿Eh? Eso es interesante. Es una vivencia. ¡Y además nosotros conocemos a los actores principales!

—¿Te has acostado con Kassy? —pregunta Philippe, que ha empalidecido.

—Eres muy mala... —suspira Joséphine—. Mala de verdad...

—Pero ¿cuándo? —balbucea él, fijando la mirada en Joséphine, que

querría desaparecer bajo la mesa—. ¿Cuándo?

Joséphine retira el brazo, desvía la mirada y contempla la calle por donde pasean parejas, familias, niños, con los brazos cargados de paquetes y la nariz roja, dando saltitos. De pronto echa en falta Nancy. Su vida de familia, sus bebés en la cocina, el calor de su madre, el buen humor fácil de Ambroise...

—Aún no nos conocíamos... o al menos...

—¿Antes que yo? —dice Philippe agarrándola del brazo y obligándola a mirarle.

—Antes que tú...

—Pero ¿cuándo? —insiste él—. ¿Cuándo?

—Una noche, por casualidad, en una exposición de Rapha... Él estaba allí. Bebimos un poco y...

—Pero ¿por qué no me lo has contado nunca? ¡Yo creía que nos lo contábamos todo!

—Bueno... Lo olvidé... No era importante...

—¿Qué más me has escondido? ¡Dímelo! ¡Mierda! Kassy... ¡Si me lo hubiera imaginado! ¡Pero, bueno, tú eres un auténtico peligro público! ¡No deberían dejarte salir sola! ¡Deberías estar atada! ¡Kassy! ¡Mierda! ¿Y Rapha? ¿También te lo has hecho con Rapha?

—¡No! —estalla Joséphine, que no soporta que la liga de la virtud la censure—. ¡Yo nunca me lo he hecho con Rapha!

Da un manotazo en la mesa y barre el bol de cacahuets, que se vuelca.

—¿Estáis los dos contentos? Esta no deja de jorobarme con esto desde ayer. ¡Os habéis puesto los dos de acuerdo, es increíble! ¡Estoy harta de vuestro aire de censores, el hermano y la hermana! ¡Ya te dije que yo no era un modelo de virtud! ¡Te avisé! ¡Tampoco iba a hacerte una lista exhaustiva de mis amantes!

—¡Sería demasiado larga, a no ser que te olvidaras de la mitad!

—Si eso te gusta... ¡Venga, liquídame! Yo puedo proporcionarte munición, si la necesitas... ¡Date un gusto!

—¡Me das asco!

—Ya lo sé, le doy asco a todo el mundo. ¡Es una moda nueva!

—Venga, lárgate —se indigna Philippe, que señala la puerta con el brazo—, ¡será lo mejor!

—¡Eso es exactamente lo que pensaba hacer! ¡Sin esperar a que tú me dieras la orden!

Ella arranca el chal del cuello de Philippe, coge el abrigo, recupera el bolso a tientas de debajo de la mesa y sale del restaurante sin mirar a Clara, que sigue muda.

Philippe y Joséphine, juntos, amantes, en una cama, Philippe y Joséphine, desnudos, haciendo el amor, diciéndose palabras de amor, pegados el uno al otro, mucho más cerca de lo que ella estará nunca ni de uno ni de otro, abrazándose, dejándose la piel. Le gustaría esconderse, no tiene ningún sitio donde refugiarse. Ningún lugar soleado y alegre donde olvidar, taparse la cabeza con los brazos y tararear una canción triste. ¡Mamá, mamá, qué falta me haces! Extranjera. Pesada. Una pareja frente a ella. Dos seres humanos a los que ella quiere y que se dicen palabras que la excluyen a ella. Palabras que les pertenecen a ellos, una jerga amorosa que demuestra que están unidos por otras frases, otras confesiones, otras peleas. Una historia de la que ella no forma parte. Una que el amor de ella, por él y por ella, no cubre. Una zona prohibida. Una zona creada por el deseo de ellos, en la que ella no tiene nada que hacer. Extraña. La traición que ella sospechaba no era la que imaginaba. Otra traición. Otra pareja amenazadora. Ella lo quiere todo de él. Ella lo quiere todo de ella, pero sobre todo que ella y él sigan separados. Ella es el vínculo entre ella y él. Ellos no deben unirse sin ella. Sin ella... Y están unidos. Sin decírselo. A traición. Dos amantes que se pelean de un modo tan estridente que su amor resulta fortalecido. Sin ella. Sin ella. ¿Qué otra cosa tienen en común? ¿Otras palabras? ¿Otras peleas? Sin ella. Ella querría ser el centro de todo, de todo el amor del mundo. Constantemente. Formar parte de todas las historias de amor del mundo. A veces va andando por la calle, se cruza con una pareja y se pregunta por qué ella no camina entre los dos. Porque toda historia de amor debe pasar por ella, siempre... Mamá, ¿por qué te fuiste sin que yo tuviera tiempo de estar segura de tu amor? De aprovisionarme de él... Mamá. Mamá... Tú te fuiste y yo seguí siendo una niña. Incompleta. Siempre incompleta. Siempre en obras. El cabello castaño de su hermano... solo ella tiene derecho a acariciarlo con la mano... o desconocidas a quienes ella ignora. Ella siempre ha ignorado a las demás, incluso a Caroline. La toleraba. Porque no podía hacer otra cosa. Porque él le

había revelado el secreto, le había confesado que había esperado a que Rapha llenara el vacío. Él le había robado a su mejor amiga. Ella le había quitado a su hermano. Ellos tienen secretos en común, contraseñas, signos que reconocen. A sus espaldas. Dos extraños. En una cama. Desnudos, abrazándose, dejándose la piel...

Philippe ha apoyado la cabeza entre las manos y no dice nada. El camarero se acerca y pregunta si han elegido. Philippe pide una cerveza. Clara sigue en silencio y mira fijamente su rebanada con mantequilla, juega con el pedazo de pan. Ya no tiene hambre. Ni sed. Asqueada. Mira la cabeza gacha de su hermano. Sufre, se dice. Él la quiere. Una parte de él que yo no conozco, a la que no tengo acceso... Inimaginable. No hay sexo, no hay sexo. Hablamos de ello entre risas pero es para pronunciar palabras, para decir tonterías, no va en serio. La muñeca Véronique, eso es serio.

—¿Nada más? —dice el camarero haciendo que la bandeja rebote contra sus muslos.

—De momento —dice Philippe, levantando la cabeza.

Otra mesa requiere al camarero, que se aleja refunfuñando.

—Lo siento muchísimo... No tenía ganas de contártelo. Quería guardarlo para mí... Para no hacerte daño. Ya sabes. Lo sabes, ¿verdad? Yo no querría hacerte daño por nada del mundo...

Y funciona. Vuelven a ser una pareja. Philippe y Clara Millet, calle Victor-Hugo, 24, Montrouge. La muñeca Véronique, el señor Brioux, la paliza del tío Antoine, la tía Armelle, Rapha, «c'est fatigant, c'est fatigant», «Emmenez-moi» de Charles Aznavour^[12]...

—¡Sí, lo sé, lo sé! —suspira Clara, pegándose a su hermano—. Me he portado mal, muy mal, pero es que tengo miedo.

Él arquea una ceja, se pasa la lengua por los labios. Su mirada perdida en el vacío se dirige de nuevo hacia ella.

—Es Rapha, ¿sabes...?

Y Clara se lo explica. Se lo explica todo. Pegada a su hermano, bien protegida por la sudadera con «Anchor's Man» impreso con letras grandes. Él le pasa el brazo por encima del hombro, apoya el mentón en sus cabellos, está allí, la escucha...

Cuando ha sonado el teléfono, Agnès le ha gritado a Éric que descolgara. Él está tumbado en el suelo, encima de la moqueta, con el Walkman en las orejas, siguiendo el ritmo con los pies. No lo ha oído. Cierra los ojos, con la cara inmóvil, pálida y tersa. Haciendo equilibrios sobre la escalera, con la gamuza en una mano y el líquido para los cristales en la otra, Agnès se ve obligada a vociferar para que él levante la cabeza y se quite los auriculares.

—¡El teléfono! ¡Contesta!

Él se arrastra hasta el aparato y descuelga con un gesto de cansancio, como si levantara pesas.

—Sí... No... No lo sé... Voy a preguntárselo...

Tapa el auricular con la mano y explica con tono apagado:

—Es la abuela... Quiere saber si viene a comer mañana...

Agnès asiente. Esta mañana ha telefoneado a su madre para proponerle una comida en familia. Ha decidido acabar con esos encuentros entre las dos. Demasiado dolorosos. Inútiles. Esta mañana ha pedido cita en el hospital Beaujon. Esta mañana ha decidido limpiar los cristales. Hacer la limpieza la tranquiliza. Los actos cotidianos vuelven a poner las cosas en su sitio. Ella necesita sentirse humilde, pequeña, necesaria. Aferrarse a gestos milenarios. Su madre limpiaba los cristales con papel de periódico, subida en una escalera. Ella leía *Tintín*, tumbada a sus pies. Un pasado íntimo, feliz, se cuelga en ese gesto de abrir la escalera, de desdoblar el trapo de los cristales, de rociar la superficie que hay que limpiar, de frotar y frotar. El recuerdo vuelve a través de los gestos automáticos, una pequeña ráfaga relajante, un trocito de felicidad tranquila.

Éric cuelga el aparato y mira a su madre que se menea sobre él como un limpiaparabrisas. Ella trabaja toda la semana y los fines de semana se ocupa

de la casa. Mañana, irá al mercado y preparará platos que congelará. El lunes, volverá al despacho. Por la noche, hojeará su cuaderno de ejercicios, verificará su trabajo, preparará la cena, les preguntará cómo les ha ido el día, pondrá en marcha una lavadora, sacará la tabla de la plancha, se quejará de dolor de espalda y se meterá en la cama suspirando que está reventada. Antes, habrá hecho su gimnasia para tener el vientre plano. Lleva el pelo recogido con un pañuelo, le brilla la cara y saca la lengua, allá arriba, sobre la escalera.

—¿Tú no paras nunca? —le pregunta él, rebobinando la cinta.

—¡Si parara, me quedaría sin fuerzas para volver a empezar y estaríais arreglados!

—Siempre piensas en nosotros...

—¿En qué quieres que piense? Vosotros sois toda mi vida...

Le ha hablado con un tono dulce y reflexivo. No hay el menor deje de enfado en su voz. Las madres de sus amigos siempre están enfadadas, con prisas, cansadas. Su madre está casi siempre del mismo humor. Lleva una camisa de cuadros que él no había visto nunca, un tejano viejo y unos calcetines blancos gruesos.

—Estás bastante bien para tu edad...

Agnès se para y le sonrío. Se aparta una mecha con el codo, se apoya en lo alto de la escalera, se seca la punta de la nariz con el dorso de la mano y reflexiona.

—Gracias, cariño. Me lo tomo como un cumplido...

Él también le sonrío. No con tanta franqueza como ella, mirándola de reojo. Como si le molestara demostrarle su cariño. Tira de las mangas de su jersey e intenta hacer un nudo. Está orgulloso de su madre. Ella le impresiona. Ayer tarde, se fijó en el sujetador que llevaba. No le gustó. No le gustó en absoluto. Él la prefiere vestida de andar por casa. Tiene ganas de hablar con ella. No sabe cómo empezar. No sabe bastantes palabras. O las apropiadas. Habla, porque hay que vivir en sociedad. Esta mañana ella no se ha puesto el sujetador. Esta mañana no va ni arreglada ni bien peinada. Le mira desde lo alto de la escalera.

—¿Tienes algún problema, cariño?

Él dice que no con la cabeza. Un problema no, toneladas de problemas.

—¿En el colegio?

Él suspira y retuerce el hilo del Walkman.

—¿Has tenido malas notas y no me lo has dicho?

Le dedica una sonrisita cómplice. Él sabe que puede confiar en ella. Ella no le tiende trampas.

—No..., la verdad es que no...

Agnès se sienta en lo alto de la escalera, muy atenta a no perder el equilibrio. A Éric hay que dedicarle tiempo. No se abre fácilmente. Hacerle hablar es un ejercicio delicado: hay que interrogarle con suficiente firmeza para que responda, pero sin exagerar, si no se bloquea y se larga. Es experto en escurrirse como una lagartija.

—¿Tienes problemas con un profesor?

—No, mamá... ¡Cosas peores!

Mueve la mano en el aire en un gesto de impotencia y traga saliva, como si estuviera a punto de llorar.

—Pues entonces ¿qué?

—Mamá..., ¿he de ir al colegio a la fuerza? ¿Y eso para qué sirve?

—Para aprender, cariño.

—¡Pero ya sé leer, escribir, sumar!

—Uno aprende durante toda la vida. Es la única manera de mantenerse joven. Si no el interior del cerebro se encoge. Se repliega sobre sí mismo... y todo lo que es extraño, desconocido, nos asusta.

Él se coge las zapatillas de deporte con las manos y dobla las rodillas acompasadamente. Se frota la barbilla con el tejano y se queda un momento en silencio, como si necesitara tiempo para digerir las palabras de Agnès.

—¿Como la abuela...?

—¿Por qué dices eso? —pregunta Agnès, asombrada.

—La abuela tiene miedo de todo... Odia a todo el mundo... Es mala. Es mala contigo. Yo lo veo perfectamente, ¿sabes...?

—Ah... —dice Agnès con voz cautelosa.

Agnès debería protestar, defender a su madre, pintar una imagen coloreada de buena abuela, pero inclina la cabeza y escucha a su hijo.

—¿Sabes, mamá?, lo contrario del amor no es el odio, es el miedo. Y cuando tenemos miedo unos de otros, empieza a apestar...

Se ha vuelto a poner los auriculares con gesto cansino y balancea la

cabeza al son de la música. Ese ha sido el único sistema que se le ha ocurrido a Agnès para tener paz. Baja de la escalera, se sienta pegada a su hijo y le pasa un brazo sobre los hombros. Él se resiste un poco, intenta eludir las ganas de acurrucarse contra ella, pero Agnès le anima con un golpe de hombro y él se deja ir. Refugia su cuerpo larguirucho de adolescente en ella. Agnès le acoge como a un bebé, se retuerce un poco para hacerle sitio, redondea el cuerpo para que él se hunda en ella y le quita los auriculares.

—Tú siempre serás mi bebé, ¿sabes...?

Él frota el cabello contra su pecho.

—¿Y eso se te ha ocurrido a ti solo?

—¿El qué?

—Lo contrario del amor no es el odio, es el miedo...

—¿Por qué? ¿Es una tontería?

—Es bonito y no es una tontería...

—¿Cómo se sabe cuándo has dicho una tontería?

Agnès apoya la barbilla en la parte superior del cráneo de su hijo. Cierra los ojos y reflexiona. Cuando uno es tonto, ¿sabe que es tonto? ¿O hacerse esa pregunta es ya una muestra de reflexión, y por tanto de inteligencia? Ella se ha considerado tonta durante mucho tiempo. O más bien, no se atrevía a decir lo que pensaba porque no estaba segura de que fuera cierto. ¿Estar seguro es una muestra de inteligencia? ¿O, por el contrario, hay que dar palos de ciego? Es eso lo que deberíamos aprender en la escuela. Pensar por uno mismo, con contundencia, aunque al principio digamos tonterías... Llevar esas tonterías hasta el extremo...

—Está incluso escrito en las leyes del sentido común... Me siento orgullosa de ti cuando hablas así...

—A mí no me gusta la abuela. Lo empequeñece todo... Tú, tú me das alas..., incluso te diré que eres la única.

—Una madre está para eso.

—Lo sé..., pero las hay que lo olvidan...

—¿De verdad no van bien las cosas en el colegio?

—Me aburro. ¿Para qué sirve aprender la velocidad de la luz?

—Para aprender... Y si un día quieres ser astrónomo, descubrir nuevas estrellas, pasearte por la Vía Láctea...

—Apuntarme en la agencia nacional de empleo...

—¿Lo ves?, ahora eres tú el que tiene miedo, tú el que se volverá pequeñito...

Él suspira.

—Hay paro por todas partes, mami. Nos hablan de ello, aunque no nos hablen...

—Cuando eras pequeño, siempre me preguntabas cuánto ganaba. Todos los meses...

—Eso debía de tranquilizarme... ¡Era la paga de cada mes!

—¿Tanto miedo tenías?

—¡Eso parece!

Ella le abraza y le acuna. Mañana por la mañana, de camino al mercado, pasará por el hospital. Los resultados tardarán tres o cuatro días. Tres o cuatro días de espera. Le aprieta contra sí.

—¿Me dejas escuchar tu música de Zoulou?

Él levanta la cabeza y hace una mueca.

—No te gustará, seguro...

—¿Y si aprendo algo?

Él le pasa los auriculares y sube el volumen. Ella oye ruido, gritos, palabras en inglés y se abstiene de criticar. Se obliga a escuchar, pero sus pensamientos la llevan a otra parte. ¿Qué va a hacer Lucille? ¿Cuándo ha empezado a encogerse su madre? ¿Por qué tenemos todos miedo hoy en día, miedo del sida a los treinta y seis años, miedo de amar, miedo de vivir, miedo de decir sí, de decir no, de no gustar, miedo del otro cuando es diferente, miedo de perder el trabajo, miedo de noche, miedo cuando estamos solos? ¿De dónde le vienen a ella las ganas de salir adelante en la vida, de hacer algo alegre, aunque haya que sacrificarse? «“La sociedad solo existe a costa de los sacrificios individuales que exigen las leyes. Aceptar las ventajas, ¿no es comprometerse a preservar las condiciones que las hacen subsistir?”. Comentar esta frase de Balzac». Ese fue su tema de filosofía en la selectividad. Hoy en día ya nadie quiere sacrificarse. Todo el mundo exige la felicidad. Derecho al tiempo libre, a las vacaciones, derecho a sacar partido, derecho a la jubilación, a la Seguridad Social, al orgasmo, a la tele en color, pero ya nadie quiere dar nada a cambio. Dar es bueno. Ese debe ser su

destino. En cualquier caso le proporciona felicidad. Aunque no sea espectacular, aunque no pueda exhibirla en las sesiones de diapositivas con amigos. Y el sida no puede nada contra esa felicidad. En el fondo no está nerviosa. En realidad, no. Un poquito en cualquier caso, tiene que reconocerlo. Tiene miedo por Clara, Rapha, Lucille, Joséphine... Se siente responsable de la felicidad de los demás.

—Entonces, ¿te gusta? —le pregunta Éric.

—¿La verdad? —contesta ella, mirándole con una gran sonrisa.

—Sí...

—No mucho. Pero es normal... ¡A mi edad! No tengo el oído educado para esto, ¿sabes...?

—¡Lo sé, mami, y no te lo tengo en cuenta!

Él también sonríe, intenta imitar su sonrisa, darle todo el amor que siente por ella, y para la música.

—¿Tú qué escuchabas cuando eras pequeña?

—Nada... Teníamos tres discos que mi padre se llevó cuando se fue. La radio, de vez en cuando. RTL, *Stop ou encore*, los domingos por la mañana... El juego de la maleta^[13]. Yo soñaba que ganaba... No me atrevía a jugar. Me pregunto si habría tenido el valor de descolgar si hubiera sonado el teléfono. ¡Pero seguía soñando! Imaginaba todo lo que haría con ese dinero...

—¡Se lo habrías dado a la abuela!

—Muy cierto, querido... La felicidad hay que cultivarla, y ella no sabe.

—¡Ella más bien cultiva la desgracia!

Agnès suspira pensando en su madre, durante su infancia. Se dice que quizás Éric se acordará, más adelante, de esa mañana de sábado en que ella limpiaba los cristales y él descansaba a sus pies, con el Walkman en las orejas. Él lo recordará como un instante especial, un instante de amor, de complicidad, y eso le ayudará a superar una etapa, una prueba. Un pequeño instante de felicidad apacible, que te viene a la cabeza cuando eres mayor. No sabemos por qué, no es gran cosa, es ligero y sólido a la vez. La abuela Mata decía que uno se hace fuerte a base de buenos libros, de sinfonías bonitas, de pinturas bonitas. Y con el amor. Hay que darle tiempo para que se cuele en lo cotidiano. Nunca llega cuando lo deseas, siempre es por sorpresa, cuando menos lo esperas, cuando lo has esperado tanto que ya no lo esperas. Yo

estoy hecha para esto, hay que aceptarlo, no para soñar con otros amores. Yo nunca conoceré los amores complicados de Clara, Joséphine o Lucille. Puedo lamentarlo, pero debo encontrar una felicidad a mi medida. Durante mucho tiempo me he tomado por otra. Yo soy Agnès, y está muy bien que sea así. Puedo hacer algo formidable con la pequeña Agnès. Puedo empezar queriéndola, ya. Mi felicidad viene de dentro, no de fuera. No radica en el consumo de hombres, de coches, de ropa, de bebidas fuertes. Está hecha de cosas insignificantes, de pequeños guijarros blancos. Rapha me indicó el camino ayer noche, con pocas palabras. Si no hubieran sido robadas, no me las habría creído. Habría sospechado que él quería ser amable, compasivo...

Sonríe, relajada. Algo ha cambiado en ella. Se ha distanciado de su infancia, de la vergüenza que le venía de la infancia, de las ganas de ser otra. Esa sensación de no estar nunca en el lugar adecuado. Toca su camisa de cuadros, la acaricia como un talismán. No se la devolverá a Clara.

—¿Qué haces esta tarde?

—Patinar con unos amigos...

Yves le ha prometido a Céline que repasarán las matemáticas. Ella levanta la mirada hacia la escalera, el trapo blanco abandonado, la botella de limpiacristales. Ya solo le queda un vidrio por limpiar, el último, uno pequeñito que está arriba a la derecha. El más difícil. Tiene que hacer equilibrios sobre la barandilla del balcón, con una mano apoyada en los postigos. Los postigos están oxidados, habría que repintarlos. Esta tarde irá a ver a Lucille y hablará con ella...

Cuando Clara le hubo contado a Philippe la historia de Chérie Colère y de Rapha, Philippe declaró que iría a hacerse la prueba con ella. Hoy en día es muy simple. Vas a un laboratorio con la petición y al día siguiente tienes los resultados. Él tenía un amigo médico que les haría la petición. Clara le pidió a Philippe que consiguiera una a nombre de Rapha.

—Por si...

—Volverá a llamar —le dice él—. Ten confianza.

—Pero ¿por qué me deja así..., sin noticias...?

—No lo sé. Yo no lo sé todo siempre, hermanita. La prueba, hace un

rato...

Esboza una sonrisa forzada.

—¿Vas en serio con Joséphine?

—Es la primera vez que tengo ganas de vivir con una mujer. La primera vez que escojo yo, que no me dejen llevar, que tengo ganas de luchar... Sin duda no he escogido la buena...

Suelta una risita irónica, encoge los hombros y sigue acariciando con el pulgar el borde de la mesa de formica.

—Cada vez pienso más a menudo que yo casi nunca he escogido nada. La vida pasa, y ya está, y uno se adapta..., hace lo que puede...

Clara le pasa un brazo alrededor del cuello, le atrae hacia sí, por primera vez, por primera vez en todos esos años juntos la hermana cuida al hermano, la hermana abraza al hermano y le ofrece el calor de sus brazos.

—¿A Jo no la habías besado nunca cuando eras pequeño?

—Sí... Incluso es la primera a quien le metí la lengua...

Sonríe mientras habla. ¡Meter la lengua era muy importante! «¿Entonces le has metido la lengua o no?», se preguntaban los chicos entre ellos. A esa edad todavía intercambiaban confidencias. Ahora, ya no. Todos se hacen los interesantes y exageran. ¡Ah, la inútil y flamígera jactancia de esas reuniones de hombres que fingen! Solo las chicas se pasan horas hablando de chicos y de estremecimientos. Los hombres hablan del trabajo o de coches o de partidos de fútbol. La verdad es que es bastante menos interesante.

—¿Y después lo olvidaste?

—Fue ella quien se dedicó a otras cosas... ¡Y eso que yo solo le pedía eso!

—Y cuando Ambroise se casó con ella, ¿te enfadaste?

—Me dio igual... Ni siquiera fui a su boda... Ha sido hace poco cuando ha vuelto a empezar... Una noche que yo estaba en tu casa, ella vino a una de vuestras cenas de chicas. Me pareció excitante, ella lo debió de ver en mis ojos y ya sabes, ella no pierde el tiempo... Me devoró como a una chocolatina. Pero yo la sorprendí llevándola más allá..., y hoy estoy convencido de que duda entre el bello Ambroise y yo.

Exhibe una sonrisa vacilante de triunfador tímido.

—¿Tan seguro estás?

—En cualquier caso, quiero creerlo. Y me siento preparado para asumir la apuesta. Ya que estamos en el terreno de las confidencias, también hubo un breve episodio con Lucille...

—¡Lucille! —chilla Clara.

—No demasiado interesante... Fue cuando yo estaba en Londres... ¡Una noche, ella apareció en mi casa y se coló en mi cama! Nunca he sabido por qué... ¡Aquello duró unas cuantas noches y luego se fue como había venido!

—¿Tiene un buen polvo?

—Se aplica, pero no deja huella...

Él suspira.

—¿No como Jo? —dice Clara.

Él sonríe.

—Cuéntame más sobre Joséphine, para que me acostumbre...

—¿Tanto te cuesta?

—No, pero...

—¡... pero sí! Bueno..., fuimos a comer algo, hablamos de todo y de nada, y fuimos a parar al catre. Y yo no lo he superado nunca...

—¿Y ella tampoco?

—Eso me gustaría mucho saberlo... Yo no sé nada de su vida, aparte de lo que a ella le apetece decirme... No creo que eso sea un modelo de fidelidad, eso seguro...

Philippe le lanza una mirada, a modo de cable, a Clara.

—Pero eso es porque se aburre, porque es desgraciada —continúa él—. Tiene demasiada energía y no hace nada con ella... ¡Las hay que juegan al bridge o van de compras y otras fornican!

—¡No seré yo quien la juzgue! Te olvidas de que es amiga mía. ¡Te la presto, eso es todo!

—Tenía miedo de que te lo tomaras a mal, de que te sintieras abandonada...

—Eso seguro... Ahora, ya está... Quizás mañana me dará una rabieta...

Él la mira, preocupado. Ella le sonríe. Se dice que ha llegado el momento de dejar atrás la infancia. Es agradable, es cálida, es dulce, pero no conduce a ninguna parte.

—Cuando celebramos mis veintiocho años, ¿te acuerdas? Tú me cogiste

en brazos y tuve la impresión de que quería lanzarme al aire y tirarme lejos, como si fuera una carga para ti. Eso se acabó. Ya nunca más seré una carga... No te preocupes más por mí. Ya soy mayor...

Le dice que tiene derecho a enamorarse de Joséphine, que ella le cede el sitio, que le querrá siempre de todas formas, que es su querido hermano mayor, que se siente con fuerza suficiente para seguir sola. Que ya no tiene de qué preocuparse. En realidad no está segura, pero se lo dice de todos modos. Él le suplica que pare, que si no va a ponerse a gimotear delante de todo el mundo.

—... ¡Y me jorobaría muchísimo soltar mis primeras lágrimas delante de estos imbéciles que hablan de cacas de perro mientras papean chucrut!

—¡Uf! ¡Vaya, vaya! —dice Clara con un suspiro enorme—. ¿Qué nos pasa? ¿Tú sabes lo que nos pasa?

Finalmente piden un chucrut y dos cervezas. Clara deja que se le forme un bigote con la espuma para animar a Philippe, sin conseguirlo. No está tan tranquilo como quiere aparentar. Esa historia de Chérie Colère no le gusta y esa brusca marcha de Joséphine le provoca unas ganas terribles de ir a buscarla. Su enfado ha desaparecido, sustituido por la angustia. Philippe es incapaz de no comprender, de no perdonar. Se aferra a las migajas que ella le deja. Quizás su vida no sea más que eso: migajas de amor que le dejan los demás. Yo soy una paloma como tantas en las calles de París. Eso le recuerda a un cliente inglés que, después de varios whiskies en un bar, le preguntó una noche, con voz pastosa, por qué todas las palomas que había en las calles de París estaban gordas; nunca veía ninguna enferma, nunca veía polluelos y eso le atormentaba. Nos pasamos la vida preguntándonos si lo que nos pasa es importante o no. Y siempre lo averiguamos cuando ya es demasiado tarde. Esta vez, él había comprendido rápidamente que no quería que ella se marchara. Quizás él era la única paloma aterida de París.

—Clara...

Se rasca el cuello y juega con el cuchillo sobre el mantel de papel.

—Nuestro padre y nuestra madre no murieron en un accidente de coche...

—Ah... —murmura Clara.

—Ella empotró el coche contra un árbol... Él quería irse con otra y llevarnos con ellos. Había contratado a un abogado muy bueno, muy caro, y

ella tenía pocas posibilidades de conseguir la custodia...

—Habría podido luchar...

—No tenía fuerzas. Tenía una depresión crónica, un comportamiento muy raro. Nos dejaba olvidados en todas partes... Fue a una tienda a comprar leche y te dejó en el cuco al lado de la caja registradora. Volvió a casa. Dejó la leche en la mesa de la cocina y se preparó un chocolate. Aquel día, te recogimos en la comisaría. El tendero les había entregado el cuco con el bebé. La policía había hecho un informe...

—Eso puede pasarle a todo el mundo... —dice Clara.

Philippe la observa, conmovido.

—No, Clara. Eso no le pasa a todo el mundo...

—A mí me pasa que me olvido de cosas muy importantes que para mí significan mucho... ¡Siempre son ese tipo de cosas las que olvido, por cierto!

—No era solo eso...

A él no le gusta lo que está a punto de hacer, pero no lo puede remediar. Este secreto le pesa desde hace tanto tiempo...

—Se le insinuaba al de la compañía del gas, al fontanero o a un mensajero. La portera la pilló varias veces... Estaba escandalizada y quería declarar.

—¡No la habrían creído! ¡Solo contaba tonterías! ¡Las porteras se inventan de todo sobre las personas que son diferentes! Yo odio a las porteras —añade deslizando la barbilla bajo el cuello de su chaqueta de cuero negro.

—Ella nunca habría conseguido nuestra custodia, lo habría perdido todo, prefirió que murieran los dos...

—¿Por qué me lo cuentas ahora?

—No sé. Estoy harto de ser el único que lo sabe... Al fin y al cabo, también es tu historia...

Él busca la aquiescencia. La absolución, se dice Clara.

—¿Y tú cómo te enteraste?

—Por el tío Antoine... Cuando nos pegamos por lo de Brioux y los demás... me lo soltó de golpe.

—A lo mejor se lo inventó todo...

—No, Clara. Yo encontré unas cartas entre los papeles de nuestro padre... que decían lo mismo.

Suspira.

—Ahora estamos empatados...

—Tengo la impresión de crecer demasiado deprisa, de golpe...

—Es culpa mía. Te he protegido demasiado...

—Era agradable estar protegida...

Eso fue lo que se repitió ante el contestador que parpadeaba. Era verdad que tenía un mensaje, pero no era de Rapha. Lucille la invitaba a tomar el té en su casa a última hora de la tarde.

Pero ¿qué tiene ella que no tenga yo?, le pregunta Lucille al espejo.

La cinta de rizo le recoge el cabello rubio hacia atrás y, con la punta de los dedos, se masajea la cara con una crema hidratante. Ayer se acostó tarde, bebió demasiado champán, tiene la cara hinchada y una ligera migraña zumba en su cabeza. Siempre me he preguntado lo mismo... Cuando éramos pequeñas y yo veía la mirada de los chicos iluminarse a su paso..., cuando pasaba yo bajaban los ojos. Les intimidaba. Con ella los levantaban. Durante mucho tiempo creí que al final la vencería, tenía todas las armas para ganar. Pero él solo la veía a ella. Cuando estaba conmigo, cuando se quedó dormido sobre mi hombro en el avión que nos llevaba a Nueva York, creyó que era el hombro de ella y se despertó, asombrado, al darse cuenta de que era yo. ¡Oh! Aquella mirada en el avión justo antes de aterrizar... La decepción, el dolor, su voccecita educada diciendo: «¿Ya? Debo de haber dormido durante todo el viaje...» y su cuerpo que se despereza para ir a acurrucarse junto a la ventanilla y contemplar Nueva York desde las alturas. Y yo le observo de perfil. Sé que le hace infeliz que ella no esté en mi lugar. Pega la cara a la ventanilla para que yo no me dé cuenta de que la ausencia de ella le destroza, pero yo lo leo en su espalda, en esa espalda tensa, completamente torcida...

Ella no sabe si quiere a Rapha. ¿Cómo se sabe que uno ama con un amor puro y sin mentiras? ¿Cómo? Ella no lo sabe, pero sabe que él aporta algo a su vida, algo de lo que ella no es capaz de prescindir. Una luz, un calor, un fuego en el que ella se calienta, se deshíela poco a poco. Eso, el aprendizaje del amor, ha de empezar cuando eres muy pequeño. Eso se aprende como se aprende a andar, a hablar, a ser limpio, a no comer con los dedos. Uno

descubre, asombrado, una luz en la mirada del padre, de la madre, y uno tiende la mano para atraparla y espera que vuelva a aparecer. Uno se mantiene derecho sobre los dos pies, y todo el cuerpo dice «mírame, mírame», uno emite sonidos que tienen un sentido, uno enseña, muy orgulloso, la sábana seca, los pañales intactos. Uno está dispuesto a hacer cualquier cosa. Tan solo para tener la luz una vez más, la luz en los ojos de otro. La luz que nos mantiene derechos, que nos hace crecer, que nos alimenta con una miel interior, la luz que nos inunda el cuerpo de felicidad y de gratitud.

Yo nunca he conocido eso, murmura Lucille al espejo. Yo he crecido sin luz y toda mi belleza, toda mi belleza perfecta, no ha estado nunca iluminada desde el interior. Solo he conocido la luz artificial que me iluminaba. Yo era iluminadora e iluminada a la vez. Yo no soy más que un bonito objeto de decoración..., una bonita puesta en escena. Yo no siento nada. Del amor, solo conozco la carencia y el dolor... El vacío, la ausencia. Al final soy como David, un David que no se habría cruzado con Rapha, de la calle Victor-Hugo, en Montrouge.

Y así, de pronto, lo que dijo Rapha sobre David y Chérie Colère le vuelve a la cabeza. Crispa los dedos sobre las sienes y hace una mueca. Eso es imposible, él se equivoca. Las palabras la golpean y reavivan unas imágenes que no quiere ver. Tiene ganas de echarse a reír, a carcajadas, de aullar con una risa terrible que hará pedazos esas imágenes que desfilan como una película mala, que le devolverá a su fantasmal marido, que conservará su prestancia frívola e inconsistente, que ella necesita a pesar de todo. David no puede engañarla. ¡Es imposible! Ella se las arregla para darle todo lo que él desea, todo ese vacío elegante y vano con el que él se llena el alma. Ese es el papel de ella. Él es una sombra que vaga en su vida y le recuerda a otra silueta que se escondía en su biblioteca. Aquel hombre que no le daba nada pero que, al menos, estaba ahí, esa presencia que no era tal, aunque ella había aprendido a nutrirse de ese vacío, a proyectar en él todos sus anhelos de amor nunca satisfechos. David no puede. David no puede... Rapha ha querido hacerme daño porque yo le amenacé con hacerle daño también.

Mira el reloj. Las dos y media de la tarde. La hora en que David se despierta. David no se duerme nunca antes del amanecer. Lee, escucha

música, se da un baño caliente, pasea arriba y abajo en batín, telefonea a sus amigos al otro extremo del mundo. Cuando está en la mansión que su hermano posee en Chelsea, ocupa un apartamento destinado a los invitados. Ella sabe el número porque se ha alojado allí cuando va a Londres.

—Diga —dice una voz indolente, que ella reconoce inmediatamente.

—Soy yo... Quería darte una sorpresa...

—¡Lucille! ¡Qué buena idea! ¿Cómo estás, querida?

—¡Oh! David...

¿Cómo ha podido creer que hablarían? David no habla, diserta, ironiza, generaliza, trincha las palabras y las destila.

—*Yes, my dear...*

—¿Estás bien? ¿Ha ido todo bien?

—La caza ha sido excelente. ¡Hemos abatido más de mil faisanes! Los perros se han portado muy bien, y lady Balford ha resultado ser una anfitriona perfecta... Había organizado un picnic en una granja de su propiedad y me encantó encontrarme a lord Lowetts, a quien no veía desde hacía una eternidad. Me ha preguntado por ti y nos ha invitado a una cacería en febrero... P. C. también estaba, bien protegido de los paparazzi... Camilla ha cazado con nosotros. ¡Fornida mujer! Tiene encanto, ¿sabes?, un encanto campestre, es verdad, pero...

Cloquea. P. C. es el príncipe Carlos, como P. M. es la princesa Margarita o P. A. el príncipe Andrés. A David le pirran los cotilleos, se le ilumina la mirada cuando alguien le trae un chisme nuevo que llevarse a la boca.

—Eduardo está indignado: el futuro bebé es una niña, querida. Ese Ferrari seguirá oxidándose en el garaje...

—Ah...

—Padre está en Londres... Llegó a la vez que yo, de Buenos Aires, y nos ha dado una sorpresa: ¡acaba de volver a casarse! ¿Te das cuenta? A los setenta y cinco años, rehace su vida...

—¿Qué edad tiene ella?

—¡Veinticinco!

—Pero... —balbucea Lucille— ¿cómo ha podido esa chica...?

—¡Él le hizo creer que tenía noventa!

Se echa a reír y sus carcajadas resuenan con tanta fuerza en el auricular

que Lucille lo aparta y espera a que él se calme. Tarda un buen rato en parar y cuando por fin se calla, es porque le sorprende que Lucille no disfrute de lo cómico de la situación y no responda como un eco a su buen humor.

—¿No lo entiendes? ¡Ella cree que a él no le queda mucho tiempo y que será rica dentro de poco! ¿No es tremendamente divertido?

—Sí —balbucea Lucille.

—¿Qué te pasa, querida? ¿Estás indispuesta?

—No..., no... Es solo que... ¿Cuándo tienes pensado volver?

—Iba a quedarme hasta mañana por la noche. La situación es muy cómica. Si vieras la cara de la recién casada... Controla todos los relojes de pared y de bolsillo, como si el tiempo no pasara bastante deprisa. Se aburre como una ostra con nosotros, y le cuesta muchísimo disimular su cansancio. A Eduardo y a mí casi nos da un ataque de risa... Deberías venir, te divertirías mucho. Es un cuadro costumbrista fascinante... Esta noche Eduardo da una gran fiesta en honor de papá. Nos divertiremos como locos... Mi padre está en una forma magnífica.

—No, no creo. Te esperaré aquí.

—Como quieras, querida. De todas maneras, la joven pareja tiene previsto pasar por París durante su viaje de novios. De modo que no tardarás en verles. Hasta mañana, Lucille, y descansa un poco... Tengo un proyecto nuevo del que quiero hablarte y tienes que estar en forma, en plena forma...

Se echa a reír otra vez y cuelga, después de que ambos intercambien las típicas frases de afecto entre marido y mujer.

Después de haber dejado a Clara y a Philippe, Joséphine se ha puesto a caminar hacia delante. Sin mirar los escaparates de las tiendas que atiborran las aceras y atraen al paseante tanto como las prostitutas descaradas y tristes, sin oler los aromas de la carne y las salchichas asadas que emanan de los tenderetes de comida griega o turca, sin preocuparse por los folletos pisoteados que se quedan pegados a los bajos de su abrigo, sin pensar siquiera en la banal brutalidad de ese incidente con Philippe. Eso tenía que pasar, tenía que pasar, martillea el compás de sus pisadas sobre el pavimento erosionado de la avenida de Clichy. Hunde la nariz en su gran chal rojo para

protegerse del viento helado que se ha levantado y entra en un café.

Pide un expreso, coge el periódico que hay encima de la barra y va a sentarse. En la mesa vecina, una señora preside entre bolsas y paquetes. Vigila sus posesiones con sus ojos de clueca entornados, temiendo que alguien se las robe. Rectifica la posición de un bolso, acaricia el cierre de otro, los acerca. Observa a Joséphine a hurtadillas, la evalúa, la analiza, y se da la vuelta en cuanto ella levanta la cabeza de su periódico. De pronto se envalentona y le pregunta si puede vigilar sus cosas mientras ella va al lavabo.

—Estoy esperando a mi marido. Me ha dicho que le esperara mientras se iba a hacer un recado... ¡y hace más de tres cuartos de hora!

—A lo mejor la ha abandonado —dice Joséphine con una sonrisita.

La mujer le lanza una mirada de preocupación y temor a la vez.

—Es una broma —aclara Joséphine—. Vaya. Yo le vigilo las bolsas...

La vieja, suspicaz, ya no sabe qué hacer. Duda. Joséphine lee ese debate interior en la ansiedad de su mirada. O bien va a hacer pipí y deja sus cosas en manos de una desconocida que la toma por un perro en agosto, o bien se aguanta y espera que vuelva su marido, o bien se lleva todas sus cosas a cuestas, convirtiendo su visita a los lavabos en una expedición polar. Todo eso porque he querido hacerle una broma, se dice ella. ¡No hay que hacerle bromas a cualquiera! La vieja manosea el cordel de la bolsita de té que ha dejado en el platito y su mirada febril va y viene de sus paquetes a la puerta de los lavabos.

—Era una broma —dice Joséphine—. Vaya...

—No, no —contesta la anciana encogiendo los hombros—. Espero a mi marido. No tardará...

Cruza los brazos y se calla. Tiene la cabeza como una lechuza vieja y emperifollada. Su nariz se cierne sobre su boca, que se confunde con los pliegues del mentón arrugado. Un broche de brillantes cierra el cuello de astracán del abrigo de lana rizada. Un bolso de charol negro descansa sobre sus rodillas. Quizás yo seré así algún día, piensa Joséphine, si vuelvo a Nancy... Es ahora o nunca. Junta las manos, como si rezara. Eh, Vos, ahí arriba, ayudadme: guiadme, enviadme una señal y yo la seguiré ciegamente. Aunque sea difícil. No la eludiré. Pedidme lo imposible y yo haré lo que

pueda. Sus ojos se vuelven atentos y se pone a buscar un indicio que le indique el principio de una solución. La vieja ha sacado una revista y pasa las páginas sin leerlas. Un artículo sobre microondas le llama la atención y acerca los ojillos a la página impresa. El periódico se abre y aparece una página de publicidad que afirma: «¡Philips, es más seguro!». Joséphine se sobresalta y los músculos de su vientre se contraen, como si hubiera recibido un puñetazo en el plexo. Eso es imposible. Nunca seré capaz. No tendré valor. Otra señal, Os lo suplico. No voy a jugarme toda la vida a una sola tirada de dados...

El marido ha vuelto. Va muy arreglado: chaqueta azul marino, pañuelo de lunares al cuello, parece más joven que su mujer. Lleva una bolsita de malla y *L'Équipe* enrollado bajo el brazo.

—¿Entonces ya has hecho las compras? —refunfuña la vieja, levantando la cabeza del artículo.

—Sí. He comprado filetes de pavo para esta noche...

—¡Filetes de pavo! No me parece bien... No me parece nada bien. Yo prefiero comprar pollo o chuletitas de cerdo...

—¡Costillas de cerdo, querrás decir! Ya sabes que me encantan las costillas de cerdo.

—¡No, costillas de cerdo no! Con las costillas de cerdo solo tienes para una vez. ¡En cambio, si compras un redondo de cerdo tienes para varias veces! Sale más a cuenta...

—Sí, pero si bañas las costillas de cerdo en salsa de tomate, queda la mar de bueno...

—¡Te digo que no sale a cuenta! En cambio con un pollo o un redondo, tienes para varias comidas...

El marido hace un gesto evasivo con la mano, con una manicura impecable, y llama al camarero.

—Entonces ¿qué les decimos a los chicos de Navidad? Voy a ir al lavabo y aprovecharé para telefonar a Jacques y decirle lo que haremos por Navidad...

—¿Tú qué quieres hacer en Navidad? —pregunta el viejo, que despliega ostentosamente el periódico.

—Precisamente eso es lo que te pregunto... A mí no me gustan las

fiestas, ya lo sabes...

—Tú decides. A mí me da igual... Háblalo con Jacques...

—Pero tendré que ocuparme de mi madre si Jacques no se la quiere quedar. Y si me quedo con mi madre, no podremos ir a ver a los niños...

¡Dios mío!, piensa Joséphine, ¡esta vieja todavía tiene madre! ¡Los hay más viejos que esta vieja! Pero ¿hasta qué edad te obligan a vivir hoy en día?

—¿Has ido a buscar la receta para mamá? —pregunta la vieja, nerviosa, incómoda, pero sin ser capaz de dejar plantado a su marido.

—Lo tengo todo. Ha de tomar Prozac por la mañana y por la noche y un cuarto de Lexomil con las comidas... Lo he comprobado...

—¿Y mi Prozac lo has comprado? No te habrás olvidado, espero.

—No, no, me lo han dado todo...

—Entonces ¿qué le digo a Jacques?

—Dile lo que quieras. Yo no puedo ser más conciliador... Tráigame un escocés bien cargado —le pide al camarero que se ha acercado.

—Justamente, no me ayudas demasiado... ¡Aparte de que me has dejado aquí tirada una hora! —Baja la voz—. ¡Esta joven de aquí al lado creía que me habías abandonado, por si no lo sabes! ¡Y eso es de lo más agradable, es de lo más agradable!

—¡Pero en la farmacia había cola! He estado media hora esperando, por lo menos...

—... Así que no iba a dejarle mis paquetes para ir al lavabo... Con los filetes de pavo puedo recalentar el resto de las espinacas de ayer noche — sigue diciendo ella, levantándose y alisando su abrigo de lana.

El camarero ha puesto un vaso delante del hombre. Él lo coge y lo mueve para que los cubitos de hielo se fundan más deprisa. Después lo levanta a la altura de la cara y se moja los labios. Todos sus gestos son calculados, parcos. Una señal, pide Joséphine al cielo. Una pequeña señal sin importancia. ¿París o Nancy? ¿Nancy o París? Si tuviera cartas, haría un solitario y plantearía mi pregunta. Mi solitario favorito, ese que no termino casi nunca, ese al que le planteo preguntas sesgadas. ¿Debo seguir con Ambroise? Estoy casi segura de que la respuesta será no. Trece cartas dispuestas en hilera, boca abajo, encima otra hilera de trece cartas boca arriba, luego otra hilera de cartas boca abajo y una última boca arriba. Luego

se colocan las cartas de la hilera inferior una encima de la otra, alternando rojas y negras y yendo del rey al as. Cuando ya no quedan cartas para colocar, se vuelven a poner trece, boca arriba. Y vuelta a empezar hasta que ya no quedan cartas. Cada vez que queda una columna vacía, se monta un rey y su serie. Cuando se han destapado todas las cartas y están todas ordenadas, con los reyes encabezando el séquito, has ganado. Ella se pasa horas haciendo este solitario. Napoleón I era un fanático de esos juegos. Planeaba sus batallas más terribles jugando con las cartas. Debió de perder en Waterloo porque no consiguió volver a encontrar el juego. Joséphine se fija en el reducido velador del café. Piensa en la larga mesa de madera del comedor de Nancy, que compraron Ambroise y ella en el mercado de viejo de Saint-Ouen para su primer apartamento. ¡Qué fácil era la vida entonces! Él la arrastró del brazo y sacó el talonario. Ella le besó y se pegó a él, feliz de ver que satisfacía sus menores deseos. Como con Philippe hace un rato. No aprenderé nunca, nunca..., suspira, desanimada.

El hombre retira un poco el vaso de whisky, se inclina, sopla sobre la superficie de la mesa para apartar las motas de polvo, extiende con cuidado el periódico, saca las gafas de un estuche marrón rígido, limpia los cristales, alisa la hoja del diario con la palma de la mano, se humedece el índice derecho y, colocándose la montura en la punta de la nariz, se dispone a leer, con la punta de la lengua asomando entre sus labios. Joséphine, asombrada ante tanta manía preventiva, baja la cabeza para disimular un ataque de risa. Entonces sus ojos topan con un titular en letras grandes, rectas y seguras de sí mismas, como soldaditos que van a la guerra, un titular que le provoca un vuelco en el corazón: «El PSG gana al Nancy: 3 - 0». El París-Saint-Germain... Nancy... Vuelve la cabeza para dejar de ver a esa maldita pareja que, tranquilamente, entre dos filetes de pavo y las ganas de hacer pipí, le revoluciona la vida. Al fondo del café, expuesto como un fresco multicolor, un anuncio inmenso con colores chillones ordena: «¡Vuele con Air Philippines!».

TERCERA PARTE

A Agnès le abre la puerta el mayordomo. Un mayordomo como los de las películas en blanco y negro, cuando los estadounidenses querían imitar a la vieja Europa. Él la observa desde las alturas pero ella no se deja intimidar y exige ver a Lucille.

—¿La señora está avisada de su visita?

—Yo creo que la señora me recibirá... —contesta ella con una enorme sonrisa.

Le dice su nombre, pero antes de que él tenga tiempo de subir y avisar a Lucille, esta ya baja por la escalera de mármol blanco.

—¡Ah! —dice decepcionada. Recupera la prestancia y añade—: Es una amiga, Francis...

Él se aparta y le muestra a Agnès el camino de la escalera con un gesto teatral. Agnès sigue a Lucille hasta un saloncito de estilo inglés, donde arde una gran hoguera. Al examinar la estancia, tiene una sensación familiar, una sensación de *déjà-vu*. Alfombras gruesas, cuadros en las paredes, libros perfectamente colocados, grandes sofás cubiertos con chales de cachemir, una mesa baja donde están colocados catálogos de arte abiertos de cualquier manera, un revistero, un pebetero y, encima de la chimenea, el retrato de la señora Dudevant con su piel de zorro dorada sobre los hombros. Lucille le señala un canapé y se deja caer sobre otro colocado enfrente. Lleva un jersey negro de cuello vuelto y una camisa escocesa de cuadros azules y negros, ancha, que Agnès reconoce como parte de la colección de Rapha.

—Tienes una casa encantadora, el servicio no es muy acogedor, pero la decoración en cambio...

—Él está aquí para eso, ¿sabes...?

—No se lo tengo en cuenta. ¿Habría dejado pasar a Rapha?

Lucille la mira, sorprendida. Dobla una pierna y la coloca bajo su cuerpo encogido, dispuesta a lanzarse, a replicar.

—Lo oí todo anoche, estaba escondida detrás de la puerta. Lo sé todo...

—Yo también..., reconocí tu coche. El peluche violeta de la gasolinera...

Ríe con malicia y se recoge el pelo sobre el hombro mientras se inclina para encender un cigarrillo. Luego da unas cuantas caladas, tomándose todo el tiempo del mundo, sin apartar la mirada de Agnès, intentando descubrir a

la rival en la amiga.

—Yo le quiero, Agnès, ¿lo entiendes? Le quiero. Desde que era muy pequeña, y ella me lo ha quitado...

—Ella no te ha quitado nada, Lucille, Rapha no es el peluche de una gasolinera...

La mirada de Agnès se fija en una bandeja de plata, donde está dispuesto un servicio de té, también de plata. Una tetera inglesa cubierta con un muletón para conservar la infusión caliente, pastas, una tarta de frutas rojas y brillantes, unas cucharillas talladas, unas servilletas bordadas y dos tazas. Lucille sabe recibir.

—Tú siempre has creído que podías tenerlo todo y durante mucho tiempo tuviste razón... Menos con él... Clara ha sido más fuerte que tú, sin quererlo... Olvidas que fue él quien la escogió...

—A los quince años no se escoge...

—Por lo visto sí.

—¿Para qué has venido, Agnès?

—Para impedir que hagas una estupidez...

—¿Ahora eres asistente social?

Suelta otra vez su risita frívola y maliciosa, pero Agnès la ignora. Sabe que su misión no será fácil. El desprecio de Lucille ya no le hiere. Al contrario: ahora están enfrentadas y así es más fácil. No perderán el tiempo. Todos los golpes están permitidos.

—Déjales vivir su historia. Por fin tienen la posibilidad de volver a estar juntos...

—Si él vuelve con Clara, yo le pierdo para siempre...

—Si se lo cuentas todo a Clara, le pierdes para siempre...

—Me guardará rencor, pero sabré hacerle olvidar...

—¡No te perdonará! Intenta entenderlo, Lucille. Intenta entenderlo... Si te callas, aún puedes esperar... O al menos, ganarte su cariño, lo cual no parece ser el caso ahora mismo...

—¡Yo no quiero su cariño! ¡Yo quiero ser su mujer!

—¡Pero si ya estás casada!

—Me divorciaré. A David no le importará otro divorcio...

—Hablas de los hombres como si fueran los peones de un tablero que tú

mueves a tu gusto... Eso no es amor, eso es posesión en un caso y manipulación en el otro... Deberías conocer el amor, Lucille, es maravilloso...

Lucille se ríe con desdén.

—¿El amor, como con tu gentil marido? A mí no me gusta tu idea de la felicidad. Es pequeña, mezquina, sin ambición, algo que se te pega a los talones...

—Te sorprenderá, pero creo que quiero a mi gentil marido. Me he ido acercando poco a poco hacia él. Es verdad que cuando me casé no le quería como ahora. Seguía un plan, mi plan, como sin duda tú has seguido el tuyo casándote con David... Tú te has burlado mucho de nuestros cuadernitos, pero nos han acercado. Ahora le veo como es, le acepto sin resignarme, sin empequeñecerme, al contrario..., y yo también sé cómo soy en realidad. Acepto mis límites...

—¡Yo odio los límites!

—Yo acepto mis límites y los proclamo. Esa es la verdadera sabiduría de la vida: saber quién eres; así no imitas a nadie, no envidias a nadie, tú eres tú y evolucionas en el terreno que te corresponde. Incluso puedes ampliarlo, apoyarlo, embellecerlo sin creerte otra...

—Yo quiero a Rapha...

—¡No lo tendrás! ¡En todo caso eso supondría una debilidad terrible por su parte y entonces le despreciarías! Tú quieres a Rapha porque no te pertenece, porque está lejos de ti... ¡No oí que te dirigiera ni una sola palabra de cariño ayer noche! Parecíais dos boxeadores aturdidos que siguen buscando dónde pegar para hacerse daño. Entre vosotros no hay amor, sino cálculo... Él debió de ser más tierno una noche conmigo que durante varios meses contigo...

Por primera vez, Lucille está herida. Levanta la vista hacia Agnès sin agresividad. Un halo de sufrimiento silencioso acaricia su mirada. Se pone a hablar como si estuviera sola, abandonada a su suerte.

—Él cierra los ojos cuando hacemos el amor...

—No está allí porque ese no es su sitio...

—Me llama Lucille, nunca usa un apodo cariñoso... No me telefona nunca. Siempre soy yo quien le persigue... Puede ser frío, muy frío... Yo

lloro a veces, pero me gustan esas lágrimas. Nunca he llorado por nadie. ¡Ni siquiera cuando murió mi padre! Eso es el principio de algo, ¿no? Es un inicio... No me importa nadie. Nadie... Tú puedes morirte mañana, Clara puede morirse, Joséphine puede morirse, David puede morirse, me da igual...

—¡No te creo!

—Tú no puedes entenderlo... Tú eres una palomita inocente... ¿Tú dices «te quiero», Agnès? ¿A quién le dices «te quiero»?

—A mis hijos..., sobre todo a mis hijos... A Yves no lo suficiente.

—¡Yo nunca he dicho «te quiero»! ¡Nunca! ¡Y nunca me lo han dicho!

—Te compadezco.

—Yo nací sola... ¡Más sola que todos vosotros! Más sola de lo que podéis imaginar... Tú, como mínimo, has tenido algo parecido a una familia. ¡La peor familia es mejor que ninguna familia en absoluto! Rapha es mi familia. ¡Si le pierdo, lo pierdo todo!

—¡No puedes robárselo a otra!

—¡Pues tú lo has hecho!

—Una vez... ¡Una sola vez! Para poder contarme cuentos... Escúchame, Lucille, aprende qué es el amor, el verdadero. El amor que da, es mucho mejor dar que tomar o robar... Yo estaré allí, te ayudaré.

—¡Ayudarme tú, Agnès!

Su tono sigue siendo burlón, pero en la última sílaba se le quiebra la voz y derrapa, sorprendida.

—Sí, podrás utilizarme como cuando éramos pequeñas y yo te llevaba la cartera o te servía de recadera, pero esta vez me necesitarás de verdad... ¡Seré yo quien te dará mi amistad y tú quien pedirá ayuda! Eso no es orgullo. Es amistad, amistad auténtica...

—Hablas por hablar, Agnès. Somos demasiado distintas nosotras dos... Es una casualidad que nos hayamos conocido, una pura casualidad, nunca debimos encontrarnos... No podemos ser amigas... No tenemos nada que decirnos.

—Porque tú no quieres escuchar...

Llaman a la puerta. Es el mayordomo que trae la correspondencia en una bandeja.

—Es el correo de la mañana, señora. Hélène lo dejó olvidado en la

cocina...

Lucille le echa un vistazo rápido y entre los sobres ve un paquetito marrón. Lo deja sobre el canapé, a su lado, y abre primero el correo. Y como Francis no se retira y permanece en silencio a su lado, ella se da la vuelta y le interroga con la mirada.

—Quería comentarle a la señora que cuando usted estaba en Nueva York llamaron por teléfono y colgaron varias veces..., y si me tomo la libertad de contárselo es porque esta tarde ha habido otra vez una llamada anónima pidiendo que el paquete se le entregara al señor... y luego esa persona ha colgado... Es el segundo envío de este tipo que recibimos. El primero lo abrió el señor...

Lucille se acerca a examinar la letra del sobre, entorna los ojos y sonrío.

—Una voz de mujer, supongo...

—Sí, señora.

—Ya sé quién es, Francis... ¡Una broma de mal gusto, imagino! Gracias, ha hecho usted lo que debía, se lo agradezco.

El mayordomo se inclina y se retira cerrando suavemente la puerta al salir.

—A mí no me gustaría vivir rodeada de criados —dice Agnès en voz baja.

—Yo estoy acostumbrada... Siempre he vivido con extraños...

Se estira, vuelve a doblar las piernas bajo el cuerpo, se envuelve con su gran camisa escocesa, desenvuelve el paquete marrón sobre las rodillas y descubre el contenido.

—Mi antigua institutriz, ¿te acuerdas de la señorita Marie?

Agnès asiente.

—Ella se quedó con mis diarios y se los envía a mi marido...

—¿Con qué intención, según tú?

Los labios de Lucille dibujan un leve mohín. No parece ni dolida, ni tan siquiera extrañada.

—David ni siquiera me lo ha mencionado. ¡Menuda flema! A veces le admiro incluso...

—Eso no está muy lejos del amor...

—Pobrecita... Deja de soñar... Amor, David no sabe lo que es eso.

Cuando sus padres le fabricaron se olvidaron de instalarle un corazón. Algo que, por otra parte, ¡hace un siglo que desapareció del inventario de los Thyme! Yo puedo hacer lo que quiera, a él no le importa en absoluto...

Hace una pausa, juega con la cubierta gastada de uno de los cuadernos, lo abre y lo lee al azar, en voz alta, mientras juguetea con uno de sus mechones rubios:

—«Yo no soporto la felicidad de los demás, no quiero que sean felices si yo soy desgraciada...». Tenía trece años, ¿ves? Ya empezaba mal. Me ponía la carne de gallina oíros reír, ver que erais cómplices...

Se sumerge en su cuadernito y sigue leyendo en silencio, se para y vuelve a leer en voz alta.

—«Yo detesto la felicidad, el calor de la gente que me rodea. Es algo que me congela en lugar de confortarme. Todo me parece pequeño, feo. Siempre me dan ganas de ensuciar aquello que parece puro y luminoso. Planeo traiciones y pactos. ¿Por qué mi madre se casó con mi padre? Ella también debió de representar la comedia de la felicidad. ¿A cambio de qué?...».

Deja el diario un segundo sobre sus rodillas y sonrío.

—No sé qué ha leído David en el anterior envío, pero debe de haber disfrutado mucho... Siempre me pregunté qué había sido de esos cuadernos. La señorita Marie... Se venga de mi indiferencia, de mi arrogancia de mocosa. Nunca le permití que se acercara a mí. Nunca quise que sustituyera a mi madre. Sin embargo, papá le dejó un estudio y una renta mensual en su testamento, pero no tiene bastante con eso. Ella también quiere existir, jugar un papel en la vida de los demás. Debe de considerarse importante, cree que así arruina mi matrimonio... ¡Si supiera! ¡David ni siquiera me lo ha comentado!

Y repite esa prueba de la indiferencia de su marido como si no se lo creyera.

—¡Es increíble, increíble..., lamentable, incluso! Pero así es mi vida. ¿Comprendes por qué quiero cambiarlo todo? No tengo mucho que perder...

—No estás obligada a cambiar haciéndole daño a todo el mundo...

Llaman. Lucille se estremece, mira el reloj, no se mueve.

—Es la hora del té —dice, impenetrable, y baja los ojos hacia la bandeja.

—¿Rapha? —pregunta Agnès—. ¡No puede ser Rapha! Ayer noche, en

cuanto te fuiste, se puso a pintar como si nada...

—¿Y si fuera Clara? La he invitado a tomar el té. A ti no te esperaba, Agnès.

Agnès se inclina hacia delante y agarra a Lucille del brazo.

—No se lo digas. No hace falta que lo sepa. ¡Por favor!

—Deja de suplicarme, Agnès. ¡Deja de darme lecciones! ¡Guárdate tus consejos para ti misma y déjame en paz! ¡No me digas nunca más, nunca más, lo que debo o no debo hacer! ¡Ya he tenido bastante paciencia contigo!

Lucille se aparta con un gesto brusco y lanza una mirada de enemiga, vehemente y decidida. Las pulseras tintinean, todo se vuelve metálico, frío, cortante. Agnès tiene la íntima intuición de que prepara la guerra, que la espera, que la desea, y que es demasiado tarde.

—¡Pero yo soy amiga tuya!

—¡Tú no eres amiga mía! ¡Yo no quiero tu amistad! ¡Ni la de Clara! ¡A quien quiero es a él!

Ha entrado Clara. Ha recorrido la sala, con un movimiento lleno de felicidad, de calidez, de afecto, dispuesta a ofrecerse a su amiga y, de pronto, se queda inmóvil, llena de estupefacción. El fuego sigue crepitando en la chimenea. Incluso es el único ruido perceptible, familiar, tranquilizador, pero poco a poco cambia de ritmo, se vuelve pesado, cargado del silencio ambiental, y se convierte en amenazador. A medida que pasan los segundos es aún más amenazante, el hada malvada ha bajado por la chimenea y agita sus brazos colorados y brillantes en dirección a ellas, les lanza una maldición y estalla en una carcajada maléfica. Clara se deja caer en el sofá, aturdida. Sus ojos se han convertido en dos puntitos fijos que no se apartan de la camisa escocesa azul y negra.

—Así que eras tú...

Lucille no dice nada y afronta su mirada. Es Clara quien acaba por bajar los ojos.

—Pero yo no te he hecho nunca nada... Nunca te he hecho daño...

Los cuadros azules y negros bailan en su cabeza. Cuadros que se mezclan y acaban siendo negros.

—¿Por qué? ¿Por qué? —murmura Clara.

Lanza un profundo suspiro y después levanta despacio la cabeza.

—Te diré, Lucille, que ya ni siquiera me pareces guapa... Eres fea como tu alma, se te ve en la cara...

—Todas somos feas... No solo yo...

Es el enfrentamiento. Ninguna de las dos quiere darse por vencida ni exponerse a la vergüenza pública. Dos mujeres que se pelean por un varón. Que destrozan su pasado, su amistad, las trizas del pasado y la amistad para disputarse el corazón de un hombre.

—Lo sé, lo sé —murmura Clara—. Ya lo he pagado bastante con Rapha... Pero eso era entre él y yo. No necesitaba convertirte en su aliada para vengarse...

—Yo no le obligué... Fue él quien vino a buscarme...

—No quiero saberlo. No quiero saber nada...

—Sí, has de saberlo... Con lo que dura... ¡Porque esto no es de ayer! Una noche, en la fundación, la víspera de su segunda exposición... Ya habían terminado de colgar sus cuadros, todo el mundo se había ido...

—¡Cállate! Te lo suplico, cállate...

No saber, no poner imágenes a lo innoble, lo incomprensible. Pero en su cabeza ya ha empezado esa pequeña película. Con las fechas exactas. Eso fue antes de que yo le recuperara... Antes de que yo volviera a ponerme en contacto con él, antes de esa caminata veloz y silenciosa a través de París, antes de que él me llevara de la mano hasta su taller, antes de que nos derrumbáramos, agotados, en el colchón, de frotarnos, de agarrarnos, de enmarañarnos, de emocionarnos, de comernos la boca a besos, suspiros, juramentos mudos y eternos. Ella ya estaba allí... En su vida...

—Él me besó. ¡Oh! Ese beso... Cómo lo esperaba, Clara, lo esperaba desde hacía mucho tiempo. Creí que iba a desmayarme. Él debió de notarlo, porque me cogió en brazos y me llevó hasta un sofá enorme, donde volvió a besarme... Fue como si me despertara de un largo sueño... No tuve fuerzas para pronunciar una sola palabra. Él me besó, me besó y me besó... Lo recordaré siempre... Yo le acariciaba la nuca, la camiseta, manoseaba la etiqueta de su camiseta, la arrugaba entre los dedos para estar segura de que no soñaba. Hicimos el amor, yo tenía el peso de todo su cuerpo encima y me decía: tienes que acordarte de todo, de todo, porque, después, cuando él se vaya, te dirás que no ha sido real... Él se fue. Yo me quedé un buen rato

tumbada, inerte, no podía volver a levantarme. Después, volvimos a vernos... Trabajábamos juntos. Yo le acompañé al extranjero, multipliqué los viajes para tenerle para mí sola... Yo sabía que él se sentía orgulloso de estar conmigo... por el modo como me sujetaba el brazo, como un propietario. Él me guiaba. Yo le pertenecía y era tan feliz... Yo le convertí en una estrella, Clara. ¡Eso lo hice yo! ¡No tú! ¡Fui yo quien le lanzó, quien le ha hecho conocer la vida fácil, el dinero, las mujeres apasionadas, los poderosos que le invitan! ¡Yo le hice conocer esa vida, yo!

Le lanza una mirada a Agnès. Una mirada que la devuelve a su pequeño pisito de Clichy, que le niega su categoría de rival.

—... Ya no estamos jugando en el patio del edificio de Montrouge. ¡Hemos pasado a otra cosa, y ni tú ni Agnès podéis seguirnos a ese terreno!

Clara se sobresalta.

—¿Por qué Agnès? Ella no tiene nada que ver con Rapha...

Eso no es todo, se dice Clara. Capta de nuevo el peligro. La conspiración. El nuevo mal que le espera. Se vuelve hacia Agnès y la interroga con la mirada.

Agnès no sabe, ya no sabe nada. Mira a Clara: lo último que desea es perder a esa chica, a esa amiga a quien quiere y a quien, sin embargo, ha traicionado. Traga saliva repetidamente, intenta olvidar la mirada implacable de Lucille, que espera que diga la verdad, que se prepara para escupir la verdad en su lugar, por si ella se retira. Prisionera de todas las trampas. Arrojada al drama como un paquete al mar, con dos pesos atados a los pies. Se ahoga, busca palabras para describir su angustia de una noche, su baja autoestima que la condujo a olvidar que Clara era su amiga, intenta recuperar a esa otra Agnès que era ella, no hace tanto tiempo, y que ahora le parece tan extraña, intenta justificar a la otra Agnès...

—Venga, va, tú que hablas de moral —grita Lucille—. ¡Tú que das lecciones a los demás, dile la verdad!... ¡Un poco de valentía!

Agnès se lanza, corta las últimas cuerdas que la atan a su amiga-hermana, todo aquel amor en el sofá rojo, las risas y las esperanzas, las lágrimas y la desesperación, sin saber, solo por cogerse del brazo de la otra, calentarse con la otra, tranquilizarse, arrebujarse, asustarse, consolarse y reír a carcajadas.

—Yo también una vez, una noche, fui a ver a Rapha. Y... fui yo quien se

lo pidió... Es culpa mía... Pasamos una noche juntos...

Clara recibe el shock, muy tiesa, con los codos pegados al cuerpo y todo el cuerpo soldado, para que la noticia no la penetre, para que no la abata de un hachazo en la nuca, siente el frío en la nuca, el filo de la hoja sobre la nuca. Ella resiste, aparta el cuello, aguanta. El fuego vuelve a ocupar todo el espacio de la sala. Solo se le oye a él, él, cuya canción sube y baja, como la música de una película que subrayaría la tensión de la escena. Tres mujeres encerradas en un silencio que ruge en su cabeza, que inunda su cabeza como un torrente furioso que se desborda y lo arrasa todo a su paso. Que aporrea, lo aporrea todo, y se infiltra por todas partes, un furioso torrente de barro...

—Yo nunca os he hecho daño —repite Clara—, nunca... Nos abrazábamos, reíamos, llorábamos, nos lo contábamos todo y, en el fondo, eso no era amor sino envidia, resentimiento, celos que se tejían como una tela de araña... Yo, que desconfiaba de todo, nunca he desconfiado de vosotras. Nunca...

Hoy Clara lo ha perdido todo. Su padre, su madre, Philippe y Joséphine, Lucille, Agnès y Rapha... No tiene fuerzas para preguntarse qué sigue viviendo en ella. No lo sabe, ya no sabe nada. No tiene nada a que aferrarse. Detrás de ella, ruinas amenazadoras, calcinadas, recuerdos incendiados, mordazas que se disfrazan de besos para morder mejor y atraparla. Levantarse y correr, correr hacia otro lugar que no imagina. Paga. Paga muy caro una factura ignorada. Hasta ahora lo comprendía; ahora ya no lo comprende en absoluto. Y esa falta de sentido le arrebató la fuerza. Abre sus manos vacías. Tiende sus manos vacías hacia su mirada blanca, ciega, que intenta comprender, pero no sabe qué debe comprender. Sufre eso que debió de sentir su madre cuando se lo quitaron todo. Toca el vacío como ella debió de tocarlo, y la vida se convierte en una película en blanco y negro, desenfocada, que descarrila y se rompe contra un árbol...

Si hablara, si dejara aullar a su dolor, a su pena feroz, no provocaría más que dolor, un dolor aún mayor, y no está segura de desear eso. Comprender, comprender. Comprender lo incomprensible. Encerrar todo su sufrimiento en una cajita de hojalata, allí donde antes batía un corazón lleno de apetito y de sangre roja. Envejecer es eso, se dice, y vuelve a cerrar la tapadera de la caja, dejar que el óxido cubra la tapa de hojalata de su corazón y esperar sin

volverla a abrir nunca más... No decir nada más, levantarse e irse. Clara ordena a sus piernas y a sus brazos que obedezcan y es como si le diera órdenes a un robot oxidado. Uno, dos, uno, dos, avanza, pequeño robot, ve hacia la puerta. Camina hasta que te derrumbes y comprendas o te niegues a comprender, y vuelve a cerrar para siempre la pequeña tapadera oxidada sobre tu corazón, que ya no late. Clara ya no ve. Ya no oye, no detecta ni los brazos extendidos, suplicantes de Agnès, ni la cara inexpresiva de Lucille, sale de la estancia siguiendo las pequeñas baldosas negras y azules que bailan en su cabeza, ejecutando una danza siniestra, haciendo que sus ojos se llenen de agua. Camina para no ahogarse en toda esa agua que brota en su cuerpo.

Anduvo, mucho, mucho tiempo. No sabía adónde iba. Andaba. Hombre de hojalata, hombre de hojalata, hombre de hojalata. Pronunciaba palabras incoherentes, palabras que volvían a ella procedentes de mucho tiempo atrás, onomatopeyas, frases de sus libros infantiles, versos que le había enseñado la abuela Mata. París tiene frío, París tiene hambre, París ya no come castañas por las calles, París se ha puesto viejos vestidos de vieja, París duerme de pie y sin aire, en el metro. Las palabras llenaban su cuerpo, sus piernas, vertían plomo, carne plomiza en su cuerpo, en sus piernas, en sus brazos que colgaban como trapos pesados. Ella avanzaba, avanzaba, sin mirar los coches, los árboles, las personas con quienes tropezaba. Bajo el puente Mirabeau pasa el Sena y nuestro amor, él debe recordarme que siempre llega la alegría después del dolor. Llega la noche, suena la hora, pasan los días, me quedo yo.

Cuando hubo agotado todas las palabras, toda la fuerza que las palabras trasladaban a sus piernas, cayó contra el muro de un puente, se frotó los ojos y dio media vuelta para volver a su casa. Apenas tuvo fuerzas para dar la vuelta a la llave en la cerradura, cerrar la puerta a sus espaldas, ir dando tumbos hasta la cama y amontonar su ropa alrededor de su cuerpo, magullado como si le hubieran dado cien bastonazos. Moverse le dolía, respirar le desgarraba el pecho, tragar saliva era como tragar sables de fuego, y los párpados le pesaban como dos piedras de sepulcro aplastadas por lápidas funerarias.

Aún tuvo tiempo de pasar revista a cada lápida funeraria y de leer todos los cumplidos y las elegías que le habían dirigido. Yo era una persona formidable, se dice, deslumbrada, yo era una persona formidable, yo no lo sabía y no he hecho nada, no he hecho nada, nada...

Se sumergió en un sueño donde brotaban raíces, flores, nenúfares, sapos, junquillos, lianas y papagayos, árboles cuyas ramas colgaban para levantarla, para rodearla en una oscuridad fluorescente que no le daba miedo, que la envolvió dulcemente, la tomó en sus brazos y depositó un beso en su frente empapada de sudor. Entonces morir solo es eso, es tan agradable desaparecer rodeada del afecto de los suyos... Ellos me querían y yo no sabía nada. Yo nunca aprendí a servirme de esta fuerza. A partir de ahí deja de pensar. Esboza una sonrisa antigua, la sonrisa de la pequeña Clara rebelde y no ingenua, y se adormece emitiendo un profundo suspiro. Si me despierto, si me despierto, si me despierto, sabría, sabría... Tendría fuerza para vivir, fuerza para comprender y para perdonar. Voy a dormir, dormir, dormir y olvidaré.

Durmió tres días y tres noches. Sin moverse. No oyó ni el teléfono, ni el timbre de la puerta de la entrada a la que llamó la señora Kirchner que traía un certificado para que ella lo firmara. No oyó los pasos de su hermano en el apartamento, su hermano que le levantó varias veces el brazo derecho y después el izquierdo, que le pegó la oreja al pecho, buscó por debajo y alrededor de la cama rastros de pastillas sospechosas. No había nada. No encontró nada. Nada especial. Solo esa sonrisa que se dibujaba en los labios de su hermana y le recordaba a la pequeña Clara, que se negaba a dejarse engañar. El único indicio que probaba que seguía viva. Hizo venir a un médico que la auscultó y, al no constatar nada anormal, aconsejó que la dejaran dormir. Antes de marcharse, le extrajo una muestra de sangre.

Ella no se movió. Sonreía. Inmóvil y tranquila. Nenúfar flotando en la noche confusa de su sueño. Ella no sabía que estaba autorizada a sobrevivir como había sobrevivido al señor Brioux, al tío Antoine y los demás. Diseñada para pelear. Para oponer el don luminoso de su vida a la brutalidad de los demás que querían aplastarla, reducirla, convertirla en una mujer vencida que inclina la cabeza y se deja separar las piernas. Ella no lo sabía pero el sueño lo sabía, el sueño que reconstruía sus fuerzas una por una, que le recosía un

adorno y volvía a pegar uno a uno los pedazos de su corazón desgarrado. Hay personas así; uno se pregunta cómo soportan lo que han sufrido, uno se pregunta de dónde les viene la tozudez que les permite mantenerse de pie, protestar, no doblegarse nunca, no resignarse nunca a dejar pasar la oportunidad de reír una vez más, de seguir confiando, de seguir queriendo. Es el gran genio del sueño que, muy suavemente, con dedos de mago, dedos de espigas de trigo barbudas y doradas, permite que Clara se rehaga, se sulte de nuevo, invente una manera, su manera de ver los acontecimientos de su vida y sobrevivir.

Todo eso fue lo que sucedió en su sueño. Un vigor sorprendente que se apropió de ella e hizo que se desprendiera una vez más del siniestro abrazo de la fatalidad, que la obligó a soltar la presa para ver solo lo esencial. Él me quiere. Yo sé que me quiere, susurraba la voz en su sueño, que me ama por encima de todo, como yo le amo por encima de todo. Él me ha devuelto el dolor que yo le había infligido y ahora, ahora, nos hemos separado. Tengo que aceptar este dolor. Forma parte de nuestra historia ya que en toda historia de amor o de amistad, no solamente existe el sol de la generosidad o de la ternura, hay fuerzas oscuras que nos empujan a ensuciar, a denigrar, que nos llevan al fondo de una cloaca que es nuestra y que nos repugna contemplar. La luz y el lodo, el lodo y la luz. Ahora, nosotros lo sabemos todo del amor, de nuestro amor.

Agnès... La pequeña Agnès que no había recibido de la vida más que el amor que ella se había fabricado pacientemente, gramo a gramo, que buscaba por todas partes ese amor que, a veces, se hartaba de conquistar completamente sola. Agnès que también quería soñar, como todas nosotras, soñar con un amor inmenso que iría a posarse sobre ella como una hoja y parecería una estatua de oro. Ella ya había perdonado a Agnès. Igual que a Lucille. A menudo las personas malas son infelices que no han recibido su ración de amor y se la roban a los demás, que mantienen los puños cerrados para luchar mejor, porque nadie ha deslizado nunca una mano cariñosa y dulce entre esos puños crispados...

—Pobre Lucille —murmura Clara en sueños—. Pobre Lucille...

Clara había tenido el amor de su hermano, la muñeca Véronique, el amor de Rapha, de la abuela y del abuelo Mata. Ella había recibido todo ese amor,

que la había curado de la carencia original, de esa carencia que creaba una especie de agujero en ella, la falta de la madre, del padre, de sus caricias. Ella lo había arrebatado todo, porque se lo habían arrebatado todo. Se había convertido en ogresa y había devorado para borrar el viejo dolor que corroe y vacía. No llorar más sobre el cuerpo ausente de su madre tendida al sol, sino calentarse con ese cuerpo, llenarse de su calor, no querer atrapar más el extremo de su vestido cuando ella pasa corriendo por el pasillo, sino conservar el recuerdo del extremo de su vestido para que le dé la fuerza necesaria para reconstruir todo el vestido y, más tarde, envolverse en este vestido, extraer todo el amor de una madre de ese pedazo de tela atrapado, reivindicar alto y fuerte la presencia de un hermano, después de un amante, mezclar la vida y el amor y la cólera y el miedo sin que la vida, su vida, sufra por ello. Sin saber cómo, ella lo consiguió, pero qué importa que lo sepa; la vida, las ganas de vivir, era lo que la llevaba al límite de sí misma en cada ocasión. De la infelicidad más negra, ella sabía extraer una perla blanca, pura, nacarada, que brillaba en la oscuridad y que ella seguía ciegamente. El talento de Clara residía ahí. En resistirse a un destino que la vida quería imponerle y que ella rechazaba, pequeño ser humano enganchado a una felicidad que no quería dejar pasar, ni aceptar su mediocridad. Ese era su modo de ser grande. No una gran artista ni una santa, sino una gran enamorada de la vida. Ella rechazaba la pequeñez y la mediocridad. En ella y en los demás. Ella creaba infelices, seguro. Ella creaba infelicidad, sufrimiento. En ella y en los demás. Pero ella les obligaba a salir de su vida, les forzaba a superarse, a aceptar un dolor, un destino que les hacía grandes y nobles. Sin ella, Rapha nunca habría pintado como pintaba. Agnès quizás no habría aceptado a la pequeña Agnès. Joséphine no habría sentido vergüenza por ser una pequeñoburguesa ávida y tensa. Ella conducía a los demás a llegar al límite de sí mismos. Era doloroso, claro. Para ella y para los demás. Podían juzgarla mal. Pero ella tenía ese don, ese don de la vida extrema.

Porque ella había decidido, desde pequeña, que los demás le mentían y que la verdadera vida estaba por inventar, en otra parte. Si los demás tenían razón, si las personas mayores como su tía y su tío tenían razón, ¿cómo explicar entonces que se hayan convertido en esas formas fofas, repugnantes, rechazadas por la propia vida, como si esta ya no les quisiera? Esos títeres

siniestros que se descolorían a medida que pasaba el tiempo... La vida es ingrata con aquellos que la sirven mal, que la traicionan. Finge que les da la razón durante un tiempo, lo suficiente para que se enmienden, rectifiquen, y después, si no hacen nada de eso, les borra, les envilece o les ahoga en su mediocridad. Y entonces toma en sus brazos a aquellos que nunca han desesperado y les adorna con belleza, con dignidad, con gracia, con malicia y con sabiduría. Mirad las caras de los viejos: todos se parecen, todos arrugados, todos agotados, pero algunos poseen una luz que les coloca por encima de los demás, que atrae a los jóvenes y a los niños, los homenajes y los besos.

Clara ignoraba el trabajo del genio del sueño. Clara dormía.

Duerme, pequeña Clara. Descansa en paz. Jamás te vencerán... Nunca estarás sola, porque siempre habrá seres humanos que se reconocerán en ti, en esa resistencia que honra a la raza humana, para reunirse, para ir a buscarte y unirse a ti. Es la fuerza de todas esas personas la que tú has irradiado y de la que eres responsable.

Fue esa fuerza, esa seguridad secreta que ella no había podido formular sin tener, sin embargo, miedo de perderla completamente para siempre, la que volvió en la inconsciencia de su sueño y la recosió pieza por pieza.

Ella dormía, ella dormía. Y la sonrisa de la niña, la sonrisa de la única persona que ella quería reencontrar, la protegía en su sueño.

Durmió durante tres largos días y tres largas noches. Todo ese tiempo fue necesario para que absorbiera el dolor que le había sido impuesto. Que lo identificara y que lo tocara con el dedo para vencerlo como había vencido otras veces. Ya que ese sufrimiento se parecía a todos los demás, cuando esperaba, de niña, que su madre la mirara y la escogiera como a la única niñita del mundo, cuando comprendió, una noche, agazapada detrás de la puerta del salón, que su padre y su madre no volverían más, cuando ella corría detrás de su tío y él no le dirigía la palabra, cuando esa tarde en Venecia, en el mostrador de la agencia, el dolor de Rapha se había impreso en su propia carne...

Entonces, una mañana, abrió los ojos.

Pidió agua, un gran vaso de agua, y esperó que su cuerpo le enviara una señal. Movié un brazo, una pierna, levantó la mano a la altura de los ojos,

estiró los dedos uno a uno, volvió a doblarlos y no notó nada anormal. No pasó nada. Se sentía extraordinariamente ligera y agradecida.

—No me he oxidado —cuchicheó.

Delira, se dijo Philippe, inclinado sobre la sonrisa maravillada de su hermana.

—Se acabó. Ya no tengo miedo... No me he oxidado...

Cogió la mano de su hermano y se la puso sobre el corazón. En la cajita de hojalata latía un corazón regado por una sangre nueva, libre de todas las fiebres del pasado, de todo el peso del pasado. Un corazón ligero que saltaba en su pecho, y brincaba tan fuerte que ella creyó que iba a escaparse y que tenía que poner las manos planas para contenerlo.

—¿Ves esa luz allá abajo? —le dijo ella enseñándole un rayo blanco que se colaba entre las cortinas corridas.

Él volvió la cabeza e intentó percibir aquello que su hermana quería que viera a toda costa, una luz temblorosa entre dos trozos de tela blanca.

—Allá abajo... —insistió ella—, entre las cortinas...

Él dijo que sí, que la veía.

—Soy yo, ¿ves?, soy yo... y esta vez lo he conseguido yo sola. Sin ti, ni nadie...

Ella le sonrió. Y ya no era la sonrisa de la durmiente arrastrada a lo lejos, que deja que su cuerpo se bata contra poderes desconocidos, sino la sonrisa encarnada de una mujer, su hermana, que había decidido vivir.

Rapha no se mueve. No puede moverse. Inmovilizado por su pecado. Por su viejo deseo de venganza, que ha ejercido durante demasiado tiempo. Sigue, encerrado, dentro de su taller. Ha corrido las cortinas. Ya no puede entrar nadie. Espera que ella llame. Como antes, no puede hacer más que eso: quedarse encogido en un rincón de su taller esperando que ella vuelva. Esta vez ella se ha ido más lejos, con otro que él no conoce. Una vez más, es una historia de silencio, una historia de ausencia entre ellos. Una historia sin palabras, donde el tiempo ocupa todo el espacio para instalar el perdón, el único remedio para todos los males.

El único con quien puede hablar, porque en su caso no es necesario

hablar, es Philippe. Los dos están unidos por ese silencio de hombre impotente, de hombre que no sabe, que querría hablar, explicar, explicarse, pero no puede. Él le telefonea todos los días, una vez por la mañana, una vez por la noche. Le pregunta si hay novedades. Philippe dice sí, dice no, nunca le propone que vaya.

—Esperaré —dice Rapha—. Tengo todo el tiempo del mundo...

Siempre dice las mismas palabras, como el ritual de una misa del que cada uno sabe las respuestas de memoria pero las enlaza con el mismo ardor. Sus dos respiraciones silenciosas en la línea telefónica. Sus respiraciones que dicen más que todas las palabras. Sin reproches, sin pedir cuentas, sin lamentaciones estériles o remordimientos vanos.

—Me he hecho la prueba. Es negativa —suelta una noche Rapha.

—Yo también —dice Philippe—. Negativa.

—¿Y ella? —pregunta Rapha.

—Le sacaron sangre y nada...

—Ah —dice Rapha.

—Agnès tampoco —añade Philippe.

—¿Y Lucille?

—No sabemos nada de Lucille... ¿Y tú?

—Nada... ¿Y Joséphine?

—Tampoco sabemos nada...

Solo queda una persona a quien Rapha quiere ver antes de retomar su prolongada espera de Clara. Chérie Colère. Todo empezó por causa de ella. ¿Gracias a ella?, se sorprende pensando.

Abre los cerrojos de la puerta y sale a buscar a Chérie Colère. Tiene la cabeza clara. Ya no tiene miedo. Sabe que la encontrará. Sabe que no se ha marchado. Ella suele ir al Cadran, un bar de Bagneux donde puedes oír grupos por cincuenta francos. Se instala en un taburete de la barra, deja el bolso en el taburete de al lado, la chaqueta en otro, delimitando su territorio, prohibiendo el acceso. Nadie viene a molestarla. No se atreven. Se pasa horas enteras allí, bebiendo cerveza. «Esto es mi hachís», le dice a Bibi, el barman, que vuelve a llenarle el vaso en cuanto ella lo vacía. Eso le embota la cabeza y le impide pensar.

Rapha aparta el abrigo y sube al taburete. Chérie Colère vuelve la cabeza,

asombrada, le reconoce y apoya la mejilla en él sin decir nada. Él le responde al gesto amigable y dulce. Ella le ofrece su vaso y pide otro. Rapha la mira, conmovido, dispuesto a perdonárselo todo. Ella tiene dos arrugas amargas alrededor de la boca, pero le dirige una débil sonrisa que extiende ese surco profundo a sus mejillas pálidas, casi amarillentas.

—Deberías tomar el aire —le dice Rapha acercándose a su oído.

—No tengo pasta —contesta ella, volviendo hacia él dos rasgos negros y densos, dos ojos agotados, cerrados como ostras.

—¿Y si yo te la prestara?

Ella menea la cabeza.

Él moja los labios en la espuma fresca y se dice que una chica tan orgullosa no habría escogido un modo de vengarse tan rastrero. Ella nos habría cortado la cara con un cúter o nos habría estrangulado con una media. Ella no habría tenido miedo de que la detuvieran. Cuando ya no hay esperanza, ya no hay espacio para el miedo.

—¿Es verdad lo que dicen de ti en el barrio?

—¿Que tengo sida y que se lo paso a todo el mundo para vengarme?

—Exact...

—Es el gitano quien hace correr ese rumor para vengarse porque yo le rechacé. Ya lo sé. Hace tiempo que me hacen el vacío. Incluso tú, Rapha, incluso tú...

—Me deprimí, es verdad... Pero te he buscado por todas partes...

—¿Tú te lo creíste? ¿Creíste eso de mí?

Rapha suspira.

—Si supieras las tonterías que he llegado a hacer...

—Él oyó una historia de una chica en Inglaterra o en Escocia, que se había vengado de unos tipos contagiándoles uno por uno, y le pareció que eso podía quedar bien en esta situación... Los vecinos quieren que me traslade y he perdido mi trabajo en la peluquería. Fantástico, ya ves...

Bibi sirve otra cerveza que llena el vaso vacío de Chérie Colère.

—¡Bingo! —dice esta última—. ¡Gracias, Bibi!

Se vuelve hacia Rapha.

—Me encanta Bibi. Con él no hace falta hablar... Eso es raro en estos tiempos que corren...

—¿Qué vas a hacer?

—Irme a otra parte. A un sitio donde nadie me conozca. Aún quedan, afortunadamente. Las uñas, la belleza, eso es un valor seguro. Quizás a Londres... Tengo una amiga que se marchó allí... Por lo visto eso funciona allí. No es como aquí, donde todo el mundo va mal y se muere de aburrimiento... ¡Estoy harta de este ambiente de depresión sistemática! Harta de esta gente que llora y arrastra el culo por el suelo.

—¿Quieres pasta para largarte?

—¿No tienes otra cosa que proponerme?

Una luz pasa entre esos dos trazos negros cerrados con dos líneas de carboncillo, un poco corrido en un lado. Una luz fugitiva, que choca con el silencio embarazoso de Rapha y que se apaga enseguida.

—Tú desde luego eres lo único que extrañaré de aquí... ¡Un recuerdo feliz, aunque duela, siempre es mejor que un recuerdo triste!

A los pies de Clara se enrolla el fax. Ella se agacha para recogerlo y reconoce la caligrafía de Joséphine. Duda antes de leerlo. Conoce a Joséphine y su ímpetu, no está segura de querer escuchar su estilo acompasado y vivaz. No, en este preciso momento... Ellas dos ya no cantan la misma canción. Le parece lejano, ese tiempo de los faxes descarados, de Mick Jagger y de Jerry Hall. Ella ha mudado y teme que la elocuencia de Joséphine arañe su nueva piel. Sin embargo, necesita su calidez, los brazos de Joséphine rodeándola, una Joséphine muda y apoyada en ella. Extraña a esa Joséphine.

Joséphine... No han hablado desde...

Desde...

Clara está sola en el apartamento. Ya no sale, ya no recoge el correo de detrás de la puerta, ya no contesta al teléfono. Espera que su nueva piel, su piel de bebé, suave y fina, se curta, se haga más gruesa para afrontar el mundo exterior. Se abraza a sí misma. Se sienta al lado del fax con las piernas cruzadas. Lo mira un buen rato. Lo coge con cuidado entre los dedos y baja la mirada hacia las primeras palabras.

Lee y, sin saberlo, se adapta a la gravedad de la carta de su amiga.

Clara:

Sé que estás mejor. He tenido noticias tuyas por Philippe. Ya ves, volvemos a hablarnos gracias a ti. No nos decimos gran cosa, pero nos hablamos. Yo no te he telefoneado porque yo también estoy y he estado trastornada. Menos que tú, sin duda..., pero bastante de todas formas, y eso aún no ha terminado. Antes de contarte mi vida, has de saber que te quiero, que eso no es solo una palabra bonita, y que en cuanto me hagas una señal estaré ahí. No esa atolondrada que te pone nerviosa, sino la otra...

Hui. Es verdad. Tuve miedo, un pavor intenso que me vació las entrañas y me hizo volver a toda velocidad a Nancy. Nunca los brazos de Ambroise alrededor de mis hombros en el andén de la estación me habían parecido tan tranquilizadores. ¡Por poco le firmo un contrato de noventa y nueve años, castidad incluida, con cinturón y doble llave entregada a mi amo y señor!

Así que volví al lado de Ambroise y los niños. Vinieron a buscarme a la estación y, al verles a los cuatro en fila en el andén, lloré de emoción. ¡Qué loca estaba pensando en sacrificar toda la felicidad de esa fila de caras inocentes y llenas de amor hacia mí! Les abracé, con lágrimas en los ojos, chorreando abnegación y con el corazón desbocado.

Y fui feliz, con una felicidad de vestal, inmolada en el altar conyugal. Ya no pedía nada, nada más que esa felicidad, y estaba dispuesta a todos los sacrificios para disfrutarla. Los primeros días fueron serenos y plenos. Yo saboreaba una tranquilidad despreciada durante mucho tiempo. Ya no estaba enfadada. Estaba anestesiada. Era como si hubiera escapado a un peligro terrible. Una auténtica convaleciente. Sacaba provecho de todo. Hallaba felicidad en el más pequeño detalle: un dibujo de Arthur, «para mamá a quien quiero con locura», un comentario de Julie sobre las nuevas parejas de novios en el colegio, el peso de Nicolas pegado a mí. Ya nada me pesaba y sentía una indulgencia inmensa por todo aquello que antes me irritaba. Ambroise me contemplaba, orgulloso de sí mismo,

convencido de ser el origen de esa nueva sumisión. Él volvió a sacar pecho, recuperó la seguridad, bramaba como el ciervo en celo, en septiembre, la estación de los amores antes de que los bosques y las altas planicies se cubran de nieve. Me honró incluso con varios esmerados juegos de cadera. Yo hice lo mismo, con el corazón animoso, y experimenté por primera vez la ternura en el acto carnal. Ya no era una lucha para conseguir el placer sino el intercambio tierno de dos compañeros de vida. Veía el nombre de señor y señora escrito en los sobres del correo y me sentía tranquila. Me colgaba de su brazo en las cenas. Asentía ante sus peroratas. Veía crecer la planta de tomillo de la cocina.

Y entonces...

El miércoles pasado, a Julie la invitaron a una merienda en casa de Laetitia. Laetitia ha cambiado de colegio este año y Julie ya no la ve. Era su mejor amiga. Recortó su silueta de la foto de curso del año pasado y la pegó a su lamparilla para decirle buenas noches cuando la apaga. Los padres de Laetitia están divorciados y la niña alterna una semana en casa de uno y una semana en casa del otro, lo cual hace muy difícil que las dos amiguitas se vean. Prácticamente ya no se ven. Hablan por teléfono, pero cada vez menos.

Durante unos días, la fiesta en casa de Laetitia fue el único tema de conversación de mi hija. El vestido para ir a casa de Laetitia, los zapatos que se pondría, el regalo que iba a escoger, la hora a la que llegaría, la hora a la que yo debía ir a buscarla. Hizo una lista de todo lo que iba a contarle a Laetitia y clasificó los temas por orden de importancia. Cuando llegó el martes por la noche, su actitud cambió. Apenas probó la cena, dejó que Arthur se terminara sus natillas de chocolate. Crispada, ausente, con la mirada llena de una angustia muda. Yo daba vueltas a su alrededor, intentando entrever una grieta por donde meterme para hacerla hablar y que me lo contara. No había nada que hacer.

Cuando llega el momento de apagar la luz de su habitación, yo miro la fotografía de Laetitia en la pantalla y le murmuro con un beso:

—Mañana es miércoles. Verás a Laetitia...

Ella me lanza una mirada terrible desde el fondo de la almohada y, chupando su viejo peluche que parece dos bolas desgastadas que se aguantan por un hilo, farfulla:

—No tengo ganas de ir, mamá. No tengo ganas...

Yo la miro, desconcertada.

—¡Pero, bueno, cariño, si te apetecía muchísimo! ¡No lo entiendo!

—¡Mamá! ¡Por favor! —contesta ella y junta las manos—. ¡Te lo suplico! No quiero ir.

Yo le digo que Laetitia la espera, que ha preparado una fiesta, que ella se ha comprometido a ir. Todo inútil. Ella acaba sollozando y llorando, pidiéndome por favor, entre hipos, que no la obligue a asistir.

El miércoles por la mañana, me veo obligada a constatar que no ha cambiado de opinión y en cuanto apunto la posibilidad de ir a casa de Laetitia, ella se retrae, se contrae y expresa una angustia terrible.

Por lo tanto, se queda toda la tarde en casa jugando con Arthur.

Por la noche, le propongo telefonar a Laetitia para excusarse. Nueva crisis de pánico, otra vez las manos unidas en un espanto indescriptible, como si yo la amenazara con lanzarla completamente desnuda a una bañera de hormigas rojas carnívoras.

Yo renuncio, intrigada, y me prometo a mí misma volver a hablarlo con ella.

Pasan unos días y recibo una llamada del papá de Laetitia, en cuya casa se celebró la merienda. Su hijita esperó a Julie toda la tarde, no tocó ni los pasteles, ni los regalos, pendiente de la llegada de su amiga para que empezara la fiesta.

—¡Pero no lo entiendo! —le digo yo—. ¡Era un cumpleaños, Laetitia había invitado a muchos más niños!

—En absoluto —responde el padre, muy molesto—. Solo había invitado a su hija y le había hecho creer que era una gran fiesta para darle una sorpresa...

Yo me deshago en excusas y prometo que Julie lo compensará invitando a Laetitia el miércoles siguiente. Cuelgo y voy a buscar a mi hija. Le exijo que me lo explique. Ella me hace prometer que no la reñiré si me dice la verdad. Yo le respondo que jamás, que nunca jamás la castigaré aunque me confiese la peor estupidez. Tú me conoces... Ya me tienes lanzada a un elogio académico de la Verdad que estructura, que permite saber dónde está uno con relación a sí mismo, que te da valor para ser uno mismo, distinto a los demás, la Verdad que hace avanzar...

—Cuando mientes, te cuentas cuentos... Te conviertes en otra, en la de tu mentira, y al final ya no sabes quién eres. Mentimos cuando no tenemos valor para mirar las cosas cara a cara.

Me sentí bastante orgullosa de mí. Me dije que hablando de ese modo le proporcionaba una columna vertebral y miles de huesecillos para el resto de sus días. Había olvidado completamente el tema inicial de nuestra conversación: la merienda en casa de Laetitia.

Ella me escucha muy seria, se queda un rato pensando y me pregunta:

—Entonces, ¿tú por qué sigues con papá?

Yo la miré, sin respiración. Toda mi duplicidad condensada en una frase.

—¿Por qué dices eso?

Ella no contesta. Me mira fijamente, desamparada, ligeramente asustada.

—Habías dicho que no me reñirías...

—No te riño.

—Sí... No pareces muy contenta.

—Estoy sorprendida, nada más. Muy sorprendida, diría...

—Eres tú quien dice que hay que hablar...

—Y tengo razón...

—Eres tú quien se queja siempre de papá. Estos últimos días no, disimulas..., pero normalmente...

Yo me quedo muda. Ni una sola palabra sale de mi boca. Petrificada. Desenmascarada. Yo soy la hija pequeña y ella la madre.

Tengo ganas de apoyar mi cabeza en su pecho y que ella me hable de mis mentiras, de mi falso ímpetu, de mi verdadera cobardía. Que ella me pase la mano por el pelo y me consuele. Que me preste su peluche con las bolas colgando, que me haga sitio en su cama y me acune hasta que me duerma.

—Yo no quería ponerte triste...

—No me pones triste...

La tranquilizo y recupero la compostura, vuelvo a la conversación sobre el tema del día. He perdido el tono académico y hablamos de igual a igual. Ella debe de notarlo, porque no disimula.

—Entonces, ¿por qué no has ido a casa de Laetitia?

—Porque tenía miedo.

—¿Miedo de qué?

—Miedo de volverla a ver otra vez y después no volver a verla... Miedo de sentir pena después... ¿Entiendes, mamá? Si ya no la veo más, al final la olvidaré y ya no estaré triste...

Soy incapaz de decirte hasta qué punto me sentí emocionada: mi hija economiza los sentimientos. ¡A los ocho años! Ella gestiona su capital afectivo como... su madre.

Yo le doy un ejemplo de mujer que tiene miedo a vivir y que prefiere seguir bien protegida por un marido al que no valora, pero se resigna. Todo eso que yo creía enseñarle con una buena educación, con la presencia, el amor, estaba tachado por una palabra: miedo. El miedo que siento yo y que le comunico sin saberlo, miedo de vivir, miedo de correr riesgos, miedo de amar.

Desde entonces, me torturo. ¿Qué debo hacer? Mi felicidad de los últimos días ya no tiene el mismo sabor. Me parece prefabricada, adulterada. Y lo es. Mi vida pasada, esa que te conté en mi último fax, también me parece falsa. Forzada, mecánica. Todo lo mío es falso, Clara. En mi caso, ¿el valor sería irme con los niños bajo el brazo? ¿Para ir adónde? ¿Para hacer qué? ¿A vivir cómo? ¿Y de qué? Podría multiplicar los interrogantes hasta el infinito...

Si me voy...

Si me quedo, estoy protegida pero... muero lentamente y contagio

el virus del miedo a mis hijos. Les convierto en cobardes.

Clara, tengo canguelo. CANGUELO. Creí que había alejado la tentación, que la había ahogado bajo el hábito de la perfecta esposa, y resulta que me ha saltado a la cara.

Yo, con Philippe, había entrevisto otra cosa, otra forma de vivir, de estar con un hombre, otro camino a seguir, pero tengo canguelo. No paro de repetir esa palabra. Soy como Julie, que prefiere no ir a su fiesta...

Como tú, necesito estar sola para pensar en todo esto. Sola como todos aquellos que sienten que lo que son realmente nadie puede comprenderlo y prefieren por tanto vivir una caricatura de sí mismos. Sola también para decidir. Debo hacer callar a la idiota, la alocada y ceder la palabra a la otra, a quien no conozco aún pero que llevo esperando desde hace mucho tiempo...

Pero si tú necesitas ternura, yo estaré ahí, para ti. No para hablar. Para abrazarnos muy fuerte como en el sofá rojo de la abuela Mata...

*Te abrazo tan fuerte como te quiero,
Joséphine*

P. S.: Mañana voy a hacerme la prueba. Está decidido. He pedido hora. Te envío un fax con los resultados en cuanto los tenga.

Clara deja el fax y tiembla, se envuelve en sus brazos y se hace una bola sobre el suelo. ¡Cuánto camino recorrido en unos días! Vivimos días y días, semanas y meses, trimestres y años, sin tener la impresión de avanzar, sin tener la impresión de pensar, y durante todo ese tiempo tiene lugar un trabajo inexorable, lento y subterráneo, sin que uno se dé cuenta, sin que sea consciente. La verdad no es eso que afirmamos en voz alta, sino lo que se nos escapa. Un chorro de agua clara en el fondo de nosotros mismos, que arrastra lo más puro de nosotros mismos, que cava, que se infiltra con paciencia, que abre. Y de repente, en dos o tres días, nuestras vidas dan un giro, volteadas

por la fuerza oscura que nos trabaja por dentro. Y entonces, hay que tener la valentía de dejar hacer a esta fuerza nueva y seguirla allí donde quiera llevarnos.

Ella dudaba todavía. Quería aprender una última cosa. Había conocido la glotonería, la avidez, la voracidad, la infelicidad opaca infligida por los demás, la infelicidad fulgurante provocada por sí misma. Ella tenía experiencia. Tenía incluso demasiada experiencia. Le quedaba una última cosa por aprender, y esa cosa, quería estar segura de que Rapha, solo en su rincón, la dominaba también. Esa virtud que ella siempre había rechazado hasta ahora, llegando incluso a despreciarla, a desecharla como una muestra de tibieza, de falta de valentía ante la vida, esa desconocida que había penetrado como una luz cuando Clara había reabierto los ojos después de su prolongado sueño, cuya letra se desplegaba como una serpiente perezosa y que se llamaba paciencia. Necesitaba tiempo, dejar que el tiempo y la paciencia hicieran su trabajo, antes de reencontrarse con Rapha. Y quería esperar que también él, escondido en su taller, siguiera el mismo camino que ella y esperara, esperara. Solo entonces podremos reencontrarnos, se decía, en un mismo vértigo de carne y de verdad. Pero, por el momento, no se sentía preparada. Quería reunir sus antiguos residuos, todos los detritus de su vida, y quemarlos en un gran fuego que solo ella podía encender. Su vida había sido durante mucho tiempo una herida abierta que ella había sepultado bajo una avalancha de placeres, de carcajadas, de posturas grotescas, de piruetas fáciles, y si quería volver a empezar, renovada y fuerte, tenía que hacer una gran hoguera con todos esos artificios pasados. Una gran hoguera de alegría que, si no quería apelar a Dios o al placebo que fuera, debía afrontar sola, tan solo para no traicionarle a Él, se llamara como se llamase.



KATHERINE PANCOL. Nació en Casablanca y a los pocos años se trasladó con su familia a París. Cursó estudios literarios y se doctoró en letras modernas. Trabajó como profesora de latín y francés antes de comenzar una larga trayectoria profesional como periodista en publicaciones como Paris Match o Cosmopolitan.

Ha publicado más de una decena de libros y el éxito le llegó definitivamente en el año 2006 con la publicación de la historia de Joséphine Cortès, la protagonista de *Los ojos amarillos de los cocodrilos*, *El vals lento de las tortugas* y *Las ardillas de Central Park están tristes los lunes*, publicados en España por La Esfera de los Libros con un enorme éxito de ventas.

Notas

[1] Peripuesto. (*N. de la T.*). <<

[2] Bolas de plátano o ñame. (*N. de la T.*). <<

[3] Mandioca. (*N. de la T.*). <<

[4] Pintor estadounidense, difusor del grafiti. (*N. de la T.*). <<

[5] Feria Internacional de Arte Contemporáneo. (*N. de la T.*). <<

[6] Pinturas rupestres. (*N. de la T.*). <<

[7] Supermercado. (*N. de la T.*). <<

[8] Familia de *Los miserables* de Victor Hugo. (N. de la T.). <<

[9] Personajes de una tira cómica francesa, creada en la década de los cuarenta. (*N. de la T.*). <<

[10] Frase de una canción popular que las tropas francesas cantaban a los ingleses durante la Primera Guerra Mundial. La idea era que el jefe de estación, con horarios conocidos de antemano por su trabajo, no podía vigilar a su mujer... (*N. de la T.*). <<

[11] *Oeuf à la coq*: huevo pasado por agua. *Coq*: gallo. (N. de la T.). <<

[12] Éxitos de la época. (*N. de la T.*). <<

[13] Concurso radiofónico. (*N. de la T.*). <<